



TE QUERRÉ ETERNAMENTE

NUNCA FUE TAN DIFÍCIL DEJARTE MARCHAR



PRISCILA SERRANO

Te querré eternamente

Nunca fue tan difícil dejarte marchar

Priscila Serrano

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título: **Te querré eternamente**

Autora: *Priscila Serrano*

Primera edición en diciembre de 2018

El primer amor te puede romper, pero también te puede salvar.

Katie Khan

A ti, lector. A mi familia, a mi pequeño, a mi primer amor.

Sinopsis

Lucía y Sergio eran tal para cual, la pareja perfecta a la que todos envidiaban.

Hasta que un día, la vida de ambos da un giro inesperado y Sergio se ve obligado a dejar sus sentimientos atrás y marcharse. Los kilómetros que los separaban eran demasiados y

las largas horas de charla entre ellos, pasaron a convertirse en silencios en cuestión de días.

Los días se convirtieron en años y sus vidas continuaron en paralelo.

Sergio se convirtió en el empresario más importante de Alemania y a Lucía no le quedó otra opción que olvidarle y rehacer su vida. Una vida sin él. Aunque ¿hasta qué punto había conseguido olvidarle? ¿Qué pasará cuando el destino decida unirlos de nuevo?

Introducción

Solo había dos cosas en la vida que podían hacerme ver las cosas diferentes a como las veía ahora. Una: que mis padres se divorcieran. Y dos: que Sergio y yo no estuviéramos juntos. Si os dais cuenta, todo se centraba en que uno u otro, estuvieran juntos.

El problema aquí era que mis padres estaban a punto de firmar esos malditos papeles que los separarían para siempre. Encima tendría que decidir con cuál de los dos vivir. Aún tenía diecisiete años y obligatoriamente tenía que vivir con uno, pero ¿con cuál? A mi madre la adoraba, pero no la soportaba y mi padre... Él era diferente. Prefería darme todo para que no le juzgara. Aunque para eso ya era tarde, claro que lo juzgaba, ha engañado a mi madre con su asistente. En definitiva, la vida no era como la pintaban ni mucho menos, al contrario; era una mierda.

Pero eso no era todo, en este momento estaba delante de mi novio escuchando que tenía que marcharse a Alemania porque su hermano mayor lo llamó diciéndole de que su abuelo estaba enfermo. No era que no me importase, pobre hombre, pero ¿tenía que irse? Joder, en un día tantas malas noticias.

—¿De verdad tienes que irte? Si quieres voy contigo. Mi padre me daría permiso y dinero con tal de que no le odie —ironicé alzando las cejas a la vez que ponía los ojos en blanco.

Sergio me miró con media sonrisa. Ahí estaba esa media sonrisa que no me gustaba nada, solo me traía problemas. Tenía una facilidad de convencerme que ni mi mejor amiga cuando quería que la acompañase al vestuario de chicos para ver cómo se duchaban. Ahí estaban, desnudos, mojados... <<Calla

que te pierdes>>, pensé. Negué para borrar todo rastro de esos chicos en mi mente.

—No puedes venir, estás aún con los exámenes y no dejaré que suspendas por mi culpa. Además, en dos semanas como mucho estaré de vuelta, no te darás cuenta de que me he ido. —Puse morritos fingiendo enfado, algo que le gustaba a él demasiado.

Cada uno tenía su talón de Aquiles. Sergio me abrazó fuerte y ya todo daba igual. Ninguna palabra más hacía falta. Yo lo amaba, lo amaba con toda mi alma, pero él se iba y por mucho que me jurase de que volvería, una parte de mí sabía que eso no sería así. A la mañana siguiente estábamos en el aeropuerto, su vuelo salía en una hora y había llegado el momento que tanto me estaba costando, la despedida. No quería que se fuera, incluso le rogué que no lo hiciera, pero de nada sirvieron mis súplicas porque al final se iría de todos modos. Había sido tan bonito estar entre sus brazos la noche anterior, cómo me hizo el amor por última vez.

—No me iré para siempre Lucía... En dos semanas estaré aquí, te lo prometo —aseguró encerrándome entre sus brazos con tanta fuerza que su corazón y el mío se habían unido mucho más.

Era una estupidez lo que estaba pensando, ni siquiera debería creer que no iba a volver. Sergio volvería en dos semanas, me lo había prometido, él cumplía sus promesas, pero ¿por qué tenía esta sensación de que no volvería a verle nunca más? ¿Por qué creía que todo acababa aquí y ahora? Cogió mis mejillas y besó mis labios con dulzura. Las lágrimas querían salir, querían demostrarle cuán rota estaba por dentro, pero me hice la fuerte, la dura a la que no le importaba nada. Qué estúpida era, igualmente las lágrimas hicieron de las suyas y anegaron todo a su paso. Sergio me secó cada una de ellas con sus dedos y besó cada rastro de tristeza, algo difícil de conseguir.

—¿Me querrás siempre? —Pregunté en un hilo de voz.

—Te querré eternamente —declaró haciéndome más daño aún.

Sus labios volvieron a unirse a los míos y tan solo unos segundos después se alejó, dejándome completamente destrozada, dejando mi boca desnuda, dejando mi corazón paralizado. No quise ver cómo se marchaba, como desaparecía entre la muchedumbre. Prefería quedarme con su última sonrisa, su último beso y su último te quiero.

Ese fue el último día que vi a Sergio, mi primer amor. Es decir, a mi único y verdadero amor.



1

Sergio

Dos semanas después

La llegada a Alemania fue de lo más caótica. Pensé que sería algo más relajado y no el ajetreo en el que mi hermano Nick me ha tenido metido. Ya había llegado el día de volver y para ser sinceros, estaba deseando pisar Madrid y ver a mi pequeña de ojos azules. Cuánto la echaba de menos. Habíamos hablado casi a diario, cosa que no le había gustado a mi hermano; me lo hizo ver el día que llegué diciendo que tenía novia, pero me dio igual. No podía dejar de hablarle, de decirle lo que sentía por ella a cada instante y mucho menos lo que necesitaba de sus besos y caricias.

Al menos me iba alegre, pues mi abuelo parecía estar un poco más recuperado y así no me sentiría mal por abandonarle en estos momentos. Sabía que sería algo momentáneo, que volvería a recaer, un cáncer de colon no se

curaba y era cuestión de tiempo que se fuese de nuestras vidas, pero no por ello iba a parar la mía. Era joven y tenía planes, unos planes en los que Lucía + boda + familia= a vida feliz. Eso era lo que quería y lo que conseguiría.

Mi vuelo salía por la mañana y no he querido decirle nada a ella para darle la sorpresa. Miré la hora en mi reloj de muñeca y bostecé al tiempo en el que me recostaba en mi cama. Deseaba que amaneciera para salir de este encierro. En todos estos días lo único que me habían obligado a hacer, era ir a la empresa familiar, enseñarme su funcionamiento, cosa en la que no he puesto ningún tipo de interés. Y la verdad, no sabía a qué venía tanta insistencia por parte de mi hermano cuando era él quién debería coger las riendas de la empresa cuando mi abuelo faltara. Aunque, por otro lado, éramos él y yo, nadie más que mi hermano y yo. Mis padres fallecieron en un accidente de avión hacía ya diez años y me crié con mi tío, el hermano de mi madre, por eso viví toda mi vida en Madrid. En cambio, mi hermano prefirió venir a Alemania con mis abuelos y así fue formándose para llevar la empresa algún día. Por eso no entendía nada.

Escuché unos golpes en mi puerta, del susto, casi me caigo de bruces contra el suelo, pues estaba dormido. Me levanté y caminé hasta la puerta donde, al abrir, mi hermano tiró de mí sin decirme nada. Aunque sí me fijé en sus ojos, estaban hinchados y rojos, había llorado y eso me puso en alerta. Me paré y me puse frente a él.

—¿Qué ocurre? —Pregunté aun sabiendo la respuesta.

—El abuelo... Se muere —titubeó al decirlo.

Sabía lo que me iba a decir, pero escucharlo fue como si me arrancasen el corazón, como si una parte de mí se quebrara. Siempre quise a mi abuelo, aunque no lo viese a menudo. Él fue en parte, esa figura paterna que me faltó, aunque me hubiera criado con mi tío. Y también pasaba alguna que otra temporada con él. Además de las visitas que me hacía constantemente. Corrí

hasta su habitación y ahí estaba... Sus ojos estaban cerrados, respiraba con dificultad y su semblante era blanquecino, sin un ápice de color en sus mejillas. No era lo mismo escucharlo, que verlo. No era lo mismo verlo, que sentirlo. Era muy, pero que muy triste ver morir a alguien y si encima era alguien de tu misma sangre, mucho peor.

—Abuelo, sé que me escuchas —murmuré en su oído—. Despierta, lucha. Tú eres fuerte, eres el hombre más fuerte que conozco —aseguré sintiendo como unas pequeñas lágrimas comenzaban a mojar mis mejillas.

Mi hermano se puso a mi lado y apretó mi hombro, intentaba darme fuerzas, unas que él mismo ya había perdido. Mi abuelo no respondió al instante, pero sí abrió los ojos unos milímetros. Al menos me había escuchado. Una diminuta sonrisa se dibujó en su arrugado rostro y pensé que haría como siempre. Se levantaría para demostrarnos que sí, que era ese hombre fuerte que yo le había mencionado, que era ese pilar en la familia indestructible. Pero no, no lo hizo y solo le dio tiempo a pedirme algo, una simple cosa me pidió, algo que cambiaría mi vida por completo y con lo que yo no estaba de acuerdo, pero que tampoco podía negarme. No cuando me lo pedía a punto de morir.

—Te necesito en la empresa —dijo con dificultad.

No quería escuchar, no necesitaba saber más sobre lo que estuviese pensando en ese momento. ¿Por qué yo? ¿Por qué cuando siempre me había negado a hacerlo?

—Prométeme que lo harás, que llevarás en mando de Fisher Enterprise. —Lo miré fijamente—, por favor.

Miré a mi hermano que aún seguía con su mano en mi hombro y él asintió, ayudándome o, más bien, obligándome a aceptar algo con lo que no contaba en este viaje que pondría mi relación con Lucía en la cuerda floja, tan floja que se rompería haciendo que ambos cayésemos en diferentes lugares, así como

estábamos ahora. Una parte de mí, la parte racional, no podía negarle nada a mi abuelo y la otra, la parte del corazón se negaba... Negaba cualquier cosa que pusiera la relación con Lucía en peligro.

Me quedé callado, pensando en algo que pudiera hacer para no joder ninguna de las dos cosas, pero no había nada que pudiese remediar el caos de mi vida. Mi hermano me miraba suplicante, mi abuelo prácticamente parecía estar esperando mi respuesta para morir en paz y me sentí acorralado. Así que acepté, acepté ese puesto que me jodería la vida por el resto de mis días, que haría que no volviese a ver a Lucía, a no ser que ella aceptara venir conmigo. Era otra opción.

—Está bien abuelo, lo haré —anuncié al fin dejando que diera su último suspiro. Y con una sonrisa se fue, nos dejó para siempre.

Tras eso, las horas pasaron sin parar, sin darme si quiera un mísero respiro, un mísero minuto en el que poder llamar a mi novia para comentarle todo lo que había pasado. Y ya habían pasado tres días, tres días en los que no me había atrevido a llamarla por miedo, miedo a perderla... miedo de saber su opinión acerca de la decisión que había tomado sin haberle dicho nada antes.

Cuando terminamos con el entierro de mi abuelo y tras haber firmado toda la documentación en la que me nombraba presidente de la empresa, comencé a trabajar codo con codo con mi hermano y tenía que aceptar que no se me daba mal, pero tampoco lo estaba disfrutando. Entonces un día tras dos meses en los que no había parado de trabajar, que no podía siquiera hablar con ella, mi hermano me dijo que tenía que llamarla, que debía cortar una relación que lo único que me iba a traer era problemas en mi vida en este momento. Al ser presidente pasaba demasiadas horas en la empresa y en este momento, al menos no en mucho tiempo, mi vida amorosa debía quedar en tercer plano y aunque me jodía, era mi realidad, mi triste y puta realidad.

—No me puedes estar pidiendo eso —le reproché—. ¿Cómo se te ocurre pedirme que la deje? Yo la amo... Es la mujer de mi vida —mascullé cabreado.

—Eso dímelo dentro de cinco años cuando esa adolescente de diecisiete años siga contigo porque te quiere y no por el dinero que tienes y que tendrás en un futuro no muy lejano, hermano —escupió levantándose de la silla.

Estábamos en mi despacho. Sí, mi maldito despacho.

—Ella no es así, Lucía me quiere tanto o más que yo.

—Lo que tú digas —respondió mirándome fijamente—. Pues si estás tan seguro llámala, dile que no puedes volver y que mejor venga ella. A ver si lo deja todo por ti, hermanito.

—No seas hijo de puta. Te encanta hacerme sufrir —bramé levantándome yo ahora.

Nick me miró con una compasión fingida, pues yo sabía muy bien que él no sabía lo que significaba ese sentimiento. Sabía lo que me molestaba que hablase así de ella, que me dijera algo que, por otro lado, ya había pensado yo. Pero como dije, no era lo mismo escucharlo, que verlo por tus propios ojos. Así que decidí hacer algo con lo que tenía la certeza, mi hermano no estaría de acuerdo. Cogí mi chaqueta del traje y me la puse.

—¿Dónde vas? —Frunció el ceño.

—A Madrid.

—No puedes dejar la empresa, Sergio ¿Crees que estás en el instituto y que puedes hacer pellas? No hermano, aquí tienes una responsabilidad muy grande y ninguna cría hormonada va a joder eso.

Caminé hasta él y le pegué un puñetazo que lo tiró al suelo. Nick no se lo esperó, aunque si era sincero, yo tampoco. Sin embargo, no iba a dejar que hablase más de ella y menos de esa manera. Se levantó y me miró decepcionado, cosa que no me dolió ni mucho menos.

—Está bien, tú sabrás lo que haces, pero atente a las consecuencias.
—Yo soy el presidente, no pueden decirme nada. Además, me importa una mierda las consecuencias. Voy a ir igualmente.

Y salí de mi despacho como alma que lleva el diablo. Debía coger un avión, ir a Madrid, verla por última vez, aunque con la esperanza de traerla conmigo y volver el mismo día. Demasiado para tan pocas horas. Menos mal que teníamos avión privado y en unas horas estaría pisando mi tierra.

Cuando llegué, eran las diez de la noche y sabía que era tarde para ir a verla, que sus padres podrían negarse, pero debía correr el riesgo, debía verla sí o sí.

Cogí un taxi que me llevaría desde el aeropuerto hasta el barrio de Salamanca y en unos veinte minutos, ya que el tráfico era incansable, daba igual la hora que fuera, llegué. Le pagué al taxista y bajé de ese coche con el corazón latiendo a mil por hora.

Paró justo al frente del edificio donde vivía. Hacía tantos días que no la veía, tantas horas. Parecía que llevábamos sin vernos años. Caminé despacio, con miedo, con algo de vergüenza por haberla abandonado cuando le prometí que volvería, cuando le dije la última vez que hablamos que faltaban días para vernos. Y no fue así, fallé a mi promesa. Entré al edificio y subí por las escaleras, pues ella vivía en el primer piso. Las manos me sudaban, el corazón se me iba a salir por la boca y el alma, esa, la tenía prácticamente resquebrajada. Deseaba verla, besarla, encerrarla entre mis brazos y secuestrarla para llevármela lejos, pero eso solo era en mi mente y corazón. La realidad era otra, una muy dolorosa que acabaría conmigo.

Cuando llegué a su puerta, mis pies se anclaron al suelo sin dejarme avanzar, incluso creo que mis brazos hicieron lo mismo, pues no podía levantarlos para poder tocar el timbre.

—Vamos, Sergio. Tú puedes —me animé a mí mismo al tiempo en el que

negaba y le echaba valor para tocar el dichoso timbre.

Lo hice, claro que lo hice. El padre de Lucía se puso frente a mí y cuando me vio, primeramente, me miró de arriba abajo. La última vez que me vio, era un chico de veinte años despreocupado que vestía con vaqueros rotos y camisas de cuadros y ahora, ahora era un joven adulto con traje y corbata, aunque llevase la camisa con los primeros botones abiertos y la corbata y chaqueta en mi brazo.

—Sergio —anunció sorprendido a la vez que sus ojos me asesinaban.

Lo que me temía. Entonces escuché su voz, escuché esa preciosa y perfecta voz de la chica que robó mi corazón hacía ya dos años. Sin que su padre le respondiera, ella vino hasta la puerta y cuando me vio sus ojos se llenaron de lágrimas, aunque no podía asegurar si eran de alegría al verme por fin o de dolor por presentarme después de todo este tiempo. Sí, todo era por verme, pero también por saber que, tras esta visita, las cosas iban a cambiar. Quise acercarme a ella para abrazarla y jurarle que todo iba a estar bien, pero no, no lo hice. En cambio, su padre intentó cerrarme la puerta en las narices, por supuesto no le dejé y puse un pie para que no lo consiguiera.

—Por favor, señor, déjeme hablar con ella —supliqué.

—No quiero que le hagas más daño, Sergio —expresó duramente.

Me lo tenía merecido y sabía que esto iba a pasar.

—Prometo...

—No, no prometas algo que no vas a cumplir. —Miró a su hija buscando aprobación y ella asintió—. Tienes cinco minutos —afirmó mirándome a mí de nuevo.

Asentí.

Lucía salió al rellano y cerró la puerta para que su padre no escuchara lo que íbamos a hablar. Me moría por besarla y borrar cada ápice de tristeza en ella. Me dolía, me desgarraba que estuviera sufriendo tanto y que fuese por mí

maldita culpa. Caminé hasta ella con la intención de abrazarla, pero se alejó.

—Cinco minutos —me recordó.

—Lo siento, lo siento. Sé que debí llamarte, que debí explicarte lo que estaba pasando, pero no he podido.

—Aja.

—Por favor, Lucía. Te estoy diciendo la verdad.

—No te creo —anunció—. Dos semanas dijiste ¿lo recuerdas? Ya hace bastante tiempo de eso y aún sigo esperando tu llegada. —Iba a responderle, pero no me dejó—. No quiero escuchar nada, no quiero saber el motivo que hizo que no recordaras una simple promesa. No creo más en tus palabras y puedes irte por dónde has venido y regresar a tu vida lejos de aquí.

Sus palabras traspasaron mi pecho, desgarrándome el alma por completo. No podía dejar que me echara de su lado así, debía conseguir que me escuchara al menos, que supiera todo lo que me había pasado, pero no, se negó y tras echarme una última mirada que terminó por destrozarme, entró en su casa pegando un fuerte portazo que retumbó en mis oídos.

La había perdido para siempre, la cagué y ahora todo estaba perdido. Sin saber que más hacer, me di la vuelta y volví al aeropuerto, donde mi avión, el maldito avión de la estúpida empresa de mi familia, esa estúpida empresa que ahora era mía, me llevaría de vuelta a una realidad aplastante y que tenía que aceptar de una vez por todas.



2

Lucía

Meses después

Los meses habían pasado demasiado lentos, tanto, que a veces no recordaba si era lunes o martes. No tenía cabeza para nada, solo pensaba y recordaba esa mirada rota, esa profunda mirada que me hacía sentir una mala persona, como si yo fuese la culpable de esta ruptura. Y ahora, después de tantos meses, me encontraba en el hospital a punto de dar a luz a su hijo, al fruto de nuestro amor. Sí, estaba embarazada de Sergio Fisher, el empresario más importante de Alemania. Me preguntarán por qué no le dije nada cuando lo vi, cuando según él, vino a buscarme. Y la verdad era que no lo sabía, podría habérselo dicho, pensé que nada cambiaría, que él igualmente se iría de nuevo y me olvidaría como creía que había hecho. Las revistas lo mostraban todo y cuando decía todo, me refería a que la última que vi, se le veía muy

feliz de la mano de una modelo alemana preciosa. ¿Y dónde entraba yo? En ningún lado, mi bebé y yo, nunca seríamos parte de su vida.

De igual manera, solo lo hice por él, porque decirle que iba a ser padre le complicaría la vida, haría que todo por lo que su familia había luchado, generación tras generación, se fuera a la mierda por un escándalo como este. Ya leía los titulares de su propia revista; *Sergio Fisher, el soltero más cotizado de Alemania, deja embarazada a una pobretona adolescente. Seguro que no es de él, que solo quiere endosarlo para que le pase una buena pensión y vivir del cuento*. No, definitivamente, no quería eso para mi hijo. Y puede que sí, que solo era una adolescente, aunque acabase de cumplir los dieciocho, pero prefería ser lo que era, a ser alguien que no quería. Prefería vivir feliz criando a mi hijo cómo me enseñaron, con valores en la vida, sabiendo que había que luchar para llegar alto a tenerlo todo sin comerlo ni beberlo. No es que pensara eso de Sergio, yo le conocía, o bueno, lo conocía antes... Realmente ya no sabía quién era él, quien era ese hombre de mirada perturbada que solo salía en las portadas de revistas tonteando con una y con otra. Para ser sincera, cada vez que las veía, me destrozaba el alma y sabía que jamás iba a olvidarle, que siempre sería ese amor que me enseñó a amar, el que me enseñó todo lo bueno de estar enamorada, aunque también lo malo.

Mi madre siempre decía que Dios cerraba puertas, pero abría ventanas y cuando ese día le cerré la puerta en las narices, casi la abrí yo misma, pero para tirarme. Era tal el dolor que sentía que estaba rota por dentro. Menos mal que tenía a mis padres, ya que tras conocer que iban a ser abuelos, decidieron no separarse y seguir junto a mí, aunque no tuviesen esa relación de antes, aunque solo fuera para demostrarme que estaban conmigo y enseñarme que había que luchar por lo que uno quería en la vida, por lo que tenía y quería mantener y lo único en lo que pensé fue en mi hijo, en mi único y verdadero

amor.

—Cuando cuente tres, empuja —me pidió la matrona.

Miré a mi madre asustada mientras apretaba su mano al escuchar ese maldito tres. Un grito desgarrador salió de mis labios al sentir como mi hijo intentaba salir por ese hueco tan pequeño. No podría estar al otro lado mirándolo, seguramente me haría replantearme el no tener más hijos, aunque ya lo tenía más que pensado.

—Venga Lucía que lo estás haciendo fenomenal, ya casi está fuera —anunció.

Mi frente sudaba, mi cuerpo se contraía y tras un último empujón, el llanto de mi hijo me hizo ver la realidad; soy madre, pensé... Había tenido un hijo joven, demasiado joven y sin padre. La verdad eso no me preocupaba, yo era capaz de sacar a mi príncipe adelante por mí misma. Además, contaba con la ayuda de mis padres que sabía que los tenía ahí.

—Es un niño precioso. —Se acercó a mí con el bebé entre sus brazos y lo colocó con sumo cuidado entre los míos.

Lo observé, miré cada facción rosada de su hermoso rostro y por un momento me di cuenta de que sería duro, que iba a ser demasiado duro para mí criarlo. Incluso había llegado a pensar en darlo en adopción, pero todas esas tonterías se borraron de mi mente en cuanto sus ojitos se abrieron y me miró. Yo sabía que no vislumbraba realmente bien, que más bien veía solo siluetas, pero apreté mi dedo con fuerza y tras darle un beso en la frente, sellé nuestro amor a primera vista, enseñándome y aclarándome todas mis dudas. Sí, me quedaría con él, cuidaría a mi hijo y lo haría inmensamente feliz.

Meses después

Haber sido madre a los dieciocho y siendo una joven con las cosas tan claras en esta vida, era muy complicado. Había comenzado al fin la

universidad y estaba estudiando para ser profesora de secundaria. Sí, puede que el tener un hijo me abriera los ojos para al fin poder decidirme, pues no tenía idea de qué hacer en la vida.

Me desperté por la mañana, muy temprano y mi hijo, mi pequeño Edu ya estaba despierto. Lo llamé así por mi padre y él estaba orgulloso de que su primer y único nieto, de momento, tuviese su nombre. Caminé hasta la cuna donde mi príncipe me miraba con esos ojazos azules que, por suerte, había heredado de mi familia. Lo cogí en brazos con cariño y tras llenarlo de besos, haciéndole cosquillas, arrancándole más de una carcajada, salí de mi habitación para ir a la cocina, donde mi madre ya nos esperaba para desayunar. Ya tenía el biberón de su nieto preparado.

—Buenos días mamá —dije al entrar—. Buenos días abuelita. —Miré a mi hijo y cogí su manita para que saludase a su abuela a la vez que ponía voz de niña pequeña.

—Pero que payasa eres —expresó mi madre caminando hasta nosotros y cogiendo al niño entre sus brazos.

Era muy querido, lo adorábamos con locura y haríamos todo lo que estuviese en nuestra mano para que no le faltase de nada. Había momentos en los que Sergio entraba en mi cabeza, aunque intentara olvidarle, decirle a mi corazón que no lo amara, era algo imposible, siempre lo iba a amar. Y tener un hijo de él no me facilitaba las cosas.

Cuando terminamos de desayunar, fui hasta mi habitación para vestirme y salir corriendo, como cada día para la universidad. Siempre llegaba tarde, pero no podía hacer otra cosa. No me daba el tiempo suficiente para hacer todo, el día debería tener más de veinticuatro horas.

Sobre las diez de la mañana estaba llegando y, aunque debería de haber llegado antes, no pude.

Aparqué el coche de mi madre en el aparcamiento de la universidad y al

bajar, me crucé con el mismo chico que llevaba viendo hacía ya un mes, ni siquiera sabía su nombre. Nunca habíamos cruzado más de un saludo, pero sin saber el motivo, me acerqué a él para presentarme. Era un chico muy dulce y la verdad me atraía; tenía los ojos color café, el cabello negro rizado y una barba de tres días que lo hacía ver mucho más atractivo. Había llegado el momento de olvidar, de expulsar de mi mente y corazón a ese hombre que, sin miramientos destrozó mi alma.

—Hola ¿qué tal? Me llamo...

—Lucía, lo sé. Encantado, yo soy Pablo —me interrumpió y presentó a su vez.

Sabía mi nombre, me conocía y nunca se acercó ¿por qué? No lo entendía, pero ya habría momento de averiguarlo. Me miraba intensamente, poniéndome nerviosa. La verdad que después de Sergio, este era el único hombre que había conseguido ponerme nerviosa. Me mordí el labio y él sonrió, mostrándome unos hoyuelos que me habían dejado completamente loca.

—¿Así que ya me conocías? —Asintió rascándose la cabeza. Estaba nervioso—. Mmm ¿por qué nunca te has acercado a mí?

Sí, a veces podía ser demasiado directa.

—No sé, pensé que no querrías conocerme. —Abrí los ojos sorprendida. Él volvió a sonreír.

—¿Y por qué? Va, déjalo. A veces puedo ser demasiado preguntona. Creo que, en vez de estudiar magisterio, debería de haber elegido periodista. —Ambos soltamos una carcajada.

Estuvimos un rato hablando y casi me pierdo la siguiente clase. Eso me hizo pensar, si consiguió hacer que mi tiempo volase, que no me importase nada de lo que pasara a mi alrededor, podría conseguir que olvidara a Sergio ¿no? Al menos podría intentarlo.

Mientras caminábamos para volver cada uno a su clase, me contó que estudiaba ingeniería y que estaba en su último año. Era mayor que yo por cinco años, aunque no me importó. Antes de que nuestros caminos se separaran, él me pidió salir a tomar algo después de la universidad. En un principio le dije que no podía, que debía cuidar de mi hijo. Se sorprendió al saberlo, pero más me sorprendí yo al saber que no le importaba. Entonces quedamos para cenar por la noche, ya hablaría con mis padres para que cuidasen de Edu. Nos despedimos con dos besos en las mejillas, unos besos que provocaron un cosquilleo en mi interior. No lo entendía, la verdad no me entendía a mí misma. ¿Por qué me ponía así con alguien al que acababa de conocer, después de estar enamorada hasta el mismo infinito del padre de mi hijo?

Con una de sus sonrisas, entró y yo seguí mi camino pensando. La noche prometía, la verdad me hacía ilusión tener una cita con alguien que sabía que era madre y que no le importaba. Era muy importante para mí que quien quisiera estar conmigo, me aceptara con todo, de no ser así, nadie entraría en mi vida.

Las horas pasaron rápido, la primera vez en mi vida que el día se me había ido volando. Cuando llegué a mi casa, fui directa a mi madre para contarle que tenía una cita, que era un chico de la universidad.

—Pero cuéntame más —me apremió expectante.

—Se llama Pablo, tiene veintitrés años y es... uf, no sé cómo explicártelo. Mejor lo ves por ti misma cuando venga a recogerme. —Me miró emocionada, creo que más que yo.

—¿Le dijiste lo de Edu? —Se interesó. Yo asentí con una sonrisa.

—Sí, fue lo primero que le dije...

—Pero hija ¿por qué lo has hecho? ¿No crees que eso podrías haberlo dicho más adelante?

En parte tenía razón, podría haberlo omitido hasta saber si llegábamos a algo más que no fuera una simple cita, pero algo en él me hizo confiar, me hizo ver que con él sería diferente. Puede que me equivocara, incluso puede que volviera a sufrir. ¿Qué más daba ya? Yo quería vivir, hacer lo mismo que él estaba haciendo sin miramientos. Olvidarle, así como él hizo conmigo. Sergio me olvidó y cada revista, cada noticia que veía, me lo afirmaba.

Aún recordaba aquel día, ese que vino a verme, el mismo día que supe de que estaba embarazada y que decidí que no lo sabría jamás. ¿Para qué? Su hermano me lo dejó bien claro con su llamada; *Sergio no volverá a Madrid y mucho menos contigo*. Esas fueron sus palabras, unas que me dolieron como si un cuchillo se clavara en mi pecho, hiriendo cada parte de mi corazón, cada rincón de este corazón que latía con tanta intensidad por él. Sergio fue mi primer amor, ese que iba a amar de por vida, pero también ese que tenía que olvidar de una vez por todas y Pablo, parecía el indicado para conseguirlo.

Sobre las siete de la tarde, ya tenía a mi hijo bañadito y cenado, pues él dormía pronto, como muy tarde a las nueve. Lo dejé en brazos de mi madre mientras yo me puse a buscar qué ponerme. Saqué toda la ropa y no había nada que me pareciera lo mejor para la cita.

—Cariño, ese vestido es precioso —dijo señalándome el de color negro.

Arrugué la nariz y negué. La verdad no quería ponerme vestido en una primera cita y yo era más de pantalones, así que, sin más, cogí el negro ajustando y lo conjunté con una blusa en color verde agua que me llegaba a las caderas, me calcé mis sandalias de tacón y tras maquillarme, cogí mi bolso y caminé hasta mi hijo y le di un beso en el moflete, dejándole marcada la mejilla de color rojo. Sonreí y me di una vuelta para que mi madre me viese bien y cuando me dio su aprobación, aunque no me hiciera falta, salí al salón con ella detrás.

Cuando me iba a despedir de mi padre, el timbre sonó y los nervios

entraron en mi cuerpo con tanta intensidad que pensé no abrir y volver a encerrarme en mi habitación. Mi madre me instó con la mano para que abriera y cuando lo hice, mi corazón se paralizó.



3

Lucía

Mis ojos se abrieron con demasía, mi corazón comenzó a latir desbocado y mi semblante cambió de color en cuanto sus ojos se abrieron y me miraron. Sergio estaba frente a mí, mirándome de arriba abajo, haciendo que mi cuerpo temblara con solo eso. No sabía por qué había venido, justo ahora, justo en este momento y el miedo entró en mi cuerpo cuando escuché a mi hijo reírse por algo que había visto o escuchado.

—¿Qué haces aquí? —Titubeé.

Mi padre se acercó y al ver quién era, le hizo una señal a mi madre para que entrase en la habitación para que Sergio no viera al niño.

—¿Podemos hablar? —Negué—. Por favor, Lucía. —Su voz sonó apagada, destrozada.

¿Qué quería? Si seguía haciendo estas cosas, jamás iba a poder rehacer mi vida. Tragué saliva a la vez que miraba a mi padre y se encogió de

hombros. Salí de casa y la cerré. Total, en unos minutos me iría, pues Pablo estaba a punto de llegar. Sergio estaba frente a mí, a unos cortos centímetros, provocando que mi cuerpo se erizara con solo tenerle cerca, pues reconocía quién era. Cogió mi mano e intenté soltarla, pero no me dejó y tiró de mí hasta pegarme a su cuerpo y sin que me lo esperara, me besó con brusquedad. No quería, no debía besarle, pero eso me lo decía mi parte racional. Y maldije al saber que escucharía a mi parte emocional. Sergio me apretó con fuerza, intentando meterme en su interior, pero no pudo, porque al final abrí los ojos al recordar que esa boca ya había besado a otra que no era yo, al recordar eso que su hermano me dijo, al entender que eso no iba a volver a pasar. Me solté de su agarre y le di un guantazo con tantas ganas, que hasta la mano me dolió.

—No vuelvas a besarme en tu puta vida —le amenacé.

Sergio me miró incrédulo, por un momento parecía haber pensado que le abriría los brazos y haría como si nada hubiese pasado y no, estaba equivocado. ¿Estaba loco? ¿Cómo se le ocurría venir después de más de un año y besarme? En definitiva, el haber elegido otra vida le afectó el cerebro.

—Lo siento —se disculpó—. Sé que fui un gilipollas que se dejó llevar por unas obligaciones que no me correspondían y por eso te perdí, pero si tú me lo pides lo dejo todo, Lucía.

Sus palabras me arañaban el alma. Venían tan tarde, tan desesperadas. Aun así, no aceptaría nada de lo que me pidiera, ni mucho menos le daría una mísera oportunidad, él no lo hizo conmigo. Sus ojos estaban clavados en los míos, mirándome de esa manera tan especial que me volvía loca. Un día pensé que, si volvía y me pedía perdón, le iba a perdonar. Ese día había llegado y, aunque pareciera mentira, no sentía más que rencor. Estaba claro que mis sentimientos hacía él siempre iban a estar ahí, pero los había escondido tan profundamente que en este momento no sentía nada.

—No.

—Por favor. —Se arrodilló—. No puedo vivir sin ti. Este tiempo ha sido una tortura... no sabes lo que te he necesitado, lo que te necesito.

—Levántate, Sergio. Estás haciendo el ridículo —espeté reprimiéndome, reprimiendo las ganas de abrazarle y hacer que desapareciera ese dolor en su pecho.

Se levantó y se secó las lágrimas con el puño de su camisa. Me fijé en su rostro. Había cambiado mucho en el tiempo que no lo veía. No era lo mismo verle en revistas que en persona y el Sergio que tenía delante, no era el mismo que un día me prometió amor eterno.

—Te querré eternamente ¿recuerdas? —Suspiré—. Yo no lo he olvidado y el amor que siento por ti es aún más fuerte que antes, mucho más —declaró.

Estuve a punto de flaquear, a punto de aceptar lo que me pedía, de hacerle ver que yo también le quería. Entonces Pablo llegó justo en ese momento y prácticamente me hizo ver que el destino me tenía preparada otra cosa, otra vida, una en la que Sergio no era el protagonista. Sin decirle nada y bajo su atenta mirada, me acerqué a Pablo y le di un beso en los labios. No se lo esperó, claro que no y seguramente cuando estemos a solas, me dirá que estoy loca, pero era eso o caer en las garras de Sergio Fisher.

Al separarnos, Sergio nos miró enfurecido, aunque más bien me miraba a mí. Pablo se quedó perplejo, aunque pronto se dio cuenta de quién estaba frente a nosotros.

—Un momento. ¿Eres Sergio Fisher? —Preguntó. Mas él no respondió—. Sigo todas tus columnas, lo que estás haciendo con la asociación de mujeres maltratadas aquí en España, es algo impresionante.

Fruncí el ceño al escuchar eso, pues no tenía constancia de esa labor, de lo que hacía. Realmente cuando veía la portada de la revista, en donde estaba cada semana con una mujer diferente, la tiraba a la basura sin leer nada más, por eso no me había enterado de nada.

Sergio asintió y se relajó, aunque seguía escrutándome con la mirada, haciéndome sentir culpabilidad.

—Soy Pablo. —Le extendió la mano y Sergio la estrechó—. ¿De qué os conocéis Lucia? —Dijo mirándome.

—Es mi novia —respondió Sergio por mí. Yo me cabreeé ante su respuesta.

—¡No somos nada! —Exclamé alzando una ceja.

Estaba aguantando demasiado y lo único que quería era salir de aquí y perderle de vista. De pasar una primera cita preciosa en la que Pablo me traería de nuevo a casa de madrugada y al despedirnos, me daría ese beso que ya le di yo por adelantado.

—Oh. Lucía si quieres quedamos otro día —murmuró Pablo cogiendo mi brazo con delicadeza. Yo comencé a negar eufóricamente.

—No, Sergio ya se iba ¿verdad?

—No, no hasta que me des una respuesta.

—La respuesta es no, Sergio. Fue un no hace más de un año y sigue siendo un ¡NO! —Aseguré alzando la voz.

Ya estaba harta, ya no podía más. No quería verle más, no hasta que mi corazón se diese cuenta de que no volvería a amarle como lo hacía, que no volvería a latir como lo estaba haciendo con su cercanía, con el beso que me robó hacía apenas unos minutos. Quería que se fuera, que desapareciera de una vez por todas de mi vida y esta vez tenía que ser para siempre.

Al ver que lo decía con decisión, que nada ni nadie me haría cambiar de opinión, se dio la vuelta y comenzó a caminar hasta el ascensor, donde, tras echarle una última mirada y decirme esas malditas palabras que tanto me dolían; te querré eternamente, se metió y nos miramos por última vez durante los segundos que tardó en cerrarse las puertas del ascensor.

Respiré con dificultad, mi cabeza no dejaba de pensar, de imaginar lo que

pasaría si fuera tras él y le dijera que sí, que le perdonaba y que era padre. Pero no podía, debía mantenerme firme en mi respuesta, en mi decisión. Mi tranquilidad y la de mi hijo dependían de ello.

Pablo seguía mirándome, aunque al llegar vi algo de ilusión en sus ojos, ahora era otra cosa, era como si se sintiera engañado y no tendría por qué sentir eso, ya que ni siquiera conocía mi historia con el Sr. Fisher. Así lo llamaba cuando nadie sabía que había estado en mi vida, que era mi primer amor y que sería el último.

—¿Estás bien? —Preguntó acercándose a mí.

Negué mientras me encogía de hombros y una estúpida lágrima salió de mi ojo derecho, respondiéndole a la pregunta. Pablo se acercó y me abrazó, pasó sus brazos por mi cintura y me pegó a su cuerpo. Podría pensar que el beso lo confundió, pero lo que me hacía sentir era un apoyo, una amistad, una confianza que sabía que no podría tener con nadie más. Pablo se iba a convertir en alguien muy importante en mi vida, lo sabía, lo deducía con solo mirarle.

Esa noche, me llevó a un lugar tranquilo, a un lugar donde me desahogué de una manera que jamás hice con nadie. Le conté toda mi vida, lo que sufrí y lo que Sergio me hacía sentir cuando estábamos juntos. Ciertamente jamás me habría imaginado contándole a Pablo mi pasado, un pasado que parecía querer volver constantemente. Solo una cosa no le conté y era la noche que el hermano de Sergio me llamó.

Flash Back

—Hija, es para ti —anunció mi padre entrando en mi habitación.

Había escuchado el sonido del teléfono, era las once de la noche y la verdad no me preocupé, pues a veces mi tía Sara llamaba a esa hora. Desde las cinco de la tarde me mantuve encerrada, pues fue cuando la prueba de

embarazo me afirmaba lo que tanto me estaba costando aceptar. Estaba embarazada de un hombre que no estaba y que no tenía claro si iba a volver. Sergio debía de haber vuelto hacía ya unas largas semanas, pero ni siquiera me llamó para decirme el motivo de su ausencia y ahora, ahora cómo le decía que seríamos padres. Yo solo tenía diecisiete años y no sabía nada de la vida, solo tenía ojos para el amor de mi vida, ese amor que ahora no estaba tan segura de que sintiera lo mismo que yo.

Mi padre me extendió el teléfono y solo su ceño fruncido me preocupó.

—¿Quién es? —Le pregunté.

—Será mejor que lo compruebes tú misma.

La dura voz de mi padre me puso en alerta, aunque, a decir verdad, él estaba un poco enfadado conmigo por haberme quedado embarazada a tan corta edad, pero ¿qué podía hacer ahora? Cogí el teléfono con manos temblorosas y respondí. Una voz que no conocía comenzó a hablarme. Su voz era fría y sus palabras aún lo eran más.

—Tienes que dejar que siga con su vida y en esa vida tú no cabes, Lucía —me pidió Nick, el hermano de Sergio.

Mis lágrimas vinieron con fuerza, con tanta fuerza que, si tuviera a ese tipo frente a mí, no sabía qué haría.

—No sé por qué no me llama él en vez de mandarte a ti.

—Porque prefiere que no sufras, pero créeme, él no te quiere y en este momento está con otra mujer, porque ella sí es una mujer y no una cría como tú.

—No voy a permitirte que me hables así. Dile a Sergio que se ponga, necesito contarle algo muy importante... tiene que saberlo —pedí entre sollozos.

Me estaba muriendo, me estaban arrancando el corazón y tirándolo a la basura de una manera desgarradora. Nick, se negó y me pidió saberlo él

mismo. No quería tener que confesarle a una persona que no le importaba nada ni nadie, que sería tío, ¿Y si lo rechazaba? ¿Y si decía que no era de Sergio? Yo jamás estuve con alguien que no fuera él. Sergio fue el primero en todo, en enamorarme, en hacerme el amor y en destrozarme.

—Estoy embarazada —declaré. Las palabras habían salido de mi boca prácticamente solas.

—Pues te recomiendo que abortes, pero mi hermano no puede saberlo. Además, seguramente no es suyo y si lo es, no se hará cargo. Tú verás lo que haces —escupió con asco—. Una última cosa y espero que me hagas caso. Espero que seas lista y le dejes en paz, mi hermano no te necesita y mucho menos te quiere ¿queda claro?

—Más claro que el agua.

Y colgué o él colgó. Ahí se cortó la comunicación y yo, tras tirar el teléfono contra la pared, haciéndolo añicos, me tumbé boca abajo y escondiendo mi rostro en la almohada, lloré como jamás en mi vida lo había hecho.

Flash back

Los recuerdos eran muy dolorosos, tanto, que, con solo escuchar su nombre, mi corazón latía desbocado, pero no por amor, eso hacía tiempo que sabía que él no sentía, aunque quisiera hacerme ver esta noche que sí. Si no, porque me dolía, sangraba y la herida que prácticamente estaba consiguiendo cerrar, se abrió en canal al escuchar sus malditas palabras, al sentir sus estúpidos labios contra los míos. Comprendí que jamás iba a dejar de amarle, que Sergio sería el primer y último hombre que entraría en mi corazón, en mi organismo, haciéndolo suyo por completo. Por mil hombres que se cruzaran en mi camino, ninguno sería él... Yo, siempre lo recordaré y amaré.



4

Sergio

Un año después

Podría pasarme la vida entera recordando aquella vez que la vi, como sus labios se pegaron a los de aquel tipo que luego alabó lo que hacía. Encima parecía buen tío, uno que sí sabría valorarla. Ahora me encontraba a las puertas de una iglesia donde ella estaba a punto de darle ese sí quiero que debía ir para mí. ¿Por qué tuve que aceptar esta maldita vida? ¿Por qué dejé que me la arrebataran? ¿Por qué sigo buscándola? Estaba cansado de tanto seguirla, de seguir tratando de acercarme a ella cuando ya me había olvidado. Lucía estaba casándose con el hombre del cual ni siquiera recordaba su nombre.

Y no sabía si podría acercarme e interrumpir algo que a lo mejor lo único que iba a darme, era la realidad de todo. Y eso era que la perdí, que ella ya no

era mía y que nunca más la iba a poder tocar, abrazar y mucho menos hacerla mía como tantas noches había soñado.

La amaba con todo mi ser, con todo el maldito corazón que he querido endurecer, pero que con su simple recuerdo se volvía el más débil de este mundo.

—Pablo Alcázar. ¿Aceptas como esposa a Lucía Lago?

La pregunta del Cura fue lo que me hizo despertar de mi trance. Mis ojos no se despegaban de ella, de toda ella. Estaba tan hermosa con ese vestido blanco. Siempre la imaginé caminando hacia el altar, donde yo la esperaba con una amplia sonrisa. Era tan guapa, tan perfecta. Suspiré cuando escuché el sí de ese tal Pablo y como ella sonreía plácidamente, aunque no era la sonrisa que a mí me regalaba, esa que irradiaba felicidad. Parecía contenta, pero no feliz.

—Lucía Lago. ¿Aceptas como esposo a Pablo Alcázar?

Ella se quedó callada, anclada al suelo o eso fue lo que me transmitió. Su cabeza se movió despacio, buscando a alguien con la mirada, hasta que me vio, sus ojos se clavaron en mí. No era a mí a quien quería ver, su gesto me lo demostró, pero tampoco dejó de mirarme. Por un momento pensé que lo dejaría todo y correría hasta mis brazos, pero no, no lo hizo y dejó de mirarme para mirarle a él, a ese tipo que esperaba una respuesta ansioso.

—Sí, quiero... claro que quiero —respondió y mi mundo cayó al suelo.

No volvió a mirarme y lo último que vi, fue como se besaban, sellando con eso su amor. Me di la vuelta y salí de esa iglesia tan grande y pequeña a la vez. A mí me ahogaba estar encerrado ahí mientras los veía felices.

Me subí al coche y conduje hasta el hotel donde me esperaba mi hermano. Teníamos una reunión muy importante con una revista española, aunque el dueño era alemán, pero llevaba en Madrid unos años. En principio ese fue el motivo de mi regreso, pero llamé a casa de Lucía para hablar con ella, para

saber de ella y me respondió su padre. Ese hombre me odiaba y no lo culpaba. Él fue quien me dijo que se casaría y el lugar. Creo que lo hizo para hacerme ver que ya la había perdido o puede que con eso pusiera a prueba a su hija si yo le pedía que no se casara. No lo sabía, el caso era que ya se casó y que no había nada que podía hacer.

Cuando llegué al hotel, mi hermano me esperaba en la puerta. Me cabreaba que tuviera que estar tan pendiente de mí y mi vida, cuando la suya era una puta mierda. Claro, por eso no se aguantaba ni él. ¿Quién iba a quererle con ese carácter?

—Hasta que llegaste. ¿Dónde estabas? Seguro que fuiste a buscarla ¿me equivoco? —Se interesó. Lo asesiné con la mirada, sinceramente no estaba para que me tocara los huevos.

—Pues sí, fui a verla, pero tranquilo que se cumplió tu deseo.

—¿A qué te refieres?

—No volveré a buscarla, ya no es mía —anuncié con el corazón estrujado.

—Nunca lo fue, Sergio. Solo era la ilusión de un adolescente, pero creciste y tienes obligaciones que atender, como la reunión con la revista Meyer —ignoró por completo mis sentimientos, como siempre.

—Me importa una mierda esa revista, ya lo sabes. Pero sí, ya he crecido y tengo que sacar adelante la empresa a la que me habéis obligado a elevar.

—Vamos, no te quejes tanto.

Comenzamos a caminar y entramos en el restaurante del hotel Villa Manga, donde el Sr. Meyer, nos esperaba junto con una mujer rubia bastante guapa. Aunque ninguna se comparaba con ella; joder, dejar de pensar de una vez en Lucía, pensé. Imposible, jamás iba a olvidar el momento de ese sí quiero, ni mucho menos cuando me miró y aun así se casó. Sus ojos no me miraban de la misma manera, con ese amor que decía que me tenía y que yo

mismo jodí.

—Buenas tardes, disculpen la espera —saludé a Jackson Meyer y a su hija Penélope.

Cuando la vi de cerca, sí la reconocí. Era una modelo muy famosa en Alemania y para qué negarlo, era muy guapa. Nos sentamos y noté como ella me miraba y sonreía de una manera extraña, aunque dulce.

—Entonces ¿a qué debo esta reunión? —Preguntó Jackson sin tapujos.

—Vaya, directo al grano —respondí con seguridad.

Eso fue lo que le gustó a mi hermano de mí, la seguridad que siempre desprendía y que aprendí de mi abuelo. Cuando comencé, la empresa estaba casi en banca rota y la elevé como la espuma, llevándola a lo más alto en menos de un año. Siendo sincero, estaba ahí, por mi esfuerzo y trabajo, porque si fuese por mi hermano, no existiría Fisher Enterprise.

—Me gustan las cosas claras desde el principio, Sr. Fisher.

—Por favor, llámame Sergio.

—Bueno, pues entonces nos tutearemos —anunció. Yo asentí—. Quiero presentarte a mi hija Penélope, aunque creo que sabes quién es ¿cierto?

—Sí, la verdad es que una mujer tan bella no se olvida fácilmente. —Ella se ruborizó mostrándome una sonrisa.

Mi hermano pasó a un tercer plano en la conversación y no le importó, siempre era así. Él gestionaba mi vida y luego a la hora de trabajar, no se metía, dejaba que yo hiciera lo que mejor sabía hacer, negocios.

Las horas fueron pasando y la verdad era que el Sr. Meyer era bastante terco y testarudo, pero yo lo era aún más y tras cuatro horas de reunión, enseñándole nuestros balances durante todo el año, me dijo que lo iba a pensar. Al menos, no dijo que no. Comenzamos a cenar, porque había llegado la hora y ni siquiera nos habíamos dado cuenta, así que ya nos quedamos cenando, aunque sin hablar de negocios.

—Bueno, Sergio ¿y estás casado? —Preguntó Jackson sorprendiéndome.

La verdad es que no me esperaba esa pregunta. Miré a su hija, la que seguía sonrojada y que, suspiró cuando su padre me insistió en la pregunta. Mi hermano me dio un codazo y carraspeé para aclararme la garganta. Tomé un sorbo de mi copa de vino y miré de nuevo a Jackson.

—No, no estoy casado. —Sus ojos se abrieron a la vez que su ceja se elevaba—. Pero tampoco quiero compromiso de momento. Estoy muy bien solo, gracias.

—Bueno, pero llegará el momento en el que quieras formar una familia y...

—No, no llegará ese momento. Si me disculpan. —Me levanté y salí del restaurante.

Me cabreó la manera en la que me estaba intentando endosar a su hija, porque para eso me preguntó y no, no pensaba dejar que lo hiciera. Jamás me casaría con esa mujer, con ninguna mujer. Sabía que era una estupidez, que algún día debía olvidarla, pero no podía, no era tan fácil y no sabía si algún día lograría conseguirlo.

Subí a mi habitación y me senté en el balcón con una botella de ron en la mano. Sorbo a sorbo, fui vaciándola, quemando mi garganta cada vez que el líquido pasaba por ella. No me importó, no me dolió en los más mínimo, más me dolía recordarla e imaginarla en los brazos de ese hombre que seguramente en este momento la estaría amando como debería estar haciendo yo en su lugar. Deseché la idea en cuanto su cuerpo desnudo se cruzó en mi mente. Estampé la botella contra el suelo y me levanté enfurecido en busca de otra para volver a beber. Quería perder la conciencia, olvidarme de todo y dormir para siempre o al menos, hasta que mi mente hubiera olvidado todo.

Por la mañana, me desperté desorientado. Mi cabeza comenzó a latir fuertemente a la vez que escuchaba como alguien aporreaba la puerta. Estaba

seguro de que era mi hermano. Caminé hasta ella y la abrí, dejándome ver a un Nick muy cabreado, aunque no me importara demasiado.

—Eres el tipo más estúpido que he visto en toda mi vida —dijo nada más cruzar la puerta.

—Buenos días a ti también, hermano —ironicé.

Nick alzó una ceja y bufó cabreado. No sabía exactamente qué era lo que había hecho ahora para que estuviera así y la verdad tampoco tenía intención de preguntarle, de todas maneras, me lo iba a decir igualmente. Caminé hasta la mesa donde me serví un vaso de agua y me senté en el sofá a escuchar lo que tenía que decirme. Siempre era igual. ¿Qué más daba ya?

—Anoche le hiciste el peor desplante que se le puede hacer a Jackson Meyer.

Seguí mirándole sin responder, me daba igual lo que tuviera que decirme y mucho menos lo que pensara, pues haría lo que me diese la gana.

—¿No piensas decir nada? Has dejado escapar a esa pedazo de hembra por gilipollas —escupió levantando las manos.

Al escuchar eso sí que me levanté y lo encaré, me puse ante él y lo empujé fuerte hasta pegarlo a la pared. Nick me miró desafiante, pero eso no hizo que parase y mucho menos que me quitaría el cabreo que con tan solo unas malditas palabras se habían instalado en mi cuerpo.

—No, la pedazo de hembra que he perdido se llama Lucía y fue por tu culpa. ¡Por tu maldita culpa! —Grité cogiéndole por el cuello de la camisa.

El haber escuchado eso, el darme cuenta de que realmente sí había perdido a alguien, a esa persona que sabía que no dejaría de amar fácilmente, hizo que un fuego interior subiera desde mis pies hasta llegar a mi cabeza, nublándome por completo, importándome una mierda que al que estuviese a punto de golpear llevase mi misma sangre. Nick se merecía todo esto, Nick merecía que le partiera la boca de una vez por todas.

—Vamos, pégame —me animó. Yo alcé una ceja mientras una sonrisa se dibujaba en mi rostro—. No tienes los suficientes cojones para hacerlo, así como no los has tenido para impedir esa boda, por qué no lo hiciste ¿eh? ¿Acaso tenías miedo de que te rechazara, de darte cuenta de que ya no te ama?

—Eres un imbécil —murmuré dándole la puta razón.

Fui un cobarde, uno que no luchó lo suficiente por ella y el único culpable de haberla perdido, había sido yo mismo, por no venir cuando tenía que hacerlo, por no llamarla y contarle todo, por dejarla de lado cuando ella me esperaba. Lucía había rehecho su vida porque yo la dejé y ahora no podía pedirle nada y muchos menos exigirle un perdón que no merecía. Solté a mi hermano y caminé hasta el mueble bar, donde, tras sacar una botella de ron, bebí a morro un buen trago, uno tan largo que me haría perder la conciencia en unos pocos minutos. Nick no me dijo nada, me miró de reojo y salió de mi habitación dejándome completamente solo y vacío, aunque así ya me encontraba antes de que viniera a tocarme los huevos.



5

Lucía

Meses antes del enlace

Hacía unos días que no veía a Pablo y la verdad estaba bastante preocupada, ni siquiera en la Universidad habíamos coincidido. La última noche que nos vimos, fue la primera que decidí entregarme a él, acostándome con él aun habiendo jurado hacía tiempo que ninguno que no fuera Sergio lo haría, pero esa noche no sabía qué me había pasado. No sabía si fue el alcohol o simplemente le necesitaba. El caso era, que llevábamos saliendo cinco meses, unos meses en los que se había convertido en alguien muy especial para mí, alguien que me entendía, que me escuchaba y, sobre todo, que quería a mi hijo por sobre todas las cosas. Y eso, para mí, era mucho más importante que todo lo demás.

El único problema de todo era que, al sentir sus labios en mi piel, fue

como si en realidad fueran los de Sergio. Al sentir sus manos, acariciando con mimo cada curvatura de mi cuerpo, fue como la última noche que pasé con él. ¿Estaba loca por pensar en otro al acostarme con mi novio? ¿Era una locura que aún no lo hubiera dejado de amar aun teniendo a un hombre maravilloso conmigo? Era joven, demasiado, pero todo lo que había vivido a corto plazo, me hizo madurar de una manera muy brusca y, realmente, me gustaba.

Salí de mi habitación para buscar a mi madre, pues aún no me había llamado, teníamos que salir a hacer unas compras. Mi padre se había encargado de llevar a mi pequeño terremoto, que recién comenzaba a caminar, a la guardería. Me volvía loca y estando de exámenes, era mucho, pero, aun así, no cambiaría nada de mi vida en este momento.

—Pablo, está desesperada desde que no la llamas. ¿Qué harás?

Escuché la voz de mi madre hablando por teléfono y la persona que estaba al otro lado, era mi novio desaparecido. ¿Tan mal lo hice? Puse un dedo en mi barbilla y unas imágenes fugaces se cruzaron por mi mente.

Flash back

Los besos, esos besos que en este momento necesitaba, fueron desde mis labios, bajando por mi cuello, donde su lengua saboreó mi piel y bajó hasta mis pechos, donde tras quitarme la blusa y sujetador, se metió uno en la boca. Un gemido salió de mi boca, uno tan potente que Pablo se volvió loco y se separó para cogerme en brazos y obligarme a enroscar las piernas alrededor de sus caderas, haciéndome sentir su gran erección. Estábamos excitados, demasiado para ser nuestra primera vez.

—Te deseo tanto —susurró en mi oído al tiempo en el que devoró mi boca, metiendo su lengua para buscar la mía.

La verdad era que Pablo besaba demasiado bien y tenía un cuerpo de infarto. Caminó hasta la cama, donde me dejó en ella y tras quitarse los

pantalones y el slip, se puso encima de mí para hacer lo mismo con mi parte de abajo. Me dejó desnuda ante él, me quedé completamente vulnerable ante una persona que solo conocía hacía unos meses, pero que se estaba convirtiendo en alguien imprescindible en mi vida. No lo amaba, no y tampoco creía hacerlo algún día, pero sí lo necesitaba a mi lado.

Entonces, abrió mis piernas y tras ponerse un preservativo entró en mí, llenándome por completo, haciéndome gritar al sentir su miembro duro y latente ajustarse a mi interior, como si en realidad fuese mi primera vez. Comenzó a moverse a un ritmo pausado, uno que nos haría disfrutar, mientras sus labios besaban los míos. Pablo me hacía el amor y yo no quería eso, pues era hacerme ver que él podría estar sintiéndolo hacia mí.

—Te quiero Lucía —declaró mirándome fijamente.

Mis ojos se abrieron y me quedé estática sin poder moverme, pues escuchar esa declaración me hizo verle a él, hizo que Sergio entrase en mi mente como un maldito huracán, arrasando con todo, con la poca cordura que me quedaba, incluso, con este momento que quería disfrutar, él no me dejaba.

No respondí, no pude... entonces hice lo que creí apropiado, le obligué a girarse, quedando él debajo de mi cuerpo para llevar yo las riendas y no le hice el amor, no podía hacerle el amor a alguien que no estaba en mi corazón de esa manera. Yo le follé, era una palabra que no me gustaba emplear, pero era la realidad. Estaba manteniendo sexo con un amigo, porque eso era él para mí.

Flash back

—Oh, vamos Pablo. Tienes que venir ya, no puedes dejarla así tantos días.

Al volver a escuchar a mi madre, provocó que volviese al presente y me

acerqué a ella, quitándole el teléfono de las manos para hablar yo misma con Pablo. Me lo puse en la oreja y la voz de mi novio me sorprendió, diciendo que me tenía preparada la sorpresa para esta misma noche. Obviamente no sabía que era yo quien estaba escuchando.

—Así que una sorpresa ¿eh? —Puse voz burlona—. ¿Por eso has estado tan distante?

—¿Lucía?

—No, María Teresa de Calcuta, no te jode. Pues claro que soy yo.

Escuché la carcajada de mi madre, provocando que me uniese a ella.

—*Lo siento nena, no quería dejarte tantos días sola, pero...* —Suspiró—. *Estoy preparando algo que lleva su tiempo y creo que para esta noche lo tendré listo. ¿Podrás esperar?*

—Si no hay más remedio.

—Perfecto, a las nueve paso a recogerte y ponte guapa.

—Oye... —Me quejé.

—*Me refería a más guapa de lo que ya eres. Te quiero Lucía y no veo la hora de tenerte entre mis brazos de nuevo.*

Tragué saliva nerviosa y me despedí de él aceptando su propuesta de salida por la noche. La verdad era que me estaba poniendo nerviosa, pues las sorpresas no me gustaban demasiado. Habría que esperar ¿no? Aunque también podía hacerle un tercer grado a mi madre para que me contase lo que supiera. Me giré para mirarle y comenzó a negar riéndose. Alcé una ceja a la vez que ella comenzaba a correr para salir de la cocina, donde aún estábamos metidas.

—¡No huyas cobarde! —Le grité.

—No soy ninguna cobarde, pero tampoco te diré nada —respondió sentándose en el sofá.

Me senté a su lado y la miré fijamente, intentando disuadirla y que soltase

todo lo que Pablo tenía planeado, pero su excusa fue la de ir al baño porque tenía que hacer... bueno, mejor no cuento lo que tenía que hacer. Me quedé mirando al techo, pensando en mil cosas y en todas estaba Sergio y Pablo. Pablo y Sergio. ¿Será que algún día pensaré en uno solo?

Las horas pasaban lentas y agonizantes y yo seguía en el sofá tirada, hasta que mi padre llegó con mi pequeño en sus brazos y la calma y, sobre todo, aburrimiento, acabó. Me levanté como un resorte y corrí a su encuentro, como si llevase días sin verle. Amaba a mi hijo y eso era algo que no podía esconder. Lo cogí entre mis brazos, lo besuqué y apreté tanto que hasta se quejó.

Solté una carcajada, pues aun hablaba muy mal. Tenía poco más de un año y me volvía loca a veces intentando averiguar qué era lo que me había dicho.

La noche llegó y los nervios crecieron. Pablo debía estar a punto de llegar y no sabía qué era eso que me tenía preparado ni con qué fin. Dejé a mi hijo dormido y salí en cuanto el timbre del apartamento donde vivía con mis padres, sonó. Salí corriendo, atacada de los nervios, no era solo por saber la sorpresa, sino, porque también tenía ganas de verle, hacía cinco días que no le veía.

—¡Yo abro! —Grité en cuando vi a mi padre acercarse a la puerta.

Me miró con una sonrisa y ¿feliz? Podría decirse que sí, que mi padre en este instante era feliz, por mí y por todo lo que había dejado de sufrir gracias al hombre que estaba a punto de entrar en casa.

—Por fin llegas —dije tirando de él.

Pablo se rio a carcajadas y cogiéndome por la cintura me dio un beso, primero en la frente y luego buscó mis labios, donde con solo un roce, provocó que me sonrojase, mi padre nos miraba y no me gustaba ser el centro de atención.

—Estás preciosa —murmuró en mi oído.

—Gracias, solo es un trapito que encontré por ahí —respondí bajito para que solo lo escuchara él, pero mi madre parecía tener los oídos bien puestos en nosotros.

—¡Mentira! La he tenido que obligar a ponerse ese precioso vestido.

—¡Mamá! —Me quejé.

—Es verdad, si por ti fuera, irías a todas partes en vaqueros.

Soltamos una carcajada. Yo asentí, pues tenía razón.

—Bueno, dejen ya las risas y váyanse —nos apremió mi madre.

—¿Nos estás echando mamá? —Pregunté alzando una ceja.

—No, para nada cariño, pero tenéis que iros ya ¿verdad Pablo? —Lo miró a él.

Mi novio asintió y le guiñó un ojo. Entrecerré los ojos, haciéndola conoedora de lo poco que me gustaban los secretitos y más cuando yo estaba en medio de ellos. Pablo cogió mi mano y salimos del apartamento, pero antes de que entrásemos en el ascensor, me paró y tapó mis ojos con un pañuelo de seda, poniéndome más nerviosa aún.

—¿Esto es necesario? —Expresé.

—Muy necesario. —Me dio un beso en los labios, pero esta vez más profundo—. Quiero que esta noche sea inolvidable.

Me encogí de hombros con los labios apiñados y escuché como se reía. Entramos en el ascensor y luego la brisa otoñal chocó con mi cara, asegurándome de que ya estábamos en la calle, aunque por poco tiempo, pues Pablo me ayudó a entrar en un coche, supuse que era el suyo, pero no, porque él se sentó a mi lado, muy pegado a mí. Su mano derecha se entrelazó con la mía y se la llevó a los labios. Noté su nerviosismo y quise quitarme la venda, pero me lo prohibió.

—No hasta que lleguemos.

—No aguanto más.

—Vamos, solo quedan unos minutos. ¡No seas impaciente! —Exclamó.

No podía verle, pero noté su sonrisa, noté como su cuerpo se tensaba y erizaba. Eso solo podía afirmarme que lo que me tenía preparado, era algo muy importante, demasiado importante y eso solo provocaba que mi impaciencia se incrementase aún más.

Unos minutos después, el coche se paró y esperé a que Pablo me ayudase a salir, pues aun no me dejaba quitarme el pañuelo de los ojos. Entramos a algún lugar, donde olía demasiado bien, se respiraba un ambiente relajado. Caminamos y volvimos a entrar en un ascensor, lo supe por el sonido. Comenzó a subir y subir, sin término alguno.

—¿Piensas llevarme a la luna? —Pregunté divertida.

—Si la quieres, no tienes más que pedirla —respondió bajando su mano que reposaba en mi espalda, hasta mi trasero.

—No me tientes —respondí con la boca seca.

No sabía realmente su juego, pero no me importaría averiguarlo. Cuando por fin y después de unos largos minutos, el ascensor llegó a la planta cincuenta. Sí, así dijo el altavoz del ascensor. Mis ojos se abrieron desorbitadamente, pues había pocos edificios en Madrid con tantas plantas y uno de ellos, era mi favorito. Siempre le había dicho a Pablo que tenía ganas de ver mi ciudad desde lo más alto, por la noche debía de ser una gozada.

—Venga Pablo, déjame ver donde estamos —le pedí con voz suplicante.

—Espera solo unos segundos más, por favor.

Bufé cabreada y me esperé esos malditos segundos que parecían horas, unas eternas horas que me estaban volviendo loca. De nuevo sentí una brisa, aunque esta vez era más fresca, más fuerte y me quitó el pañuelo de los ojos, dejándome ver al fin donde estábamos. Me había traído al Hotel Tower; era uno de los más lujosos de Madrid y con el que yo había soñado tantas y tantas

veces.

Miré al frente, clavando mis ojos en las luces encendidas de mi ciudad, enamorándome mucho más de ella. Si algún día me pidieran que dejase mi hogar, no creía que lo hiciera, tendría que ser algo muy importante para alejarme de aquí. Tras unos minutos, en los que no podía apartar los ojos de Madrid, me di la vuelta, encontrándome a Pablo con una rodilla hincada en el suelo y un anillo entre sus dedos.

Mi cuerpo se tensó, mis manos comenzaron a sudar y sentí una presión en el pecho tan fuerte, que no me dejaba respirar. No sabía el motivo, no entendía como un hombre que me conocía de unos meses solamente, podría estar pensando en matrimonio, en casarse conmigo. Yo era una muchacha humilde, una muchacha que tenía un hijo que no era suyo y que no sabía si le amaría algún día.

—Sé que te he sorprendido, incluso más de lo que me esperaba —comenzó a hablar—. También sé que esto es una auténtica locura, pero ¿qué sería de nosotros sin algo de locura? ¿Qué sería de mí sin tu locura Lucía? —Me preguntó con la voz entrecortada—. Te has metido aquí. —Se señaló el pecho—. Tan profundamente que no puedo dejarte escapar, por favor ¿te casas conmigo?

Sin decirle nada, me di la vuelta y caminé hasta el interior de la habitación que había alquilado para esta “sorpresa”. Miré todo a mi alrededor; estaba lleno de rosas rojas, de

pétalos en el suelo, velas en las esquinas. Era todo precioso, pero yo no podía aceptar tanto, no podía aceptarle a él, pues no era a quien amaba.

—Maldito Sergio que no me dejas seguir con mi vida —susurré con lágrimas en los ojos.



6

Lucía

Me quedé anclada al suelo, sin poder moverme. No podía irme de la habitación como si fuera una novia a la fuga. Que irónico ¿no? Siempre quise tener una noche de ensueño en este hotel, en donde me pedía matrimonio a la luz de la ciudad y cuando me lo cumplían, quien lo hacía no era el que tenía que hacerlo. Sentí las manos de Pablo en mi cintura, pasándolas delante para después abrazarme fuerte y pegarme a su pecho, el que latía fuerte, muy fuerte. Posó su barbilla en mi hombro y suspiró.

—¿A qué tienes miedo Lucía? —Me preguntó.

¿Miedo? No, yo no tenía miedo. ¿A quién quería engañar? Claro que tenía miedo y mucho, pero no a él, no a lo que venía... mi miedo era a no poder amarle como se merecía, porque merecía tener a una mujer que lo quisiera de verdad, que le diese ese amor tan puro como el que él me regalaba a mí. Mis ojos seguían aguados, dejando salir unas lágrimas que demostraba lo frágil

que era. Pablo me obligó a darme la vuelta y con sus dedos, secó cada lágrima que bajó por mis mejillas y luego las besó, siempre hacía eso cuando la visita de Sergio me dolía tanto. Había venido a verme tantas veces que no podría contarlas con los dedos. Siempre conseguía de mí lo mismo, una gran negativa a volver con él, a darle esa oportunidad que tanto me suplicaba, porque fue tan fácil para él dejarme aquí, como lo fue difícil para mí dejarle marchar.

—¿Te he dicho alguna vez lo bonitos que son tus ojos? —Negué sorbiéndome la nariz.

—Son simples.

—Nada de eso —replicó—. Son perfectos, porque reflejan a la persona que eres.

—Soy simple.

—¿Quieres dejar de decir esa palabra? La simpleza es algo que no está a tu alcance, eres mucho más que eso. Tú eres luz, eres una persona espléndida que da amor sin pedir nada a cambio... eres todo lo contrario a simple, Lucía y yo te enseñaré a verlo —expresó con voz ronca.

Había cambiado el temor que tenía para demostrarme lo que me quería, lo que pensaba de mí. Pablo era así, te enseñaba lo bueno de cada persona y eso lo hacía siempre conmigo.

Siempre pensé que nadie podría volver a enamorarse de mí, porque si uno lo hizo y me dejó. ¿Quién lo haría de nuevo? ¿Quién iba a querer a una joven como yo, teniendo un bebé a cargo?

No quería engañarle, no quería que se hiciera ilusiones conmigo, pues, aunque deseara amarle, mi estúpido corazón latía por otro.

—Pablo... —Puso un dedo en mis labios para callarme.

—No digas nada. —Suspiró—. Sé que no me amas, lo sé y, aunque me jode que así sea, esperaré el tiempo que sea necesario, porque estoy seguro de que llegaré a entrar en tu corazón.

—No sé si algún día consiga quererte, Pablo y no quiero que te pierdas toda una vida luchando por conseguir algo que a lo mejor no logras —le dije sinceramente—. Yo te quiero muchísimo, te aseguro que eres un gran hombre que...

Sus labios se pegaron a los míos, callándome de nuevo, pues parecía no querer escuchar nada de lo que le decía. Me dejé llevar, hice todo lo posible por disfrutar ese beso, por disfrutar el momento. Pablo me cogió en brazos y enrosqué las piernas alrededor de su cintura. Sus manos bajaron hasta mi trasero y tras apretarlo, provocando que un gemido se me escapara desde lo más profundo de mi garganta, mordió mi labio inferior con delicadeza, un simple mordisco que te dejaba con ganas de más.

Caminó conmigo hasta la cama y cuando caímos, los pétalos volaron hacía arriba. Era todo precioso, algo que cualquier mujer disfrutaría estando enamorada. En cambio, yo, solo disfrutaba de buen sexo, aunque quisiera darle algo más.

—Solo quiero hacerte feliz —dijo entre beso y beso—. Déjame hacerlo, déjame ser el padre de Edu, déjame que sea algo más que tu amigo, Lucía.

Me perdí, en el momento en el que mencionó a mi hijo, me perdí... Él era más importante que nada en este mundo, que mi propia felicidad y si para que viviese en un hogar feliz, debía casarme con Pablo, darle la oportunidad de entrar en mi corazón, lo haría.

—Acepto, Pablo. Seré tu esposa —respondí y su boca volvió a buscar la mía, besándome con pasión.

Era muy fogoso y me hacía delirar. Cada encuentro con él era diferente, cada momento, cada caricia, cada beso, siempre era diferente. Pablo era un buen hombre, uno de esos a los que no podías dejar escapar, uno que, merecía ser feliz y yo, yo lo haría, haría todo lo que estuviese en mi mano para que lo fuera, lo fuéramos.

El día del enlace

Estaba demasiado nerviosa, solo habían pasado unos meses hasta este día en el que estaba a punto de darle el sí quiero a Pablo. La verdad era que después de mucho meditarlo, de mucho hablarlo, llegué a la conclusión de que sí, de que podría ser que un día llegase a sentir lo mismo que él sentía por mí. Y estos días atrás, me había dado cuenta de que la boda era algo que no me disgustaba, al contrario, me hacía feliz. Era feliz en este momento y mi familia lo era aún más.

—Hija, estás bellísima —dijo mi madre cuando me di la vuelta.

—No exageres, mamá.

—Siempre menospreciándote cariño. Eres una mujer hermosa y buena... además, tienes a tu lado a un hombre que vale millones —reconoció. Era cierto, lo de Pablo digo.

Asentí y tras darle un fuerte abrazo, salí al salón donde mi padre nos esperaba junto con mi hombrecito. Al verme, soltó una pequeña lágrima y lo abracé con fuerza.

—Estoy muy orgulloso de ti, hija —susurró en mi oído.

—Te quiero, papá —declaré.

Cuando terminamos de prodigarnos todo el amor que sentíamos, salimos del apartamento para ir a la iglesia. Bajamos y en la puerta del edificio nos esperaba una limusina, Pablo había pensado en todo, como aquella noche que me pidió matrimonio. Entramos y en cuanto se puso en marcha, me entró el pánico, provocando en mi interior un miedo enorme. ¿Y si me estaba equivocando? ¿Y si no era adecuado casarse con alguien sin amarle? ¿Y sí? ¿Y sí? Mierda, solo eran puras preguntas estúpidas que no me daban una respuesta coherente. Tenía que ser fuerte, ser la mujer que él necesitaba. Tenía que amar a Pablo de una vez.

Al llegar, las manos me sudaban y mi pecho se apretaba. Estaba muy nerviosa por el paso que iba a dar, pues después de esto, no había marcha atrás.

Mi padre me ayudó a salir y mi madre llevaba a mi pequeño de la mano, ya que caminaba algo mejor. Ellos fueron los primeros en entrar y avisar de mi llegada. No teníamos demasiados invitados, mi familia no era muy grande, solo tenía una tía por parte de madre y una prima a la que no veía desde los quince años. Y la familia de Pablo era más o menos igual, solo tenía a su madre, pues su padre murió cuando él tenía catorce años. A su madre la acompañaba, Elena, mi cuñada a la que conocí hacía apenas dos semanas, la verdad era que nos hicimos buenas amigas. Algún que otro familiar más y varios amigos de la universidad. Yo no era demasiado sociable y apenas tenía amigas, yo las llamaba compañeras nada más.

Comencé a caminar lento y la música nupcial sonaba despacio. Pablo se dio la vuelta para mirarme y me regaló la sonrisa más perfecta que tenía, aunque para mí siempre era la misma. Al llegar, mi padre me entregó a él y le dijo en el oído que como me hiciera daño le cortaría las pelotas, que menos mal que lo dijo bajito, si no, estaba segura de que nos echarían de la iglesia y no nos casarían.

La ceremonia fue preciosa y, aunque no fuese la novia más radiante del planeta, sabía que sería feliz con Pablo. Escuché la voz del cura preguntarle a mi futuro esposo si me aceptaba y él sin pensarlo dijo sí, un sí tan grande que me emocionó. Entonces, cuando me preguntó a mí, sentí una mirada sobre mi cuerpo, clavada en mi espalda. Me giré unos milímetros y lo vi, sus ojos me escrutaban, me decían mil cosas, me pedían que no lo hiciera y por un momento estuve tentada a hacerlo, pero solo por un momento, porque volví a mirar a Pablo.

—Sí, quiero... Claro que quiero.

No volví a mirar, pero sabía que mi respuesta había hecho que se marchara de la iglesia y lo agradecí. Pablo cogió mis mejillas y me besó con dulzura, un beso lleno de promesas, unas promesas que me llenaban en alma en este momento en el que no podía dejar de recordar su maldita mirada pidiéndome volver con él. Esa mirada suplicante que no podría olvidar fácilmente.

—Te quiero —dijo al separarnos.

—Yo te querré, Pablo. Lo prometo.

—Lo sé, preciosa.

Tras esas palabras, salimos de la iglesia para ir a la celebración que, como no, sería el en Hotel Tower. Sí, habíamos tirado la casa por la ventana, más bien, Pablo lo había hecho. Su familia si tenía dinero y, aunque en un principio me negué, ya que no me gustaba ser una mantenida, le dio igual e hizo oídos sordos.

El día se fue rápidamente y pasamos una velada perfecta unidos con nuestros más allegados. Cuando cayó la noche, Pablo me secuestró y me llevó hasta la habitación que esa noche ocuparíamos antes de irnos de luna de miel. No me hacía demasiada ilusión dejar a mi hijo con mis padres durante una semana, pero entre los tres me convencieron, así que Pablo y yo nos iríamos a la costa.

Al entrar en la habitación, me cogió en brazos y me llevó a la cama. Ambos reíamos por ello y él, tras dejar de hacerlo, me besó con delicadeza, intentando con sus labios, llegar a mi alma, esa alma que tan escondida tenía y que, por tonto que pareciera, él estaba a punto de sacar a la luz.

Me hizo el amor como si fuese nuestra primera vez. Me hizo disfrutar de él. Su corazón latía tan fuerte que a veces el mío hacía lo mismo. Pablo era delicado, puro sentimiento y cuando pensé que así sería toda la noche, se volvió loco, cogiéndome en brazos para pegarme a la pared y ahí, hacerme

gemir como una loca... provocando que mi vientre se contrajera, mi sexo se apretara y un calambre recorriera toda mi espina dorsal, haciéndome explotar en miles de pedacitos, llegando al orgasmo a la vez. Estábamos sudados y agotados, debíamos descansar para que por la mañana no tuviéramos los ojos llenos de ojeras.

Nos acostamos y él cayó rendido, pero yo, yo no podía conciliar el sueño. Seguía manteniendo sexo con alguien al que aún no era capaz de amar y cuando lo disfrutaba, era porque su rostro se cambiaba por otro, sus manos eran otras y sus labios eran los de Sergio. ¿Me estaba volviendo loca? Lo odiaba con toda mi alma, odiaba tener que seguir recordándole y me odiaba a mí misma por no ser capaz de expulsarlo de una vez de mi vida o, más bien, de mi corazón. Tras muchas vueltas en la cama, me quedé dormida, aunque ya estaba amaneciendo cuando mis ojos comenzaron a cerrarse.



7

Sergio

Dos años después

El sonido del móvil martilleó mi cabeza, tan fuerte como el dolor que tenía. Anoche me pasé de copas, demasiadas copas. Me levanté despacio, evitando marearme, pues aun el alcohol corría por mi organismo como si estuvieran en una carrera. Cogí el teléfono que estaba en el interior del bolsillo de mis pantalones y descolgué sin mirar.

—¿Quién? —Pregunté de mala manera.

—*¿No me digas que aún estabas durmiendo?*

La voz pesada de mi hermano se clavó en mis oídos, poniéndome de mal humor al instante.

—¿Qué cojones quieres ahora Nick?

—*No me jodas, Sergio. Tenemos una reunión importantísima con el Sr.*

Meyer y sigues vagueando. La empresa te necesita.

Otra vez la maldita frase de la empresa te necesita y yo necesitaba desaparecer. Dos deseos y solo uno se cumplía. Obviamente, desaparecer no era lo que sucedía. Bufé cabreado, cogiendo los pantalones despacio. Estaba seguro de que podría caerme en cualquier momento.

—*Sergio ¿estás ahí? Tienes que venir ya.*

—Que sí, joder. Que voy ya para allá.

Fue lo último que le dije y colgué, miré a mi alrededor sin saber muy bien dónde estaba. No era mi casa. Entonces miré a la cama y una pelirroja con labios carnosos y unas curvas de infarto, dormía plácidamente en la cama. No recordaba muy bien como había llegado hasta aquí, pero sí la noche de sexo que tuvimos. Sonreí de lado y tras vestirme, salí de allí sin dejar ni número de teléfono ni nada. ¿Para qué? Nunca repetía con las mismas mujeres, no quería tener nada serio con ninguna, así que no merecía la pena saber más nada que su nombre para que al follar, supiera con quién lo estaba haciendo.

En el salón, me fijé que era un apartamento humilde, no tenía nada que ver con la habitación que si tenía una decoración un poco más exquisita. Unas maletas en la puerta

me alertaron, pues no sabía que viviese con alguien o, que estuviese recibiendo alguna visita. Bueno, en realidad, no sabía nada de ella y el alcohol no me dejaba recordar su nombre.

—¡Alisa, ya estoy en casa!

La voz de una mujer desde el interior de la cocina me hizo ver que era una visita. Y me hizo recordar el nombre de la pelirroja. Quise correr y salir del apartamento o volver a la habitación para no ser visto, pero no me dio tiempo a ninguna de las dos cosas.

La puerta de la cocina se abrió y me dejó ver a una mujer de unos cuarenta años; era parecida a la chica, lo que me hizo percatarme de que

podría ser su madre. Su cabello rojo me lo confirmó y sus ojos verdes me escrutaron. Me quedé anclado al suelo y sin decir ni media palabra, aunque tampoco sabía qué podría decirle. Seguro que no sabía lo que su hija hacía cuando ella no estaba.

—Hola. ¿Qué hace usted aquí? —Me preguntó alzando una ceja.

—Yo, ya me iba —murmuré nervioso.

—Un momento. ¿Usted es Sergio Fisher?

Abrí los ojos sorprendido, me conocía y eso complicaría mi huida y de verdad que tenía prisa. Asentí a la vez que Alisa salía de la habitación con una bata negra tapando su cuerpo, aunque no demasiado; la bata le llegaba por debajo del trasero y sus pechos eran demasiado grandes como para que poder taparlos. Ella me miró y se sonrojó al comprobar que miraba sus pechos de manera lasciva, recordando la noche de sexo tan intensa que habíamos tenido.

—Mamá ¿no has llegado demasiado pronto? —Miró a su madre y caminó hasta ella para después darle un beso en la mejilla.

—Sí, pero mi vuelo se adelantó. Te envié un mensaje para avisarte —se excusó sin dejar de mirarme a mí—. ¿Qué hace él aquí? —Alzó una ceja—. Por lo que veo conseguiste el trabajo.

Arrugué la frente sin entender muy bien a que se refería.

—Eh, sí —titubeó nerviosa—. Mamá ¿podemos hablar cuando estemos solas? —Se encogió de hombros—. Sr. Fisher, nos veremos más tarde en la oficina ¿de acuerdo? —Dijo haciéndome una señal con la mirada a la vez que apiñaba sus labios.

—Claro, después nos vemos.

Y sin más salí de allí como alma que lleva el diablo.

Ya en la calle, busqué mi coche por todos lados y lo encontré en un callejón que había justo al lado del edificio de Alisa. Me monté en él y arranqué para después pisar a fondo y salir de allí. Tenía una reunión en solo

quince minutos y no iba a llegar, de eso estaba seguro.

Media hora después y con el corazón latiéndome fuertemente cada segundo, llegué a las oficinas de Fisher Enterprise y mi hermano me esperaba en la puerta de mi despacho con cara de perro. Iba a hablar, pero lo corté.

—Ni me hables, he tenido una mañana muy rara.

—Me importa una mierda tu mañana, has llegado tarde y el Sr. Meyer está de un humor de perros. Ya sabes que llevamos detrás de este tío dos putos años para que vengas a joder una reunión que nos ha costado tanto conseguir después de tu último desplante —me recordó cogiéndome del hombro con fuerza.

Mi hermano me tenía hasta los cojones con tantas exigencias, como si él fuera el dueño de la empresa. Era yo quién decidía aquí lo que se aceptaba y lo que no. Y era yo quién decía si quería tener una maldita reunión con el Sr. Meyer. Preferí decir todo eso en mi mente y no gritárselo a él porque sabía que acabaríamos matándonos como otras veces. En cambio, me callé y tras soltarme de su agarre de mala manera, caminé hasta la sala de juntas donde el Sr. Meyer y su hija Penélope me esperaban tras la mesa redonda.

Ella me miró de arriba abajo, así como hizo la última vez que nos vimos hacía ya dos años. No había cambiado nada, seguía siendo guapísima y con un cuerpo que podría volver loco a cualquier hombre, menos a mí.

—Por fin llega, Sr. Fisher... llevamos esperándole media hora. —Miró el reloj de su muñeca para comprobarlo.

—Mi empresa lleva dos años esperándole a usted y no me he cabreado —ironicé sin dejar de mirarle.

No iba a dejar que me pisoteara y mucho menos que me manipulara. Con mi hermano tenía suficiente a diario. Tras haberlo dejado mudo, me senté frente a ellos y esperé a que mi hermano llegase con los documentos que, por fin, Jackson, dijo que firmaría, aunque no estaba tan seguro de ello.

Seguíamos esperando a mi hermano con la documentación que el Sr. Meyer tenía que firmar, pero por increíble que pareciera, algo dentro de mí decía que no iba a firmar. Penélope no dejaba de mirar a su padre muy nerviosa y Jackson me miraba a mí con el ceño fruncido. Parecía estar pensando en algo que quería decirme, pero no sabía cómo. Entonces, cuando me disponía a preguntarle, Nick entró en el despacho con una carpeta en sus manos.

—Bueno, pues ya estamos todos —murmuró Penélope.

Ella nunca hablaba y para ser sincero, no recordaba haberla escuchado antes. Mi hermano se sentó a mi lado y abrió la carpeta para luego ponerla frente a mí. La ojeé con cautela, pues Nick a veces era un poco tramposo y debía verlo todo muy bien antes de hacerle firmar a alguien algún documento que no estuviese bien redactado. La fusión de Fisher y Meyer era algo que nos ayudaría a ambos. A ellos en Alemania y a nosotros en España que era donde Jackson fundó la revista, pues aquí no pudo. El que mi familia fundase mi empresa, hizo que algunos empresarios tuvieran que irse a otros países y Meyer, fue uno de ellos.

—Antes de firmar quiero decir algo. Bueno, más bien, es una cláusula nueva —anunció Jackson.

Lo que me temía, tenía algo entre manos y estaba seguro de que no me iba a hacer ni puta gracia.

—Usted dirá, aunque después del tiempo que llevamos esperándole que ahora salga con cláusulas nuevas, me parece una falta de respeto hacia mi empresa. Creo que todo está conforme a lo que en su día ambos queríamos ¿no? —Negó.

Miré a Nick y este no me devolvía la mirada. Lo sabía, él sabía que esto iba a ocurrir y por eso me estaba metiendo tanta prisa. Me puse nervioso, pues con Jackson Meyer nunca se sabía. Cogió la mano de su hija y tragué saliva,

pero no iba a dejar que viese que me afectaba algo, al contrario, debía ser lo más frío. Como un témpano de hielo.

—Sergio, es una petición para ti o por así decirlo, una condición para firmar esos contratos. —Me levanté cabreándome.

Comencé a dar vueltas de un lado al otro. Aún no me había dicho nada, pero yo sabía lo que quería y no, mi respuesta sería un no rotundo. No estábamos tan desesperados.

—Hable de una maldita vez —exigí bruscamente.

—Cálmate hermano —me pidió Nick. Yo lo fulminé con la mirada.

—No quiero calmarme...

—Sergio, quiero que te cases con mi hija —me interrumpió.

Sonreí de lado, irónicamente, pues estaba muy cabreado. ¿Cómo tenía los cojones de pedirme eso, de exigirme algo así? Me quité la chaqueta del traje, me estaba asfixiando y la dejé en el respaldo de la silla que estaba ocupando hacía apenas unos minutos. Luego me dirigí a él, a ese hombre que se creía tener libertad para decidir sobre mi vida, sobre quién podía tener a mi lado. Casarse era una decisión que no se tomaba a la ligera y mucho menos podría hacerlo sin querer a su hija. Ni siquiera me gustaba por el amor de dios.

—No.

—Creo que no me has entendido. Si no te casas con mi hija, no firmo y adiós fusión de empresas —afirmó sin apartarme la mirada—. Creo que dada vuestra situación económica...

—Un momento ¿de qué situación me está hablando? —Pregunté, pero esta vez mirando al hijo de puta de mi hermano.

Nick se levantó y caminó hasta la mesa bar que teníamos en la sala de juntas, se sirvió una copa y la bebió de un trago sin responderme a nada. El día no podía ir mejor. Primero me despertaba en una casa que no reconocía e incluso parecía que había contratado a esa chica sin conocerla. Segundo venía

este cabrón de Jackson Meyer a ponerme exigencias y para terminar la mañana, me había enterado de que teníamos problemas económicos. ¿De qué coño iba todo esto? ¿Era una maldita cámara oculta? Caminé hasta mi hermano y lo cogí del codo para luego sacarlo de la sala sin decirle nada a él y mucho menos a nuestros visitantes.

—¡Suéltame! —Me gritó soltándose de mi fuerte agarre.

Nick era mayor que yo por cinco años, pero me importaba una mierda. Si tenía que partirle la cara, lo haría sin miramientos.

—Me vas a explicar ahora mismo todo o te juro por nuestros padres que te doy una paliza —amenacé fuera de mí.

Entramos en mi despacho y se sentó tranquilamente en el sillón. Lo veía demasiado tranquilo para el problema que teníamos, algo que, al parecer, era muy grave para la empresa. ¿Qué coño le pasaba? ¿Qué tenía en esa maldita cabeza?

—Estamos en banca rota —dijo de pronto.

Mis ojos se abrieron, tanto, que prácticamente comenzaron a arderme.

—¿Banca rota? No puede ser. Hace un mes le pedí a Edwin que me hiciera un balance y todo estaba bien. Más te vale tener una explicación, porque no me he partido el lomo durante tres años en esta empresa, perdiendo todo para que ahora se vaya a pique...

—¡Esta bien! Te lo contaré todo, pero no podemos perder la fusión con Meyer y si te pide que te cases con su hija, pues lo haces y calladito, cojones.

—No puedo creer lo que estás diciendo. Eres un hijo de puta. ¿Por qué no te casas tú con ella? Siempre tengo que ser yo quien se sacrifique por la empresa —vociferé pegándole una patada a la silla.

Esta cayó de lado, casi encima de mi hermano, pero juro por dios que en este momento me importaba muy poco la sangre. En este momento era cuando miraba atrás, a mi pasado y me daba cuenta de que tenía que haberme quedado

en España, que no tenía que aceptar esta maldita vida que lo único que había provocado en mí, era dolor, uno tan fuerte del que no sabría como salir. Y nunca, nunca jamás, haría algo que no quisiera, porque esta vez lo dejaría todo sin importar nada.



8

Sergio

—Sergio. —Nick tocó mi hombro.

Me había quedado en un lado de mi despacho, mirando a la nada, sentado en la silla de mi escritorio y con una copa de ron en mi mano derecha. No quería ni tenía ganas de hablar con él, con nadie. Solo quería largarme, irme de este maldito país, de esta maldita empresa, de volver a Madrid y buscar la manera de que Lucía volviese conmigo; ¿pero que estoy diciendo? Ella no querría verme, hizo su vida y se habrá olvidado de mí. Recordar el momento en el que le dije sí quiero a Pablo, me hirvió la sangre y tiré el vaso con tanta fuerza, que se hizo añicos contra la pared que tenía frente a mí.

Mi hermano se separó de mi lado, caminando de nuevo hasta el sillón donde se había sentado cuando entramos en el despacho. Aún no me había contado todo, ni cómo se gastó tal cantidad de dinero, pero tampoco había que ser un lince para saber que era un derrochador, un vividor que no daba un palo

al agua y que todo lo hacía yo. Estaba harto y deseaba mandarlo a la mierda, despedirlo, pero no podía hacerlo. Mi abuelo hizo un testamento que me obligaba a trabajar con él codo con codo. Entonces una idea se me vino a la cabeza. No podía despedirlo, pero sí cortarle el grifo.

—A partir de hoy, serás un trabajador cualquiera. Tendrás que currar todas tus horas por el sueldo que cobran todos —anuncié sin mirarle, no podía.

—¿Qué estás diciendo? No pienso hacer nada de lo que me pides —se quejó. Cómo no.

—Nick es lo único que puedo ofrecerte. Tú sabrás, pero es eso o despedirte y no tener nada. —Lo miré fijamente, matándolo con la mirada.

Tenía que coger las riendas de mi empresa de una vez por todas. En estos años solo he sido el títere de mi hermano, haciendo todo lo que él creía conveniente, todo lo que a él le salía de los huevos y estaba cansado de ser el gilipollas de turno. Sí, yo era el dueño, el único heredero, pues ahora las cosas se harían a mi manera.

—No puedes despedirme.

—Es cierto, pero sí puedo denunciarte por robar dinero de la empresa de tu hermano y eso conlleva quedarte sin nada y encima puedes ir a la cárcel.

Se levantó con el semblante blanquecino y caminó hasta posicionarse frente a mi mesa. Miré al frente, subí la cabeza y clavé mis ojos en los suyos. Esto iba a ser divertido. Su cara demostraba de todo, menos esa altanería que tanto se gastaba. Estaba cagado, yo había conseguido eso y no me iba a echar atrás. No ahora.

—No eres capaz de hacerlo. Siempre has sido una mierda que se ha dejado llevar por todo lo que yo te he dicho. Si no fuera por mí, ahora no estarías en esta mesa, que te quede claro —escupió creyendo que eso me haría cambiar de opinión. Qué equivocado estaba.

—Yo estoy aquí sentado porque tú no has tenido huevos de llevar adelante esta empresa, así que guárdate esas gilipollices para quien no te conozca. Yo soy el dueño, tu jefe...

—Y mi hermano —me interrumpió.

—¡Vaya! Ahora te importa nuestro parentesco. Cuando yo te pedía, te rogaba que me dejaras estar con Lucía, que era la mujer que más amaba y amo, porque no creo que pueda dejar de amarla algún día, te importó una mierda que fuéramos hermanos. Es más, me dijiste que la empresa era lo más importante y que aquí era donde debía estar ¿lo recuerdas? —Asintió—. Me alegro de que te tengas buena memoria, porque esto no te lo voy a volver a repetir. Soy el dueño y aquí se hace lo que yo digo. Si quieres seguir aquí, se te hará un contrato de trabajador normal y tendrás el salario mínimo, como todo el mundo.

Estaba disfrutando con esto, la verdad y más ver su cara de pánico. Esto era fácil, algo con lo que podía lidiar. El problema serio, era saber cómo recuperar el dinero sin tener que rebajarme al Sr. Meyer y casarme con su hija. Algo que no quería hacer. Nick seguía mirándome serio, sin decir nada, esperando que yo mismo le dijera que no tenía que hacer nada de eso y que seguiríamos como hasta ahora, pero no, no había vuelta atrás y lo tenía que aceptar.

—Qué dices hermanito ¿aceptas la propuesta? —Insistí.

—Sí, acepto lo que digas. Pero eso no va a evitar que te cases con Penélope Meyer, es la única salida para la empresa.

—Ya veremos.

Dicho eso, salió de mi despacho pegando un portazo que seguro alertó a todo el personal. Cuando me disponía a levantarme para salir de aquí e ir en busca del jefe de contabilidad para que me dijera cómo estaban las cosas, escuché unos toques en la puerta. Tras un; pase por mi parte, Rubi, la jefa de

recursos humanos entró en el cubículo junto con la pelirroja de esta mañana. Fruncí el ceño sin entender nada y recordé que me dijo que nos veríamos en la empresa. ¿Qué hice anoche?

—Buenas Sr. Fisher. Disculpe que les moleste a estas horas, sé que está ocupado...

—Al grano Rubi —la interrumpí.

Rubi era una muchacha joven que llevaba en la empresa dos años, prácticamente entró poco después que yo fuera nombrado presidente y era una chica tímida. Pocas veces ha tenido que venir a mi despacho, pero cuando venía siempre le pasaba esto.

Mis ojos se clavaron en la pelirroja y ella agachó la cabeza sin poder mantenerme la mirada. Qué estupidez, si la había visto desnuda, aunque no lo recordaba demasiado bien.

—Eh, sí. Ella es Alisa Nolan, su nueva secretaria. No sabía nada y ella misma me hizo venir aquí para que usted me diese la orden de preparar su contrato —explicó casi tartamudeando.

—Entiendo.

—Yo lo siento, de veras que no sabía que usted había contratado ya a otra secretaria.

—Ni siquiera sabía que necesitaba otra secretaria. Esas cosas las llevaba mi hermano, pero si ella dice que la he contratado debe ser verdad. ¿No, Srta. Nolan? —me fijé en ella y se ruborizó.

—Sí, anoche en la cena que tuvimos me hizo la entrevista y me aceptó.

Al decirme lo de la cena, me vinieron visiones de lo que pasó anoche... Y era cierto, había cenado con ella y la había contratado, lo que pasó después fue un imprevisto. No me gustaba mezclar lo personal con el trabajo y tendría que hablar con ella para dejarlo claro antes de que tuviéramos algún que otro encuentro que nos obligara a llegar a algo más. No podía negar que era una

belleza; el cabello rojo como el fuego le caía sobre sus exuberantes pechos. Sus ojos eran de un verde esmeralda que idiotizaba a cualquiera y sus labios eran toda una tentación. Y ni que decir de sus caderas. Será mejor que me callase. Era la primera vez que una mujer me ponía nervioso. Antes solo lo conseguía Lucía.

—Rubi ¿puede dejarnos unos minutos a solas? Luego puede ir con la Srta. Nolan a su oficina para que redacten el contrato.

—Como usted diga Sr. Fisher.

Le echó una última mirada a la pelirroja y salió del despacho. Nos quedamos a solas y no sabía cómo entablar una conversación con ella, como explicarle que lo que ocurrió anoche, aparte de no recordar demasiado, no podía volver a pasar.

—Siéntese. —Le señalé la silla que estaba en el suelo—. Oh, espere. Yo la cojo.

—No, por favor.

Fui hasta la silla y me agaché a la vez que ella, provocando que nos golpeásemos la cabeza entre nosotros. Nos miramos y soltamos una carcajada.

—Lo siento —se disculpó.

—No, no pasa nada.

Nos levantamos y nuestros ojos seguían conectados. Una parte de mí deseaba besarla, dejarla sin aliento y follármela aquí y ahora, encima de la mesa de nogal. Pero la otra parte, me hacía ver las cosas con claridad y debía ser responsable y no tener nada con una empleada. Además, Lucía no salía de mi mente y solo estando borracho había podido acostarme con muchas mujeres, solo para olvidarla. ¿Por qué debía ser ella la excepción?

Suspiramos al unísono y sonreímos de nuevo. Parecíamos tontos y unos desconocidos, aunque en realidad lo fuéramos.

—Eh, yo. Alisa...

—Sí, lo que pasó anoche no volverá a pasar. Lo sé Sr. Fisher. Estábamos bebidos y se nos fue un poco de las manos...

No la dejé hablar, me acerqué a ella la apreté contra mi cuerpo, posando mis manos en sus pronunciadas caderas. Acerqué mi boca a la suya, devorándola con deseo, con un deseo que despertó en mí en cuanto la vi esta mañana. Metí mi lengua para buscar la suya y así profundizar el beso. Un gemido salió de sus labios en cuando bajé una de mis manos y la colé por debajo de la falda negra que llevaba y acaricié su sexo despacio, solo una caricia. Mi polla dio un brinco y ya necesitaba entrar en ella y hacerle todo lo que mi imaginación me mostraba en este momento. Pero cuando iba a hacerlo realidad, volvieron a tocar en la puerta y eso hizo que nos despegáramos.

—Yo, yo. Lo siento —dijo mientras se arreglaba la blusa y salía del despacho, dejándome ver a la persona que estaba al otro lado.

Penélope me miraba con cautela, como si la fuera a echar de mi despacho de mala manera. La hice pasar y me senté en mi silla de nuevo, al menos así podría tapar la erección que Alisa me había provocado. Esa mujer tenía el poder de ponerme cachondo con solo mirarla. En cambio, la Srta. Meyer era todo lo contrario, no era la mujer que a mí me gustaba, no era mi tipo, no me gustaba y no iba a casarme con ella.

—Siento venir a verte y más después del espectáculo que mi padre ha dado hace una hora. —Asentí.

¿Ya había pasado una hora? No me había percatado del tiempo y mucho menos me había acordado de que los había dejado tirados en la sala de juntas.

—Usted dirá.

—Por favor, tutéame.

—Claro, tú a mí también —afirmé y ella asintió con una tierna sonrisa.

Solo en eso destacaba con las demás, el ser dulce. Penélope era una mujer muy dulce que podría enamorar a cualquiera, aunque yo no quisiera

estar con ella, no era solo porque no la quisiera, sino, porque me recordaba demasiado a Lucía y lo único que me faltaba ahora era estar con una mujer semejante a ella cuando lo que quería era olvidarla para siempre.

—Dime. ¿Qué querías? —Le pregunté.

La verdad es que quería terminar con esta mierda de día y volver a mi casa para relajarme.

—Quiero que te cases conmigo, Sergio.

Abrí los ojos incrédulos, no podía creer que ella me estuviera pidiendo eso ¿por qué? No lo sabía. Solo una mujer desesperada sería capaz de pedir algo que no quería, porque se le

notaba que ella tampoco era feliz con que nos quisieran casar como si fuéramos unos niños de papá.

—Lo siento, Penélope, pero eso que me pides no podrá ser —sentencié levantándome para volver a servirme una copa—. ¿Quieres una? —Asintió. Sonreí—. Toma. —Le extendí el vaso y se lo tomó de un sorbo. Parecía desesperada.

—Solo quiero cumplir la última voluntad de mi padre. Sergio... se muere ¿sabías? —Negué sorprendido—. Soy la única heredera, pues mi madre no pudo tener más hijos. Mi padre tiene cáncer y le han dado muy poco tiempo de vida, es por eso por lo que quiere casarme a como dé lugar, sin importar que yo no quiera o que, en su defecto, tú tampoco. Es normal que esto sea algo que a ti no te importe, pero te lo pido como favor personal. Después...

—No puedo... lo que me pides es algo rastrero hasta para mi hermano. Casarnos para que tu padre muera feliz ¿en serio? —La interrumpí levantándome.

Caminé hasta la puerta y la abrí para invitarla a salir con toda la educación que me habían enseñado. No iba a dejar que esta mujer me manipulara con sus encantos.

—¿Qué haces? —Preguntó asombrada.

—Te voy a pedir que me dejes solo, tengo mucho trabajo.

—Pero...

—Nada, Penélope. No tenemos nada más que hablar y espero que no vuelvas a mencionarme nada sobre esa absurda boda, porque es un no rotundo ¿queda claro? — Asintió levantándose de su silla y asombrada, mucho, a decir verdad, pasó por mi lado.

—Soy tu única esperanza, Sergio. La boda es la salvación para tu empresa... piénsalo —murmuró mirándome fijamente. Yo en cambio, no podía ni quería mirarla.

Negué con la cabeza gacha, salió de mi despacho y cerré de un portazo. Estaba cansado de que todo el mundo, harto de que todos decidieran lo que era mejor para mi empresa y sobre todo para mí. Yo era el dueño de Fisher Enterprise, el dueño de mi vida y ninguna modelo con aires de grandeza me iba a venir a decirme lo que tenía o no que hacer.



9

Sergio

Cuando me quedé solo, me frustré, me cabreé y cogí la botella de ron para beber de la misma. No podía creer que todo esto estuviese pasando, no ahora cuando mejor estaba yendo la empresa. ¿Qué cojones había hecho mi hermano? ¿Por qué tenía que joderlo todo?

Horas más tarde, recibí la documentación de contabilidad para poder ver las cuentas y los gastos de la empresa. Los balances caían en picado desde hacía cinco meses y yo no tenía constancia de eso. Cogí el teléfono y le pedí a Alisa que llamase a mi hermano y que le dejara un mensaje; tenía que llamarme lo antes posible o las cosas se iban a poner muy feas. No lo hizo, claro que no, yo sabía que no lo haría.

A las once de la noche, estaba cansado y harto de toda esta mierda. Me levanté y salí del despacho para volver a mi apartamento... solo esperaba encontrar una solución lo antes posible o el embargo vendría antes de que

podiese hacer algo. Las cuentas estaban todas a cero, no teníamos dinero para pagarle a los trabajadores. Tendría que recortar plantilla, por no decir que me quedaría sin nada. El patrimonio se iría a pique en dos segundos y todo por su culpa, por su maldita culpa.

Me pasé toda la noche dando vueltas en la cama, sin parar de pensar en la solución al problema. Para ser sincero, en lo único que pensaba, era en las miles de personas que se quedarían sin trabajo, ya que, si yo perdía todo, volvería a Madrid, olvidándome por fin de toda esta vida en la que no quería estar. Entonces la propuesta de Penélope entró en mi mente. ¿Y si aceptaba? ¿Y si era la solución como ella misma me había dicho? Estaba claro que tenía razón, pero para mí era algo rastrero. Engañar a todos, engañarme a mí mismo, porque nunca la iba a amar. No, tenía que haber otro modo.

Me levanté cansado de dar vueltas y salí al salón para servirme una copa. Desde hacía unos meses, estaba bebiendo más de la cuenta y no quería caer en las garras del alcohol. Y ahora era lo único que me ayudaba a pensar y calmarme. Cogí mi móvil y busqué su número, quería llamarla, estuve tentado a hacerlo mil veces... preferí mandarle un mensaje.

Estuve esperando respuesta durante tres horas, hasta que el sueño me venció. Puede que no quisiera responder, incluso puede que estuviese dormida. No lo sabía, el hecho estaba en que no lo hizo y me dolió muchísimo.

Por la mañana, me levanté con el propósito de arreglarlo todo, de hacer lo que era mejor para la empresa y no para mí. Para algo mi abuelo la puso en mis manos, confiando en mí y no en Nick. Sería por algo ¿no?

Lo primero que hice al llegar a mi despacho, fue pedirle a Alisa que llamase a Jackson y Penélope, aunque primero quería hablar con ella a solas.

Durante la mañana y mientras los esperaba, no dejaba de mirar el móvil, pensando de que me llegaría una respuesta de Lucía, pero nunca llegó y fue una de las cosas que me hizo pensar que debía hacer mi vida, que debía

olvidarla, aunque dependiera mi felicidad de ello. Tenía que creer en mí, en la capacidad de olvidarla y amar a otra mujer que no fuese ella. Lucía pasaría a la historia en mi corazón.

Sobre las doce de la mañana, Penélope entró en mi despacho y sin dejarle tregua a que me dijera algo que me hiciera retractarme, le dije lo que ella quería escuchar y lo que creí era lo mejor para todos.

—Acepto. —Ella me miró asombrada, mostrándome esas bolas negras que tenía por ojos—. Acepto casarme contigo.

—¿Estás hablando en serio? —Preguntó levantándose eufórica.

Dio un pequeño aplauso a la vez que yo asentía. Penélope se acercó a mí y sin que me lo esperase, me dio un beso en la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios. Su olor, un olor a vainilla entró en mis fosas nasales, instalando una calma en mí que hacía tiempo no tenía. ¿Será que ella sí me haría volver a ser el que era? Podría ser la que me ayudara a pasar página de una vez y a tener una estabilidad.

—Lo siento —se disculpó separándose unos largos centímetros de mí.

—Solo tengo algunas condiciones —referí antes de que su padre lo supiera.

—Tú dirás.

—Nos casaremos, uniremos fuerzas. —Asintió—. Y en el momento en el que tu padre no esté, y siento decirlo así, nos separamos... —Me miró con algo de decepción—. Penélope, no quiero engañarte, pero lo hago por la empresa y tu padre, de no ser así, esta boda no se celebraría.

—Está bien, se hará como tú digas.

Aunque me dijera que era por su padre, algo me decía que a ella no le disgustaba del todo que nos casáramos. Y ahora que lo pensaba bien, podría incluso ser una buena idea casarme con esta mujer, que, después de todo, era hermosa. Aunque Penélope no destacaba por su belleza, sino, por su dulzura.

Era una mujer demasiado dulce para ser modelo. Para ser sincero, ella era un caramelo entre tanto empresario que salía con modelos.

Yo me levanté y me acerqué a ella, cogí su mano y la llevé a mis labios. Sentí su nerviosismo, temblaba como una hoja en otoño y me recordó a ella. Cerré los ojos unos largos segundos, unos segundos que necesitaba estabilizar mi mente, borrando a Lucía de alguna manera, aunque fuera una tarea casi imposible.

—¿Estás bien? —Se interesó acariciando mi mejilla.

Sin abrir los ojos, la llevé hasta mi cuerpo, pasando mis brazos por su pequeña cintura y la abracé con fuerza. Necesitaba creer que esta hermosa mujer podría ser mi salvadora, la que me ayudaría a pasar página, terminar de una vez por todas ese libro que no lograba tener su fin. Sin abrir los ojos, fui acercándome a ella y besé sus labios despacio, con dulzura. Ella me recibió gustosa, no le importaba lo más mínimo que mis labios avasallaran los suyos, que la besara sin permiso. Abrió su boca, dándole permiso a mi lengua y profundizar el beso. No la amaba, no la quería y no sabía si algún día podría hacerlo, pero sí necesitaba besarla y descubrir si algún sentimiento afloraba en mí. Sus labios no me disgustaban, al contrario, me gustaban y besarla había sido algo que volvería a hacer.

Cuando nos separamos, ambos estábamos agitados, acelerados. Abrí mis ojos y Penélope se ruborizó.

—Ahora sí podemos decir que somos pareja ¿no? —Sonreí. Ella asintió complacida—. Pues vamos a decirle a tu padre que nos casamos.

Cogí su mano y salí con ella de mi despacho. Al salir, Alisa estaba en su mesa y me miró con el ceño fruncido, pues iba de la mano de mi futura esposa. Las cosas con ella debían cambiar y si para eso tenía que cambiarla de departamento, lo haría. La tentación en este momento, cuanto más lejos mejor. Seguimos nuestro camino hasta la sala de juntas donde el padre de Penélope la

esperaba con amargura. Ahora que me fijaba en él, pues antes no quería ni verlo, era cierto de que tenía unas pronunciadas ojeras que le hacía ver mucho más demacrado que la última vez que lo vi en Madrid.

Jackson miró a su hija con una tierna sonrisa. La verdad era que ese hombre tenía delirio por ella. Luego sus ojos se clavaron en nuestras manos entrelazadas y sonrió complacido. Era lo que él quería y lo había conseguido. Yo lo hacía por ella, pero después de que su padre no estuviera con nosotros, cada uno haría su vida.

Pero ¿hasta qué punto iba a ser así? Tras esa decisión y unos pocos meses después, Penélope y yo nos casamos. Decidimos hacerlo rápido por Jackson, estaba cada vez peor y al menos queríamos que se fuera feliz de ver a su hija con un hombre de verdad. Palabras de él, no mías. No me consideraba un hombre de verdad, pues si lo fuera, no habría sido un cobarde durante tanto tiempo, no habría dejado a la mujer que realmente había amado y amaré toda mi vida, y tampoco me hubiese casado con Penélope solo por darle gusto a un moribundo, sabiendo que, gracias al matrimonio, nuestros bienes se unirían, salvando así la empresa que mi hermano llevó a la ruina.

Mi hermano, qué iba a decir de ese hijo de puta. Echó a perder todo por lo que yo había luchado, gastando el dinero, pidiendo préstamos que no pagaba. Por culpa de eso, casi despedí a más de cien empleados, unas personas que tenían familia a la que alimentar, casas que pagar. Pero a él le daba igual, siempre y cuando no le faltase de nada. La cosa estaba, que desde que le había dicho que lo bajaría de rango en la empresa, desapareció y no vino ni a la boda. De esto hacía más de cinco meses. ¿Dónde estaría? Bah. ¿Qué importancia tenía ya?

Poco tiempo después de la boda, Jackson Meyer, falleció en su domicilio familiar, junto a su hija y el esposo de esta. Eso lo leí en la revista que Fisher Meyer Enterprise había sacado esa semana.

—Gracias por haber hecho que mi padre sea feliz antes de morir, mi amor. —Sollozó mi esposa frente a la lápida de su padre.

—No tienes por qué darlas, cielo —respondí con cariño.

No era mala mujer, más bien me hacía la vida más fácil y eso era de agradecer. Se mantenía siempre en segundo plano en lo que a la empresa refería y así lo preferí.

Penélope no era la mujer de mi vida, de eso estaba segurísimo, pero ¿podría llegar a serlo? Tocaba descubrirlo, pues el que se quedara embarazada, complicaba la separación que ambos teníamos pactada.

Los meses pasaron y llegó el momento del nacimiento de nuestros hijos. Sí, eran dos, niño y niña. La verdad era que estábamos muy felices, aunque esa felicidad, por mi parte, solo era por el hecho de ser padre.

—Mira, Sergio. Estos son Ancel y Erika, tus hijos.

Mis ojos se clavaron en ellos, siendo a partir de este momento lo que me haría luchar para hacerlos felices. Un día dije que mi boda con Penélope solo sería por conveniencia de ambos, pero ahora, después de ver a estos preciosos bebés entre sus brazos, no me hubiera imaginado mi vida sin ellos y eso me lo dio esta mujer a la que no he logrado amar en todo este tiempo.

La empresa a estas alturas volvía a subir como la espuma. La fusión entre ambas familias lo consiguió y eso sí debía agradecerle a Jackson Meyer. Ahora solo tocaba seguir con mi vida, siendo esta la que no esperaba y la que yo mismo decidí tener.

Días después

Me levanté sobre las siete para ir a la empresa. Desde hacía un par de días mi esposa y mis hijos estaban en casa y la verdad era que no dormíamos demasiado. Eran unos guerreros y solo querían comer. Penélope estaba agotada, porque a fin de cuentas era ella la que tenía que darles el pecho y

eran demasiadas horas.

—Buenos días ¿has dormido bien? —Me preguntó con una tierna sonrisa.

Me encogí de hombros y cogí su mano para después depositar un beso en ella. Sabía que prefería que la besara en los labios y era algo que no hacía demasiadas veces, pero ¿qué podía hacer? No era algo que me saliera hacer. Le tenía un cariño inmenso, aunque no el suficiente como para desde la mañana demostrarle lo que la amaba, pues no lo hacía. No la amaba y ella lo sabía.

—¿Y tú? —Me interesé a la vez que el llanto de uno de mis pequeños nos interrumpía. Ella se iba a levantar—. No, ya voy yo. Tú descansa.

—Pero...

—Nada, yo voy. Y esta misma tarde contrato a alguien para que te ayude con ellos. Tienes que descansar —le informé y tras darle un beso en la frente, fui hasta la habitación de mis hijos.

La que había llorado había sido la niña de mis ojos. Erika era tan parecida a mí, como lo era Ancel de su madre. La cogí en brazos y le di un beso en su moflete.

—¿Qué pasa cielo? —Pregunté acunándola.

Me movía despacio para conseguir que se durmiera y casi lo había conseguido hasta que su hermano lloró pidiendo atenciones. Y me vi con los dos llorando y sin saber qué hacer. Escuché los pasos de Penélope y con una sonrisa cogió a Ancel y se sentó en el sillón que había justo al lado de la cuna y comenzó a darle de comer. Yo la admiraba, era fuerte, demasiado y no merecía tenerla como esposa.

Sobre las nueve, ya llegaba tarde a la empresa y tuve que irme corriendo para llegar pronto a la reunión que tenía con una nueva revista, pero esta vez de Italia. Cuando llegué a mi despacho, Alisa entró como un vendaval y tras cerrar la puerta, echó el pestillo para después sentarse a horcajadas sobre mí.

Sus labios se pegaron a los míos, besándome hambrienta y comenzó a volverme loco en décimas de segundos. Sí, estaba engañando a mi esposa con mi secretaria y realmente no quería hacerlo. Con Penélope hacía tiempo que no me acostaba, pues solo lo hicimos dos veces y se quedó embarazada. No quería hacerla sufrir, no se lo merecía, pero yo tampoco quería y llevaba sufriendo años.

—¿Por qué has tardado tanto? —Preguntó mordiendo el lóbulo de mi oreja.

—Tenía que ayudar a mi esposa con los niños.

Alisa paró de besarme el cuello y me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre? —Le pregunté.

—¿Cuándo la dejaras?

Achiqué los ojos, mirándola fijamente para comprender a qué venía esa pregunta a la vez que la obligaba a levantarse de encima de mí. Alisa se arregló la falda arrugada mientras caminó hasta el sillón de piel que tenía en el despacho. Se sentó con sus ojos clavados en mí. Yo no lo respondí, pues no sabía que decirle, era la primera vez que ella me preguntaba eso y realmente había sido toda una sorpresa.

—¿A qué viene esa pregunta? —Me interesé sentándome a su lado—. Pensé que lo pasábamos bien —afirmé.

—Sí, pero estoy cansada de ser la otra, Sergio.

Abrí mis ojos desorbitadamente, pues me estaba pidiendo ser algo más y yo nunca le prometí amor, nunca le hice ver que la quisiera. ¿Por qué pensó que sí? Estaba claro que las cosas se iban a complicar y que Alisa sería la causante.

—Que yo sepa nunca te he prometido algo más de lo que ya tenemos —afirmé cabreándome. Ella me miró con los ojos muy abiertos—. No me mires así, yo no estoy enamorado de ti, no lo estoy de mi esposa.

—¿Entonces qué cojones haces con las dos? De verdad Sergio que no te entiendo.

—Lo siento, siento si alguna vez te hice pensar que te daría algo más, pero...

—Joder, eres un hijo de puta. ¿Por qué te casaste con ella entonces? ¿Por qué no puedes amarme?

Sus preguntas no me habrían afectado si en ellas no se hablaran de amor.

—Me casé de mutuo acuerdo, así como lo iba a ser mi separación... Y llegaron mis hijos, no podía simplemente darles de lado. Penélope sabe mis sentimientos.

—Y yo ¿en qué punto de tu vida estoy yo? —Insistió.

—Alisa, en ningún punto. Solo puedo darte esto, nada más.

—¿Quién es la afortunada?

—¿De qué hablas?

—¿De quién estás enamorado? Porque no me creo que no ames a nadie si no puedes enamorarte de tu esposa y mucho menos de mí.

La conversación se estaba volviendo pesada y quería cortarla, pero si para eso tenía que decirle la verdad, hacerla conocedora de mi pasado, de Lucía, enseñarle que solo podía amar a una mujer, a una que no me pertenecía y que seguro era feliz con su esposo, lo haría, aunque para eso tuviera que abrirle los ojos y mostrarle al Sergio que le haría daño a cualquier mujer, que ya les hacía daño a tres mujeres. Me senté frustrado y pasé los dedos por el puente de mi nariz mientras un bufido se escapaba de mis labios.

—Hace años que no sé nada de ella. Lucía se llama.

—¿Qué pasó con ella? —Preguntó en un susurro casi audible.

—La dejé... vine aquí creyendo que serían solo unas cortas vacaciones convirtiéndose en mi vida. Volví a por ella, pero ya no quería saber nada de mí. —Mi voz sonó agónica, llena de dolor.

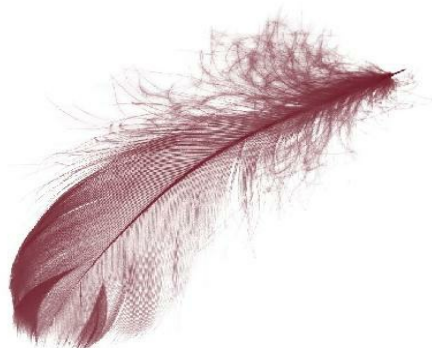
Alisa por un momento me entendió, pero solo fueron unos cortos minutos, pues tras contarle lo sucedido y sabiendo que jamás iba a sentir por ella lo que, supuestamente, ella sentía por mí, salió de mi despacho y por consiguiente de la empresa. Se despidió y no quiso que fuese a buscarla nunca más. Me hizo ver que sufría y que, si se quedaba conmigo, lo haría mucho más y no la culpaba, al contrario, aquí el culpable de todo lo que pasaba, era yo y nadie más que yo.

Pasé el resto del día en la empresa, trabajando sin parar, haciendo tiempo para volver a casa cuando Penélope estuviese dormida. Me sentía un hijo de puta, en realidad lo era, por seguir casado con alguien que no amaba.

Sobre las doce de la noche llegué a mi casa y ya todos estaban dormidos, así que me metí en mi despacho y ahí dejé pasar muchas más horas, bebiendo ron mientras pensaba en ella, en esa chica que dejé atrás hacía tanto tiempo. Por un momento, cogí el móvil y la busqué, así como hice hacía unos meses y no recibí respuesta y volví a enviarle un mensaje, pero este era diferente, pues la necesitaba.

Sergio : *Lucía, siento mucho hablarte a esta hora y ni siquiera sé si este sigue siendo tu número, pero... te necesito. Necesito hablar contigo, necesito ayuda.*

Dejé el móvil en la mesa y me fui a la cama, sabiendo que no tendría respuesta, sabiendo que era en vano recordarla, pues estaba seguro de que ella ya me había olvidado.



10

Lucía

La vida me sonreía, al fin podía respirar con tranquilidad tras la tortura de los estudios. Había conseguido un trabajo en un instituto cercano a casa. No era un contrato fijo, pero me bastaba para meter la cabeza, como se suele decir y que pudiera quedarme. Le daba clases a los de cuarto de la ESO, siendo esto todo un reto para mí, pues los adolescentes con las hormonas revolucionadas no hacían más que complicar mi día de trabajo. Me había tocado una de las clases más conflictivas, ya que el instituto no era que fuese el mejor de Madrid, pero al menos tenía trabajo ¿no?

Al llegar la hora del recreo, mi compañera Macarena, vino a por mí a la sala de profesores para salir a desayunar fuera. Hoy no nos tocaba vigilar el patio a nosotras, así que nos aprovecharíamos de ello.

—Ey, ¿a qué hora piensas salir de aquí? —Preguntó poniéndose justo delante de mí.

—Ya voy, ya voy. Estaba firmando unos papeles que me ha dejado el director. —Alzó una ceja.

—¿Qué estás firmando? No te fies de todo lo que te dan. Lo habrás leído antes ¿no? —Asentí divertida.

—Es para una excursión al museo. —Vi como sus labios se curvaban en una sonrisa sarcástica—. Ya sé, es toda una aventura salir con mi clase al museo, pero será una oportunidad para conocernos mejor.

—Si tú lo dices.

Me levanté de la silla y tras dejar los papeles en el cajón para que el director los cogiese, salimos de la sala de profesores y nos encaminamos hasta la salida para ir a la cafetería de la acera de enfrente. Menos mal que no teníamos que ir demasiado lejos. Al cruzar la carretera, Macarena lo primero que hizo fue ir al quiosco para comprar una de esas revistas que tanto asco me daban. A decir verdad, nunca las miraba por el simple hecho de que estaba segura de que Sergio saldría en primera plana.

—Vamos, deja ya esas tonterías de revistas. Solo dicen mentiras y mierdas.

—Cállate ya, que eres muy pesada —respondió mientras sacaba dinero de su cartera—. Tenga. —Le extendió el dinero al quiosquero—. Además, no compro la de tú ya sabes quién —aseguró caminando hasta mí.

No le respondí. ¿Para qué? Seguimos nuestro camino, aunque ella estaba completamente concentrada en la revista *Years*; esta también era de Alemania. La verdad no sabía qué tenía esta mujer con las noticias de allí. Al llegar a la cafetería, nos sentamos en la mesa de siempre y el camarero ya sabía lo que tenía que traernos. Macarena seguía mirando la prensa rosa y me percaté de que no era la única revista que había comprado, pues tenía otra detrás de la que leía completamente hipnotizada. Me fijé en las primeras palabras que tenía la portada; *Sergio Fisher, ha pasado de ser el hombre más deseado, al*

más detestado. Alcé mis manos hasta quitársela de las manos a mi amiga y al hacerlo, mis ojos se abrieron tanto que ya comenzaban a arderme. Había una foto de Sergio junto con su esposa, pero la noticia no iba de ellos, sino, de mí, hablaban de mí; Lucía Lago, siendo esta una desconocida para las admiradoras de Fisher, incluida para su propia esposa. ¿Quién es ella y que tiene que ver en la vida de nuestro rompe corazones?

—Eh, Lucía ¿Qué ocurre? —La voz de mi amiga me despegó los ojos de esa maldita revista. Se la mostré y abrió los ojos sorprendida—. Sales en primera plana. ¿Cómo es posible?

—Yo que cojones sabré. Está claro de que alguien ha hablado de mí y me han estado observando. ¡Joder! —Solté un gruñido. Estaba demasiado cabreada.

Seguí leyendo y pasando páginas. Había un montón de fotos mías en las que decían que yo era la amante de Sergio, que era su primer amor y que por mi culpa él no había conseguido enamorarse de ninguna otra. Todo eso me importaba una reverenda mierda y más cuando vi que en una de las fotos salía yo con mi hijo mientras lo recogía del colegio. Pero eso no era lo peor, sino, lo que decían al respecto; *Lucía recoge a su hijo en el colegio. ¿Será de Sergio Fisher? Y si es así ¿por qué nunca antes lo hemos sabido?*

Me puse nerviosa, muy nerviosa y mis ojos comenzaron a llenarse de lágrimas. Podía aceptar que supiesen de mí, que dijeran mil cosas de mí, pues no me importaba, pero que metieran a mi hijo en todo esto, no lo iba a tolerar y Sergio me iba a escuchar.

—Tranquila Lucía, seguro que hay una explicación para todo esto. — Señaló las imágenes.

—No, no la hay. Sergio va a saber la verdad y querrá llevarse al niño. — Me levanté sin desayunar—. No, no puedo dejar que eso pase.

—¿Qué harás?

—No lo sé, pero necesito que digas en el instituto que me puse enferma, tengo que arreglar este maldito problema antes de tenerle en mi puerta para pedirme explicaciones —pedí con la voz entrecortada y ella asintió.

Yo sabía que ella me ayudaría, que no me dejaría en la estacada. Tras darle un beso, salí corriendo y cogí el primer taxi que me encontré, dejando así mi coche en el aparcamiento del instituto. No tenía tiempo de ir hasta allí, además, me verían y lo que quería era que pensarán que era verdad que estaba enferma.

Le dije al taxista la dirección de mi casa y al llegar, le pagué y salí corriendo hasta la puerta. Pablo y yo vivíamos cerca de mi madre; ella al final se quedó sola, pues cuando yo me casé y me fui a vivir con mi esposo, mi padre decidió que era el momento de irse y que cada uno siguiera su camino. Ella era la que se encargaba algunos días de recoger a Edu del colegio, pero solo era en días puntuales.

Cuando llegué, no había nadie, Pablo no llegaba hasta las siete de la tarde más o menos, así que me dirigí hasta el sofá y tras coger el teléfono, me senté para poder pensar con claridad lo que le diría. Iba a escuchar su voz después de cinco años, cinco largos años en los que lo único que había sabido de él era lo que las revistas decían de él. ¿Cómo sería ahora? ¿Me reconocería? Mi mente divagaba a la vez que yo negaba, pues no quería saber nada de eso, solo quería una explicación.

Estaba nerviosa, así como cuando recibí un mensaje de él hacía ya unos meses. Lo borré sin leerlo, tenía miedo de saber lo que me había puesto y ahora, ahora debía llamarlo, siendo esto un problema.

¿Dónde llamarle? Tenía su antiguo número de móvil y no sabía si lo cambiado o no. Tenía que arriesgarme. Desbloqueé la pantalla y busqué entre mis contactos. Sí, aún tenía su número guardado en mi agenda y no tenía el valor suficiente para borrarlo. ¿Para qué? De igual forma nunca lo llamaba,

esta sería la primera vez desde que vino a verme por última vez. Y cuando comencé con Pablo, ni siquiera me atrevía a mirar nada que tuviese que ver con él, por respeto y por mí misma.

Aún tenía la revista conmigo, se la había quitado a mi amiga y es que no podía llamar a Sergio sin ella, pues quería leerle todas las estupideces que se estaban diciendo de ambos. Solté un suspiro casi desgarrador a la vez que le daba a la tecla de llamada. Un tono, dos, tres, cuatro. Suspiré y antes de colgar, su voz sonó al otro lado, paralizando mi corazón casi al instante.

—¿Lucía?

Seguía teniendo mi número, sabía que era yo. ¿Por qué, por qué tenía que ser tan difícil si ya habían pasado cinco años, si ya tenía que haberme olvidado de él? Quería responder, pero no lo hice y colgué antes de poder pronunciar palabra. Una estupidez por mi parte, pues sabía que ahora él me iba a llamar. Y no me equivoqué cuando su nombre se alumbró en la pantalla. Dejé que sonara y casi colgué, pero me armé de valor y descolgué, algún día teníamos que volver a hablar ¿no? Él tenía su vida, yo la mía. ¿Podíamos ser amigos? ¡No! Qué ridiculez.

—Sí.

Fue lo único que pude decir.

—¿Por qué me has llamado si ibas a colgar?

—Lo siento, se me cortó la llamada.

No sabía ni cómo podía hablar, como podía responderle. Su voz entró en mis sentidos, provocando un anhelo que creía olvidado, un amor que pensé que estaba enterrado. Mi corazón latía con fuerza, con una fuerza anormal, una que me destrozaría el pecho partiéndomelo en dos.

—*Sé el motivo de tu llamada y déjame decirte que no tengo nada que ver en esto. Además, pensé que me llamabas por el mensaje que te envié hace un par de días.*

¿Un mensaje? No había recibido ningún mensaje de él. Me quedé callada unos instantes, pensando en la manera de que tenía siempre de justificarlo todo, qué novedad, pero ¿podría creerle? Después de todo lo único que había recibido de él fueron mentiras, una tras otra.

—Lo dudo... —Respondí sin mencionarle nada sobre el mensaje que no había leído.

Si había recibido algo y no lo vi fue por Pablo, seguro lo vio antes que yo y se encargó de que yo no me enterase, pero ¿por qué? No tenía motivos para hacerme nada de esto.

—*Por qué, ¿eh? Me conoces, sabes que no sería capaz de hacerte daño, no de esta manera. Nunca le diría a nadie nada malo de ti y mucho menos de...*

Su voz me sacó del trance, estaba cabreado.

—¿De quién? —Pregunté sabiendo la respuesta, pero no dejé que me respondiera—. Déjalo, no me respondas. Lo único que sé es que todo el mundo sabe de mi existencia y yo no le conté a nadie sobre ti, así que has tenido que ser tú —lo acusé.

—*Es cierto, sí le hablé a alguien sobre ti, pero no pensé que iría divulgando cosas que no son verdad.*

—Dime una de ellas, Sergio.

¿Por qué le tenía que pedir eso? No quería ponerle en bandeja la posibilidad de pensar que Edu es hijo suyo. No quería que lo supiera, aunque eso me convertía en una mala persona por negarle a su hijo. No lo hacía por mí, sino por él, porque sabía que un hijo fuera del matrimonio, fuera de esa vida que tenía y que, según él, lo habían obligado a vivir, sería lo peor.

—*¿Es mío? —Me quedé callada—Lucía. —Insistió.*

—No.

—*¿Segura? Porque concuerdan las fechas, Lucía. Puede ser mío y si es*

así ¿por qué no me lo dijiste?

—Es de Pablo, Sergio.

Era una mentira de las gordas, lo sabía, pero primero eso antes de que se creyera con derechos. Preferí hacerle creer algo que nunca había pasado a que viniera y tuviera que verle de nuevo. Suficiente con tenerlo en todas las portadas de las revistas del corazón.

—*¿Me engañaste con él?*

Su voz salió agónica, llena de sufrimiento y me dolió en el alma que así fuera, pero solo miraba por el futuro de mi hijo y Sergio no podía estar en él.

—Sí, te engañé con él mientras estabas en Alemania visitando a tu abuelo. Lamento mucho que tengas que enterarte así, pero es lo que hay.

Estaba siendo muy dura, demasiado y mis lágrimas no tardaron en salir, unas lágrimas tan rotas como lo estaba yo por dentro en este momento. ¿Por qué tenía que seguir doliéndome de esta manera? ¿Por qué tenía que seguir amándole? Podría jurar, incluso, que lo amaba mucho más que antes, que cuando me dejó sola por tener otra vida. Ahora estaba casado y yo también, ahora ambos teníamos hijos y una vida diferente y tendríamos que acostumbrarnos a estar con quién no amábamos, por el bien de todos, de nosotros mismos.

Antes de que me respondiera, le colgué. No quería escuchar nada más. Lo había llamado para pedirle que hiciera lo posible para que retirasen las fotografías y en lo único que pensé fue en pedirle una oportunidad. Soy una cobarde, una estúpida cobarde que había dejado escapar al amor de su vida por escuchar a terceras personas.

Dejé el móvil en la mesa de centro y reposé mi cuerpo en el respaldo del sofá mientras miraba al techo y suspiraba al menos unas cinco veces. De verdad había sido una tonta y no tenía que haberle llamado, no cuando mis sentimientos hacía él no se habían marchado aún y escuchar su voz, lo único

que había conseguido, era remover todo mi interior, haciéndome conoedora de lo que todavía sentía por él, siendo esto más fuerte que antes.

Mis párpados pesaban y no dudé un segundo en tumbarme y cerrarlos para dejarme llevar por los brazos de Morfeo, sabiendo que en mis sueños el único que iba a aparecer era él. Sergio aún estaba muy presente en mi vida, aunque ¿cómo no estarlo si tenía un hijo de él, fruto de un amor tan poderoso como lo era su imperio?



11

Pablo

Me levanté cansado de dar vueltas en la cama, miré el reloj de la mesita de noche y marcaban las tres de la madrugada. Desde hacía días no podía dormir bien, las cosas con Lucía iban bien, pero no como a mí me gustaría. Éramos felices o, al menos, eso pensaba yo. Aún no había conseguido entrar en su corazón, no de esa manera tan fuerte en la que el recuerdo de Sergio se aferraba. Salí de la habitación para ir al baño, no sin antes pasar por la de Edu y comprobar que estuviese dormido. Sonreí al verle abrazado a su Spiderman de peluche, era tan friki como yo.

Cuando acabé en el baño, me dirigí a la cocina a tomar agua al tiempo en el que el móvil de Lucía sonaba. Era un mensaje y me preocupé, pues nunca recibíamos nada a estas horas, así que caminé hasta el salón y lo cogí de encima de la mesa de centro donde lo había dejado cuando se fue a dormir. Estuve a punto de dejarlo ahí y que ella misma lo viese por la mañana, pues si

fuese algo urgente, la habrían llamado ¿no? Pero la curiosidad mató al gato y ya me inventaría una excusa cuando se diera cuenta de que había cogido su teléfono. Me senté en el sofá y lo desbloqué. Un mensaje de Sergio se ponía en grande en la pantalla táctil. Mi mundo se vino abajo en cuanto lo vi. ¿Qué querría ahora? Estaba harto de él, harto de que siempre estuviera en medio de los dos, en medio de nuestra relación. Desde que Lucía y yo estábamos casado, no habíamos intimado tanto como yo habría querido, pues ni eso podía darme. Éramos amigos, sí, pero yo quería más, la quería a ella.

Cabreado con el mundo entero y sobre todo con el gilipollas de Sergio, abrí el mensaje y lo leí, dándome cuenta de que, si ella leyese ese mensaje, lo llamaría y eso podría ser el fin de nuestro matrimonio, porque, aunque ella me jurase de que jamás volvería con él, sabiendo que eso solo le traería más dolor, no podía dejar de pensar en la posibilidad.

Me quedé unos minutos en silencio, leyendo y releendo el maldito mensaje. ¿Por qué le estaba pidiendo ayuda? ¿Qué quería después de tantos años? No podía permitir que Lucía leyera este mensaje, definitivamente no lo iba a permitir.

Sergio : *Lucía, siento mucho hablarte a esta hora y ni siquiera sé si este sigue siendo tu número, pero... te necesito. Necesito hablar contigo, necesito ayuda.*

Sin pensármelo dos veces, borré el mensaje que acabaría con mi vida y mi futuro. De igual forma, ella nunca se iba a enterar. Aunque tenía un mal presentimiento, pues creía que esto no acabaría aquí. Algo me decía que esto sería el principio de un final.

Con manos temblorosas, dejé el móvil encima de la mesa, tal y como ella lo había dejado y volví a la cama, donde, tras darle un beso en la mejilla, la

abracé por detrás para poder quedarme dormido, aunque estaba seguro de que sería algo complicado.

Pero la noche no me dio tregua, no pude dormir y comencé a moverme en la cama, provocando que Lucía se despertase para comprobar qué me pasaba. No podía dejar que se diera cuenta de que estaba nervioso, tenía que actuar con normalidad. Entonces hice lo que me apetecía siempre, besarla en los labios, probar esos labios que deseaba con todo mi ser. Lucía era hermosa, demasiado para un hombre como yo. No la merecía, no cuando en vez de confiar en ella, borraba sus mensajes. No cuando debería ser sincero, la engañaba de este modo.

—¿Qué pasa Pablo? —Preguntó separándose de mí.

—Nada... —Murmuré—. Solo te necesito, Lucía. Necesito sentirte, tocarte, por favor —supliqué.

Ella posó su mano derecha en mi mejilla y yo la besé con ternura.

—No de este modo —referí.

Ella se mordió el labio inferior, matándome poquito a poco. ¿Por qué tenía que ser tan irremediabilmente preciosa? Lucía se había adueñado de mi alma, de mi corazón y estaba seguro de que jamás iba a salir, aunque nuestros caminos cogieran rumbos distintos, cosa que cada vez tenía más claro y presente. Nuestra relación iba a terminar tarde o temprano.

—Pablo yo...

—No diga nada... déjate llevar, Lucía. Déjame amarte como mereces, como siempre he querido enseñarte.

Asintió y me dejó besarla con dulzura, con amor, con ese deseo que crecía más y más en mi interior. Me puse encima de ella, besándola sin reparos, haciendo que olvidara cada recuerdo del pasado, cada beso de él. Quería que solo fuese yo quien estuviera en su mente, en su corazón. Quería que solo yo fuera quien la besara, porque, aunque era yo el único, solo era

físicamente, pues mentalmente yo sabía que era él quien lo hacía. Y yo no podía dejar que eso pasara, debía hacerla olvidar.

Mis labios fueron bajando por su cuello, para luego perderme entre sus pechos, unos pechos tan perfectos como lo era ella misma. Escuché un gemido proveniente de su boca, de esa boca que me volvía loco. Toda ella me volvía loco. Le abrí cada botón de la camisa que se ponía para dormir, dejándola solo con la parte de abajo, pero poco le duró. Cuando la dejé completamente desnuda, me desnudé yo. Nos quedamos mirando unos segundos, unos largos segundos que me estaban matando. La necesitaba, yo era quién la necesitaba y no él. Le abrí las piernas despacio, haciéndole caricias entre los muslos para luego colocarme en medio de ambas y entrar en ella de una sola estocada. Lucía estaba preparadísima, yo me había encargado.

Necesitaba dejar de pensar en que ella estaba conmigo, haciendo el amor conmigo y no con él. Me estaba obsesionando y eso no era sano para nadie y mucho menos para mí.

—Te amo, Lucía... más de lo que un día creí que llegaría a amarte — declararé para luego besarla con pasión.

No me respondió, ya sabía que no lo haría, pero no me importó porque yo sabía que una parte de ella, sí me quería, aunque solo fuera un poquito. Lucía me quería, estaba seguro de ello.

—Te amo, Sergio. —Lucía abrió los ojos desorbitadamente al darse cuenta de lo que había dicho—. Lo siento, Pablo. Yo... yo no quise.

—Déjalo Lucía —murmuré saliendo de ella.

Me levanté de la cama y tras ponerme unos pantalones, salí de la habitación y por consiguiente al balcón donde, después de mucho, me encendí un cigarrillo. Me sentía frustrado, cabreado conmigo mismo por pensar en que ella algún día me podría llegar a amar y no era así, nunca iba a ser así.

Sentí las manos de Lucía en mis hombros, pero no la miré, no podía

hacerlo, no ahora.

—Pablo, por favor. Lo siento —se disculpó de nuevo.

—Vete a la cama, es tarde y mañana tienes que madrugar —dije tajante.

Me di la vuelta para echarle una última mirada y me percaté de sus lágrimas. No me gustaba verla llorar, de veras que no, pero lo que había pasado esta noche, era algo que jamás podría olvidar. De todas las veces que la hice mía, esta había sido la más desastrosa. Nunca íbamos a poder ser felices, ella no dejaba que eso pasara. Siempre estaba él en medio de ambos, como un fantasma que no la dejaba vivir.

Me quedé lo que quedó de noche en el sofá, pues no podía seguir durmiendo con alguien que no hacía nada para quererme. A veces pensaba que nunca lo conseguirá, pues no ponía de su parte. Lucía no valoraba todos los esfuerzos que yo hacía para conseguir tener solo un poquito del amor que sentís por él, solo unas míseras migajas que no llegaban a nada.

Por la mañana, me duché y vestí para irme a mi trabajo. Trabajaba de responsable de obra en la empresa Acciona plus. Era un trabajo que me mantenía ocupado muchas horas y me ayudaba a no pensar demasiado, pero sabía que hoy ni el trabajo iba a conseguir despejarme. Salí de la casa sabiendo que ella estaba despierta, la había visto cuando entré a la habitación. No le dije nada. ¿Para qué? Ya estaba todo dicho entre los dos.

Así estuvimos durante dos días, unos días que se me hacían eternos, ya que yo había decidido dormir en el sofá. Sabía que ella estaba sufriendo con la situación, pero suponía que no más que yo, que era el que no conseguía nada de ella.

Me mantuve ocupado en el trabajo y estaba llegando la hora de volver a casa. Entonces una compañera nueva, Lorena, se acercó a mí y me invitó a tomar algo al salir. Por un momento me lo pensé, pero acepté en cuanto recordé el motivo por el que estaba cabreado con mi mujer.

Lorena y yo fuimos a una cafetería cercana a la empresa. Al llegar, nos sentamos en la terraza y tras pedir, ella un refresco y yo una cerveza, nos pusimos a hablar.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando en la empresa? —Preguntó cordialmente.

—Dos años, casi desde que terminé.

—Vaya, eso es mucho tiempo. Yo acabo de terminar y todavía no me hago a la idea de trabajar de lo que he estudiado, tal y como están las cosas, es todo un logro.

—Pues sí, has tenido suerte —respondí enarcando una ceja—. No eres de aquí ¿verdad? Por tu manera de hablar diría que eres de Andalucía.

Abrió los ojos sorprendida. Sus ojos eran de un verde oscuro muy bonito. Por un momento sentí una punzada en el pecho, como si esta chica me hiciera sentir algo extraño. Seguro era por cómo me sentía estos días.

—¿Cómo lo has sabido? —Se carcajeó. Era muy divertida—. Soy de Jaén.

—Lo sabía.

Tras ese refresco y cerveza, vinieron tres más, pasando las horas tan de prisa que, si no era porque recibí tres insistentes llamadas de Lucía, aun estaría sentado frente a Lorena.

Era raro que Lucía me llamara, pues nunca se preocupaba y si lo estaba haciendo, era porque algo no iba bien. Sobre las nueve de la noche, me despedí de mi compañera y me dirigí a mi casa, donde, al abrir la puerta, me encontré con mi mujer sentada en el sofá con los ojos rojos. Había estado llorando. En seguida me preocupé y corrí hasta ella para abrazarla, pero se negó y se alejó de mí, tanto, que ese muro que un día creía que había tirado, se alzó tan alto y fuerte que nunca podría romperlo.

—¿Por qué no me dijiste que Sergio me había mandado un mensaje? ¿Qué

ponía en él? —Preguntó atropelladamente.

Se sorbió la nariz a la vez que miraba sus manos, cerradas en puños. Estaba cabreada. Me sentí avergonzado por la situación y agaché la cabeza para no mirarla.

—Tenía miedo de que, al leerlo, fueras con él —respondí en un susurro casi audible. No me salían las palabras.

—¿Qué ponía en él? —Insistió.

—No recuerdo muy bien.... —Bufé cabreado—. ¿Cómo sabes que te llegó un mensaje? —Pregunté percatándome de la situación—. ¿Has hablado con él? —Me miró en silencio—. Responde, Lucía.

—Eso no importa ahora.

—Sí importa, me importa a mí, pero parece que a ti lo que me pase te da igual. —Me levanté cabreado—. ¿No te das cuenta del daño que me estás haciendo? Siempre he querido entrar en tu corazón. He sido un hombre muy paciente, pero ya no puedo más.

Sus sollozos fueron más visibles, matándome por dentro. Me dolía, claro que me dolía, pero no podía hacer más de lo que ya hacía. Mi cupo de gilipollices por ella estaba

lleno. Mi paciencia había llegado a su límite, más bien, había bosado, como el agua en un vaso.

—¿Qué ponía?

La miré con decepción, decepcionado de que solo le importase el maldito mensaje y no mis sentimientos. Estaba claro de que este era nuestro fin, así como presagí hacía dos días.

—Que te necesitaba ¿contenta? Ese maldito hijo de puta te necesita y por lo visto, te importa más que yo.

Y tras decirle eso, me di la vuelta y me dirigí hasta la puerta.

—Espera, Pablo. —Me di la vuelta—. Siento mucho todo lo que ha

pasado y de verdad he querido amarte...

—No ha sido suficiente, Lucía —la interrumpí—. Y creo que deberíamos separarnos. —Abrió los ojos sorprendida—. Es lo mejor para ambos.

Agachó la cabeza y esa fue su respuesta. Me di la vuelta y salí de nuestro hogar, de ese hogar que con tanto amor había levantado para ella. Sabía que el mensaje de Sergio iba a ser el fin, iba a ser la última gota del vaso y no me equivocaba.



12

Lucía

Cuando se marchó me sentí la mujer más rastrera del planeta. Pablo siempre había querido lo mejor para mí y Edu, para que fuéramos felices los tres ¿y yo como se lo pagaba? De este modo, haciéndole ver que me importaba más un mensaje de Sergio, después de meses, de años a la espera. Sergio, aun estando lejos, seguía haciéndome daño. Seguía haciendo que, para mí, solo existiera él.

Estaba cansada, harta de luchar en contra de mis sentimientos. Harta de ver que él ya había hecho su vida y que yo, yo no podía. Y cuando tenía a un hombre bueno a mi lado, lo había perdido por estúpida, porque eso era lo que soy, una estúpida.

Me senté en el sofá suspirando a la vez que mi mente no dejaba de trabajar. Pensaba en Pablo, en su dolor, en lo que sentía él en este momento. Pero, también pensaba en Sergio y su mensaje, en que, seguramente me

necesitaba de verdad. ¿Qué podría hacer ahora, llamarle? No, la última conversación que tuvimos, hacía apenas unas horas acabó muy mal. El hecho de que él pensara de que yo le engañé con Pablo mientras él estaba en Alemania, complicó demasiado las cosas entre nosotros y ahora no podía decirle que sí, que Edu era su hijo y que le había estado engañando y ocultando todo ese tiempo.

Era tarde, muy tarde y sabía que esta noche no iba a poder pegar ojo, no sabiendo que Pablo no volvería. Me levanté del sofá y fui hasta la habitación de mi hijo, el único chico de mi vida. Comprobé que estuviese dormido y tras darle un beso en su manita, con lágrimas en los ojos, salí de su habitación para ir a la mía.

La oscuridad y el silencio envolvía la habitación, esa que había compartido tanto tiempo con Pablo y que, ahora, era solo para mí. No sabía si podría acostumbrarme a estar sola, si sería capaz de hacerlo. Siempre he tenido a alguien a mi lado, ya sea mis padres o él.

Entre suspiros y lágrimas, me desnudé y me puse el pijama para luego meterme en la cama. La noche iba a ser muy, muy larga, demasiado para mi gusto y mañana, no podría ni levantarme. Además, no creía que pudiera volver al instituto, no así. Pensé en mandarle un mensaje a Macarena e informarle de la situación, pues había recibido algunos mensajes de ella y no le respondí. Entonces pensé que sería mejor llamarla, aunque ya fueran las doce de la noche, yo sabía que ella estaría despierta.

Marqué su número y en el segundo tono escuché su voz desesperada por saber cómo estaba, incluso hubo un momento en el que no le entendía lo que decía, pues hablaba demasiado rápido.

—Para, déjame hablar —la interrumpí.

—*No, no me puedes tener así. ¿Hace cuánto que te fuiste a tu casa para llamar a Sergio, Lucía? Joder, que por poco me presento en tu casa.*

Tenía razón, la había dejado muy preocupada desde esta mañana, pero entre la llamada de Sergio y la discusión con Pablo, se me había ido el santo al cielo.

—Lo sé, tenía que haberte llamado, pero las cosas se han... ido al a mierda.

—*Esa boca, Lucía. ¿Qué pasó, estás bien? —Preguntó preocupada.*

—Sí, no... no sé. Pablo me ha dejado.

Lo dije con un gran nudo en el estómago y una fuerte presión en el pecho. Que me hubiera dejado por mi culpa, hacía que me sintiera peor. Era cierto que yo no lo amaba, pero sí le tenía un inmenso cariño y no quería verle sufrir y mucho menos ser yo la causante de ese sufrimiento.

—*Lo siento, cielo. ¿Estás bien? ¿Quieres que vaya a tu casa?*

—No, no te preocupes. No estoy saltando en una pata precisamente, pero tampoco voy a morirme. Yo sabía que tarde o temprano nuestro matrimonio se iría al garete, aunque pensé que duraríamos más.

—*Mira, Lucía. No te voy a engañar, pero Pablo ha sido muy paciente contigo y siempre ha estado para ti. Si lo quieres y no quieres perderle, te toca luchar por él.*

Lo que me decía tenía sentido, pero ¿y yo, pensaba lo mismo? Ni siquiera sabía si quería que volviese. Lo mejor era dejar que el tiempo pasara, que aclarásemos nuestras ideas y luego hablar de lo que haríamos. Después de todo, mi hijo se ha criado pensando que él es su padre y en cuanto no lo viese, comenzaría a preguntar por él.

Estuve hablando unos minutos más con Macarena y tras pedirle que dijera en el colegio que estaba enferma, colgué.

Estaba muy frustrada y necesitaba pensar, aclararme, saber qué era lo que quería. Pero con Sergio en mi cabeza, me era prácticamente imposible.

Por un momento cogí mi móvil y miré su número. Estaba tentada a

llamarle de nuevo, a preguntarle el motivo de su mensaje. Si me necesitaba ¿por qué no me lo dijo cuando hablamos? La confianza que teníamos se había perdido con el tiempo y me habría gustado, aunque fuese algo imposible, tener una relación amistosa. Era complicado, pues yo lo amaba y para mí, hablar con él sabiendo que sus te amo ya no serían para mí, me echaba atrás.

Sin pensarlo, le di a la tecla de llamada. Sí, le estaba llamado, pero necesitaba al menos que me dijera el motivo de su mensaje, aunque después de eso no volviéramos a saber del otro. Un, dos, tres, cuatro y hasta cinco tonos después, me cogió el teléfono. Entonces, cuando se suponía iba a escuchar su voz, la voz de una mujer me sorprendió.

—¿Quién es?

Me quedé en silencio, prácticamente muda, pues las palabras no me salían. Era ella, era Penélope Meyer, su esposa. ¿Cómo había sido tan estúpida de llamarle? Entonces pasó algo que no me esperaba. Tras ella, se escuchó la voz de Sergio discutiendo por haberle cogido el móvil.

—*Claro, cógelo. Como siempre ella es más importante que yo.*

—Dame el móvil... ahora hablaremos.

El corazón comenzó a latirme con una fuerza descomunal, tan fuerte que, hasta el pecho me dolía. Tenía que colgar antes de que me hablase, pero estaba tan bloqueada que no pude hacerlo. Volví a escuchar una voz al otro lado y esta vez era él. Seguía sin poder responder, mientras él no dejaba de disculparse conmigo por la intromisión de su esposa. Y claramente ella tenía derecho a hacerlo, pues que llamase la ex de su marido tan tarde, no debía ser algo divertido. Yo al menos, no lo soportaría.

—Lo siento, no debí llamarte.

Al fin mi voz se dignaba a aparecer.

—*No te preocupes, pero estoy tan poco acostumbrado a recibir tus llamadas, que no me la esperaba. Dos llamadas el mismo día. ¡Vaya!*

—*Ironizó mostrándome al antiguo Sergio.*

Una sonrisa se dibujó en mis labios, una sonrisa de esas que tenía ya escondida, que hacía tiempo que no tenía.

—Sí, es cierto, pero cuando me dijiste que me habías mandado un mensaje...

—*Bueno, en teoría han sido dos mensajes, solo que el primero lo ignoraste —me interrumpió.*

Tenía razón, hacía unos meses no respondí. Aunque, a decir verdad, ni siquiera lo había leído, pues lo borré sin hacerlo. Estaba intentando olvidarme de él y recibir mensajes no ayudaba en nada. Además, mira lo que había conseguido este, mi relación con Pablo se había roto.

—*Lucía ¿estás ahí?*

—Sí, aquí estoy, Sergio.

Me costaba tanto hablar con él, así como decir su nombre. Los recuerdos se me agolpaban en la mente, destrozándome el alma lentamente, enseñándome la cruda realidad y esa era que él ya no era mío y nunca más lo sería. Debía cortar la llamada, olvidarme de él de una vez por todas, hacer mi vida de una santa vez sin tener que sentirme mal por amar a quién no era ya mío, sin sentirme mal por no poder olvidarle, pues era lo que tenía que hacer de una vez por todas, olvidar.

—*Te echo de menos —murmuró provocando que mis lágrimas salieran sin permiso alguno—. No sabes cuánto y... te quiero, Lucía.*

Su declaración solo me hacía más daño, pero justamente yo sentía lo mismo y al ser la última llamada podría decirle todo sin miedo a nada.

—Yo siempre te he querido y no creo que nunca consiga olvidarte, Sergio —declaré con la voz rota—, pero... sabes que lo nuestro es imposible...

—*Imposible ¿por qué? Yo estoy cansado de fingir, de hacerle ver al mundo que soy feliz cuando no es verdad. Yo te amo más que a mí mismo y*

saber que tú sientes lo mismo, hace que mi mundo se joda aún más porque quiero estar contigo...

—¡No! —Grité—. No puedes hacerlo, no puedes dejar a tu mujer y mucho menos a tus hijos. Lo siento, Sergio, pero esta será la última vez que hablemos y por eso te dije lo que siento.

Estaba rota por dentro, destruyéndome poco a poco. Un día pensé que la despedida que tuvimos sería el sufrimiento más grande que iba a tener, pero no era así. Sin duda, esta era la despedida más triste y destructora de todas y ambos lo sabíamos.

—No puedo renunciar a ti, no de nuevo.

—No lo hagas, mantenme en tus recuerdos —respondí—. ¿Me querrás siempre? —Pregunté en un hilo de voz, sabiendo la respuesta, pero anhelando escucharla por última vez.

—Te querré eternamente.

Y sin más colgué, sin poder decirle nada más, porque estaba segura de que, si seguíamos hablando, íbamos a llegar más lejos y no podía permitirlo. Tras eso, apagué el móvil por si volvía a llamarme, pues no quería escuchar nada más, ya era suficiente y con todo esto, sufriría mucho más, sufriría eternamente.

Los días pasaron lentos, demasiado lentos y tras una semana sin ir a trabajar, recibí la carta de despido. Yo sabía que pasaría y por raro que parezca, no me dolió en absoluto perder esa mierda de trabajo.

Durante estos días, busqué a Pablo para hablar y pedirle perdón, prometiéndole que esta vez sería diferente y que necesitaba tenerle cerca, conmigo. Al principio se negó, pues le hice bastante daño. Ese día me fui sin conseguir nada y así por varios días hasta que por fin me escuchó.

—Lo siento, de verdad. Vuelve conmigo, Pablo.

—¿Si te digo que sí dejarás de venir a mi trabajo? —Sonreí complacida.

—Si me dices que sí, te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para hacerte feliz y amarte por sobre todas las cosas.

—Esa promesa es muy grande, Lucía y no quiero que después te arrepientas de esto.

Se fue acercando a mí lentamente, hasta posicionarse a escasos milímetros de mí. Tragué saliva, pues no podía negar que Pablo era guapísimo y siempre provocaba nerviosismo en mí. Y recordaba que cuando quería salir con él, me encantaba buscarle, hacer lo posible para estar con él y cuando lo conseguí, mi interés bajó demasiado. Ahora creía, que el sentir que lo perdía me hizo abrir los ojos.

—La cumpliré, te lo aseguro.

Pasó sus brazos por mi cintura y me pegó a su cuerpo, a su duro pecho, encerrándome. Su boca buscó la mía y lo recibí gustosa. Me había hecho mucha falta y de verdad deseaba que me besara. Sus labios devoraban los míos con ansias, con pasión, con un deseo desmedido que me nubló la vista, sentía la primera vez en mucho tiempo, que cuando me besan, no pensaba en él, sino, en la persona que me estaba besando. Ahora sí me sentí preparada para olvidar, para rehacer mi vida, para ser feliz con este hombre que me regalaba todo de él.



13

Sergio

Por la mañana me sentía demasiado cansado. No paraba de trabajar, de mantener mi cabeza ocupada, pero lo único que tenía en mente era el mensaje que le había enviado a Lucía y más sabiendo que lo habían leído, así como el último que le envié, sabiendo que no me iba a responder.

Había pasado un par de días desde que Alisa decidió dejar de trabajar para mí. Una parte de mí la extrañaba, pero la otra se sentía completamente aliviada, pues ya me estaba pareciendo demasiado exigente, cuando le dije desde un primer momento que, de mí, solo tendría sexo y nada más.

Desgraciadamente para mí, mi vida amorosa era un tormento y, aunque tenía a la esposa perfecta, no la miraba como ella merecía, aunque quería hacerlo.

Anoche no volví a casa, me quedé trabajando hasta tarde y he amanecido en la empresa. Llamé a Penélope para que lo supiera, no le hizo demasiada

gracia, pero el trabajo era así y la empresa no se llevaba sola, aunque ganas no me faltaban. Hubo momentos en los que pensé en dejarlo todo y más cuando mi hermano decidió largarse para dejarme embarrado hasta el cuello y sin tener otra opción que no fuese la de casarme con la hija de Jackson Meyer. Una cagada por mi parte, todo había que decirlo. ¿Eso me convertía en un cabrón? No lo sabía realmente.

Unos toques en la puerta de mi despacho me despertaron y despegaron de la pantalla de mi portátil. Tras un pase un tanto malhumorado, pasó Rubi con una cara que no presagiaba nada bueno. Sin decirme nada, puso encima de mi mesa la revista ZBYD, mis ojos se clavaron en la portada, donde yo salía en toda ella y con la frase; *Sergio Fisher, ha pasado de ser el hombre más deseado, al más detestado.*

—Pero ¿qué cojones? ¿Quién te dio esto? —Pregunté levantándome de la silla.

Rubi dio un respingo cuando lo hice, pues era tan miedosa, tan vulnerable y aun así seguía trabajando para mí.

—No lo sé, me la trajo la chica esta... —Posó un dedo en su barbilla pensativa—. Alisa, tu antigua secretaria.

No me lo podía creer, me la había jugado y solo porque no le di lo que ella me pedía. ¿Qué se creía? ¿Pensó que podría manipularme? Pegué un manotazo en la mesa a la vez que un gruñido salía desde lo más hondo de mi garganta. Rubi me miraba precavida, como si yo fuese capaz de hacerle algo a ella. Desde luego es que tenía algunas empleadas un tanto estúpidas. ¿Cómo podría pensar eso de mí? Era cierto que no siempre estaba de buen humor, pero eso no me convertía en un ogro ¿no?

—Déjame solo, Rubi.

—Como usted diga.

Cuando me quedé a solas, me puse a leer todas las idioteces que ponía la

estúpida revista. Era absurdo todo y me parecía una noticia una tanto gilipollas, pero eso cambió cuando unas fotos de Lucía se mostraron ante mí. Me quedé sin aliento, la garganta se me estaba secando. Estaba tan hermosa. Leí cada línea dándome cuenta de que Alisa había usado mi confesión para ganarse un buen dinero, pues esta revista siempre ha estado buscando la manera de desprestigiarme y con esto lo iban a conseguir. Busqué mi agenda y por consiguiente el número de mi abogado. Marqué su número a la vez que seguía mirando las fotos. La voz de Lorenzo se escuchó al otro lado y colgué al instante al ver a Lucía con un niño de unos cuatro años. No, no podía ser verdad. ¿Lucía tenía un hijo? ¿Por qué nunca me lo dijo? ¿Sería mío?

Me quedé bloqueado, demasiado, hasta que mi teléfono comenzó a sonar, era Lorenzo. Le expliqué la situación, diciéndole todo acerca de Alisa, la iba a denunciar por usarme de esta manera y, sobre todo, por hacer que buscaran a Lucía. ¿No le era suficiente joderme a mí que tenía que joderla a ella? Sabía que en el momento que ella viese la revista, me iba a llamar.

Y dicho y hecho, un par de horas más tarde la voz de Lucía se clavaba en todos mis sentidos. La conversación no fue para nada amistosa y mucho menos cuando le pregunté sobre su hijo, hijo que no era mío por lo visto, pues según ella me engañó con Pablo. Dejé que creyese que me la había creído, pero no era así. Yo la conocía demasiado bien como para, por un momento, pensar que sería capaz de serme infiel. Pero, si no fue así ¿por qué nunca me dijo que teníamos un hijo?

Las horas pasaron y tras recibir respuesta de mi abogado, diciéndome que en la próxima revista hablarían de Sergio Fisher pidiéndome disculpas, me quedé más tranquilo,

aunque no lo pareciera. Era complicado estar tranquilo cuando sabía que tenía un hijo y que no podía hacer nada al respecto. Quería dejar de pensar en ella, ser feliz, pero cada día tenía una piedra nueva que me hacía tropezar y

seguir amándola.

Por la noche, llegué a mi casa agotado y me fui directo a mi habitación para quitarme la ropa y poder ducharme. Penélope vino tras de mí y ciertamente no estaba para discutir, estaba seguro de que sería así, al entrar vi una revista en la mesa y sus ojos no presagiaban nada bueno. Lo que me extrañó fue no recibir ninguna llamada de ella en todo el día.

Me metí en el baño antes de que ella sí quiera pudiese decirme algo. Estaría más relajado cuando saliera de la ducha y así podría escuchar todo lo que ella quería gritarme. Cuando terminé, me esperaba sentada en la cama.

—¿Dejarás de ignorarme de una vez? Tenemos que hablar —murmuró con calma, demasiada calma.

—Lo sé, sé que tenemos que hablar, pero ¿puede ser mañana? Estoy agotado.

—No, Sergio, no puede ser mañana. ¿Has visto la revista? —Asentí—. ¿Y qué piensas de todo eso? Nunca me has hablado de ella. Bueno, ni de ella, ni de nadie. No sé nada de tu vida pasada, Sergio y estoy cansada de acercarme a ti. Cada vez te alejas más y no sé cómo impedirlo —declaró acongojada.

Me sentía mal por ella, por saber que sufría tanto por mi culpa, por no poder amarla como merecía. Me senté con ella en la cama y cogí sus manos con delicadeza.

—Sé que no he sido el marido que tú esperabas, pero tú sabías que yo no te amaba, que mi corazón le pertenecía a otra. No sé de qué te sorprende ahora, Penélope —respondí siendo lo más sincero posible—. Nunca te prometí amor eterno...

—Lo sé —me interrumpió—, pero una parte de mí siempre me decía que había esperanza para nosotros.

Toqué su mejilla mojada por las lágrimas y tras eso, me levanté para ir al

vestidor para buscar el pijama. Ella se quedó en silencio, sentada en la cama. Entonces el sonido de mi móvil se escuchó y poco después la voz de Penélope. ¿Lo había cogido? Salí del vestidor y prácticamente se lo quité de las manos enfurecido en cuanto escuché su nombre. Lucía volvía a llamarme ¿por qué? ¿Será que le pasó algo?

Cuando le hice ver a Penélope lo importante que era para mí una simple llamada de mi ex, salió de la habitación dejándome solo, dejándome privacidad para poder hablar con ella con más calma. Me sentía nervioso y deseaba estar a su lado en este momento en el que tanto me necesitaba, pero ni eso podía darle.

Estuvimos hablando casi una hora, siendo esta la conversación más dolorosa e intensa que jamás habíamos tenido. Ni cuando fui a verla había sido igual. No podía creer que todavía me amara, que no hubiese podido olvidarme, al igual que yo a ella y necesitaba ir a buscarla y demostrarle que dejaría de ser un cobarde y lucharía por ella, por nosotros, pero no, su respuesta me hizo ver que era una despedida y que no volveríamos a hablar y así fue.

Cinco meses después

Estos meses los había empleado en conseguir que mi esposa fuese un poquito más feliz. Pasé tiempo con ella y nuestros hijos, siendo, pareciendo una familia normal y real, esa familia que yo dejé de tener cuando mis padres murieron.

No dejé de buscar a mi hermano en todo el tiempo y Lorenzo me dijo que lo habían visto en Francia. ¿Qué estaría haciendo allí? A una parte de mí no le importaba, pero la otra sufría por él, por mi hermano.

El tiempo seguía pasando y con ello, más titulares en la revista de Owen. No sabía realmente qué era lo que tenía en mi contra y tampoco tenía la

necesidad de averiguarlo, hasta hoy. Rubi me trajo la nueva revista en la que salía de nuevo Lucía muy feliz con Pablo y su hijo. Me dolió en el alma y más el hecho de tener que reconocer que él consiguió lo que yo no, hacerla feliz como un día prometí. Seguí leyendo todo, dándome cuenta de que el afán de Owen era desprestigiarme hasta el punto de inventar algo sobre mi familia y eso no iba a pasarlo por alto. Los Fisher nos habíamos caracterizados por honestidad y valor y no por haber robado.

Decidí que estaba harto y me levanté de mi silla como un resorte. Tras ponerme la chaqueta y coger la maldita revista, salí de mi despacho y por consiguiente de la empresa. Iría a hacerle una visita al dueño de ZBYD. Mi abogado me dijo que no debía ir, que eso era justo lo que estaban buscando, sacarme de mis casillas y lo habían conseguido.

Una hora después estaba entrado en las oficinas de mi enemigo. Al entrar, la recepcionista intentó pararme, pues sin decir ni buenas tardes, seguí mi camino.

—¡Espere Sr. Fisher! —Me gritó—. El Sr. Badner está ocupado.

—Pues dígame a su secretaria de que le avise de mi llegada y no acepto un no por respuesta. Owen Badner tiene que escucharme y no pararé hasta conseguirlo —amenacé mirándola con altanería.

—Como usted diga —respondió agachando la cabeza.

Ella no tenía la culpa, pero había sido la que se cruzó en mi camino y hoy, arrasaría con todo importándome muy poco que, tras esto, acabáramos peleándonos en los tribunales. La revista de hoy iba a ser la última que Owen sacaba sobre mí, se acabó.

Me subí al ascensor y le di al piso veinticinco, donde él tenía su despacho. Hacía años que no le veía. Aunque claro, si tu amigo decidía hacerse tu enemigo solo por el hecho de nuestros padres lo eran, pues que así fuera. Cuando éramos pequeños, antes de que mis padres fallecieran, nadie

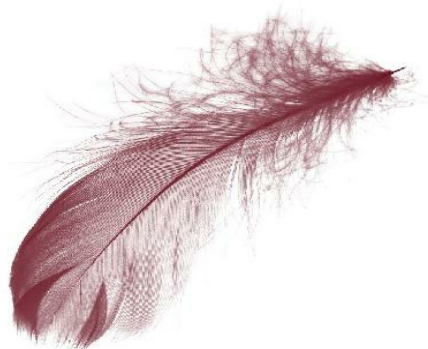
nos separaba, siendo los mejores amigos, pero cuando mi abuelo cogió las riendas porque su hijo ya no estaba, los padres de él le prohibieron verme y las disputas de nuestras familias nos separaron. Lo que no entendía era como le era tan fácil desprestigiar al que fue su mejor amigo, yo jamás hice nada en su contra y mira que me habían llegado cosas sobre él.

Al llegar, salí del ascensor y caminé decidido sin esperarse a que él me espere, pues sabía que no me dejaría entrar. Y cuando llegué a su puerta y vi a su secretaria, mis ojos se abrieron sorprendidos, mi boca se desencajó y cerré los puños a cada lado de mi cuerpo.

—Ahora lo entiendo todo —dije poniéndome frente a ella.

No me miraba, no podía, la vergüenza que sentía en este momento era mucho más fuerte que el orgullo de haberse ido con la competencia. Y yo, yo no podía creerlo. ¿Cómo era posible que fuera tan estúpido? ¿Cómo dejé que se metiera en mi empresa? Desde un primer momento la había tratado bien, pero por lo visto no fue suficiente.

Ignorándola por completo, entré sin permiso en el despacho de mi examigo, el que me esperaba con una sonrisa triunfal, la misma sonrisa que iba a borrar de un puñetazo.



Sergio

—¿Se puede saber a qué cojones estás jugando? —Pregunté atropelladamente cuando me puse frente a él.

Owen me miraba con altanería y también desprecio, un desprecio que jamás pensé que podría sentir por mí.

—Hola a ti también, Sergio —respondió recostándose en el espaldar de su silla—. ¿A qué debo esta visita?

—No me jodas, Owen. Sabes perfectamente a qué he venido y más te vale ir preparando a tus mejores abogados, porque tus acusaciones son muy duras y no descansaré hasta cerrarte esa boca que tienes —amenacé lleno de ira, provocando una carcajada por su parte.

Realmente no sabía si quería acabar con la poca paciencia que me quedaba, pero estaba claro que no estaba demasiado preocupado por algo que sabía que no era verdad. A no ser, que sí lo fuese. De ser así, yo me habría enterado, no era posible que mi hermano siguiera robando en mi empresa, él hacía tiempo que se había ido de mi vida y no tenía acceso a las cuentas.

—Sergio, cálmate amigo.

—¿Amigo? ¿Desde cuándo tú y yo somos amigos?

—Desde hace bastantes años por si no lo recuerdas. —Bufó levantándose de la silla para luego ir a servirse una copa de Brandy—. ¿Quieres? —Preguntó señalándome la botella y asentí.

Vino hasta mí con ambos vasos en las manos y se sentó en el sofá que tenía para las reuniones más largas, así que me dio a entender que de aquí no me iría en bastantes horas y eso no me gustaba, más bien, me ponía alerta. Owen siempre fue precavido y cuando contaba algo, era porque tenía pruebas,

lo único que me jodía era el hecho de publicarlo en su revista antes de hablarlo conmigo. Si tan amigo decía ser de mí ¿por qué me jodía de esta manera?

Yo aún seguía de pie, esperando a que me dijera de una puta vez su argumento. Me instó a sentarme a su lado y me extendió el vaso que, en un acto de desesperación, me bebí de un sorbo. No quería seguir bebiendo, pues si seguía así, me iba a meter en un pozo sin fondo del que no iba a poder salir.

—Cuando publico una noticia, sabes que siempre tengo pruebas. Si quieres puedes mandarme a una legión de abogados, pero yo tengo mi verdad y esa es que alguien te está robando en tus propias narices. Deberías darme las gracias por hacerte abrir los ojos —explicó calmadamente.

—¿Quién es? Porque si sabes lo que pasa, debes saber quién es el causante. —Me llevé los dedos al puente de mi nariz—. Mi hermano está desaparecido y era él quien me robaba hace meses. —Abrió los ojos sorprendido—. Por eso no sé a qué viene esto ahora, pues se supone que era él el único.

—Lo siento Sergio, pero hay dos opciones. Uno, tu hermano tiene a alguien que saca ese dinero por él. Dos, es otra persona que ha cogido la misma maña... no me malinterpretes, pero como no cojas la empresa con fuerza, te irás a pique en menos de un año.

Aunque me jodiera, tenía razón y eso debía aceptarlo. Owen quería hacerme ver lo que estaba pasando. Puede que sus formas no fueran las adecuadas, pero pensándolo fríamente, era una manera que podía hacerme dar con el ladrón. Lo que estaba claro, era que tendría que hablar de nuevo con contabilidad para pedirle informes de todos estos meses en los que mi hermano no ha estado. Tenía que averiguar la cantidad que había desaparecido. Solo una cosa no tenía clara y tendría que responderme a eso.

—¿Cómo has sabido lo que está pasando? —Pregunté algo confundido.

—Eso no te lo diré.

—Tienes que hacerlo, Owen. Puede que esa persona sepa quién está detrás de todo esto.

Suspiró a la vez que se levantaba para ir hasta su mesa. Abrió un cajón y sacó una carpeta negra. Volvió a sentarse a mi lado y me la extendió para que la abriera. Una parte de mí deseaba abrirla, saber todo lo que estaba pasando, pero la otra tenía miedo de abrir los ojos demasiado, tanto, que me hiciera desconfiar en personas en la cual confiaba ciegamente en este momento. La abrí decidido y saqué algunos documentos. Eran extractos de cuentas de Fisher Meyer. Miré a Owen con el ceño fruncido, pues no entendía muy bien como había llegado esto a sus manos.

—Puedo explicarlo.

—Soy todo oídos.

—No sé si sabes que Colton, el chico de contabilidad es mi primo. —Abrí los ojos desorbitadamente a la vez que me cabreaba—. Él fue quien me informó de estas anomalías.

—¿Y por qué no vino a mí? —Escupí apretando los puños a cada lado de mi cuerpo.

—Porque no creo que te guste saber que tu esposa lo sabía y no te dijo nada. A ver, Sergio. Yo no quiero que esto sea una guerra entre tú y yo y mucho menos conseguir desprestigiarte, pero si yo no llego a enterarme de esto ahora, después iba a ser muy tarde para remediarlo.

Me pasé las manos por la cara intentando serenarme. No podía ser posible que Penélope estuviera haciendo algo así. Era nuestra empresa y si yo me arruinaba, ella también. ¿A qué estaba jugando? Me levanté como un resorte decidido a desenmascarar a la que se suponía que daría la vida por mí y que me amaba con toda su alma.

—Ahora mismo me va a oír.

—¡No! —Me di la vuelta—. No debes hacerlo así, lo negaré todo. Si me dejas, yo puedo ayudarte, pero a mi manera ¿aceptas?

—¿Qué ganas tú? —Pregunté inseguro.

—A mi mejor amigo.

Me quedé bloqueado en cuanto dijo eso. ¿En serio pretendía ahora y después de todo lo que había pasado entre nosotros que le perdonara solo porque me estaba ayudando a descubrir a mi esposa? No podía estar hablando en serio y mucho menos creía en su palabra.

—Permíteme que lo dude, Owen. —Me levanté con la intención de salir de este despacho.

Antes de salir, me di la vuelta y lo miré.

—No pretendo que me creas y mucho menos que confíes en mí, sé que eso es algo que una persona tiene que ganárselo a pulso y contigo lo perdí. En cambio, sí te pido que me des la oportunidad de enmendar mi error.

—Eso no pasará y mucho menos si sigues publicando cosas de mi familia y de...

—Ella, te refieres a Lucía ¿verdad? —Asentí—. Está bien, si para recuperar tu confianza tengo que dejar de publicar fotos de ella, lo haré.

—Y de mí, por favor. No quiero que mis hijos crezcan conociendo esas cosas de su padre —supliqué, algo que hacía tiempo no hago—. A mí no me importa lo que piensen de mí, pero sí lo que ellos crean.

Asintió y tras eso, me di la vuelta y salí. Fuera estaba Alisa esperándome, cosa que de la cual estaba seguro de que pasaría. Intentó acercarse a mí, pero puse mi mano para que no lo hiciera, no iba a dejar que se acercara a mí nunca más. Me había vendido, había contado cosas privadas que solo sabía ella y se lo había contado a la competencia. Y buscando ¿qué?

—Sergio, por favor. Solo quiero que me escuches.

—Nada de lo que me digas me hará mirarte diferente, Alisa —aseguré

mirándola de soslayo.

—Me merezco todo lo que me digas, sé que no actué bien... pero, solo estaba cabreada. Yo te quiero y tú...

—Y yo nada —la interrumpí—. Y si es cierto que me quieres tanto, no habrías hecho esto. ¿Acaso te traté mal? —Negó—. Nunca te prometí amor eterno... siempre te dije lo que necesitaba y tú lo aceptaste.

—Es verdad, tienes razón, pero eso no evitó que me enamorase de ti.

—Pues lo lamento.

Me giré y sin escuchar nada más, caminé hasta el ascensor para después entrar y pulsar el botón de la panta cero. No podía dejar de pensar en todo lo que se me venía encima. No podía creer que mi esposa estuviese haciendo eso a mis espaldas ¿con qué fin? ¿A quién le daba esa cantidad de dinero que sacaba tan a menudo? Después de todo debía darle las gracias a Owen, de no ser por él, no me habría percatado de nada. Siempre mi primer y único problema había sido Nick y ahora sin él, no tenía por qué estar tan pendiente, pues para eso estaba ella.

—Claro, por eso insistió tanto en llevar la contabilidad.

Flash Back

Al fin estábamos saldando las deudas que mi hermano había dejado. Era cierto que casarme con Penélope arreglaría el problema. Había sido un gran sacrificio, pero después de todo, la empresa era lo más importante, incluso más que mis sentimientos.

Estaba en mi despacho, ultimando unos detalles del contrato de fusión de las empresas Fisher y Meyer cuando entró Penélope. Ni siquiera tocó antes de entrar. No me gustaba que actuase así, pues, aunque fuese mi esposa, tenía que tener un respeto. Solo llevábamos casados dos semanas, no teníamos tanta confianza como para eso.

—¿Pasó algo? —Pregunté intentando parecer calmado, aunque en

realidad por dentro estuviese loco por echarla de mi despacho.

—No, ¿tiene que pasarme algo para venir a ver a mi esposo? — Enarqué una ceja—. Bueno, en realidad sí. Quería comentarte algo que no te dije antes.

—Tú dirás.

—Quiero llevar la contabilidad de la empresa. —Me levanté mientras me desanudaba la corbata. ¿Estaba loca?

No iba a dejar en manos de cualquiera la contabilidad de una empresa que tanto me había costado subir y mucho menos después de lo que hizo mi hermano. Que Penélope sea ahora la Sra. Fisher, no le daba esos privilegios, aunque ahora Meyer perteneciera a mi empresa. Ella se quedó mirándome, sabiendo que no me hacía demasiada gracia lo que me había dicho.

—No creo que debas llevarla tú —expresé.

—¿Y por qué no? Creo que sería buena idea que al menos te quite trabajo. Sé, que desde lo ocurrido con tu hermano no confías en nadie para ese puesto, pero tú mejor que nadie sabes que yo no dejaré que caiga. También hay dinero mío —explicó intentando convencerme.

Era cierto todo lo que decía, pero ¿y si volvía a pasar lo mismo? No nos podíamos permitir más pérdidas. Aunque, también era cierto que ella perdería al igual que yo si llegase a pasar de nuevo lo mismo. Que ella llevase la contabilidad no podía ser mala idea, al contrario, sería la mejor que podía tener.

—Está bien, llevarás la contabilidad, pero si llegase a ocurrir algo que ponga en peligro el dinero de la empresa, te quedarás sin nada. No pienso dejar que vuelva a ocurrir —la amenacé. Puede que me estuviese pasando con ella, pero debía ver lo serio que era el asunto. Asintió y salió del despacho sin decirme nada más.

Flash back

Me había engañado como un auténtico gilipollas. ¿Cómo pudo? Pero esto no se iba a quedar así y la iba a desenmascarar. Iba a averiguar todo lo que había hecho y también el motivo que la llevó a hacerlo. Solo esperaba que esto no fuera la perdición de la empresa, porque sería mi propia perdición.



15

Lucía

Un mes después

Este tiempo las cosas entre Pablo y yo han mejorado y la verdad me sentía algo mejor que cuando dejé que se marchara. Sentía que había hecho lo correcto cuando fui a buscarle, que era lo que tenía que hacer y haría todo lo que estuviera en mi mano para cumplir la promesa que le hice, aunque me costara.

Unos días después de todo lo que pasó, volví al trabajo ¿y qué me encontré? Me habían despedido. Perdí mi trabajo por culpa de esas revistas que provocaron en mí una pequeña depresión que me impidió volver a trabajar por unos días. No podía creer que ahora estuviese en el paro, buscando un nuevo trabajo. ¿Qué iba a hacer? Menos mal que Pablo sí trabajaba, sino, me veía regresando a casa por navidad.

Cuando dejé a mi pequeño en el colegio me pateé Madrid, dejando currículos en todos los colegios que tenía en la lista que hice la noche anterior. Ya había dejado algunos en varios institutos, hasta que llegué al último. Instituto Guzmán el bueno; era un instituto privado y bueno, al que era un poco complicado conseguir una plaza en él, pero no iba a tirar la toalla, así que entré y caminé hasta secretaría para dejar el currículum. No tenía nada que perder. Al llegar, me fijé en una muchacha de unos treinta años, estaba sentada en una de las sillas de espera, con la cabeza gacha y llorando desconsoladamente. Miré hacia ambos lados y no encontré a nadie, así que deduje que ella sería la secretaria, pero me dio tanta pena verla ahí y sola, en esas condiciones que me senté a su lado para saber que le ocurría.

—Hola ¿estás bien? —Alzó la cabeza al escucharme. Sus ojos estaban llenos de rabia, así que esas lágrimas más que de pena eran por un cabreo monumental que tenía. Negó agachando la cabeza de nuevo—. Está bien, si no quieres contármelo no pasa nada.

—No te conozco de nada. ¿Cómo te voy a contar algo?

Su comentario me sorprendió, pero no desistí en ayudarla.

—Es cierto, no me conoces y por eso mismo es mejor hablar de lo que te pasa con una autentica desconocida que con alguien de tu entorno. —Volvió a mirarme.

—Eso es cierto, pero da igual. No voy a calentarte la cabeza con mis problemas —mencionó. Yo me encogí de hombros.

Tampoco la iba a estar molestando todo el rato para que me contase algo. No era una cotilla, aunque sí tenía curiosidad. Me levanté para acercarme al mostrador, a ver si así se daba cuenta de que necesitaba que me atendiera, en vez de estar llorando como una magdalena por dios sabría qué.

—¿Puedes ayudarme? —Pregunté.

—No.

—¡Vaya! Ya veo que no te he caído nada bien —afirmé sacando el currículum de la carpeta—. Te dejo esto aquí y ya se lo entregas a quien sea cuando sea ¿vale?

—Yo no voy a entregar nada. Además ¿qué es eso? —Se levantó y caminó hasta mí para después quitarme los papeles de las manos. Qué maleducada—. ¿Vienes a buscar trabajo, aquí?

—Sí. ¿Hay algún problema?

—No sé, pero no te recomien...

—Mónica. ¿Qué estás haciendo?

Una voz a nuestras espaldas nos interrumpió. Nos dimos la vuelta y un hombre mayor de unos cincuenta años estaba frente a nosotras. Esta tal Mónica lo miró con ojos de asesina y yo no sabía qué hacer, pues realmente no sabía ni quién era este hombre. En este instituto estaban todos locos, sino, no sabría explicar lo que estaba pasando en este momento.

—¿Quién es usted? —Se interesó cuando dejó de mirarla a ella. Suspiré al menos unas tres veces antes de poder responder. Este hombre imponía bastante.

—Eh, yo...

—¿Así habla? —Me interrumpió.

—No, claro que no. Soy Lucía Lago y venía a entregar un currículum.

Alzó una ceja y tras echarle otra mirada asesina a Mónica, caminó hasta mí y cogió los papeles que ella me había quitado unos minutos antes. Me sentía un poco desubicada, pues era la primera vez que me encontraba en una situación como esta. Ojeó mi currículum y después me miró a mí. No podría descifrar lo que sus ojos me decían. ¿Le interesaba o no? Estaba claro que tenía que salir de aquí antes de que se mataran y me pillara en medio. Me giré para irme y antes de hacerlo, me cogió del brazo para impedir que me fuera.

—No le he dicho que pueda irse. —Ahora era yo quien alzaba una ceja

¿Qué se había creído?

No me gustó su manera de tratarme y sabía que en cuanto mi boca se abriera para soltarle una de las mías, me iba a rechazar, pero me arriesgué.

—Que yo sepa usted no es nada mío, así que puedo irme cuando quiera. ¿Acaso se cree el rey del mundo?

La boca de Mónica me mostró una o exagerada, completamente sorprendida por mi respuesta. Y nunca habría adivinado lo que iba a pasar después. Vamos que, si me pinchaban, no sangraba.

—No me creo el rey de nada, pero sí su jefe. Si aún quiere el trabajo claro.

No, definitivamente no podía creerme lo que estaba pasando. ¿Mi jefe? ¿Esto era una cámara oculta?

Mónica al ver la seriedad en sus palabras, bufó cabreándose más. ¿Qué le pasaba? De verdad que me estaba cansando su manera de actuar.

—Claro que quiero el trabajo, para eso he venido, pero ¿no me hará una entrevista antes? Es que todo me parece tan surrealista —hablé con sinceridad.

—Sí, te haré algunas preguntas, pero el trabajo es tuyo. Acabamos de despedir a la Srta. Mónica, así que su puesto está vacante y para ser sinceros, no tengo ganas de ponerme a buscar a nadie en este momento. Es su día de suerte Srta. Vega. —La miré a ella más sorprendida aún.

Entonces me di cuenta, ella no era la secretaria, sino, una profesora más. ¿Por qué la habrían despedido? Bah, qué más daba, era mío el puesto ahora. Podría parecer egoísta, pero si yo no había tenido nada que ver en todo esto ¿por qué tendría que sentirme mal? La susodicha se dio la vuelta y se marchó gritando como una posesa. No entendí mucho lo que decía, pero nos maldecía a todos y creo que al mundo entero.

Cuando nos quedamos a solas, me dijo que fuéramos a su despacho para

hacerme esas preguntas que me mencionó anteriormente y decirme las condiciones del trabajo. Aún no me lo podía creer. Había encontrado un trabajo en un instituto privado.

—Muy bien, antes de empezar deje que me presente. Soy Luis Cortés, el director del centro. —Asentí—. Quiero disculparme por el espectáculo que ha presenciado antes, pero... la Srta. García se negaba a irse después de que le dijera esta mañana que estaba despedida. —Bufó cabreado—. En fin, ahora usted llevará su clase de cuarto de la eso ¿está preparada? —Asentí—. Perfecto.

Me explicó las condiciones y la verdad era mucho más de lo que me esperaba, aunque también se trabajaban más horas. Suponía que compensaba el suelo ¿no?

Tras una hora en la que me explicó todo lo que debía saber sobre el centro y sus reglas, me despedí de él y salí del despacho y por consiguiente del edificio. Decidí irme dando un paseo, así al menos, vería los escaparates y me distraía un poco.

El camino no se me hizo tan largo como esperaba, pues estaba lejos del colegio de mi hijo. Miré el reloj de mi muñeca y aún me faltaba una hora para recogerlo e irme a mi casa. Miré a mi alrededor y me encaminé a la cafetería que tenía frente al colegio para esperar la hora de salida de Edu. Iba a entrar, pero pensé quedarme mejor en la terraza. Mientras esperaba al camarero para pedir un refresco, escuché mi nombre al frente, alcé la cabeza y miré a la persona que me llamaba.

—¿Lucía? —Me preguntó a la vez que yo asentía mientras me levantaba para saludarle.

—Arturo, cuanto tiempo. ¿Qué tal estás? —Me interesé.

Hacía tanto tiempo que no le veía, desde que su sobrino vino a verme la segunda vez. Arturo era el tío de Sergio, el hombre que se ocupó de él cuando

fallecieron sus padres. Realmente siempre había sido alguien muy importante en nuestras vidas, pero desde que Sergio se fue, nuestra relación fue enfriándose.

Me acerqué a él y le di un abrazo, sintiendo esa parte paternal por su parte, tratándome siempre con un cariño especial.

—¿Puedo sentarme? —Me señaló la silla que tenía a mi lado. Yo asentí—. ¿Cuánto hace que no nos vemos? Estás muy guapa y cambiada.

—Ya no soy una niña, Arturo. —Sonreí—. Tú en cambio estás igual, los años no pasan por ti.

—Bueno, no te creas. Ya estoy muy viejo —refirió divertido.

Estábamos teniendo una conversación muy amena, ya el camarero nos había traído los refrescos cuando escuchamos como alguien lo llamaba tío. Por un momento me tensé pensando que sería Sergio y volver a verle después de tantos años y tal como habíamos acabado la última vez que hablamos por teléfono, no sabía si estaba preparada para ese encuentro. Pero al darme la vuelta y comprobar que no era él, mi cuerpo se tensó, pero con diferente significado, pues a esta persona que tenía frente a mí, más bien le tenía miedo. ¿Qué hacía Nick Fisher en Madrid?

—Hola ¿te conozco? —Me preguntó sentándose frente a mí.

—No —respondí cortante.

—No hijo, claro que no has llegado a conocerla, aunque seguro que has escuchado hablar sobre ella...

—Bueno, yo tengo que irme Arturo —le interrumpí antes de que le dijese mi nombre.

—¿Por qué tan pronto?

Me levanté y ellos me imitaron. No podía dejar de mirar a Nick, al igual que él me asesinaba con la mirada. Estaba segura de que él sabía quién era yo, pero no lo diría, no delante de su tío al menos.

—He recordado que tengo algo muy importante que hacer y no puedo llegar tarde —me excusé—, pero me alegro mucho de verte y saber que estás tan bien. —Me acerqué a él para despedirme—. Espero que volvamos a vernos otro día.

—Claro, preciosa. Ya sabes que mi casa es tu casa y tienes las puertas abiertas.

—Lo tendré en cuenta. —Miré de nuevo a su sobrino—. Encantada. —Y me di la vuelta para ir a recoger a mi hijo.

Solo faltaba quince minutos para que saliera y estaba nerviosa. Quería, deseaba sacarlo y llevármelo a casa. Sentí algo de miedo, un miedo que nunca había llegado a sentir y todo gracias a ese tipo. Algo me decía que a partir de este momento iba a volver a verle muy a menudo. Lo único que deseaba era que no se atreviera a venir a ver a mi hijo, porque eso sí que no se lo iba a permitir.

Una vez que recogí a mi pequeño terremoto, cogí un taxi para volver a casa, no me arriesgaba a irme caminando para volver a encontrarme con él. Estábamos cerca, pero me dio igual. Mi hijo iba todo el camino contándome lo que había hecho en la escuela, que se lo había pasado muy bien y solo con eso me olvidé de todo para volver a suspirar y sonreír. Solo él lo conseguía.

Cuando llegamos, nos bajamos del taxi y caminamos hasta nuestro portal, donde, sin percatarme de nada, alguien ya nos esperaba en el interior del edificio.

—Hola, Lucía. ¿Pensaste que no sabía quién eras?

—¿Qué quieres? ¿Cómo sabes dónde vivo? —Pregunté con la voz entrecortada.

No quería demostrarle el miedo que le tenía, pero era inevitable. Nick se acercó a nosotros y miró a mi hijo con una sonrisa maléfica. No podía dejar que se acercase a él, ni mucho menos que lo mirara. Me puse delante de él,

agarrando a mi hijo por el brazo para no dejar que caminase para ponerse delante. Él era un niño que no veía el peligro, pero en este momento, el interior del portal apestaba.

—¿No me dejas conocer a mi sobrino? —Expresó cínicamente.

—No es tu sobrino, ni nada tuyo —titubeé.

—¿Entonces por qué te pones tan nerviosa?

Me quedé mirándole fijamente, de alguna manera debía aparentar que no le tenía miedo, que no estaba tan nerviosa como él me decía. Y cuando se suponía que iba a responderle lo más clara y cortante posible, me agarró del brazo para apartarme de mi hijo y poder verlo y saludarle como supuestamente él quería. ¿Qué se había creído? Se acuclilló delante de Edu y acarició su mejilla con “dulzura” algo que este hombre no tenía, de eso estaba segurísima.

—Hola, Edu. Soy tu tío Nick —se presentó.

Mi hijo me miró a mí y mis ojos le enseñaron que no podía fiarse de él y corrió hasta mí, escondiéndose detrás de mi cuerpo como estaba antes de que él me apartase.

—Estás siendo muy injusta, Lucía...

—Injusta ¿yo? —Le interrumpí—. No me hagas reír —ironicé.

Caminó hasta mí, poniéndose muy cerca de mi rostro. Me fijé en su gesto lleno de odio, en sus facciones parecidas a las de Sergio. Tenía los ojos azules, pero no tan azules como los de su hermano. Algunas canas sueltas por ese cabello negro y unas cejas bastantes pobladas que daba mucho más misterio a esa mirada llena de odio. No sabía qué pretendía conmigo, pero no iba a dejar que me lo mostrara.



16

Lucía

Seguía intimidándome, haciendo que mi cuerpo temblara como una hoja que estaba a punto de caer del árbol en otoño. ¿Qué pretendía? Estaba segura de que sus intenciones conmigo y mi hijo no eran buenas y solo con ver cómo era, me daba cuenta. Además, de solo recordar lo que me dijo en aquella llamada, podía saberlo todo en realidad. Él no quería a su sobrino, aunque tampoco estaba segura de que quisiera demasiado a su hermano.

—¿Qué es lo que quieres de nosotros? —Pregunté en un hilo de voz.

Estaba aterrada por saber su respuesta, pues sabía la que me daría y no estaba dispuesta a permitirlo. Sonrió de lado mientras enarcaba una ceja con altanería o, más bien, chulería, porque eso era lo que quería demostrar. Se dispuso a responderme cuando su móvil comenzó a sonar. Sin borrar esa sonrisa, sacó del bolsillo de su pantalón de pinzas, su móvil, el cual no paraba de sonar, teniendo un sonido de lo más molesto, al igual que su dueño. Se

apartó un momento de nuestro lado, cosa que me ayudaría a dejarlo tirado en el portal y subir a mi casa, pero me agarró del brazo mientras hablaba con alguien, por como la estaba tratando, me daba cuenta de que era una mujer.

—Cielo, llámame en otro momento, por favor.

Escuchó lo que le decía por unos segundos.

—Lo sé, lo sé. Ahora estoy atendiendo un asunto del que te hablaré más tarde.

Fruncí el ceño al escuchar eso. ¿Qué asunto tenía que arreglar conmigo? Si creía que le iba a dejar venir a ver a mi hijo cuando a él le diese la gana, estaba muy equivocado.

Él seguía hablando mientras que mi cabeza no dejaba de pensar, de intentar procesar todo lo que estaba pasando y lo que aún estaba por pasar. Iba a irme de nuevo, ahora que estaba mucho más entretenido y alejado cuando escuché el nombre de la persona que estaba hablando con Nick.

—Penélope, por favor. Si mi hermano está sospechando, haz lo que esté en tu mano para que deje de hacerlo. —Me miró de reojo—. Espero que no vuelvas a llamarme hasta que no tengas una solución ¿ha quedado claro?

Tras eso, colgó sin esperar respuesta por parte de ella. ¿Qué tendrá que ver la esposa de Sergio con este tipo? ¿Acaso estaban engañando a su hermano? Si eso era así, él debería saberlo; *Ni lo sueñes Lucía, no te metas*. Fuera lo que fuese, yo no tenía por qué meterme, así que haría como que no había escuchado nada y seguiría con mi vida, si este señor me dejaba.

—Bueno ¿por dónde íbamos? —Preguntó acercándose a mí.

—Por ningún lado, yo me voy ya —respondí intentando parecer serena, pero me estaba costando horrores conseguirlo.

Me di la vuelta para marcharme de una vez, creyendo que me detendría de nuevo y no lo hizo, algo que agradecí. Antes de que me montase en el ascensor con mi hijo, lo miré con desprecio, ese mismo desprecio que

demostró él hacia mí y mi hijo hace años. No iba a permitir que este hombre entrase en la vida de mi pequeño y mucho menos iba a dejar que intercediera en su futuro.

—Aún no hemos terminado, Lucía y lo sabes. ¡Tenemos una conversación pendiente! —Gritó cuando vio que las puertas del ascensor se cerraban.

No quise escucharle, no quise entender sus mensajes ocultos en esa amenaza.

Cuando llegué a mi casa con mi hijo en brazos, aun no siendo capaz de poder soltarlo, pues me daba miedo que, al hacerlo, pudiese perderlo, me senté con él en el sofá y lo apreté contra mi pecho, intentando meterlo en lo más profundo de mi alma, creando una fortaleza que nadie pudiese romper. Edu era mi tesoro, mi gran tesoro.

—Ay mami, me haces daño —se quejó con su media lengua.

—Es que te quiero muchísimo.

Él sonrió, mostrándome la misma sonrisa que tenía su padre. Hacía tanto tiempo que no veía sonreír a Sergio, que prácticamente me estaba olvidando de cómo era. Si no fuera por el parecido que tenía mi hijo con él, creo que ya no le recordaría.

El resto de la tarde la pasé junto a mi hijo; pintamos, leímos, escribimos algunas palabras. Pretendía enseñarle algunas cosas mientras nos divertíamos. La verdad era que estábamos pasando un rato de lo más agradable. Pronto debía preparar la cena para cuando llegase Pablo de trabajar y no podría pasar más tiempo con mi pequeño diablillo.

Miré el reloj de la pared y di un brinco del suelo, pues ya eran casi las ocho de la tarde, Pablo estaba a punto de llegar y aún no tenía nada preparado. Dejé a mi hijo sentado en el sofá con una película de dibujos puesta para que me dejase hacer la cena. Sin embargo, cuando estaba preparando la cena, escuché el timbre y sin mirar de quién se trataba, olvidándome un poco de lo

que había pasado apenas unas horas, abrí la puerta. Me quedé mirándole, pues no sabía que él supiera donde vivía yo y tampoco creía que su visita fuese de cortesía.

—Arturo ¿qué haces aquí? —Pregunté un poco nerviosa.

¿Cómo era posible que tuviese el mismo día una visita de dos personas de la misma familia? Ya solo me quedaba que viniera Sergio para terminar de rematar el día. Además, ninguno sabía dónde vivía. ¿Cómo me habían encontrado?

—¿Puedo pasar? —Asentí echándome a un lado—. Siento presentarme aquí, fui a casa de tus padres y tu madre me dio tu dirección, espero que no te moleste. —Negué—. Lo que vengo a decirte es algo de suma importancia y no podía solo llamarte.

Me acompañó hasta el salón, donde mi hijo aun veía los dibujos animados. Arturo se sorprendió al ver a mi pequeño, pero por el momento omitió lo que estaba pensando, aunque no había que ser un lince para saber que se había sorprendido, ya que él no sabía de la existencia de Edu.

Ambos nos sentamos en el sofá. Me sentía nerviosa, demasiado. ¿Qué sería lo que tenía que decirme? Debía ser algo grave, tanto para que lo hiciese venir a buscarme.

—Tú dirás.

—Sé que mi sobrino vino a verte. —Suspiró—. Sergio no sabe que está aquí.

—Me lo he imaginado, pero ¿por qué? ¿Ha pasado algo entre ellos? —Pregunté bastante interesada—. Disculpa, a lo mejor no quieres hablar sobre eso.

—No, claro... para eso vine.

—¿Quieres tomar algo?

—No, así estoy bien, gracias.

Lo noté nervioso, incluso más de lo que estaba yo y eso solo provocaba que el miedo entrase en mi cuerpo, con tanta fuerza que me haría temblar en cualquier momento. Que Nick Fisher estuviese en Madrid, era un problema. No por ser quién era, sino, por las intenciones que él tenía.

—Mi sobrino Nick no puede volver a Alemania... a menos que Sergio quite la denuncia que le ha interpuesto. —Mis ojos se abrieron llenos de sorpresa—. Le estuvo robando por bastantes meses y Sergio casi tuvo que cerrar la empresa.

—No puede ser —murmuré.

¿Cómo un hermano podía hacerle eso a otro? ¿Acaso no tenía corazón? Ya no solo era el dinero, sino también lo que conllevaba cerrar una empresa tan grande. Habría miles de despidos y unas deudas que serían difíciles de saldar. Sentí pena por él, por Sergio y me hubiese gustado estar a su lado para apoyarle en esos duros momentos. Yo sabía lo que él había perdido por llevar esa empresa adelante, lo que ambos habíamos perdido por ello.

—Lo es, por eso Nick está aquí... —Bufó exasperado—. Ahora me enfrento a Sergio y no sé qué hacer para que no me odie por haberle ocultado a su hermano.

—¿Por qué dices que te enfrentas a Sergio? —Titubeé.

—Porque vendrá en dos semanas a pasar unos días aquí. No sé qué estará pasando en su matrimonio o en la empresa, la cuestión es que vendrá y no sé qué hacer para que no vea a su hermano.

Me levanté nerviosa, analizando cada palabra que había salido de la boca de Arturo. Sergio vendría y yo no podía verle, no podía dejar que me buscara, que viera a Edu. Cada vez las cosas se complicaban más y no sabía qué iba a hacer para que esto no se me fuese de las manos. Lo peor sería cuando Pablo se enterase, ni siquiera me dejará salir de casa, creyendo que iría a sus brazos sin pensarlo dos veces, porque aún, después de haberme

rebajado a él, buscándolo para conseguir que volviese conmigo, seguía sin confiar en mí.

—Arturo. —Lo miré—. ¿Te puedo pedir un favor? —Asintió a la vez que se encogía de hombros—. No le cuentes a Sergio que me has visto, que has estado aquí, por favor —supliqué angustiada.

Él se quedó mirándome fijamente, como si lo que le estuviese pidiendo fuera una locura, algo que iba a ocurrir de igual manera. Yo sabía que era en vano pedirle esto, ya que, si Sergio quería buscarme, lo haría igualmente, aunque su tío no le hablara de esta conversación. De igual manera, ese no era el problema... mi problema era que, si me llamaba, iría corriendo a sus brazos, no tendría voluntad para decirle que no y eso, eso complicaría mi vida de nuevo.

—Pero ¿por qué? —Se interesó. Yo no podía si quiera mirarle, pues con solo eso me pondría en evidencia.

—Por nada, es solo que no quiero verle y mucho menos saber nada de él —aseguré más para mí que para él.

—Lucía... lo siento, pero no lo entiendo. Ustedes ya no están juntos y no creo que volváis a estarlo, pero yo creía que erais amigos. ¿Ha pasado algo entre ustedes? — Me quedé en silencio, pensando, recordando cosas que no era capaz de olvidar—. Lucía, eh. —Tocó mi brazo.

—Sí, lo siento. ¿Qué decías?

—¿A qué tienes miedo, Lucía?

Esa pregunta no podía responderla y mis nervios tampoco me dejaban pensar con claridad. Tenía que irse, tenía que hacer que Arturo se fuera. Si se quedaba más tiempo, yo misma le iba a confesar que Edu era hijo de Sergio y eso no podía permitirlo. Sergio no podía enterarse de eso.

—Nada, Arturo, de verdad y lo siento, pero tienes que irte antes de que llegue mi marido.

Él, sin decirme nada, se levantó del sofá y caminamos hasta la puerta. Se despidió de mí dándome dos besos y un fuerte abrazo. A decir verdad, yo podría confiar en Arturo, pues siempre me dio la seguridad de poder contar con él con cualquier problema que tuviese, pero no estaba segura si con esto sería buena idea decirle. ¿Y si se lo contaba a su sobrino? ¿Y si Sergio al enterarse quiere llevárselo, quitármelo? Yo ya no sabía si el Sergio de ahora era el mismo de hacía años, si era el mismo hombre que daba la vida por lo que más amaba. De ser así, hubiese luchado por nosotros y no lo hizo. Entonces ¿podría decirle lo de Edu y quedarme tranquila sin esperar que quisiera alejarlo de mí? No, en este momento, no estaba segura de nada.

Cuando Arturo se fue, volví a la cocina para terminar la cena que había dejado a medias. Mi hijo seguía viendo la tele. Se concentraba tanto cuando le gustaba algo, que pasara lo

que pasase a su alrededor, él no perdía la vista a lo que tuviese en frente. Otra cosa que sacó de su padre.

Flash Back

Pronto serían las doce, los últimos minutos para que terminase el año. Sergio y yo estábamos pasando las primeras navidades juntos y me hacía feliz, muy feliz. Caminé hasta él que estaba en el salón intentando arreglar la antena justo antes de poder poner el canal para ver las campanadas. Estaba tan concentrado que no me escuchó.

—Eh, cielo. —Toqué su hombro y ahí sí que me miró.

Con una sonrisa matadora, de esas que hacía que mi corazón tuviese un paro cardiaco, se levantó y pasó sus brazos por mi cintura para luego pegarme a su cuerpo. Su boca buscó la mía y besó mis labios apasionadamente. Estaba muy nerviosa, pues yo misma había decidido que esta noche sería la noche, la primera. Yo aún era virgen y para ser sincera, me moría por estar entre sus brazos, pero el miedo al dolor que sentiría me

nublaba a la hora de entregarme y acabábamos haciéndonos cosquillas. Sergio me amaba, estaba segura de ello, me lo demostraba cada día de mi vida.

—¿Sabes que eres la chica más hermosa de este puto planeta?

—Susurró en mi oído cuando pudimos separar nuestros labios.

Mi cuerpo se estremeció, calentándose con demasiada, convirtiéndose en lava. Si no fuera porque mis padres estaban en la cocina preparando las copas para brindar, no sabría qué hubiese pasado.

Flash Back



17

Sergio

Me sentía utilizado, engañado por mi propia esposa. ¿Por qué si decía que me quería? No era verdad, de eso estaba seguro. Era cierto que yo no la amaba, que nunca iba a poder hacerlo y ella lo sabía, pero no merecía ser engañado de esta manera. Si ella quería dinero, solo tenía que pedirlo, no robar esas cantidades tan elevadas. Aún no sabía muy bien para qué necesitaba tanto dinero y mucho menos si había alguien detrás de todo esto. Incluso llegué a pensar en mi hermano, pero no, era imposible, él estaba desaparecido y no lo creía capaz de seguir haciendo lo mismo después de lo que pasó.

Ahora nos encontrábamos en la misma tesitura, a punto de quebrar y de tener que despedir a miles de empleados. Ahora no solo estaba Fisher Enterprise, también lo estaba Meyer, la empresa que fundó el padre de mi

querida esposa. ¿Cómo pudo jugar con todo eso? ¿No se daba cuenta de la cagada tan grande? ¿Pensó que jamás me iba a enterar?

En este momento me encontraba en el despacho de Lorenzo, mi abogado. Él estaba investigando todas las cuentas para saber a quién iba destinado el dinero desde hacía unas semanas. Hoy por fin me dirá algo y podré actuar tal y como me diga, aunque lo que a mí me gustaría sería gritarle a mi esposa, esa que me quería tanto, todo lo que llevaba guardando en mi interior.

Llevaba dos días sin pisar mi casa y, aunque me moría de ganas por ver a mis hijos, que eran lo más importante en mi vida, no podía seguir fingiendo que no ocurría nada, porque me costaba seguir callándome.

Mi móvil comenzó a sonar por décima vez, lo miré bufando para comprobar de nuevo de quién se trataba. Penélope no dejaba de llamarme y yo seguía colgándole el teléfono sin responder. Varios minutos después, volvió a sonar. Iba a responder justo cuando Lorenzo entró en su despacho, donde llevaba al menos veinte minutos esperándole.

—Hola, Sergio. Perdona el retraso. —Me extendió la mano y yo se la estreché.

—No pasa nada, hombre.

Ambos sonreímos y se sentó en su silla poniendo frente a él una carpeta la cual parecía ser el expediente que le abrió a mi hermano. Sus comienzan a ojear unos papeles que había sacado de la misma. Estaba muy concentrado y eso solo incrementaba mi ansiedad por saber ya algo. ¿Habrás sabido algo más? Había estado trabajando muy duro estas semanas y solo esperaba que hubiera servido de algo. Escuché un carraspeo, que me hizo volver a la tierra. Me había quedado pensando en varias posibilidades.

—Bueno. —Suspiró.

—Dime algo ya, Lorenzo.

—Sí, lo siento. Hemos encontrado a tu hermano, es lo primero que tenía

que decirte.

Me incorporé en la silla, pues ya no podía más con mis nervios.

—¿Dónde está?

—En Madrid. Por lo visto tenéis un familiar allí.

Mis ojos se abrieron desorbitadamente a la vez que mis puños se cerraban con fuerza. ¿Cómo era posible que se estuviese quedando en casa de nuestro tío y él no me hubiera dicho nada?

—Arturo, nuestro tío. —Bufé cabreado.

—Sí, ese es su nombre. —Siguió mirando—. Lo otro no te va a gustar.

—Dímelo todo de una vez porque no aguanto más.

Yo mismo podía escuchar el rechinar de mis dientes al chocar. Estaba tan cabreado que sería capaz de coger hoy mismo un avión y presentarme en casa de Arturo para darle una paliza al hijo de puta de mi hermano. ¿Cómo ha sido capaz de meter a nuestro tío en este follón? Tenía que ir allí, volver a mi ciudad, aunque fuese una visita completamente diferente a la que solía hacer.

—Como ya sabemos tu esposa es la que ha estado sacando dinero. —Asentí—. Lo que no sabíamos es quien estaba detrás de todo esto ¿cierto? —Volví a asentir—. Aún no podemos decirlo con exactitud, pero estamos casi seguros de que tu hermano está detrás de todo. El dinero ha ido destinado a una fundación de España y al estar allí Nick, pues...

Me levanté como un resorte y le pegué una patada a la silla. Estaba enfurecido, me sentía un gilipollas. ¿Cómo he podido estar tan ciego? Era algo que sabía que era posible, pero que me negaba a creer. Lorenzo se levantó para ponerse frente a mí e intentar calmarme, pero en este momento lo único que necesitaba era tener al desgraciado de Nick frente a mí y partirle las piernas. ¿Cómo podía seguir haciéndome daño después de todo lo que me hizo pasar, después de todo lo que pasó hacía años? ¿Cómo se atrevía?

—Sergio, tranquilo. No ganas nada poniéndote así —expresó.

—Es que no logro entenderlo. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué le ha estado sacando dinero a él? ¿Qué tiene con él?

—No podemos todavía afirmarlo y tú eres el único que puede averiguarlo. —Fruncí el ceño—. Será mejor que te sientes, Sergio. Hoy estamos tocando temas muy delicados y solo si haces todo tal y como yo te diga, podrás salvar una parte de la empresa.

—¿Solo una parte?

—Sí y siento si no es lo que tú quería escuchar, pero no queda más remedio que hacerlo así —explicó a la vez que me pasaba los dedos por el puente de mi nariz.

No podía perder una parte de la empresa y si eso pasaba. ¿Cuál parte sería? Esto se me escapaba de las manos. Nada de lo que había hecho en el pasado servía ya de nada. Ni la boda con Penélope, ni perder a Lucía, nada. Todo estaba perdido para mí y mi familia y todo por culpa de unos... hijos de puta.

—Solo podrás salvar las cuentas de Meyer —dijo de pronto.

—¿Cómo? No puedo perder mi empresa, la fundó mi familia y...

—Lo siento, pero, aunque se fusionaron, para estos casos, se suele salvar la de menor valor y esa es la empresa de tu difunto suegro. Sé que ahora lo ves todo negro y que tener que irte a Madrid será algo con lo que no contabas en tu vida, pero ¿qué otra opción te queda? —Preguntó.

Yo me encogí de hombros. Ya no me quedaban opciones, no me quedaba nada.

—Meyer —murmuré—. Madrid, volver a Madrid —volví a murmurar.

Suspiré unas diez veces mientras me miraba los zapatos. Ni siquiera podía cruzar una mirada con mi abogado, porque hasta con él me sentía avergonzado. No porque tuviese algo que ver, pero sí por tener en mi familia a personas como mi hermano y mi esposa. Personas que no les importaba nada

ni nadie, solo ellos mismos.

Penélope. ¿Cómo podría mirarla ahora a la cara? ¿Cómo no gritarle todo lo que llevaba reteniendo estas semanas? Tenía ganas de encararla, de decirle todo, pero aún no podía hacerlo, no cuando nuestros hijos estaban en medio. Mis hijos. ¿Qué pasaría con ellos ahora? No quería que ellos sufrieran las consecuencias por los actos de su madre.

Estuvimos reunidos un par de horas, horas en las que solo me explicaba cosas que en este momento me costaba entender. Solo el hecho de tener que volver a Madrid me provocaba una sensación de *deja vu* que me descolocaba. Tras acabar y ya teniendo un poco las cosas más claras, salí del despacho a la vez que marcaba el número de teléfono de mi tío Arturo, el que tendrá que darme muchas explicaciones y al que tenía que anunciarle mi llegada en unos días.

Dos, tres, cuatro tonos y me respondió.

—*Hola, sobrino querido. ¿Cómo estás campeón?*

Sonreí al escucharle. Él siempre fue así conmigo, por eso no había manera de que yo pensara que tuviese algo que ver con lo que mi hermano estuviera haciendo, cosa que, por otro lado, tenía que averiguar. Lo que no lograba entender era por qué no me había dicho que Nick estaba allí.

—Hola tío. Yo bien ¿y tú cómo estás? Hacía tiempo que no hablábamos.

—Bien, como siempre.

—Te llamaba porque en unos días estaré por allí. Tengo muchas ganas de verte y tengo que arreglar unos asuntos de suma importancia en Madrid.

No me respondió, parecía que la noticia le había pillado por sorpresa y eso me ponía más en alerta.

—Vaya ¿ha ocurrido algo? ¿Está bien tu esposa?

—Sí, bueno. Prefiero contártelo en persona. Por cierto ¿sabes algo de mi hermano?

Era una estúpida pregunta de la cual sabía la respuesta, más que nada porque estaba seguro de que mi tío no me diría nada de que estaba allí. No es que fuese un mentiroso, pero siempre se encargó de cuidarnos y si mi hermano le había pedido que no dijese nada, él no lo diría. Siempre guardaba un secreto.

—*Está aquí.*

Su respuesta me sorprendió, no me la esperaba para nada. ¿Y ahora que lo podría responder? ¿Qué podría decirle para que no sospechara de mis intenciones con él? Tenía que hacer que mi tío me ayudase de alguna manera y ocultándole las cosas no era la forma.

—Oh, vaya. Pensé que no me dirías la verdad —afirmé.

—*¿Y por qué iba a mentirte? Nunca podría hacerlo. Además, no puedo más con tu hermano. Necesito que me ayudes.*

Mi ceño se frunció a la vez que miraba hacia ambos lados, pues me encontraba cruzando la calle para ir al otro lado donde mi coche estaba aparcado. Al llegar al vehículo, abrí la puerta y me metí en su interior para después arrancar. Puse el móvil con el manos libres para poder seguir hablando con mi tío a la vez que conducía para volver a la oficina.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué necesitas ayuda?

—*No sé qué interés puede tener Nick en Lucía, pero...*

—Espera ¿qué? —Le interrumpí—. ¿Qué tiene que ver Nick con Lucía?
Tío Arturo ¿qué ha pasado?

Me puse como un loco, como alguien que estaba perdiendo completamente la cabeza. En todos estos días los problemas que estaba teniendo, me tenían tan concentrado que ni en ella pensaba, pero hoy cuando mi abogado me dijo que tenía que ir a Madrid, solo su nombre cruzó mi mente. Sabía que no podía ir a buscarla, que no era mía, pero la necesidad era más fuerte que mi propia cordura, pues por ella la perdí hace tiempo. Pero una

cosa era que yo no pudiera acercarme a ella y otra que dejase que mi hermano sí lo hiciera. Jamás dejaría que se metiera con ella y se lo dejaría muy claro en cuanto lo tuviese frente a mí.

Seguí hablando con mi tío por unos minutos más y colgué a la vez que llegaba a la empresa, aparqué el coche en mi plaza de aparcamiento y caminé decidido para entrar. Las cosas estaban muy tensas en la oficina, los empleados estaban sospechando algo, ya que tenían que haber cobrado su mensualidad hacía ya cinco días y nosotros jamás nos habíamos retrasado, así que no me quedaba otra que hacer una reunión para explicarles un poco la situación. Si algo me caracterizaba, era por ser sincero con ellos, por hacerles partícipe de algunas cuestiones que los incumbían y que, sin querer, sería el final de muchos.

Al llegar, subí en el ascensor hasta la séptima planta, fui a buscar a Rubi para que hablase con los empleados e informarles de que los esperaba en quince minutos en el salón de actos. Ella sabía que cuando necesitaba hablar con todos, era porque el motivo era grave y en este caso, lo era y mucho.

Tras eso me fui a mi despacho para coger las carpetas con los datos que habíamos conseguido hasta ahora. Tenía que explicarles cosas y no podía esconder nada. Cuando lo cogí volví a bajar, pero esta vez a la segunda planta donde me esperaban todos ya. Muchas caras conocidas, trabajadores de años, algunos, menos tiempo, otros llegaron antes que yo y yo sería quien acabase despidiéndoles. No quería hacerlo, pero me era complicado en este momento mantener a tantos y sabiendo que solo Meyer se salvaba, tendría que hacer una criba para saber quién merecía el puesto y quién no, aunque para mí todos fueran los mejores empleados que había tenido.

Caminé en silencio hasta el escenario y cogí el micrófono ya preparado para poder hablarles a todos. Al principio éramos menos de los que en este momento tenía frente a mí, pero cuando Fisher y Meyer se fusionaron, los

empleados que tenían en España, solo los que quisieron, vinieron a trabajar aquí, los que no, acabaron en el paro, aunque con un buen finiquito por todos los años trabajados.

Todos me miraban expectantes. Algunos con miedo, otros con incertidumbre. ¿Cómo podría si quiera pensar en prescindir de este gran equipo?



18

Sergio

Tenía la garganta seca, ni siquiera tenía los suficientes cojones de hacerle frente a mis empleados y decirle la verdad. Hoy debía despedir a algunos y eso era otra de las cosas que iba a confesar para que lo supieran. No había dinero suficiente para pagarles, ni siquiera el finiquito podría darles en este momento y con eso me ganaba más de una denuncia por impago, pero ¿qué podía hacer? No me quedaba más remedio que contar todo, aunque siempre omitiendo quién era la responsable de que, a día de hoy, mi empresa se estuviera yendo a pique. Carraspeé y suspiré algunas veces antes de comenzar a hablar.

—Buenas a todos, gracias por venir —los saludé—. No sé cómo empezar con esta reunión y es la primera vez que me ocurre. —Bufé.

Me miraban, sus intensas miradas estaban puestas en mí y ya sabía que

algunos se temían lo peor. En todos los años que llevaba en la empresa, solo una vez hicimos una reunión y fue cuando falleció mi abuelo, con esto quería decir, que solo los reunía para dar malas noticias.

—No quiero omitiros nada y para eso estamos aquí. En primer lugar, quiero agradeceros vuestro empeño en el trabajo. Siempre venís con una sonrisa y eso es de agradecer, pues el trabajo siempre es más productivo de esta manera.

Los miré a todos y cada uno de ellos. Mujeres de mediana edad, jóvenes estudiantes que comenzaban en esto y padres de familia. Todos merecían un puesto en esta empresa y solo quedarían algunos, los mejores. Volví a carraspear, estaba nervioso, demasiado y cada vez me costaba más hablar. Vi como murmuraban al de al lado algo que no entendía, pero que sabía muy bien. De verdad que prefería estar en este momento en mi casa, mirando la cara de la... de mi mujer que aquí a punto de decirles que se quedaban sin trabajo y dinero.

—No quiero alargar más la agonía, pues no os lo merecéis. Están habiendo problemas económicos en la empresa. —Las quejas se hicieron más fuertes—. Esperad, por favor. Sé que no habéis cobrado y que esto está siendo duro, pero en este momento os pido calma, ya que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para manteneros en la empresa. —Suspiré mirándome los zapatos, porque no tenía coraje de mirar al frente,

encontrándome ojos acusadores y llenos de inquietud y rencor—. No sé si conseguiré que os quedéis todo, es prácticamente imposible.

—¡No puede estar hablando en serio! ¿Nos va a despedir? —Gritó una de las diseñadoras—. Tengo tres hijos y soy madre soltera. ¿Cómo se supone que les daré de comer?

Todos comenzaron a hablar o, más bien, gritar. No sabía cómo hacerles frente, como explicarles la situación sin salir de aquí con vida. Rubi me

miraba con pena, una pena que no merecía y que venía mezclada con un temor a perder su puesto de trabajo.

—¡Por favor, no hagáis esto más difícil! —Dije alzando la voz.

—Para usted es fácil, pero los que estamos abajo, nos quedamos en la calle.

—No tenéis ni idea de lo que se me viene encima. No hay dinero para pagar y la empresa que fundó mi familia quebrará y tendré que cerrarla en menos de lo que esperaba. ¿Creéis que para mí es fácil? No, no lo es.

Dejé el sitio donde estaba para bajar y ponerme frente a ellos, poniéndome delante de personas como yo, personas que se quedaban sin nada, al igual que yo. Se quedaron estáticos y en silencio al verme frente a ellos. Yo sabía que jamás ningún otro jefe había hecho lo que hacía yo, eso de ponerme a su mismo nivel para que vieran que yo no era más que nadie, que también era un hombre que lo perdía todo.

—Antes de ser Sergio Fisher, el empresario más importante de Alemania era un chico con sueños, unos sueños que me fueron arrebatados por tener que llevar esta empresa. —Quería que me entendieran y para eso tenía que comenzar por el principio—. Dejé mi vida en Madrid, una mujer que... —Suspiré—. Lo dejé todo por esta empresa y hoy, delante de todos vosotros, me sincero. No pretendo con esto que entendáis algo de lo que no tenéis culpa...

—No pasa nada, Sr. Fisher, sabemos que usted lo ha dado todo por esta empresa —expresó Rubi tocando mi hombro.

Era la primera vez que me hablaba sin titubear, que se ponía frente a mí sin miedo. ¿Será que el que le diera a conocer parte de mi vida le estaría ver que no era todo lo que pensaba? Siempre ha sido buena en su trabajo, siendo intachable y ella era una de las que no podía prescindir.

Llevábamos una hora exacta de reunión y aún no habíamos terminado, pues quedaban algunas cosas sueltas que tenía que comentarles. Todo lo que

estaba pasando no era la primera vez que pasaba y, aunque en la anterior pude arreglarlo, con esta lo tenía mucho más complicado.

Una hora más tarde, ya habíamos acabado. No fue como yo esperaba y sabía que ninguno se había quedado conforme con lo que les había contado, pero no les quedaba más que aceptar lo que pasaría al siguiente día.

Estuve trabajando todo el día, mirando cada currículo de todos y cada uno de los empleados con Rubi y su ayudante Charles, menos mal que entre los tres pudimos mirar a conciencia las características de cada uno para así ayudarme a decidir quién se quedaba y quién no, siendo esto la parte más complicada.

Sobre las una de la madrugada, di por concluido el día de trabajo, el peor día de trabajo de la historia. Salí de mi despacho y ya no quedaba nadie en la empresa, solo yo y el Dominic, el de seguridad, él se quedaba por la noche de guardia y por la mañana, lo reemplazaba Sean. No podía prescindir de ellos, pues eran importantes en la seguridad de la empresa, aunque fuese una que estaba a punto de cerrar sus puertas.

Conforme me iba acercando al ascensor, mi cuerpo entraba en tensión. No sabía si era por lo que estaba pasando y tenía la sensación de que alguien me estaba observando o porque realmente lo estaban haciendo. Miré hacia atrás y no había nadie. De pronto, el móvil comenzó a sonar, lo miré y bufé cabreado al comprobar que se trataba de Penélope. Llevaba así todo el día y estaba harto de esta situación.

Entré en el ascensor y le di al cero para bajar y poder irme, estaba muy cansado. Antes de que las puertas se cerraran, alguien subió. No me percaté de quién era, pues estaba metido en el móvil, mirando los mensajes y llamadas, borrando las notificaciones.

—¿Crees que puedes acabar así con el futuro de todo el que te rodea? — Preguntó esa persona provocando que mis ojos se clavaran en él.

Pude comprobar que era hombre, pues era alto y corpulento, pero no reconocí quien era, tenía la cara tapada con un pasa montañas.

—¿Quién eres? —Mi voz sonó dura, mucho más de lo que pretendía.

—Eso no importa ahora.



Se acercó a mí sin esperarlo y su mano se acercó a mi abdomen, algo punzante entró en mi cuerpo. No me dio tiempo a actuar, pues en cuanto consiguió lo que quería, sacó el cuchillo, pude verlo al hacerlo. Miré sus ojos mientras caía al suelo desplomado, poniendo mis manos en el abdomen, intentando taponar la herida, pero me era imposible, mis ojos comenzaban a cerrarse y segundos después, caí en un sueño profundo, lleno de oscuridad.

Dos días después

Mis ojos comenzaron a abrirse, aunque con dificultad, pues me pesaban demasiado.

—¿Dónde estoy? —Pregunté con la voz áspera, tenía la garganta seca.

—Por fin despiertas, cariño.

La voz de Penélope entró en mis sentidos, provocando arcadas. No quería verla y mucho menos escuchar ese cariño de esos falsos labios. Se acercó a mí apresuradamente mientras que yo miraba todo a mi alrededor, percatándome de que estaba en el hospital. Entonces los recuerdos de lo que pasó, cruzó mi mente. Me habían herido, alguien me apuñaló, buscando venganza o ¿mi muerte? Realmente me sentía desorientado.

—¿Qué ha pasado? Tengo algunas lagunas. —La miré y sus ojos se clavaron en los míos. Estaba demacrada—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí? —Me interesé al verla.

—Dos días. Un empleado de Fisher te apuñaló, pero tranquilo, ya está preso.

—¡No! Quiero que lo saquen ahora mismo —grité intentando incorporarme, sin éxito.

—Para, Sergio o te harás daño. Has estado inconsciente todo este tiempo, perdiste mucha sangre. ¿Cómo puedes pedir que saquen a alguien que ha atentado en contra de tu vida? —Preguntó incrédula.

Mis cejas se alzaron, mi mirada echaba chispas, llamaradas y quería gritarle todo lo que estaba reteniendo, todo lo que estaba haciendo y lo que ha ocasionado con su descaro. En cambio, no lo hice y solo podía demostrarle indiferencia, una tan fuerte y poderosa que acababa con nuestro matrimonio. La quería fuera de mi vista y de mi vida, lejos de mí y a ser posible, de nuestros hijos.

—Quiero el divorcio —anuncié sin titubear.

Penélope abrió los ojos con demasía, enseñándome su asombro con descaro. No sabía de qué se sorprendía, pues ella siempre supo que nuestra vida juntos tenía fecha de caducidad y esta, estaba caducada desde hacía años,

creo que desde el primer día de nuestro desastroso matrimonio.

—No hablas en serio, solo lo dices porque te sientes mal en este momento —aseguró acercándose a mí un poco más, casi rozando el límite que le impuse hacía meses.

—Está claro que no —dije con indiferencia—. Esto se acabó hace tiempo, pero no quería darme cuenta.

—¡Nunca te daré el divorcio! —Gritó demostrándome una seguridad que no poseía en este momento.

—Me importa una mierda lo que digas, lo obtendré por las buenas o por las malas —ladré provocando un intenso dolor en la herida.

Ella soltó unas lágrimas que no creía, una súplica que no le correspondía. No quería escucharla, solo perderla de vista y así se lo hice ver. La eché de mala manera, le grité que la odiaba, porque era lo que sentía en este momento. Nunca pensé que esto iba a ocurrir, que iba a odiar a la madre de mis hijos, a la mujer que me ayudó a levantar la empresa y la que estaba acabando con ella a la vez que con mi vida. No iba a dejar que nadie más hiciera y deshiciera conmigo lo que se le antojara. Iba a vivir mi vida tal y como debí vivirla hacía años, aunque ahora no tuviera a esa parte fundamental para el plan que formé en mi cabeza.

Caminó hasta su bolso y lo cogió llena de coraje y antes de salir, se dio la vuelta para hablarme. Primero me miró con odio, un odio que sabía sentía desde el mismo momento que empecé a odiarla yo.

—No sabes lo que estás haciendo, Sergio. Tu vida sin mí será un caos, tenlo en cuenta. La empresa se irá a pique...

—No me vengas con esas —la interrumpí—. Tú sabes de sobra lo que le pasará a la empresa, aunque sigamos juntos, así que mejor cállate y lárgate de mi vista. —Apiñó los labios a la vez que cerraba en puños sus cuidadas manos—. Ah, una cosa más. Espero que en cuanto vuelva a casa, tú no estés.

—No estaré ni yo, ni tus hijos —amenazó.

—A mis hijos no los metas en esto, porque tienes las de perder. Está bien que por el momento estén con su madre, pero será cuestión de tiempo que vuelvan conmigo. Que te quede claro, Penélope.

Y tras eso, se dio la vuelta y salió de la habitación de hospital en la que llevaba dos malditos días. Sentí como mi pecho volvía a respirar, como mis pulmones tenían esa facilidad que antes no tenía para conseguir que el aire entrase. Al fin me sentía libre y lleno de esperanza. Solo me quedaba luchar por tener a mis hijos conmigo y, sobre todo, la empresa, aunque fuera la de su difunto padre. Penélope estaba perdida, era su fin y mi hermano caería con ella, dejándonos vivir en paz de una jodida vez.

Ahora deseaba con todas mis fuerzas volver a España, necesitaba verla y hacerle ver que no era de nadie, aunque nunca lo fui. Siempre fui de ella, Lucía siempre fue, y será la dueña de mi corazón, de mi alma y por mucho que se negara a sentir lo mismo, yo estaba seguro de que sentía lo mismo y que nunca me olvidó.



19

Lucía

Los días pasaban de prisa, demasiado rápidos para mi gusto. Sergio estaba a punto de llegar, a punto de volver a España y tenía miedo, mucho miedo. Sabía que, si lo veía, la perfecta burbuja en la que me había metido para olvidarle iba a estallarme en la cara y con eso llegaría la realidad de todos mis sentimientos. De eso tenía miedo, de afirmarme a mí misma de que aún lo amaba, incluso más de lo que un día llegué a creer.

Ya hacía una semana que estaba trabajando en el nuevo instituto y la verdad estaba muy contenta. Los alumnos eran geniales, quitando a alguno descarriado que no hacía los deberes o la liaba en clase, todo lo demás perfecto. El director ya era más amable y mis nuevas compañeras eran todas un amor, aunque no podía olvidar las mañanas de risas que pasaba con Macarena. La echaba de menos y tenía ganas de verla, así que, sin más, le

mandé un mensaje para quedar con ella a la salida de nuestros trabajos y comer juntas, total, mi pequeño diablillo no salía del colegio hasta las cinco.

Lucía :Hola preciosa ¿Cómo estás? Tengo ganas de verte ¿quedamos a la hora de comer?

Esperé unos minutos más mirando el móvil, cuando me llegó su respuesta a la vez que otro mensaje más saltaba en la pantalla. Era un número que no conocía, así que seguí hablando con mi amiga sin hacerle caso al desconocido.

Macarena : Hola toto... Bien ¡Siiii! Tengo muchas ganas de achucharte. Te recojo en cuanto salga. Mándame la ubicación de tu nuevo curro.

Sonreí al leer el mensaje de mi mejor amiga, aunque realmente era la única que tenía. Seguimos hablando por unos minutos más que me quedaban de descanso y volví a la clase. Aún me quedaba tres horas más y sería libre hasta el lunes, pues estábamos al fina a viernes. Qué ganas tenía de pasar tiempo con mi hijo y, bueno, con Pablo.

Por un momento me quedé pensando en mi marido, en como estábamos ahora mismo. No estábamos en nuestro mejor momento y la verdad, casi no nos veíamos. Era cuestión de tiempo que nuestras vidas fueran por caminos diferentes y, a decir verdad, pensaba que era lo mejor para ambos. Yo lo quería muchísimo, pero no había conseguido enamorarme como prometió.

Mi móvil seguía vibrando y la verdad ya me estaba preocupando. Dejé al delegado de clase al cuidado de sus compañeros, como si fueran niños pequeños, pero es que a veces eran un poco cafres y la liaban cuando estaban solos. Salí y me saqué del bolsillo del vaquero el móvil, desbloqueé la pantalla y leí el primer mensaje y una sonrisa se dibujó en mi rostro. Mi prima Raquel me estaba hablando desde Nueva York, hacía tiempo que no sabía nada de ella y la verdad la echaba de menos.

Raquel : Hola cielo, soy Raquel. ¿Cómo estás cariño?

Raquel : Oye, que soy yo, que te estoy hablando desde Nueva York.

Sí, como lees.

Raquel : *Mira el puñetero móvil de una vez, jodía.*

Lucía : *Ay mi Raquelita. ¿Cómo estás preciosa? Lo siento, es que estoy en el trabajo y no he podido mirar el móvil antes.*

Raquel: *No me seas embustera que te he visto en línea.*

Solté una carcajada, aunque me callé de pronto para que no me regañaran por armar escándalo en el pasillo mientras estaban dando clases.

Lucía : *Bueno, bueno. No me seas angustias.*

Lucía : *Pero cuéntame ¿cómo te va por allí? ¿Tienes ya a algún tío bueno babeando por ti?*

Raquel : *Si yo te contara, pero sí. Estoy con un hombre que me trae loca, se llama Bruce. Pero eso no es lo mejor de todo.*

Lucía : *¿Hay más? Madre mía, nos tiramos sin hablar tres años y pasan mil cosas.*

Estaba feliz de hablar con ella, aunque tuviese que dejar de hacerlo, al menos, hasta que saliera del trabajo. Esperé que terminase de escribir y así poder entrar de nuevo, pues si el director me pillaba en esta guisa, me ponía de patitas en la calle. Miré el móvil de nuevo y mis ojos se abrieron desorbitadamente al leer lo que mi prima me decía.

Raquel: *Estoy embarazada de gemelos y quiero que seas la madrina de uno de ellos.*

Me emocioné mucho cuando me pidió ser la madrina y realmente ni siquiera me planteé el hecho de que cuando nacieran, tendría que viajar a

Nueva York. ¿Yo en Nueva York?

Le dije lo encantaba que estaba con la noticia y me despedí de ella para volver al trabajo. Entré en la clase y miré a todos los alumnos, estaban en silencio, cosa rara en ellos, pero le di el voto de confianza que necesitaban. Me senté mientras que ellos seguían concentrados en el estudio, pues en unos días les había puesto un examen muy difícil y que ayudaba subir en la nota final.

Estuve lo que quedaba de horas mirando el reloj de mi muñeca a cada segundo. Tenía ganas de salir de una vez y despejarme mientras le contaba a Macarena lo que estaba a punto de pasar. No sabía si era producto de mi imaginación o un deseo irremediable el que solo pensara en él, en que iba a volver a verlo, cuando a lo mejor ni se acordaba de mí. Era una estúpida, una que después de años y de entender que Sergio y yo no éramos el uno para el otro, que ya cada uno había hecho su vida, seguía creyendo en que lo nuestro podría ser.

Cuándo dieron las dos y media, el timbre sonó y todos los alumnos se volvieron locos cogiendo sus mochilas y saliendo a toda prisa de la clase. Un fin de semana por delante ¿quién no estaría así? Hasta yo estaba que me subía por las paredes. Cogí mi bolso en cuanto la clase se quedó vacía del todo y me encaminé a la salida. Mis tacones resonaban por todo el pasillo, anunciando una salida demasiado ansiada. El director se despidió de mí como cada día y con una sonrisa le dije adiós. Salí y a pocos metros, el coche de mi amiga estaba aparcado. Ella al verme, comenzó a pitar como una loca, pues estaba así de verdad. Solté una carcajada mientras caminaba hasta ella, abrí la puerta del copiloto una vez que llegué y me senté para después darle un sonoro beso en la mejilla.

—¿Preparada para pasarlo en grande? —Preguntó desconcertándome.

—Sabes que solo tenemos dos horas y media para estar juntas ¿verdad?

—Se encogió de hombros—. Maca ¿qué hiciste?

—Nada malo, créeme. Solo he llamado a tu madre para que se encargue de mi sobrino y así yo poder secuestrarte todo el día. ¿Puede ser? —Abrí los ojos desmesuradamente.

—¡Estás loca! ¿Cómo se te ocurre? ¿Y si llega Pablo y no me ve en casa?

—Tranquila, todo está controlado.

Solté una carcajada a la vez que alzaba ambas cejas, puso la música y la canción de **Antonio José, Me olvidé** comenzó a sonar. Macarena arrancó y salimos directas a la carretera donde, poco a poco, fue entrando en la autovía para salir de Madrid. ¿Dónde coño iba? La miré de nuevo y ella miraba fijamente a la carretera, aunque sin borrar esa sonrisa maléfica porque sabía que la estaba mirando.

Tras la canción de Antonio José vino otra y otra y otra y todo el camino Macarena estuvo en silencio. ¿Qué le pasaba? Ella nunca hacía estas cosas. Miré cada señal de tráfico, intentando descifrar a dónde íbamos. Miré el reloj de mi muñeca y ya llevábamos en el coche más de media hora.

—¿Se puede saber a dónde vamos? —Me interesé. Ella se encogió de hombros—. Macarena, sabes que no me gustan las sorpresas si es lo que pretendes hacer.

—Pues te aguantas porque aún nos queda quince minutos de camino —refirió sin mirarme.

Suspiré cabreándome, pensando en la manera de sonsacarle. Miré mi móvil para comprobar si tenía algún mensaje de alguien y sí, claro que tenía, pero no de quien esperaba. Pensé que sería uno de Pablo diciéndome algo sobre mi escapada y no uno de Arturo para informarme de que Sergio ya estaba en Madrid. En ese momento sentí como mi corazón se comprimía con fuerza, dejándome completamente sin aire. Él estaba aquí, estaba en Madrid. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Ir a verle? No, claro que no.

Los minutos se me hicieron eternos hasta que llegamos al pueblo de Chichón. Nunca había estado aquí, pero me gustó la idea de visitar otro lugar y más con Macarena que sabía disfrutar la vida al máximo.

—Hemos llegado —anunció señalando a mi derecha.

Miré el cartel y leí: *Mesón Cuevas del Vino*. Di palmaditas con una sonrisa olvidándome un poco de todo lo demás. Ella sabía las ganas que tenía de venir a este sitio y me trajo. No es que fuese bebedora empedernida de vino, pero me gustaba tomarme una copa de vez en cuando y me había dicho que en este sitio estaba el mejor.

Nos bajamos del coche y caminamos hasta el interior. Por fuera era una maravilla y no dejaba de mirar a todos lados, así que por dentro no sería para menos.

—Buenas tardes señoritas —nos saludó el camarero—. ¿Una mesa para dos? —Asentimos y nos llevó.

Al entrar, bajamos por la gruta subterránea donde se ofrecía vino de la Tierra y “tapas” tradicionales. El nombre del mesón no le hacía justicia, eso de Cuevas del Vino le venía al dedillo. Tenía unos grandes barriles que le daba encanto. Estaba maravillada con todo, además de que olía tan bien que mi estómago rugió; qué hambre tenía.

Nos sentamos y lo primero que nos trajeron fueron una botella de vino blanco; Pazo de Villarei de (Rías Baixas). Nos servimos una copa y probamos con ganas. Estaba buenísimo y sabía que sería la primera botella de muchas.

Nos trajeron algunas tapas junto con una carta para que pidiésemos algunas cosillas más si queríamos. No podía dejar de mirar todo lo que Macarena sin preguntarme si quiera pidió para comer. Parecía que íbamos a comer acompañadas y no las dos solas.

—Madre mía qué bueno está todo —mencionó Macarena mientras pinchaba una patata.

—La verdad es que sí, pero ¿no crees que has pedido demasiada comida? ¿Acaso viene alguien más y no me lo has dicho? —Alcé una ceja. Ella se calló de pronto— ¡Macarena! ¿Quién viene?

—Nadie —titubeó.

—No sabes mentir.

—Ya, pero...

—Ni peros ni manzanas. ¿Me puedes decir quién coño viene a comer con nosotras?

—Yo —respondió alguien en mi espalda.

Macarena abrió los ojos con demasía mientras que mi cuerpo se tensaba. Esa voz, esa voz. No quería mirar atrás, no me atrevía a mirarle. Solo podía asesinar a mi mejor amiga por hacerme esta encerrona. Me pidió disculpas mientras que él se posicionaba a mi lado, aún de pie. Quise levantar la vista y mirarle, pero no podía.

—¿No piensas mírame Lucía? —Negué—. ¿Por qué?

—Será mejor que os deje a solas —intervino Macarena.

—¡No! No te vayas —pedí suplicante.

Mi amiga se levantó negando, sin hacerme ni puñetero caso y se fue hasta la barra donde pidió una copa de vino para bebérsela a solas. Suspiré a la vez que se sentaba frente a mí, poniéndose en el mismo lugar que estaba Macarena hacía solo unos segundos. Seguía sin poder mirarle, me ardían las mejillas de solo pensar en hacerlo, pues si cruzaba mis ojos con los suyos, mi cordura se iría a la mierda y me había costado horrores controlarme todos estos años.

—Por favor, Lucía. Mírame —suplicó. Yo negué de nuevo—. Déjame ver tus ojos, esos preciosos ojos que tanto me gustan.

No sabía qué era lo que pretendía conmigo, lo que querría de mí. Poco a poco, fui subiendo mi cabeza, cansada de mirar mis pies y, primero miré a mi amiga, la cual también me miraba. Macarena se encogió de hombros con

media sonrisa y negué para después clavar mis ojos en los de él, mirándole de nuevo y después de tantos años sin verle. Una punzada cruzó mi cuerpo al completo, demostrándome lo que yo tanto temía.



20

Lucía

Su mirada suplicante me estaba poniendo entre la espada y la pared y no podía dejar que lo consiguiera, no podía bajar la guardia. No quería hablar con él, ni siquiera una simple palabra, pues hasta eso me costaba. Lo único que me vino a la mente fue ¿cómo me encontró? ¿Cómo supo que estaría aquí? Él no era amigo de Macarena y mucho menos creía que mi madre le hubiera dicho nada de mi escapada.

Estaba completamente en trance hasta que sentí el roce de sus dedos en los míos, provocando un estremecimiento en mi cuerpo, uno que hacía tiempo que no sentía, de hecho, creía que solo lo había sentido con él.

—Lo siento, yo... Tengo que irme —dije levantándome.

Sergio se levantó y cogió mi brazo para hacerme voltear y al hacerlo, nos quedamos pegados, demasiado para poder soportarlo. Su aroma impregnó

cada parte de mí, ese aroma que tanto me gustaba. Seguía oliendo igual y eso me transportó a momentos del pasado.

—Al menos, hablemos. No te obligo a que te quedes si no quieres, pero dame la oportunidad de poder hablar contigo, solo eso ¿sí? —Murmuró nervioso.

Noté su nerviosismo, pues era el mismo que el mío. Ambos temblábamos y eso, Dios, eso, no podía soportarlo y de verdad que una parte de mí quería quedarse, pero la otra quería huir y salir de este lugar, de alejarme de él y no escucharle, no ahora que me sentía tan vulnerable ante él.

No pude responderle, tenía la garganta seca y las palabras no salían en este momento. ¿Por qué tenía que provocar esto en mí? Yo pensaba que estaba superado, que podría ponerme delante de él como si nada, como si fuésemos dos amigos, pero no.

—¿Me escucharás? —Insistió cabizbajo.

—Yo... no puedo, Sergio. —Suspiré—. Quiero irme —sentencié y él me soltó abatido.

—Está bien, no puedo retenerte. —Se pasó la mano por su cabello.

Mientras él miraba al suelo, pude mirarle sin miedo a que se diera cuenta. Sergio había cambiado, aunque suponía que como yo. Habían pasado muchos años. Pero algo de él era diferente, no era el mismo. Estaba claro de que no era feliz, solo había que fijarse para darse cuenta y que la vida que eligió, no fue la acertada... Entonces ¿por qué la eligió? ¿Por qué se quedó allí cuando pudo haber regresado aquí, conmigo? Solo pensar en ese momento, en la despedida, mi cuerpo se tensaba, pues era algo que tenía guardado en lo más profundo de mi alma y que, al tenerle tan cerca, había salido, aflorando recuerdos que creía olvidados.

—Me estoy hospedando en el hotel Tower. Aquí tienes mi tarjeta, por si cambias de opinión. —Me la extendió, rozando de nuevo mis dedos—. Y

tranquila, me voy yo. No quiero fastidiarte este rato, bastante lo hice ya ¿no?

Se dio la vuelta y por estúpida que pareciera, no quería que se fuera. Agarré su brazo y antes de que me dijera algo, lo abracé, solo eso. Con un simple abrazo me conformaba, sentir sus brazos rodeando mi cuerpo. Él no se lo esperó, pero tampoco lo desaprovechó. Sergio me apretó contra su pecho, creo que intentando meterme más a dentro de lo que ya ambos nos sentíamos, aferrándose así a un roce, a un recuerdo, a nosotros en este momento.

Mis sentimientos hacia él apenas los recordaba, no creía que pudiese latirme el corazón como lo estaba haciendo y que, a él, le estuviese latiendo igual o más fuerte.

—Te echado mucho de menos —murmuró en mi oído.

Me estaba perdiendo, estaba cayendo de nuevo en sus brazos, en los brazos de este hombre que tanto había amado y seguía amando.

—Yo... —Unas estúpidas lágrimas no me dejaban hablar.

Sergio se percató y se separó de mí unos milímetros, me miró a la vez que subía una de sus manos, que reposaba en mi cintura, hasta mi mejilla para secar esas lágrimas que me impidieron hablarle. Quería parar el tiempo en este momento. Me encantaría que nada de lo que habíamos vivido, fuese real, que él siempre había estado conmigo, pero había cosas que no podían cambiarse ya. Sin esperármelo si quiera, sus labios chocaron con los míos, mandando llamaradas de fuego a todo mi ser, quemándome por completo. Hacía años que no sentía la suavidad de sus labios, que no vibraba como solo él provocaba.

Quería alejarme, dejarle de nuevo y huir sin mirar atrás, pues esto que estábamos haciendo no estaba bien. ¿Por qué era tan débil? No debía besarle, dejar que entrara de nuevo en mi vida, aunque ya no me quedaban fuerzas para seguir luchando.

Me separé de él, sacando fuerzas donde ya no me quedaban, teniendo el

control que había perdido cuando lo vi frente a mí y lo miré a los ojos. Estos me transmitían desconcierto y temor, el mismo que sentía yo en ese momento, pues tenía miedo, mucho miedo. Perderle de nuevo sin tenerle en mi vida iba a ser peor que la primera vez que sentí que le perdía.

—Por favor —suplicó demostrándome cuan roto estaba—. Pasa solo unas horas conmigo y si después de todo quieres seguir con tu vida, no volveré a buscarte.

Me sentía completamente perdida sin él, todos estos años en los que no habíamos estado juntos, había vivido una vida que no me correspondía, una que no elegí. Me sentía en la obligación de recomponer los pedazos de su corazón, con solo eso, el mío también sanaría de una vez. Pero nada de lo que sentía más fuerte que mi deber.

—Lo siento, debo irme —afirmé bebiéndome las lágrimas, siendo completamente sincera con él.

Antes de irme, miré su tarjeta y la guardé en el bolso. Me di la vuelta, ya no podía seguir mirándole, pues estaba segura de que, si lo hacía, iba a decirle que lo amaba y que me daba igual el tiempo que habíamos perdido, poniendo fin a una vida llena de desdicha. No lo hice y caminé hasta Macarena, ésta ya había pagado y solo nos quedaba marcharnos.

Cuando salimos del restaurante, me permití gritar, maldecir a la vida por ser tan dura conmigo, con ambos. Estaba cabreada, pero también sentía una emoción que hacía tiempo no tenía en mi pecho.

—Volví a verle —murmuré mirando a mi amiga.

Ella esperaba que yo dejase la locura de lado para acercarse a mí y abrazarme, ahora necesitaba a una amiga y una botella de ron para olvidarme de todo esto.

Nos montamos en el coche y antes de arrancar, la miré secándome las lágrimas. Una estúpida sonrisa se dibujó en mi rostro y la verdad, ya me

estaba volviendo loca.

—¿Estás bien? —Preguntó Macarena.

—Más que bien —respondí suspirando.

—No te entiendo.

—Es la primera vez que no siento miedo, miedo a no tenerle, pues él siempre ha sido mío. Ahora lo entiendo todo —declaré.

En definitiva, me había vuelto loca y mi amiga me miraba como tal. No podía creer que mis labios estuvieran diciendo eso, que mi mente y corazón, sintiera lo que tanto me había costado retener. ¿Será cierto que el destino jugaba con las personas? Jamás creí en eso, pues para mí el destino no existía, éramos nosotros mismos los que nos buscábamos y Sergio, siempre me había buscado, siempre ha luchado por estar a mi lado, aunque las circunstancias de la vida, me hubieran hecho ver las cosas de diferente manera.

—Me alegro que pienses así, aunque pienso que te has vuelto loca, amiga.

Nos pusimos en camino de nuevo, volviendo a Madrid. Mi corazón aún latía frenético por todo lo que en tan poco tiempo había sucedido. No sabías si había hecho bien dejándole en el restaurante, si después de habernos abrazado y besado, era lo que mi corazón quería que hiciera, a veces escuchaba a mi cabeza y esta me decía que tenía que irme, que debía poner algo de distancia, aunque ahora sentía que mi pecho se me iba a salir por la boca en cualquier momento.

Íbamos en silencio, uno que me pareció correcto dado mis pensamientos. En este momento no estaba muy abierta a tener una conversación con nadie, pues en mi mente solo estaba él. Pero mi amiga parecía estar harta de no hablar y comenzó a hacerme mil preguntas.

—Bueno, se acabó el no hablar. Ahora me vas a decir por qué lo has dejado en el restaurante, Lucía. —Me encogí de hombros—. Esa respuesta no

me vale. ¿Por qué no te has quedado con él? Después de lo que el pobre ha liado para saber dónde estabas.

—Eso quisiera saber yo. ¿Cómo sabía Sergio dónde estaba?

Miró al frente de nuevo, clavando sus ojos en la carretera. La sentí nerviosa y prácticamente me dijo quién fue la culpable.

—Deja de mirarme, me pones nerviosa.

—Pues habla de una vez.

—Me llamó, Lucía y no pude negarme a decirle donde podía encontrarte. Es cierto que en un principio tenía ganas de verte y pasar el día contigo, pero cuando me llamó esta mañana me dije que sería una buena oportunidad para que pudierais poner las cartas sobre la mesa —declaró sin titubear, siendo completamente sincera conmigo y se lo agradecí.

—Es que no es tan fácil, Macarena. —Suspiré—. Sergio y yo hemos hecho nuestra vida aparte y, aunque me muera por estar a su lado porque sé que aún me ama, no puedo.

—Pero ¿por qué? —Expresó—. Mira Lucía, no soy quién para decirte lo que debes hacer, pero creo que Sergio merece saber que tiene un hijo. No es justo que tú le niegues el derecho de conocerle, de saber que tuvisteis.

—Es cierto, no eres quien para decirme nada y no, no pienso decirle nada. Yo no puedo ir ahora y decirle que Edu es su hijo. ¿Qué pasará si su hermano viene a buscarme? No estoy dispuesta a dejar que se acerque a mi hijo...

—¿Crees que Sergio dejará que su hermano intente hacer algo en vuestra contra? —Me interrumpió.

—No lo sé, Macarena, pero si yo no estoy con él, es por culpa de su hermano.

Negó cabreada y me estaba cabreando. Algunas cosas que me decía, eran ciertas, pero yo no estaba dispuesta a tener que pelear por mi hijo, pues él era

mío y de nadie más.

—Lo siento, pero no estoy de acuerdo en eso y permíteme que sea sincera contigo, pero creo recordar que todas las veces que vino a buscarte, tú lo rechazaste y no precisamente en ese momento su hermano te estaba poniendo una pistola en la cabeza.

Paró en un semáforo y sin que se diera cuenta, me bajé del coche, pues no quería discutir con ella, no tenía argumentos para rebatirle y tenía razón en todo lo que me decía. Fui una cobarde que dejó que un cabrón que solo quería dinero escribiera mi vida. Me dejé llevar por el miedo, por el rencor y el saberlo con otras mujeres, no ayudaba en nada. Creo que, si el día que vino a buscarme, la primera vez que vino, le hubiese dicho que sí, esto no habría pasado. Aunque estaba segura de que su hermano me hubiese hecho la vida imposible. Todo era muy complicado por entonces, pero ¿y ahora? ¿Qué pasaba ahora con mis sentimientos, con lo que yo quería realmente? Tenía que comenzar a ser más egoísta y pensar más en mí, pero después recordaba que en mi vida no solo estaba mi hijo, sino, que Pablo, ese hombre bueno que intentaba día a día que fuéramos felices, también lo estaba y no podía hacerle daño, no de este modo.

Escuché los gritos de mi amiga y tras quedarme en silencio, metida en mis pensamientos por varios minutos, me di la vuelta y sonreí mientras mis lágrimas hacían acto de presencia de nuevo.

—Anda sube y deja de comportarte como una niña pequeña.

Hice lo que me pedía, pero no estaba segura si iba a dejar de comportarme como tal, aún mi corazón estaba anclado a ese tiempo en el que nada importaba, solo estar con Sergio.



21

Sergio

Nunca pensé que conseguir verla iba a ser tan jodido para mí, aunque creo que también lo fue para ella. En cuanto pisé Madrid, fui a casa de su madre para conseguir que me dijera donde encontrarla, sabía que cuando se enterase, se enfadaría, pero me daba igual si podía verla. Al principio se negó a ayudarme, pues no quería que molestase a su hija nunca más, pero después de rogarle mil veces, me dio el teléfono de su mejor amiga y por ella, conseguí verla.

Ahora, con el corazón más destrozado todavía, después de haber estado abrazado a ella, de haber probado sus labios tras tantos años, tenía que irme al hotel y hundirme en alcohol para olvidarme de lo gilipollas que había sido por si quiera pensar que Lucía me iba a perdonar algún día. Eso no pasaría, nunca más.

Salí del restaurante cuando me di cuenta de que no iba a volver y me metí en el coche que había alquilado para después arrancar y meterme de lleno en la autopista.

Por el camino iba pensando en pasar primero por casa de mi tío Arturo, él ya sabía que estaba en Madrid y tenía que retener a mi hermano para poder ponerle frente a mí, pero en este momento no podía. No tenía fuerzas para encarar al malnacido que llevaba mi misma sangre, a ese que se hacía llamar hermano, pero que me robaba dinero junto con mi esposa.

Le pegué un puñetazo al volante, mi cabreo estaba sobrepasando el límite y no sabía si sería buena idea verle ahora, podría partirle la cara sin dejar si quiera que me dirigiese la palabra.

Me paré en un semáforo a la vez que mi móvil comenzaba a sonar, avisándome de una llamada. Sin mirar de quién se trataba, descolgué.

—Fisher al habla.

Tenía que responder así, pues sin saber exactamente quién era, no podía responder de cualquier modo. Podría ser un inversor, un empleado. Quién sabe.

—Habla de una jodida vez o te cuelgo —escupí.

—Lo siento, hermano. Pensé que no querrías hablar conmigo.

Espera ¿qué? Mi hermano me estaba llamando después de todo.

—Eres un cara dura, Nick. Realmente no sé a qué rama de la familia Fisher has salido.

Sonreí con cinismo mientras negaba eufóricamente. Di gracias por seguir en el semáforo, sería capaz de acelerar y ponerme en casa de mi tío en menos de quince minutos y estaba a más de media hora.

—*Vale, sé que no esperabas mi llamada y en parte me siento culpable de que me odies tanto, pero somos hermanos ¿no? Y los hermanos están para apoyarse.*

—Déjate de gilipollecés y dime de una vez para qué cojones me has llamado.

Estaba cansado del juego de Nick, de que siempre me tratase como si fuese estúpido. Tenía que hacerle entender que yo ya no era el mismo, ese chico que pisó Alemania hacía seis años, que había cambiado y que él, era el culpable de mi cambio.

Tenía puesto el altavoz y, aunque aún no me habían respondido, escuché la respiración de alguien. La persona que estaba al otro lado no sabía lo cabreado que estaba, porque lo único que consiguió fue enfurecerme más.

Estuve tentado de colgarle, pero eran demasiadas cosas las que teníamos que hablar, aunque yo prefería verle cara a cara, pues solo así podría partírsela en cuanto se pusiera gilipollas.

—*Yo sé algo que tú no sabes, hermanito y que no te diré a menos que hagas todo lo que yo te diga.*

¿Habías oído bien? ¿Me estaba chantajeando?

—No estás en posición de pedirme nada, Nick y si hay algo que quieras que sepa, será mejor que hables, si no, te colgaré.

No volví a escuchar nada y tras varios minutos en los que esperé a que dijera algo, colgó, enfureciéndome mucho más de lo que ya estaba.

El camino al hotel se me estaba haciendo eterno y estaba loco por llegar y relajarme. Tenía que dejar de pensar en ella, en mi hermano y en la vida en general. Estaba hasta los huevos de todo, de lo que decían por un lado y lo que me pedían por otro. ¿Por qué no podían ser sinceros? Lucía no era capaz de decirme a la cara todo lo que guardaba y, mi hermano, guardaba demasiado.

Cuando llegué al hotel, aparqué el coche en el parking privado de este, era interior y ahí mismo, en cuanto salí del vehículo y con la maleta en mano, me subí al ascensor que me llevó hasta recepción. Aún no había cogido la tarjeta, ya que cuando llegué fui directo a buscarla a ella.

—Buenas tardes Srta. Merino. Soy Sergio Fisher, tengo una reserva hecha —saludé a la recepcionista.

Ella me miró y sonrió a su vez.

—Buenas tardes Sr. Fisher —respondió.

Bajó la mirada a la pantalla del ordenador para buscar en la base de datos. Mientras tanto, yo miré a mi alrededor, el hotel era muy lujoso, demasiado y me habría gustado coger una habitación en un hostel de barrio, seguramente iba a estar más cómodo que en este lugar.

—Aquí tiene su tarjeta —dijo ella extendiéndola.

La cogí y tras darle las gracias, seguí mi camino hasta los ascensores. Me subí y marqué la última planta, donde estaban las suites. Era lo único que me gustaba del hotel, las vistas y siempre cogía la habitación que mejor vista me diese de mi tierra. Cuando llegué, salí al pasillo y fui directamente a la puerta de mi habitación.

Ya en ella, dejé la maleta en un lado y fui directo al baño para ducharme. Había sudado demasiado y desde que vi a Lucía y besé sus labios, un calor abrasante se había instalado en mi cuerpo. La necesitaba, necesitaba sentirla al completo. Como antes. Como cuando era mía.

¿Seguirá siendo mía? ¿Será que su cuerpo sigue siendo mío? Estaba frustrado. En el baño, me desnudé y metí en la ducha, abrí la llave del agua y esta salió fría, la necesitaba así para enfriar mi cuerpo. Pero era complicado cuando sus labios volvían a meterse en mi mente... cuando aún sentía en mis manos el tacto de su piel. Cuando mi mente sentía que la tenía a mi lado, pues no podía sacarla de ahí.

—¡Joder! —Exclamé.

Terminé tras diez minutos de ducha y salí, me enrollé una toalla a la cintura y salí de nuevo a la habitación para después ir directo al mueble bar y coger la primera botella que sabía me iba a beber entera y no sería la última

del día, pues este era demasiado largo. Con la botella en mano, me senté en el sofá y tras abrirla, bebí a morro de ella. El alcohol quemó mi garganta y sentí que podría quemar mi interior, aunque no tanto como Lucía.

Ella, solo ella estaba en mi mente y mi corazón. Solo ella tenía el poder de acabar conmigo, de hundirme más de lo que ya estaba. Solo ella era dueña de mi alma.

Seguí bebiendo mientras los recuerdos me atormentaban. Aquella noche que vine a por ella, la primera vez que me echó de su lado. Unas estúpidas lágrimas salieron de mis ojos, derramándose por mis mejillas. Nunca lloraba, no merecía la pena, pero con ella me era imposible no hacerlo.

—¿Por qué no puedo olvidarte? —Sollocé.

Me levanté y fui hasta donde había dejado mi pantalón tirado, saqué la cartera del bolsillo y volví a sentarme en el mismo lugar. Sin poder vislumbrar bien, saqué de la cartera una foto de ella, la única que tenía; era de cuando éramos felices. Eran buenos tiempos, unos momentos en los que no pensabas en nada más que tener un futuro con la persona que amabas. Momentos en los que darías la vida por volver a vivirlos.

Así, sorbo a sorbo, acabé con la primera botella y tras esa, vino otra, hasta que mi mente no podía trabajar más y mi cuerpo me pedía a gritos descansar. Me recosté en el sofá y me quedé dormido. ¿A qué hora? No lo tenía muy claro.

Los ojos me pesaban y la cabeza me latía, tan fuerte, que tenía miedo de que me explotara. Mi móvil sonaba desde hacía unos largos minutos, motivo por el que me desperté. Abrí los ojos e intenté acostumbrarme a la luz del sol, esta se colaba por el gran ventanal. Me levanté y agarrándome a cualquier cosa que encontrase por el camino, caminé hasta el pantalón para coger el móvil. No sabía quién era a estas horas. Bueno ¿qué decía? Ni siquiera sabía la hora que era.

Descolgué sin mirar quien era, una maldita costumbre que seguía sin controlar.

—¿Quién?

—*Hasta que por fin respondes.*

—Hola, tío. ¿Cómo estás? —Pregunté sobándome la sien.

—*Bien, pero podría estar mejor si mi sobrino al que llevo sin ver más de dos años viniese a verme de una vez.*

Tenía razón, aún ni siquiera me había dignado a visitarle y se suponía que uno de los motivos que me trajeron de nuevo a Madrid, era él. Suspiré a la vez que le decía que iría a almorzar. Él se puso contento, aunque también tenía miedo de lo que podía pasar entre mi hermano y yo, pues él estaba allí. Teníamos muchas cosas que hablar y una de ellas, era el porqué de esconderme que mi hermano vivía con él. No es que estuviese cabreado con mi tío, pero tampoco estaba feliz precisamente.

Unos minutos después y prácticamente sin escuchar su respuesta, le colgué. Necesitaba un zumo de naranja urgente y una ducha que me ayudara a espabilarme. Eso de beber tanto tenía que dejarlo, ya no era ningún crío.

Me duché y vestí en tiempo record. Había decidido ponerme algo más cómodo y dejar los trajes para otras ocasiones. Me decanté por unos vaqueros desgastados, unas deportivas. <<Como las echaba de menos>> y una camiseta simple de manga corta. Después me puse una camisa encima. Me miré al espejo y era como ver al antiguo yo, al antiguo Sergio. A Sergio y no al Sr. Fisher. Echaba de menos verme así.

Sobre las una de la tarde, ya estaba listo y saliendo del hotel. No tenía pensado conducir, no me apetecía, así que fui hasta la entrada para buscar un taxi. Mientras esperaba, cosa que sabía que iba a pasar, puesto que los taxis solo aparecían cuando no los necesitabas.

Miré mi reloj comprobando que ya llevaba más de diez minutos

esperando. Entonces, cuando se suponía que me iba a dar la vuelta para ir a coger el coche, la vi. Me quedé unos segundos viéndola, se escondió tras un árbol, se escondió de mí. Pensó que no la había visto.

—¿Lucía? —Pregunté. Ella salió de detrás del árbol.

—Sergio, qué casualidad —titubeó nerviosa.

—¿Casualidad? Cualquiera diría que estabas escondida. ¿Qué haces por aquí?

Quería acercarme a ella y secuestrarla, llevarla a mi habitación y hacerle el amor como tantos años llevaba soñando. Deseaba perderme en su piel, besar cada rincón de esta.

Negué quitándome esos pensamientos de la cabeza y caminé despacio, ella hizo lo mismo.

—Solo paseaba por aquí, ni siquiera me di cuenta de que estaba en la puerta del hotel donde te hospedas.

—Claro.

—Bueno, ya me voy. —Se dio la vuelta.

—No, espera. —La agarré del brazo con delicadeza—. No te vayas, come conmigo, Lucía. —Negó.

Siempre era una negativa con ella y ya estaba cansado de siempre ir tras ella. Lucía no luchaba por mí, no hacía nada y a mí cada día me quedaban menos fuerzas para seguir luchando por ella.

—No puedo, debo irme.

—Está bien —respondí rendido—. Al menos... podrías venir a tomar un café, aquí mismo. Solo te pido eso y no volveré a buscarte.

Se quedó en silencio, un silencio perturbador, un silencio que me estaba matando segundo a segundo.

—No sé... no sé.

—Piénsalo —propuse—. Estaré aquí sobre las seis. Si no vienes,

entenderé que ya nada se puede hacer y me iré para siempre.

Me sentí mal al ponerle el ultimátum, pero solo necesitaba hablar con ella, contarle todo lo que había pasado durante todos estos años. Al menos, podríamos ser amigos, aunque fuese algo imposible.

Sin decirme nada más, se dio la vuelta y se marchó. Vi su caminata, vi cómo se alejaba y, aunque cada vez estaba más lejos, yo podría reconocerla. Lucía siempre iba a ser la misma hermosa mujer.



22

Sergio

Me quedé pasmado, sin saber qué hacer o decir para convencerla de que se quedara. Lo que aún no entendía era el motivo que la llevó a pasar por el hotel, si se suponía que no quería verme, que no quería pasar ni un segundo a mi lado, ni escuchar nada de lo que tuviera que decirle. ¿Qué la llevó a pasar por aquí?

Suspiré unas cinco veces antes de darme la vuelta y volver a entrar para dirigirme al parking y coger el coche. Una vez dentro, arranqué y salí del aparcamiento para después incorporarme al tráfico. En Madrid siempre había tráfico y era una de esas ciudades en las que mejor madrugar para moverte. Puse la radio y la primera sintonía que salió, fue Cadena Dial. Siempre me gustó.

Iba conduciendo, escuchando, concentrado en la carretera cuando

pusieron una canción que me obligó a poner toda mi atención; **Déjame ir de Pablo López.**

La letra era todo lo que yo sentía, todo lo que Lucía me decía y todo lo que ambos necesitábamos, pero no nos atrevíamos. ¿Por qué era tan complicado seguir adelante?

Yo me casé, creé una familia y ella hizo lo mismo, pero entonces ¿Por qué no habíamos podido olvidarnos del amor que sentíamos? ¿Cuándo sería el día en el que me levantara por la mañana sin pensar en ella, en lo que tenía y ahora no tengo?

Minutos después llegué al barrio donde vivía hacía años con mi tío; Leganés. Estaba igual que cuando me fui, que la última vez que lo vi. Eran muchos los recuerdos que entraban en mi mente, momentos vividos en este lugar y la mayoría de esos recuerdos eran con ella. Los mejores minutos de mi vida, siempre habían sido con ella, con Lucía, con la mujer que amaba y seguiría amando por el resto de mi vida. Al llegar al edificio de mi tío, aparqué el coche justo frente al portal y me bajé. Me sentía nervioso y cabreado, era una mezcla muy explosiva, pero era que es ponerme cara a cara con mi hermano después de tanto tiempo y sabiendo todo lo que había hecho, que me daban ganas de patearle los huevos.

—¡Por fin! —Exclamó—. ¿Por qué has tardado tanto sobrino? — Preguntó dejándome pasar a mi antiguo hogar.

Miré todo a mi alrededor, fijándome en que estaba tal y como lo había dejado. No le había hecho ningún cambio. Se respiraba tranquilidad, algo raro sabiendo que estaba el demonio viviendo entre estas cuatro paredes.

—Lo siento, me he entretenido —me disculpé.

—Pero pasa, siéntate. ¿Quieres tomar algo, una cerveza tal vez? —
Asentí.

Mi tío se dio la vuelta y se perdió por el pasillo que daba a la cocina. Un

minuto después, salió con una cerveza en cada mano, se sentó a mi lado y tras brindar por el reencuentro, ambos le dimos un sorbo. Se instaló un silencio incómodo, pues el haber venido a verle, después de que me escondiera que mi hermano estaba en esta casa, era algo que hacía que no pudiese confiar en él.

Cuando llegué a la puerta, toqué después de haber suspirado unas tres veces. Me sudaban las manos y todo por su maldita culpa. Mi tío abrió y en cuanto me vio, me dio un fuerte abrazo. Estaba feliz de verme.

—Sergio... quiero pedirte perdón. —Le miré—. Sé que no lo hice bien, pero te juro que no sabía nada de lo que él había hecho y mucho menos lo que ha seguido haciendo. De verdad, lo siento —se disculpó. Yo me encogí de hombros sin saber qué responderle.

Después de todo no podía odiarle, ya que él había siempre mi referente paterno, el que se hizo cargo de mí cuando mis padres fallecieron. Arturo no era mala persona y yo lo conocía bien, pero mi hermano, él era y seguía siendo un hijo de puta que sabía manipular a su antojo a las personas y se aprovechó de la bondad de nuestro tío.

—Está bien, no pasa nada... pero debes saber una cosa, tío y eso es que tienes que tener mucho cuidado con Nick, no sabes de lo que es capaz.

—Lo sé, me di cuenta cuando nos encontramos a Lucía. —Se quedó callado, pensando que podría molestarme, pero negué para proseguiera—. Lo siento. —Negué de nuevo restándole importancia—. No me gustó la manera en la que la miró y ella. —Suspiró—. Ella tenía miedo, me di cuenta. Fue como si se conocieran de antes.

Fruncí el ceño, pues eso era imposible. Lucía y mi hermano no se conocían y que yo supiera, nunca había hablado. Eso era algo que no entendía y era otro motivo para volver a verla. Necesitaba que me dijera lo que sabía de mi hermano, que me dijera por qué le tenía miedo. No quería que Nick se acercara a ella.

Por un momento me quedé en silencio, pensativo. Mis ojos viajaban por toda la estancia, buscando la manera de guardar cada recuerdo entre esas paredes, queriendo borrarlas de mi mente para dejarlas ahí. Entonces, mis ojos se clavaron en un punto fijo, en el mueble bar. Mi tío era de esas personas que les gustaba poner fotos de sus familiares en los cristales del mueble. Me levanté y caminé hasta el mueble para después, con más temblorosas, coger la foto que tenía mi tío de Lucía y yo. Un recuerdo de ese perfecto día se proyectó en mi mente como si fuese una película, una de esas que no puedes dejar de ver, que no puedes olvidar.

Flash Back

Estábamos en el parque de al frente de mi casa, era de esas noches en las que nos apetecía estar en la calle hasta altas horas de la noche, el calor era sofocante. Mi vecino Manu, estaba con su novia en los bancos de al lado y Lucía y yo, nos volvimos a sentar tras unos largos minutos de paseo. Me encantaba estar a su lado y más después de haberme dado cuenta de que me había enamorado como un loco de ella. Solo hacía seis meses que estábamos juntos y la necesitaba a todas horas.

—Sabes que te quiero ¿verdad? —Le dije en un susurro. Ella se estremeció al sentir mi aliento en su piel y a mí, me estaba matando con sus besos.

Me moría por hacerla mía, pero no podía forzarla, merecía que la esperara el tiempo que necesitara. Entonces, esa noche, hizo lo que menos me esperaba; me dio un beso tan intenso que provocó en ambos una necesidad que no conocíamos. Un anhelo que nunca habíamos experimentado. Lo había decidido ella, así me lo hizo saber.

Pasamos parte de la noche mirándonos, susurrándonos al oído cosas que nunca me habría imaginado que nos diríamos. Pero aún no era el momento de marcharnos, pues no podíamos dejar tirados a Manu y Claudia.

Nos hicimos fotos, unas fotos que sacaríamos para ponerlas en un marco. Quería guardar cada momento con ella, cada foto, cada sonrisa, cada beso. Todo y no dudaría en grabarlo a fuego si era posible.

Flash Back

Sentí como mi mejilla se mojaba por unas estúpidas lágrimas que no me atrevía a derramar. Habían sido tantas cosas vividas con ella, que ahora no me atrevería a olvidarlas. Aunque quisiera, no podía.

—Esta foto es una de mis favoritas —dijo mi tío poniendo su mano en mi hombro—. Si quieres, puedo guardarla. —Negué.

—Déjala aquí, siempre será un bonito recuerdo —murmuré.

Justo en ese momento, se escuchó la puerta y poco después, la voz de mi hermano acercándose a nosotros. Me di la vuelta y lo asesiné con la mirada en cuanto él dijo “hermano”. ¿Cómo se atrevía si quiera a mencionarlo? ¿Cómo podía tener coraje si quiera de acercarse a mí?

—Ni me mires, ni me hables. Olvídate de que estoy aquí, Nick —mascullé cerrando los puños con fuerza.

—¡Vaya! —Exclamó—. Nunca pensé que vendrías tan gallito. ¿Qué cojones te pasa? ¿Tan duro ha sido verla después de tantos años? —Escupió sabiendo que sus palabras me ardían, me quemaban.

Caminé hasta él e importándome muy poco las súplicas de mi tío, lo cogí del cuello de la camisa y lo pegué de un fuerte porrazo a la pared. Se merecía que le partiera la cara, que lo dejara irreconocible. Merecía todo lo peor de este mundo por ser tan hijo de puta. No se inmutó, nunca lo hacía. En cambio, sonrió cínicamente, como si lo que yo pudiera hacerle, no fuera nada.

—¿Te crees que mereces si quiera que te mire? Eres un hijo de puta, Nick. —Enarcó una ceja—. Tú y yo tenemos una conversación pendiente.

—Eso es cierto, creo que es la única verdad que has soltado por tu boca.

—Por favor, Sergio. Suéltale, concédele unos minutos antes de partirle la

cara. Primero escúchale —intervino nuestro tío.

Le miré y negué cogiendo a mi hermano de la camisa, tirando de él hasta mí, pegando su rostro al mío. Mis ojos estaban inyectados en sangre, estaba seguro de ello, pero a él parecía no importarle. Le solté y antes de que se diera cuenta y saliera de mi campo visual, le pegué un puñetazo.

—Esto es por todas las personas que he tenido que despedir por tu maldita culpa. —Le pegué otro, provocando que cayera al suelo—. Esto es por la puñalada que recibí a consecuencia de los despidos. —Le pegué una patada—. Y esto. —Me agaché para poder decírselo a la cara—. Por Lucía y los años que me perdí por ti... me jodiste la vida.

—Sergio, déjalo ya, por favor. Así no conseguirás nada —habló mi tío con notable nerviosismo.

—Déjalo, tiene razón en todo —dijo Nick con dificultad.

Arturo caminó hasta él y lo ayudó a levantarse para luego llevarlo hasta el sofá. De verdad que tenía muchas ganas de darle una paliza, pero me di cuenta, de que no me ayudó en nada. Yo pensé que en cuanto lo tuviera frente a mí, me iba a desahogar cuando pudiese pegarle, aunque solo fuera un puñetazo, pero no... no me ayudó en nada, seguía sintiéndome igual, vacío.

—Sergio, lo lamento. Sé que no he sido el mejor de los hermanos, pero eso no quiere decir que yo sea tan hijo de puta de intentar joderte la vida —afirmó.

Le miraba con odio, con un odio que jamás pensé que podría tenerle a mi hermano mayor. Mi respiración cada vez era más fuerte, me costaba mucho relajarme, aún estaba demasiado cabreado como para poder perdonarle, cosa que no podía y no creo que pudiera.

Caminé hasta ellos y me puse al frente de mi hermano, me senté en el sillón y todo lo hice sin dejar de mirarle. Él tampoco dejó de hacerlo. Había llegado la hora de poner las cartas sobre la mesa, de soltar de una vez todo lo

que mi mente retenía. Era hora de sincerarme con él. Aunque aún no podía mencionarle nada sobre el dinero que Penélope había estado enviándole. Primero tendría que saber que tenía que ver él con mi esposa.

—¿Sabes una cosa? —Pregunté—. Nunca creí que serías capaz de todas las atrocidades que has hecho.

—No sé a qué te refieres. Me fui, me largué para que no me echaras la culpa de tu ruina, de una ruina que vendría al casarte con esa mujer. —Solté una risita cínica—. Es cierto que yo fui quien prácticamente te eché a los brazos de ella, pero después me di cuenta de que no era trigo limpio.

—¿A qué te refieres exactamente? —Bramé.

—A qué se metió en mi cama antes de casarse contigo. A que tenía planeado todo lo que ha pasado desde hace bastantes años hermanito. A que te ha visto la cara de gilipollas —escupió ahora él, mirándome con odio.

Me levanté de nuevo con la necesidad de patearle las pelotas de nuevo, de pegarle otra paliza, pero no podía, no ahora, pues en algo sí tenía razón y era que Penélope lo tenía todo planeado, incluso el acostarse con él antes de nuestra boda.



23

Lucía

No podía creer que hubiese sido capaz de ir a buscarle, que hubiera tenido el coraje después de haberle dejado tirado en el restaurante de ir a verle. ¿Qué me estaba pasando? Estaba fallando a mi promesa, a esa promesa que le hice a Pablo. Le dije que no volvería a ver a Sergio, que le iba a olvidar y que le iba a amar y no cumplí ni una, pero ¿cómo hacerlo? ¿Cómo dejar de amarle, de verle? Era algo imposible para mí y desde que lo había visto, desde que probé de nuevo sus labios, fue como si el tiempo no hubiese pasado, como si lleváramos todos estos años juntos... como si no se hubiera ido hacía seis años.

Llegué a casa de mi madre, donde había dejado a mi hijo, ya que Pablo estaba fuera de la ciudad por trabajo.

Él y yo no estamos bien, llevamos un tiempo de muchas peleas, pues,

aunque me había vuelto a acostar con él, cada vez me negaba más. No podía dejar que me tocara si no lo sentía. No me erizaba la piel cuando me besaba, ni me estremecía. Eso solo lo había conseguido una persona y solo con un beso lo consiguió.

Además, Pablo estaba más distante y cada vez tenía más trabajo. Realmente no sabía si me estaba mintiendo o era cierto. Suspiré mientras subía las escaleras para llegar a casa de mi madre. Ella seguía viviendo en la misma casa, solo que ahora estaba sola. Infinidad de veces me ha dicho que deje a Pablo, que si no lograba amarle ¿para qué seguir con él? Eso solo conseguía que no fuera feliz y hacía tiempo que no me veía sonreír.

Pegué en la puerta y a los pocos segundos, mi madre me abrió la puerta. Al verme, me sonrió con cariño y tras darme un beso, entré en la casa. Ella había cambiado mucho desde que tuve a mi hijo, pues al principio, después de todo lo que le pasó con mi padre, era diferente y yo llegué a un punto de que no sabía con quién vivir de los dos. Llegué a odiarles, aunque mucho más a mi padre. Menos mal que había sido capaz de perdonarles y ahora no sabría vivir sin ellos.

—Hola, cariño. ¿Hiciste eso tan importante que tenías que hacer? — Preguntó alzando una ceja.

—Bueno, solo fui a ver a una amiga —mentí descaradamente.

—Claro, a una amiga. Ahora se les llama amigas —se burló mientras iba a la habitación para decirle a mi pequeño trasto de que había llegado.

—¡Mamiiiiiii! —Gritó mi niño al salir.

—Hola mi amor —respondí abriéndole los brazos.

Lo más importante de mi vida era él, mi hijo y, aunque sabía que estaba siendo injusta con Sergio por no decirle sobre la existencia de nuestro hijo, sabía que era lo mejor. Solo esperaba no equivocarme, porque ahora que lo había visto, no sabía si podría seguir guardando el secreto mucho más tiempo.

Eran seis años los que habían pasado y pronto sería el cumpleaños de Edu.

—¿Habéis almorzado ya? —Me interesé.

—Te estábamos esperando, cielo —respondió mi madre—. Ya está el almuerzo listo.

—Mmm ¿y qué hay de comer?

—Lentejas. —Rodé los ojos—. ¿Qué? De pequeña te encantaban. Además, a mi príncipe le gustan mucho ¿verdad? —Preguntó y mi hijo puso cara de asco creyendo que mi madre no lo había visto— ¡Oye! ¿O sea que no te gustan?

—No es eso abuela, pero... podrías haber hecho otra cosa.

Mi hijo cada vez razonaba mejor y, aunque aún no tenía los seis años, parecía mayor por la manera de hablar. Era muy inteligente.

—Bueno, no pasa nada, se las comerá igualmente ¿verdad, pitufo? —Pregunté y él asintió—. Vamos a poner la mesa anda.

Nos levantamos y mientras mi madre servía la comida, mi hijo y yo poníamos la mesa y cuando terminamos, mi madre nos llamó para recoger los platos servidos y llevarlos a la mesa. Mi hijo ya estaba sentado. Cuando llegué a la cocina, mi madre se me quedó mirando fijamente. No sabía por qué me miraba así y mucho menos tenía ganas de saberlo, pues estaba segura de que me iba a volver a hablar de Sergio.

—Hija ¿hablarás con él?

—Mamá, no comiences. No puedo ahora ir a decirle que tiene un hijo. ¿Cómo crees que se lo tomará? Me va a odiar y con razón. Vaya, si en algún momento quise que lo hiciera, que me odiara para poder olvidarme, ahora llegaría a hacerlo y no...

—No puedes ¿verdad? No quieres que te odie porque aún lo amas ¿a que sí?

Suspiré sin poder responderle. ¿Cómo hacerlo? No podía afirmar algo

que era tan evidente. Claro que lo amaba, nunca dejé de hacerlo, pero él seguía siendo un hombre casado y tenía hijos, dos sin ir más lejos. ¿Cómo iba a intentar separarlo de su familia? Eso, eso no podía hacerlo. Yo no era así.

—Mamá, las cosas no son como antes y él y yo no volveremos a estar juntos. Da igual lo que le diga, Sergio ya tiene su vida.

—Pues yo creo que te equivocas. Lucía, quería saber dónde estabas, estaba desesperado ¿te crees que no me doy cuenta? Él aún te quiere y creo que, si le dices lo de Edu, no se cabreará, sino, todo lo contrario, te entenderá cariño —expresó acercándose a mí para después darme un abrazo.

Me quedé ahí unos minutos, perdiéndome entre los brazos de mi madre. ¿Será que tenía razón? Sabía que Sergio seguía sintiendo algo por mí, me lo había dicho, pero de ahí a perdonarme algo tan fuerte como no contarle de que era padre, eso eran palabras mayores... y, tenía miedo, mucho miedo. Además, estaba su hermano, ese tipo que un día me amenazó, que sabía dónde vivíamos, que había venido a verme ¿para qué? No lo sabía, pero tampoco quería saberlo.

Salimos de la cocina y nos sentamos tras poner los platos en la mesa. Mi hijo se comió la comida despacio, intentando no vomitar, pues, aunque mi madre aseguraba de que a su nieto le encantaba, no era así. Comimos en silencio, no sabía de qué podíamos hablar cuando su único tema de conversación era Sergio.

—Hija, he pensado que esta noche que Pablo no está en casa, podríais quedaros aquí a dormir y así aprovechas para salir a dar una vuelta con Macarena. Te hará bien distraerte —propuso mi madre.

La verdad me pareció muy buen plan. Asentí mirando a mi pequeño y él sonrió aceptando lo que mi madre nos pedía.

—¿Podríamos decirle al abuelo que venga esta noche? —Dijo Edu sonriendo. Tenía devoción por mi padre.

—Claro cariño, lo llamaré y le diré que tú lo has invitado a cenar ¿te parece? —Asintió levantándose para darle un beso en la mejilla.

Me gustaba que mi hijo se sintiera tan feliz estando con mis padres, ellos lo adoraban, solo hacía falta verlos juntos. Mi padre ahora vivía algo más lejos, pero estaba segura de que en cuanto recibiera la llamada diciéndole que su nieto quería verle, cogía el coche o lo que hiciera falta para plantarse en la casa. Eran un caso cuando estaban juntos.

Terminamos de comer y mientras mi madre hablaba con mi padre, yo fregaba los platos, intentando distraerme, aunque me era imposible... no podía dejar de pensar en Sergio y su propuesta de tomarnos un café por la tarde. Cuando acabé de fregar, miré la hora en el móvil y vi que eran casi las cuatro. Me moría de ganas por ir, por volver a verle, por hablar y ponernos al día con nuestras vidas, pero no podía. Era difícil para ambos estar juntos como si no hubiera pasado nada entre nosotros. Era muy complicado escucharle hablar de su mujer mientras que yo me estaba muriendo por dentro por ser ella, por ser la mujer que se acostaba todas las noches con él, que amanecía con él. ¿Por qué tuve que negarle la oportunidad que me pedía? Hubiese sido tan fácil para los dos estar juntos.

—Ya he hablado con tu padre. Dice que a cenar no puede porque tiene un compromiso, pero que mañana viene a almorzar —explicó mi madre entrando en la cocina—. Se lo dije a Edu y, aunque no se ha quedado muy conforme, lo ha aceptado.

Se sentó en una de las banquetas de la cocina y yo hice lo mismo, sentándome a su lado. Mi hijo estaba en la habitación jugando. Mi madre me miraba fijamente, como si con eso pudiera hacerme entrar en razón.

—Para, mamá.

—¿De qué tienes miedo Lucía?

Esa pregunta me hizo recordar la noche que me pidió Pablo en

matrimonio. Siempre me la hice y nunca, jamás, había sabido que responderme. ¿De qué tenía miedo? No lo sabía. Podría tener miedo de perderle, pero cómo perder a alguien que pensaba que siempre había sido mío, aunque no lo pareciera. Yo sabía que nunca iba a perder a Sergio, pero en cuanto supiera lo de nuestro hijo, sí que podría perderle para siempre.

—No lo sé —respondí en un susurro casi audible.

—Lucía, tienes que ser valiente por una vez en tu vida... debes dejarte llevar. Ambas sabemos que con Pablo tienes los días contados, vuestro matrimonio está más muerto que vivo. Y ambas sabemos que Sergio sigue amándote. ¿Por qué no luchas ahora tú por él? Sé que lo que hizo no estuvo bien, pero él volvió a buscarte hija y eso solo tiene un significado; amor.

Todo lo que me dijo me hacía ver la realidad de las cosas. Tenía mucha razón, más de la que yo podía aceptar, pero seguía temerosa por mis actos.

—Lo sé, mamá... pero no sé cómo acercarme ahora a él y contarle sobre Edu. Además ¿cómo le digo a mi hijo que su padre en realidad no lo es?

—Es cierto, ahí cometiste un fallo muy grande y esa, sí será una gran consecuencia, pero debes ser lo más valiente posible y luchar por lo que amas.

—Han pasado muchos años.

—¿Y qué pasa con eso? Es lo de menos hija. Si con todos estos años no habéis conseguido dejar de amaros ¿no crees que es una señal que vuelva a buscarte? —Negué—. Lucía, creo que debes elegir lo que te pide tu corazón y dejar ese orgullo que tu padre te ha dado de lado para poder ser feliz de una vez. —Se levantó y se puso detrás de mí para abrazarme—. Yo solo digo que necesitas estar con ese chico que tanto amas. Te mereces ser feliz de una vez.

Las lágrimas se derramaron sin permiso, haciéndome conocedora de todo lo que mi corazón me pedía. Este me gritaba que fuese a hablar con él, que lo escuchara por una vez en la vida, que luchara de una vez por lo que amaba y no por lo que creía que me convenía. Me levanté y tras darle un beso y un

brazo a mi madre, me di la vuelta para irme a donde el hombre de mi vida me esperaba. Le necesitaba y ahora lo tenía más claro que nunca. Amaba a Sergio e iba a luchar por él. Ahora me tocaba a mí hacerlo.

—Ve cariño, yo me quedo cuidando a mi príncipe. Recupera al amor de tu vida y no te preocupes si te quedas hasta mañana.

—Gracias mamá.

Me despedí de ella y salí de mi antiguo hogar para buscar mi verdadero hogar en los brazos del hombre que amaba.



24

Sergio

Me quedé anclado al suelo, por mi mente divagaban muchas cosas y todas me llevaban a un mismo punto. Si mi hermano y Penélope se acostaron antes de la boda, mis hijos podían ser de él. ¿Cómo pude estar tan ciego? Caminé hasta la ventana para asomarme, necesitaba tomar aire, creer que era todo un error y que mis hijos, eran míos. Eso era lo único que me importaba.

—Sergio, no te lo cuento ahora para hacerte daño, sino, para que sepas con qué clase de mujer estás —afirmó levantándose.

Me di la vuelta y lo vi casi a mi lado. Mis ojos echaban fuego en este momento y no quería tenerlo cerca de mí, de mi vida y mucho menos de la vida de mis hijos. Primero muerto que perderlos a ellos.

—¿Son tus hijos? —Mi pregunta salió casi sin pensar. Mi hermano frunció el ceño—. Mis hijos, son tuyos ¿verdad?

Agachó la cabeza fingiendo vergüenza que yo no le creía. Suspiró unas dos veces antes de volver a mirarme y se encogió de hombros.

—No estoy seguro...

—Pero hay posibilidad —le interrumpí. Él asintió.

Mis puños volvieron a cerrarse con fuerza, tiñendo mis nudillos de blanco, clavándome las uñas en la planta de las manos. Quería golpearle de nuevo y esta vez no parar hasta dejarlo inconsciente. Pero mi tío me miró, dándose cuenta de mis puños y se puso a mi lado para hacer que me calmase, pues sabía que era capaz de hacerlo de nuevo.

Nick se percató y se sentó de nuevo para apartarse de mí a la vez que Arturo y yo nos fuimos a la cocina. Caminé hasta el grifo y me serví un vaso de agua, se me había secado la garganta.

—Sé que tienes motivos para odiarle y golpearle, pero hijo, no son las mejores formas y yo te diría que lo denunciaras si tienes las pruebas suficientes —propuso mi tío.

Una parte de la que me decía tenía razón, pero eso se borraba cuando mi mente seguía proyectando cada una de las palabras que mi hermano me había dicho y aunque pareciera mentira, le creía.

—Sí, eso es algo que haré tío, pero ¿y todo lo demás? ¿Cómo hago yo ahora para aceptar que mis hijos puede que no sean míos?

—Muy fácil, habla con Lucía. Ella tiene algo muy importante que decirte —mencionó Nick entrando en la cocina.

El haber hablado de ella, de Lucía, me hirvió la sangre y me fui para él para volver a golpearle en la cara, aunque esta vez se defendió y me respondió al golpe.

—Eres gilipollas. Te estoy diciendo que Lucía tiene algo que decirte y tu respuesta en golpearme de nuevo. ¿Por qué cojones no aceptas que esa mujer te ha escondido algo durante todos estos años? ¿Tan ciego de amor estás que

no te das cuenta?

—¡No sé de qué coño me hablas! —Grité enfurecido.

Mi respiración se volvió pesada en cuanto recordé aquellas imágenes en las que Lucía salía con un niño pequeño. Le pregunté cuando hablamos y me hizo creer que no era mío, que era de su marido, pero una parte de mí siempre me dijo que no era cierto, que ella no me había engañado con él y que ese niño podía ser mío. Entonces, si eso era así ¿por qué nunca me lo dijo?

Me alejé de él para irme de esta casa de una vez, estaba harto de la conversación, de nada serviría y solo seguiría provocándome.

—Eso, huye de nuevo —escupió Nick.

—¿Prefieres que me quede aquí y te grite todo lo que aún no te he gritado? Porque si eso es lo que quieres, me quedo —bramé encarándolo.

—Pero Sergio, habías venido a almorzar —intervino mi tío.

Me daba pena por él, porque todo esto solo le jodía a él. Ambos éramos sus sobrinos y él nos quería a los dos, pero no podíamos estar juntos ni un minuto sin matarnos.

—No te tengo miedo —siguió.

—Pues deberías —aseguré—. Solo una cosa que te voy a decir. Tienes cuarenta y ocho horas para devolver todo el dinero que tú y Penélope habéis robado o lo pasareis muy mal —amenacé provocando que la chulería que tenía, se le cayera al suelo.

—No tienes pruebas de eso —titubeó—. Si las tuvieras, no estarías aquí tan tranquilo.

Caminé hasta él para tenerle cerca, muy cerca. Para que viera el odio que sentía por él, el asco que me daba ser su hermano. Nick me miraba con altanería, pero me di cuenta que bajo esa fachada de tipo que se la sudaba todo, había una persona con miedo a vivir entre rejas por el resto de su vida. Él pensó que lo tenía todo controlado y aquí, quién controlaba era yo.

—Eso es lo que tú te crees. Además, te estoy dando tiempo para que devuelvas el dinero, solo así te librarás de la cárcel. De lo contrario, si no lo devolvéis, ese será vuestro hogar, hermano.

Me di la vuelta de nuevo para irme de una vez. Estaba cansado de verle la cara, de escuchar su voz, de solo oír mentiras.

—Te cuidado donde te metes, hermano. Porque yo no me quedaré de brazos cruzados.

Eso fue lo último que le escuché decir y ni siquiera me di la vuelta para volver a golpearle o escupirle más cosas, todo tenía su tiempo y todo caía por su propio peso y Nick Fisher, estaba a punto de caer bajo todo el peso de la ley.

Salí del edificio y por consiguiente me subí al coche. Quería llegar al hotel, pues, aunque aún no había comido, la conversación con mi hermano se había alargado demasiado y no podía volver más tarde, pues tenía la esperanza de que Lucía viniera a la cita que le había propuesto. Una parte de mí me decía que vendría y que no se iría, que no se alejaría. ¿Será que esta vez no me estaba equivocando?

De camino al hotel, no dejaba de pensar en las últimas palabras que mi hermano me dijo. ¿A qué se refería con eso? No le tenía miedo, pero tampoco confiaba en él y lo creía capaz de cualquier cosa.

En un semáforo, miré mi móvil y tenía varias llamadas de un número que no conocía. Iba a llamar, pero no pude, pues debía seguir conduciendo. Quien quiera que fuese, si era una urgencia que me volviesen a llamar.

Unos minutos más tarde llegué al hotel y tras aparcar, fui directo al restaurante para almorzar algo y esperar a Lucía, si es que venía. Tenía la esperanza de que sí lo hiciera. Había muchas cosas de las que teníamos que hablar y muchas preguntas que aún seguían sin respuesta en mi mente. Al llegar al restaurante, un camarero vino a la mesa donde me había sentado y apuntó lo

que iba a consumir para después dejarme solo.

Mis ojos iban desde el móvil a la puerta del restaurante y así por unas diez veces. Estaba muy nervioso y no entendía muy bien el motivo. Bueno, sí que lo entendía; era por ella, por la posibilidad de tenerla frente a mí, escuchándome, hablando y a ser posible, besando sus labios como tanto deseaba hacer.

¿Se podía amar a una persona con tanta intensidad como yo amaba a Lucía? Desde que la vi por primera vez en la puerta de ese instituto, esperando a que llegase su madre a recogerla, me enamoré.

Flash Back

¿Una entrega a las tres de la tarde? No había otra hora para hacerlo. Llevaba trabajando desde las siete de la mañana en la empresa de reparto de mi tío Arturo y, aunque era sobrino del dueño, prácticamente su hijo, trabajaba mucho más que los demás. No por nada en especial, sino, por el simple hecho de hacer mejor el trabajo. Él confiaba demasiado en mí.

La entrega era para un banco que esperaba una documentación y no podía llegar tarde. Me subí en la moto para ponerme en camino a la Calle Verdaguer García y cuando llegué, entregué los documentos y salí del banco. Justo en ese momento, tuve que parar en el semáforo que daba al instituto Salvador Dalí. Ya no quedaban prácticamente estudiantes, solo una chica de la cual me fijé. Parecía preocupada y mi instinto me llevó a aparcar la moto y cerciórarme de que estuviese bien.

—Hola, perdona ¿te pasa algo? —Pregunté.

La muchacha me miró fijamente y sus ojos se clavaron directamente en mi alma. ¿Cómo podía ser tan hermosa? No supe como acercarme a ella, pues tras haber hecho esa pregunta, me quedé bloqueado.

—No, solo estoy esperando a mi madre —respondió seria, pero con un toque de picardía.

Era una dulzura y con solo mirar sus ojos, caí rendido a sus pies. No quería alejarme de ella, no podía dejarla sola mientras esperaba.

—¿Te importa que te acompañe?

—No te conozco de nada y mi madre no me deja hablar con extraños — refirió con media sonrisa.

—Me llamo Sergio y trabajo para la empresa de reparto ArtuLost. Encantado...

—Lucía.

Extendí la mano y ella me la apretó. Al sentir el tacto de su piel, la suavidad de sus manos, fue como si todo a nuestro alrededor hubiera desaparecido, como si nadie más estuviera a nuestro lado. Nos quedamos bloqueados y tiempo después, su madre la llamó desde el coche y se fue.

Pasé por el instituto por días, hasta que conseguí una cita con ella. Me había enamorado como un niño estúpido.

Flash Back

Sonreí al recordar ese momento y sentí una nostalgia que me hizo daño. Un anhelo, que prácticamente era insoportable. Necesitaba tenerla a mi lado de una maldita vez.

—¿Está ocupado este sitio? —Preguntaron detrás de mí.

Me di la vuelta y nuestros ojos se encontraron. Había venido, estaba frente a mí. Me levanté y sin decirle nada, sin pronunciar una mísera sílaba, la abracé, sintiendo al fin como su corazón y el mío se conectaban de nuevo, como su alma y la mía, volvían a ser una sola.

—Pensé que no vendrías. Tenía miedo —murmuré emocionado.

—Estuve tentada a no hacerlo, pero no podía.

Me separé de ella unos milímetros y pegué mi frente a la suya, mirándola a los ojos de cerca. Ahora que la tenía así, podía darme cuenta de que Lucía era la misma chica de la que me enamoré hacía más de ocho años. Era la

misma joven que dejé atrás, haciéndole daño. Y era la misma mujer, que me había besado hacía unas horas. Todavía sentía el cosquilleo en mis labios, como si no se hubiesen separado aún. Quería volver a probar sus labios, pero no me atrevía y lo único que pude hacer, fue separarme y sentarnos.

—Me alegro de que estés aquí —mencioné a la vez que el camarero venía con una copa de vino—. ¿Quieres tomar algo?

—Un botellín de agua está bien —dijo.

Se le notaba lo nerviosa que estaba y, realmente, yo estaba igual o más nervioso que ella.

Solo nos mirábamos, las palabras sobraban en este momento, aunque tampoco sabía cómo comenzar a hablar. ¿Qué le diría?

—Este hotel es precioso —aseguró ella rompiendo el hielo.

Parecíamos dos desconocidos.

—Sí, pero lo mejor son...

—Las vistas desde el piso más alto —me interrumpió.

—¿Has estado en la última planta? —Asintió.

Por un momento sentí celos, pues estaba seguro de que estuvo con su marido y que fue la mejor noche para ambos. Tendría que haber sido yo quien la trajera por primera vez, que la hiciera soñar mientras miraba las estrellas mezcladas con las luces de la ciudad. Hacerle el amor en lo más alto, bajo la luz de la luna.

—Hace mucho de eso, ya casi ni me acuerdo —respondió mirándose los dedos.

—No pasa nada, entiendo que has tenido muchas experiencias durante estos años y que soy el menos indicado para sentirme mal.

Ella negó con una sonrisa, la misma sonrisa que me regaló el día que la conocí... la misma que me hizo enamorarme de ella. No entendía muy bien las señales que Lucía me estaba mandando, pero estaba claro que su visita traía

mucho más de lo que yo me esperaba.

Estaba seguro, que, si ella me lo pedía, esta vez lo dejaría todo y haría lo que quisiera. Esta vez no estaba dispuesto a perderla e iba a luchar por nuestro amor, por la vida juntos que nos merecíamos desde hacía muchos años.



25

Lucía

Cuando sentí su respiración chocar con la mía, fue como si el tiempo no hubiese pasado, como si en realidad, nos estuviésemos viendo como cada día, pasando horas y horas juntos, así como antes.

Quería gritarle que lo amaba, que esta vez no diría que no, pero tenía miedo. Antes debía contarle lo de Edu y realmente, no sabía cómo se lo iba a tomar.

Cuando el camarero trajo mi agua, bebí un buen trago, pues, aunque aún no había sido capaz de decir una frase larga, sentía la garganta seca, como si llevase hablando por horas. Me habría gustado decirle que la noche que vine al hotel, a la habitación del último piso con Pablo, siempre soñé que era él con quien estaba, que era con quién debía estar aquella noche.

—Bueno ¿qué tal te va? —Preguntó Sergio.

Me encogí de hombros, como si mi vida no fuese la gran cosa. Mis labios parecían estar sellados y me costaba mucho hablar con él así, con la misma confianza que teníamos antes.

—Bien, soy profesora de cuarto de la ESO en un instituto privado. — Abrió los ojos sorprendido y me regaló una de sus sonrisas, de esas que grababa a fuego en mi mente.

—¿Y te va bien?

—Digamos que sí. Me gusta mucho lo que hago, aunque lidiar con adolescentes hormonados no es lo que más me gusta hacer, pero me desenvuelvo bien con ellos.

—Eso es lo que tú siempre soñaste ¿no? Enseñar a niños...

—Sí, pero me refería a niños de verdad, no a adolescentes que lo parecen —lo interrumpí.

Nos quedamos unos segundos mirándonos, sin poder apartar nuestros ojos el uno del otro. Lo observé detenidamente, fijándome en él como antes y quedándome prendada del hombre que estaba frente a mí. No había cambiado demasiado, era el mismo, ese chico que conocí aquel día en la puerta de mi instituto. Sonreí al recordar ese momento.

—¿Qué te hace tanta gracia? —Se interesó.

—Nada, solo recordaba —murmuré.

Sergio se levantó y colocó su silla más cerca de mí, sentándose así a mi lado, mucho más pegados. Su olor entró en mis fosas nasales, provocando en mí un deseo irrefrenable. Entonces, un recuerdo de aquellas noches de pasión, de esas noches en las que me hacía sentir la mujer más hermosa del planeta, la más amada, entró en mi mente y me nublé. ¿Cómo sería estar bajo el cuerpo del Sergio adulto? Estaba segura que, si antes era el mejor, ahora tenía que ser mucho más que eso.

Cogió mi mano derecha y se la llevó a los labios, a esos labios que me

moría por besar, para luego depositar un dulce beso en mis nudillos. Un escalofrío me recorrió por entera, sintiendo como mi piel se erizaba con solo eso. ¿Podía ser posible que solo con un toque de sus labios provocase eso en mí?

—Tengo muchas ganas de besarte —susurró en mi oído. Yo no sabía qué responderle—. Tengo muchas ganas de tenerte entre mis brazos por horas, por días y para el resto de mi vida.

—Tengo que hablar contigo, Sergio —respondí. Él frunció el ceño—. No quiero que desees algo sin saber la verdad.

Suspiró y yo suspiré a su vez. Nos miramos y sonreímos. No sabía cómo decirle lo de Edu, como confesarle que todo este tiempo, que todos estos años había estado escondiéndole que tenía un hijo, que, el fruto de nuestro amor, era un niño precioso.

—No te preocupes, puedes decírmelo otro día.

—No, esto no puede esperar —claudiqué.

—Lucía, por favor. Sea lo que sea, créeme, puede esperar. Total, seis años llevo esperando este momento y...

Lo besé, besé sus labios para que dejase de decir tonterías, para no dejarle pensar en nada más que no fuéramos nosotros. Sus brazos pasaron por mi cintura, pegándose a su cuerpo y mis manos subieron hasta sus mejillas, tocando su incipiente barba.

No podía aguantar más, de tanto verle, de tanto añorar este momento, era como si mis labios tuviesen vida propia, como si ellos estuviesen besándolo sin mi permiso. Se separó unos milímetros de mí y pegó su frente a la mía, mirándome con ese amor que yo sabía que sentía por mí. Una lágrima rodó por su mejilla, enseñándome, más bien, afirmándome lo que yo ya esperaba. Sergio me amaba, incluso más de lo que un día llegó a amarme. Y yo, yo lo amaba más de lo que mi corazón podía soportar, mucho más de lo permitido.

—Te amo, Lucía —murmuró—. Y no me pidas que me vaya, que te deje, porque esta vez no lo haré y si tengo que luchar por ti, así como debí hacerlo hace años, lo haré.

—No quiero que te vayas... yo. —Agaché la mirada. Él hizo que lo mirase de nuevo—. Te amo y no quiero que me dejes otra vez, no lo soportaría.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente, como si lo que estuviese escuchando fuera algo que no creía, que no esperaba, pero que aceptó en cuando volví a pegar mis labios a los suyos. Estaba cansada de luchar en contra de mi corazón, de mis recuerdos. Necesitaba estar con el hombre que amaba y que iba a amar por el resto de mi vida.

Escuchamos un carraspeo que nos interrumpió, era el camarero con algo para picar, pues siempre lo ponían cuando un cliente pedía alguna bebida. Nos separamos de nuevo, volviendo él a su sitio y todo sin quitarme los ojos de encima.

Pasamos la tarde entre risas, recordando momentos que nunca podríamos olvidar, que cada vez estaban más presente en nuestra memoria y hablamos de otras cosas que no podíamos dejar, pues estar tantos años separados, nos enseñó que algunas veces, necesitábamos a esa persona en la que poder confiarle un secreto o, simplemente, contarle algo que te perturbaba. Eso él no lo tenía con nadie, ni con su esposa... solo conmigo y volvió a confiar en mí, contándome por lo que estaba pasando.

Cuando terminamos de picar, nos levantamos.

—¿Quieres... quieres tomar algo? —Preguntó nervioso.

—Mmm ¿dónde? —Me interesé sabiendo la respuesta.

No me respondía y eso solo quería decir que esto le costaba mucho más de lo que me esperaba. Ya no éramos unos críos, éramos adultos que sabían lo que querían y, en este momento, lo que yo quería, era a él. Me acerqué a él y

pasé mis brazos por su cuello, él, pasó sus brazos por mi cintura y me pegó a su cuerpo.

—Acepto ir a tu habitación, Sergio —murmuré en su oído. Me miró asombrado—. Mírame. —Lo hizo—. Soy yo, nunca lo olvides.

Sonrió complacido y cogió mi mano para tirar de mí y llevarme hasta los ascensores. Este se abrió y entramos en él, dando gracias de que no hubiese nadie ocupándolo. Cuando las puertas se cerraron, se abalanzó sobre mí y devoró mi boca con ansias, con deseo, ese deseo que cada vez era más poderoso, mucho más de lo que ambos podíamos controlar. Vine para verle, para decirle lo que sentía y lo hice, claro que lo hice y ahora, necesitaba sentirle, saber lo que era estar de nuevo entre los brazos del hombre que amabas de verdad, saber que él, también te amaba de la misma manera, con tanta intensidad, que hasta dolía.

El sonido de llegada al piso indicado, nos interrumpió, provocando que nos separásemos y sonriésemos como si fuéramos unos adolescentes a los que han pillado cometiendo una locura. Y, en realidad, así era. Estábamos cometiendo la mayor locura de todas, pero ¿qué sería de nuestra vida sin un poco de locura? Y si era compartida con esa persona especial, mejor.

Caminamos hasta su habitación, esa que tanto había soñado compartir con él y que, por fin, se me hacía realidad. Al entrar, cerró y caminó hasta mí, abrazándome la cintura por detrás. Sentí su aliento en mi cuello, mandando descargas eléctricas en todo mi cuerpo, provocando que, mi fiera interior, despertara. Desde hacía un tiempo, estaba en letargo, creyendo que jamás iba a volver a sentir lo que hoy estaba sintiendo.

—Nunca pensé que este momento llegaría y siempre, soñé con que te tendría así, pegada a mi cuerpo sin miedo a que te escapes de entre mis dedos.

Que me dijese eso no ayudaba en nada, pues unas lágrimas involuntarias se me escaparon de los ojos, demostrándome que aún me dolía todo lo que

había pasado entre nosotros. Yo lo amaba, eso lo tenía claro, pero ¿hasta qué punto me amaba él para soportar lo que tenía que decirle? No iba a esperar más y no iba a dejar que pasara algo entre nosotros para que después, en cuanto lo supiera, me echara de su vida. Me di la vuelta y él, al verme, se preocupó. Iba a hablar, pero no le dejé, puse mis dedos en sus labios.

—Déjame hablar, por favor. Hasta que no lo haga, no voy a poder seguir contigo, porque necesito que sepas algo y si después de eso, no quieres verme... —Silencio—. ¿Recuerdas aquella vez que te llamé por las fotos en la revista? En esas fotos salía con mi hijo y yo, yo. —Sollocé.

—Déjalo, Lucía. Sé lo que me vas a decir y no pasa nada. Sé que estás casada y que ese niño necesita a su padre y lo entiendo, yo también tengo dos hijos y no podré...

—Es tuyo, Sergio. Mi hijo... es tuyo. —Abrió los ojos separándose de mí—. Sé que tuve que decírtelo, que no tenía derecho a ocultarte algo tan grande como un hijo, pero no podía... no cuando tu hermano me llamó para decirme que tú no te harías cargo de él.

—¿Cómo dices? No, espera... no puedo creerlo. Lucía ¿por qué no me lo dijiste? Hubiese sido todo tan diferente.

Sequé mis lágrimas con un pañuelo que saqué de mi bolso y me di la vuelta para salir a la terraza, necesitaba tomar un poco de aire, poder recobrar la cordura, poder recordar aquella conversación que no había hecho más que dañarme. Sergio vino tras de mí y volvió a abrazarme. Eché mi cabeza en su pecho y él besó mi cuello con cariño, con un cariño que no merecía.

—Cuéntamelo, cielo... cuéntamelo todo.

Ese cielo me llegó al alma y la llenó de esperanza, de una que creía perdida. Me di la vuelta y lo miré a los ojos, esos ojos que tanto amaba y que, ahora, estaban brillosos. No todos los días se le decía a un hombre que era padre de un niño de seis años.

Nos sentamos en las sillas que tenía esa preciosa terraza llena de flores. Era un lugar tan perfecto, tan bonito que no me gustaría empañarlo con algo que pasó en el pasado, pero era el momento de decir la verdad, de derribar cualquier muro entre los dos y, si después de eso, nuestras vidas se alejaban, era el momento de pasar página.

—Cuando me enteré de que estaba embarazada, tú estabas en Alemania, estabas a punto de volver, pero no lo hiciste y una noche, recibí una llamada de tu hermano. —Bufó cabreándose—. Yo nunca había hablado con él, ya lo sabes, pero él se puso en contacto conmigo para decirme que tú no ibas a volver y que no me querías.

Se levantó y comenzó a dar vueltas de un lado al otro. Sabía que todo lo que le estaba diciendo, en parte, se lo esperaba, pues él conocía a su hermano demasiado y este, era un cabrón que lo obligó a estar en un lugar que no quería, dejando atrás todo lo que amaba.

Vi decepción en sus ojos, pero decepción hacia él, pues era el culpable de todo lo que había pasado y de lo que estaba por pasar. Sergio había sido ingenuo, más de lo que un día esperé, siempre creí que él, era más fuerte de lo que demostraba y fue todo lo contrario.



26

Sergio

No podía creer que Lucía estuviese frente a mí, que la hubiera besado y, hasta, deseaba hacerla mía de una vez por todas. Cuando subimos a mi habitación, quería tenerla para mí todo el tiempo como nos fuese posible, pero algo la preocupaba y era el momento de escuchar eso que la dañaba tanto.

Estaba sentada, mirándome con los ojos llenos de lágrimas y odiaba que llorase, que sufriera.

Le pedí que me lo contase todo, que me dijera lo que la llevó a ocultarme lo que yo tanto sospeché. Su hijo, era mío, era mi hijo. Tenía un hijo de la mujer que más amaba en mi vida y no lo sabía ¿y todo por qué? Como siempre, mi hermano estaba metido en todo lo que pasaba a mi alrededor. ¿Por qué siempre tenía que joderme la vida?

—Pensé que me decía la verdad y le conté lo del embarazo —prosiguió

—. Creía que al decirle que iba a tener un sobrino, ablandaría su corazón y lo único que conseguí, fue endurecerlo aún más.

Me acerqué a ella y me arrodillé ante la mujer de mi vida. Necesitaba que viese que todo lo que había pasado no fue su culpa, que yo fui el cabrón que la abandonó y se dejó llevar de la peor persona de este mundo. Puse mis manos en sus mejillas, secando cada lágrima que, por culpa mía, aún derramaba.

—No llores más, por favor.

—Es que no puedo. Han pasado demasiadas cosas y, aunque yo sé que lo que siento por ti es algo que jamás podré olvidar, aún tengo miedo a sufrir... tengo miedo a que te vayas de nuevo, a que me dejes de nuevo. —Sollozó y la besé.

No podía estar sin besar sus labios ni un segundo, era más fuerte que mi voluntad las ganas de adorarla, de besarla hasta el cansancio, hasta desfallecer entre sus brazos. Tiré de ella para hacerla levantar mientras nuestros labios se daba ese calor que emanaban, ese calor que ambos nos provocábamos. Lucía sabía tocar cada fibra de mi piel sin poner sus dedos en ella, con solo un roce de sus labios, con solo un gemido involuntario podía llevarme al más oscuro y apasionado pensamiento.

Lucía se dejó llevar, la levanté y enroscó sus piernas alrededor de mi cintura. Era un sueño tenerla así, entre mis brazos, donde siempre tuvo que haber estado y no en brazos de otro. Solo recordarlo, me enfurecía y mis besos se volvían más rudos, más intensos.

Caminé con ella, sorteando cada obstáculo, así como tenía que haber hecho con mi vida, sortear lo que se me ponía por delante y seguir con la vida que yo amaba, donde solo tenía cabida ella. Llegamos a la habitación y caímos en la cama.

Ambos nos reímos como dos locos enamorados, como estábamos, aunque

nos negábamos a sentirlo.

—Hacía tanto tiempo que no escuchaba tu risa —expresé con un gran nudo en el estómago.

—Ya...

No supo que más decirme y eso me dolió.

—Lucía. —La abracé—. Si me dejas estar a tu lado, me quedaré aquí para siempre, sin mirar atrás, sin pensar en nada más que no sea estar contigo y con... nuestro hijo. —Una lágrima se me escapó al decir esas palabras.

Nuestro hijo... se escuchaba tan perfecto que hasta parecía un sueño.

Ella se emocionó, mostrándome esas lágrimas que tanto odié aquel día que me marché por primera vez. Lucía se levantó, dejándome sentado y se sentó encima de mí a horcajadas, me abrazó fuerte, con amor, con deseo y con la posesión que sentíamos en este momento. Yo era suyo y ella era mía.

—Prométeme que no volverás a irte, que no volverás a dejarme —pidió en un susurro casi audible.

—No dejes que me vaya, Lucía. —Sollocé. Ahora era yo quién no podía parar, esta situación me mataba—. Necesito que confíes en mí, que no te alejes de nuevo de mí, solo así podré cumplir con mi promesa, mi amor.

Me miró, mostrándome el brillo de sus ojos, de los ojos más bonitos que había visto en mi vida. Negó con ímpetu, demostrándome que esta vez sería diferente, que íbamos a luchar para estar juntos, para tener ese futuro que tanto habíamos soñado. La apreté a mi cuerpo y nos besamos de nuevo.

Mi lengua se apoderó de su boca, llenando cada recoveco de la misma, buscando la manera de morir y revivir con este beso. Lucía gimió en mis labios cuando mis manos, comenzaron a entrar por debajo de su blusa, buscando tocar su suave piel, esa que tanto he añorado en estos años. Deseaba tenerla debajo de mí gimiendo, enseñándome lo que yo le hacía sentir con solo unos roces, con solo unos besos.

Con mi ayuda, se despojó de la camisa que llevaba puesta, dejándome ver como su cuerpo había madurado, pues no lo veía desde que ella tenía diecisiete años. Fueron muchos años separados, años en los que todas las noches soñé con este momento.

—Eres preciosa —murmuré rozando con la yema de mis dedos sus brazos, deslizando poco a poco, terminando en una caricia en sus manos.

Suspiró al tiempo que me quitaba yo la camisa. Ahora estábamos los dos desnudos de cintura para arriba y no se me ocurrió otra cosa que abrazarla, ahora sí pude sentirla, sentir la calidez de su cuerpo pegado al mío. Luego, cuando nos separamos, me miró y me regaló la mejor de las sonrisas a la vez que se mordía el labio inferior. Parecía gustarle lo que veía.

—Mmm, creo que puedo acostumbrarme a este nuevo Sergio. —Tocó mi torso.

Y podría jurar, que, con solo el roce de sus dedos, sentí que cada vello de mi cuerpo se erizaba.

—Sigo siendo el mismo, Lucía... el mismo estúpido que se fue hace seis años, el mismo que te ama desde que te vio parada en la puerta de aquel instituto, el mismo que te hizo el amor por primera vez... —Puso un dedo en mis labios.

Luego se acercó y me besó, solo un toque, un pequeño beso, pero yo quería más y ella, ella también. Con un movimiento maestro, conseguí dejarla debajo de mí, y devoré su boca con ansias viva de amarla, de hacerla delirar. Dejé mi brazo derecho debajo del cuello y con el otro, comencé a acariciar su cuello, bajando por sus pechos aún tapados por la fina tela del sujetador de algodón. Sus pezones se pusieron erectos al sentir el roce de mis dedos. Lucía gimió de nuevo, volviéndome loco de ese modo. Abandoné sus labios para besar su cuello y comenzar a descender por él hasta llegar a sus pechos, donde, me volví loco. Lucía suspiró a la vez que me regalaba un sollozo. Bajé

mis manos hasta el botón de sus pantalones y los desabroché al tiempo que volvía a descender por su estómago, llegué a su monte de venus y posé mis labios encima de él, sobre la tela de sus braguitas. Me moría por entrar en ella, por hacerla mía de nuevo, aunque, en realidad, nunca dejó de serlo. Para siempre mía.

—Sergio —susurró—. Hazme tuya... ya —imploró.

No la hice esperar y, tras quitarme mis pantalones, bajo su atenta mirada, le quité a ella su parte de abajo, dejándola al fin desnuda, dispuesta y deseosa de ser amada. Me agaché y fui dejando un reguero de besos por la cara interna de sus muslos, erizándola por completo, arrancándole gritos agónicos, suplicantes. Le di un beso en su sexo y suspiró, pero solo pasé mi lengua una vez, solo una vez y consiguió volverme loco.

—Eres, eres... —No me salían las palabras—. Me muerdo por hacerte mía y no voy a esperar más.

Subí de nuevo y le abrí las piernas entre caricias para luego colocarme en medio de ellas. La miré a los ojos y antes de entrar, de hundirme en ella, le dije.

—Te amo, más de lo que un día pensé.

No la dejé responder y me hundí en su interior, llenándola por completo. Ella gimió al tiempo que un ronco sonido salía desde lo más profundo de mi garganta.

Joder, si esto era el paraíso, prefería estar muerto de una vez. Me moví despacio, con lentitud, con una parsimonia que nos mataba a ambos, pero es que quería disfrutarlo al máximo, este momento era nuestro y de nadie más. Llevaba tanto tiempo soñándolo, que ahora que se me hizo realidad, no podía solo hacerlo sin más... esto era mucho más de lo que un día soñé, era más de lo que yo creía. Hacerle el amor a la mujer que amaba, era más que todos los deseos de este mundo unidos.

—Dime que te quedarás, Sergio... prométeme que estarás conmigo esta vez. —Sollozó—. Joder, dímelo.

—No te lo prometo, te lo juro. Esta vez no me iré y si un día tengo que hacerlo, vendréis conmigo.

Lucía sonrió y la besé. Nuestros besos eran ardientes, apasionados y eso solo consiguió que me volviese loco, mis movimientos se hicieron más intensos y ya no podía dejar de sentir que me moría a cada segundo que ella gemía en mi boca. Sus uñas se clavaron en mi espalda, marcando así mi cuerpo, convirtiéndolo en suyo.

Y así fue como me volví a enamorar de ella, de esa mujer que un día robó mi corazón y ya no me lo devolvió. Nuestro amor era más fuerte de lo que pensábamos, duró vivo todos estos años y ahora, ahora se sentía más poderoso que antes.

La amé por horas, sintiendo que cada embestida era más fuerte que la anterior, que cada beso era más rematadoramente dulce que el anterior. Cada te amo, significaba más que al anterior.

Tras esa noche de pasión, nos quedamos dormidos abrazados el uno al otro y ya no quería despertar, quería quedarme con ella en esa habitación para el resto de nuestra vida, pero sabía que eso era imposible y que la triste realidad nos golpearía con fuerza, demostrándonos que nuestras vidas aún no podían unirse, así como queríamos, como anhelábamos.

El sonido de un móvil nos despertó. Lucía se levantó como un resorte, era el suyo. Lo descolgó al instante, parecía saber quién era. Se puso mi camisa por encima y se la abotonó. Se veía preciosa con ella puesta. Entonces, su rostro palideció y caminó hasta la puerta de la terraza para salir de la habitación. ¿Quién podría ser? No me gustaba nada y tenía miedo que la noche que habíamos pasado se quedara en eso, en pasado y no estaba dispuesto a perderla ahora.

Me levanté y tras ponerme unos pantalones, salí fuera, importándome muy poco que hiciera fresco, me daba igual... solo quería saber que estaba bien y que ya nada nos podía separar.

Al salir, escuché la discusión y solo cuando escuché el nombre de ese hombre, me cabreé. ¿Qué quería? Negué cabreada, porque, aunque ella me amaba a mí y yo a ella, estaba casada y yo... yo, para mi desgracia, también.

—No, Pablo. Escúchame tú —pidió alzando la voz—. ¿Cómo se te ocurre? Sabes que eso no es así. —Silencio.

Me acerqué sigiloso, con la intención de no molestarla. Al menos no se dio cuenta de que estaba tras su espalda.

—Yo también, ya lo sabes, pero las cosas son...

Bufó cabreada, le había colgado ¿Qué habría querido decir con “yo también”? ¿Acaso ella amaba a ese hombre y ahora todo se había complicado? Tendría que esperar a que ella misma me lo dijera.



27

Lucía

La mañana no podía empezar peor. Después de haber pasado la noche más maravillosa de toda mi existencia, tenía que llamarme Pablo enterado de mi paradero. Se suponía que mi madre no debía decirle, pero no, ella se lo dijo.

—Pablo, déjame hablar. —Suspiré.

Tuve que dejar a Sergio con la incógnita, pues no iba a hablar con mi marido delante de él, a saber, lo que me iba a decir.

—*Lucía, siempre he sabido que esta relación tenía fecha de caducidad.*

—Yo también, ya lo sabes, pero las cosas son...

—*No estás hablando en serio. Escúchame, Lucía ¿Crees que es bonito llegar a mi casa y encontrarme con que mi hijo está con su abuela porque mi mujer está en un hotel follando con su antiguo amor? No sé a qué cojones*

estás jugando, pero tiene que acabar.

—No, Pablo. Escúchame tú —pidió alzando la voz—. ¿Cómo se te ocurre? Sabes que eso no es así. —Silencio.

—Tú verás lo que haces, pero mi hijo no verá a ese hombre como su padre, porque soy yo.

Y tras decirme eso colgó, dejándome completamente hundida. Nunca llegué a amarle, pero sí le tenía un inmenso cariño y no se merecía lo que acababa de hacerle. Engañarle con el hombre que siempre había amado había sido un juego sucio. Me di la vuelta y me encontré con Sergio. Sus ojos se clavaron en mi alma y su ceño fruncido solo podía decirme que había escuchado mis palabras.

—Sergio —murmuré.

Caminó hasta la barandilla de la terraza y echó su cuerpo ahí. No quería mirarme después de lo que había pasado entre nosotros y eso me dolía y mostraba lo que él quería en realidad y cuando lo consiguió, me evitó.

Me acerqué a él y pasé mis brazos por su cintura para abrazarlo por detrás. Se tensó y apartó mis manos para después darse la vuelta. Sus ojos estaban brillosos y pensé que iba a llorar o eso pretendía, aunque la fuerza y el cabreo que en ese momento me estaba mostrando, no le dejaba hacerlo.

—¿Le quieres? —Preguntó en un hilo de voz.

—Yo...

Me quedé bloqueada, no sabía que responder.

—Déjalo, ya me has respondido. Será mejor que cojas tus cosas y te vayas, Lucía.

¿Me estaba echando? No podía creerlo. Mis ojos se inundaron en cuestión de segundos y me dolía el alma, demasiado dolor para soportarlo en este momento. Mi corazón latió desbocado y solo quería decirle que estaba equivocado, que él me amaba más de lo que yo supe demostrarle alguna vez.

Una brisa provocó que sintiera frío, aunque no sabía si realmente era por eso o porque me había muerto. Se percató y pasó su brazo izquierdo por encima de mi hombro, dándome calor. Y lo que no sabía, era que, con solo tenerle cerca, me ardía hasta el alma.

—No soporto verte llorar —murmuró.

—Y yo no soporto que dudes de mis sentimientos —respondí acongojada.

Cuando pensé que me apartaría de él, que me echaría de su lado, aferró mi cuerpo al suyo en un intento desesperado de unirnos en un solo cuerpo. Pero ya era tarde, como siempre, para nosotros era tarde y ya nada iba a poder arreglar lo que se había roto. Siempre mi corazón se rompía en pedacitos minúsculos imposibles de recomponer y esta vez no iba a ser menos, iba a ser peor. Me alejé de su cuerpo y entré en el interior para comenzar a vestirme y salir corriendo de aquí, ya no había marcha atrás.

Sergio vino tras de mí y solo me miraba, veía como me estaba vistiendo, como tenía la intención de irme y solo cuando me acerqué a la puerta, cogió mi brazo. Me di la vuelta y lo miré.

—Si alguna vez me quisiste, déjame ir.

—Ya no me queda nada. ¿Qué quieres de mí? ¿Qué te da el derecho de hacerme sufrir? —Preguntó con la voz cargada de agonía.

Este sí era nuestro fin, el fin de un sueño que pensé que se había hecho realidad, pero no, otra vez me equivocaba.

—Será mejor que guardes tus palabras y déjame ir —sentencié con seriedad, mirándolo con una frialdad que no sabía que tenía.

Sergio me soltó y tras una triste mirada y un suspiro desgarrador, salí de esa habitación que tanto amor me dio, dejando al hombre que una vez pensé que me amaría por siempre. Pero hasta el amor más puro tenía final y el nuestro, había llegado al suyo.

Cuando salí del hotel, busqué un taxi que me llevase a mi casa, tenía que

hablar con Pablo y hacerle ver que lo que él me decía, no era lo que debía hacer. Él le dio el amor que un padre tenía que darle a su hijo, pero desgraciadamente para Pablo, mi hijo no era suyo y eso siempre lo había sabido. ¿Cómo podía decir eso ahora? Sergio tenía derechos y nunca supo que era padre, no podíamos culparle también de eso.

Media horas después, estaba tocando el timbre, pues no encontraba la llave de mi propia casa. Dios, era un desastre. Pablo me abrió la puerta y al verme, su rostro palideció, no esperaba que volviese tan pronto. Entré sin decirle nada, sin preguntarle nada. ¿Para qué? Caminé decidida a meterme en mi habitación y desnudarme para darme una ducha, estaba agotada, pero cuando entré, mis ojos se clavaron en nuestra cama.

No podía creerlo, me agaché cuando vi una lencería negra en el suelo. No era mía, claro. ¿Cómo iba a serlo si yo no había estado aquí desde hacía dos días? Me di la vuelta y la mirada de Pablo me hizo entender.

—¿Dónde está? —Pregunté.

—No sé a quién te refieres —titubeó nervioso.

—No me quieras ver la cara de gilipollas, Pablo. ¿Con quién te has acostado en nuestra cama?

La puerta del baño se abrió y dejó ver a una mujer más o menos de mi edad. Las sábanas, mis sábanas rodeaban su cuerpo y sentí náuseas y asco. No era porque me doliese, era por verlo con mis propios ojos. No era porque yo amase a Pablo, pero podría haberlo hecho en un hotel como yo. Esto era surrealista, nos habíamos engañado mutuamente.

—Lo siento, Lucía —se disculpó.

—Nos ha jodido que lo sientes.

Salí de mi habitación y me senté en el sofá, mis ojos se clavaron en una foto que teníamos en un retrato sobre el mueble de la tele; salíamos los tres y en ese momento, aunque pareciera mentira, éramos felices, el poco tiempo que

consiguió que me sintiera feliz con él. El poco tiempo que consiguió que no quisiera buscar a Sergio e irme con él, cosa de la que me arrepentía en este momento, las cosas hubiesen sido diferentes.

Pablo se sentó a mi lado y cogió mi mano. No me aparté. ¿Para qué? Ya no me quedaban fuerzas para seguir luchando. Hacía unas horas pensaba que tenía la felicidad cerca, tan cerca que la tocaba con la punta de los dedos y ahora ¿qué hacía ahora? Había perdido a Sergio y esta vez estaba segura que era para siempre y como siempre, por mi maldita culpa, por ser tan testaruda.

—No quería que te enteraras así —expresó.

—Ni yo que me juzgases cuando estabas haciendo lo mismo. No somos tan diferentes como creías, Pablo.

Suspiró asintiendo y apretó mi mano. Yo no podía seguir en esta casa, debía largarme de una vez y comenzar a tener mi propia vida, una vida en la que Pablo no tenía cabida. Me levanté con la intención de irme y él me cogió del brazo para que aún no lo hiciera.

—Perdóname, Lucía. He sido un capullo contigo y sé que no es justo todo lo que te dije por teléfono. —Bufó—. Sergio tiene derecho de conocer a su hijo y yo no le voy a quitar ese derecho ¿vale?

—No iba a dejar que lo hicieras, Pablo —aseguré con seriedad.

—Lo sé, por eso me enamoré de ti. —Rodé los ojos—. Sé que ahora no crees en nada de lo que te digo y lo entiendo, pero me enamoré de ti, aunque no lo creas... has sido la persona más importante de mi vida y siempre tendrás un hueco en mi corazón. Ahora, me volví a enamorar y...

—No tienes que darme explicaciones. Entiendo que te hayas enamorado de otra persona y lo acepto, yo fui quién te eché a los brazos de otra, pero no tolero que lo hayas hecho en nuestra casa y mucho menos en la cama que compartimos desde hace tantos años... Lo siento, pero esto es absurdo y me largo de aquí.

Me di la vuelta de nuevo, soltándome de su agarre y salí de mi hogar, ese que estaba mancillado, que estaba completamente destruido como si un huracán hubiese entrado por la ventana para revolverlo todo, así como estaba mi interior, mi corazón.

Los recuerdos de la noche anterior en la que Sergio me susurraba al oído lo mucho que me amaba mientras me hacía el amor, mientras me hacía suya, se clavaron en mi mente y no hubo manera de sacarlo de ahí. Mi corazón comenzó a latir, con tanta fuerza que se me saldría por la boca en cualquier momento. Ahora lo único que necesitaba era ir a ver a mi hijo y aferrarme a él, pues era el único que decía la verdad, que me amaba con toda su alma... yo era su mamá.

Cuando me disponía a subirme a un taxi, una llamada de mi madre me sacó de mi trance, de ese que me había bloqueado desde que salí del hotel. Lo descolgué y dejé que hablase.

—*Lucía. ¿Dónde estás?*

Su voz sonó nerviosa, aterrada más bien y puso mis sentidos en alerta en cuestión de segundos.

—Voy de camino a tu casa. ¿Qué pasa, estás bien... Edu lo está?

—*Por eso te llamaba, hija... No sé cómo decirte esto.*

—Decirme ¿qué? Mamá, habla de una vez, por favor.

—*Esta mañana después de desayunar me llevé a Edu al parque y se fue al tobogán. Estuve un rato mirando a que saliese de ahí, pero no lo hacía...*

—Mamá ¿dónde está mi hijo?

Sentía que me temblaba todo el cuerpo, la voz. Mi corazón se aceleró y hasta me dolía el estómago. Ahora era yo la que estaba aterrada y no sabía exactamente por qué. El taxista paró en un semáforo y aproveché para pagarle y salir del vehículo para seguir caminando, ya no estaba tan lejos.

—*Se lo han llevado, Lucía. —Sollozó—. Cuando fui a buscarlo no*

estaba y comencé a mirar por todas partes y no sé... por favor, hija. Perdóname.

—Tranquila mamá, ya estoy llegando.

Le colgué y lo primero que hice fue pensar en Sergio, le necesitaba en este momento, aunque hubiéramos acabado mal, él tenía que saber que su hijo había desaparecido. No, esto no podía estar pasando, mi hijo tenía que aparecer o yo me moriría.

Marqué su número con manos temblorosas y los ojos llenos de lágrimas. Paré al lado de un banco y me senté, me estaba mareando. Sergio me cogió el teléfono al primer tono y lo agradecí, pues no hubiese podido esperar más tiempo sin escuchar su voz.

—*Lucía ¿qué pasa?*

—Sergio, por favor. Te necesito... necesito que vengas, Edu, nuestro hijo ha desaparecido.

—*¿Cómo? Ahora mismo voy a donde estés. Mándame la ubicación por mensaje y no te muevas de ahí, llegaré en unos minutos, cielo. Tranquila, encontraré a nuestro hijo.*

Colgué y le mandé la ubicación del lugar donde estaba sentada. Reposé la cabeza en el respaldo del banco y respiré hondo. Esto no podía estar pasando, mi hijo no estaba desaparecido. Quería creer en la palabra de Sergio, me dijo que lo iba a encontrar y pondría toda mi confianza en esas palabras. Él no me iba a defraudar, no con esto.



28

Sergio

Pensé que cuando se fuera, que cuando la viera irse sería capaz de ir a buscarla, de tener lo suficientes cojones para luchar por ella esta vez. Y no, no lo hice, volví a ser el hijo de puta que la dejaba marchar, que perdía el amor por un estúpido orgullo que no pensaba que aún existía en mi mente. ¿Se podía ser más gilipollas que yo? No, no lo creía, no había ningún estúpido que perdiera a la mujer que más amaba de dos veces. Entonces, cuando creí que era el final, la llamada de ella me enloqueció, pero no podía imaginar para qué era.

Ahora me encontraba de camino en su busca. Nuestro hijo había desaparecido y, aunque me hacía la ligera idea de quién podría estar implicado, no podía acusarle sin pruebas.

Iba saliendo del hotel cuando me llegó su mensaje con la ubicación de

donde se encontraba. No estaba muy lejos de aquí, así que cogí el coche que alquilé para mi estancia en Madrid y puse camino.

No podía creer que esto estuviese pasando, que hubieran secuestrado a mi hijo. Aun no lo conocía, no lo había criado, pero el mero hecho de saber que era mío, que nació gracias al amor que Lucía y yo nos teníamos, hacía que lo amara con toda mi alma y me odiara a su vez por no haber estado cuando más me necesitó. Fui un cabrón y me merecía todo lo que ella me había dicho. No podía pensar y mucho menos imaginar lo que ella ha pasado, lo que pasó cuando se enteró del embarazo y odiaba a mi hermano con todas mis fuerzas por haber sido el causante de todo.

Veinte minutos después, llegué a donde ella me dijo y no la veía. Miré al frente, al lado y al otro lado y nada. ¿Será que se fue cansada de esperarme de nuevo? No, claro que no. Al menos, eso creía.

Dejé el coche aparcado en doble fila y me bajé para buscarla mejor. Caminé sorteando a todas las personas que a esta hora pasaban por esta calle y, al fondo, en un banco apartado, estaba sentada. La observé por unos segundos y pude fijarme en su semblante, en su decaimiento y solo con eso pude darme cuenta de lo que estaba sufriendo y de lo que sería capaz de hacer por ella. No iba a descansar hasta encontrar a nuestro hijo, aunque tuviera que mover cielo y tierra para ello.

Me acerqué y toqué su hombro para que supiera que ya había llegado, que estaba con ella. Alzó la cabeza y en cuanto sus ojos me vislumbraron, se levantó como un resorte y me abrazó llorando. La cobijé entre mis brazos. ¿Qué otra cosa podría hacer? Ella me necesitaba, me necesitó y ahora no la iba a dejar sola en esto... nunca más la dejaría sola.

—Estás aquí, pensé que no vendrías —murmuró entre sollozos.

—¿Cómo no iba a venir, Lucía? Es mi hijo y lo que os pase a vosotros, me mata a mí —declaré separándome de ella unos milímetros.

La miré a los ojos y sequé sus lágrimas con toda la delicadeza del mundo, con todo el amor que sentía por ella.

—Nunca más pienses que no vendré, que te dejaré sola... eso no pasará más —aseguré seriamente.

—Está bien, lo siento —respondió avergonzada.

Sabía que no era ella quién me lo decía, sino la amargura de lo que estaba pasando, el dolor de saber que podía perder a su hijo, a nuestro hijo y ahora que estaba con ella, no sabía que en realidad nunca más estaría sola. No volvería a Alemania, no volvería a abandonarla y lucharía lo que hiciera falta para que estuviera a mi lado, para que volviera a confiar en mí.

—¿Tienes una ligera idea de quién se lo ha podido llevar? —Pregunté algo preocupado.

Yo ni siquiera podía saber con quién se juntaba mi hijo, no sabía ni qué color de ojos tenía. ¿Cómo iba a poder ayudarlo en esto? Primero tendría que decirme quienes eran sus amistades, las personas que lo frecuentaban, todo lo que fuera necesario.

—No puedo decir con exactitud nada, pero sí pienso en tu hermano, Sergio y siento mucho decírtelo así.

—No, no tienes por qué disculparte. Yo también pensé en él, pero no podemos ir a decirle esto sin tener al menos una prueba. Lo primero que debemos hacer es ir a denunciar la desaparición. —Afirmó y volvió a aferrarse a mi cuerpo.

Temblaba como una hoja a punto de caer, asustada por no saber dónde acabaría su cuerpo. La apreté, la abracé con todas las fuerzas que me quedaban, con esas fuerzas que debía ahora tener para poder buscar a mi hijo.

Cogí su mano y caminamos hasta el coche para ir a la comisaría. Íbamos a poner la denuncia, algo que no nos gustaba, pero que era crucial para buscarle. Ambos estábamos preocupados, asustados, aterrados y no era para

menos. ¿Cómo actuar en algo así? ¿Cómo vivir, respirar sabiendo que tu hijo no estaba a salvo? Yo no podía y ella, ella menos.

El camino fue en completo silencio y, aunque me moría de ganas por preguntarle mil cosas, no me atrevía. Cogí su mano que reposaba en su pierna izquierda y me la llevé a los labios para besarla con dulzura. Ella me miró y una lágrima cayó por su mejilla, llegando a sus labios, esos que me moría por besar, pero que ahora no haría por miedo al rechazo. En este momento era cuando teníamos que estar más unidos, aunque después ella volviese a pedirme que la dejara, que me marchara.

—Tranquila, lo encontraremos —afirmé convencido.

—¿Cómo estás tan seguro? ¿Cómo puedes pensarlo si quiera? Yo no soy capaz de tener esperanza, no puedo.

—Debes tener esperanza, cielo. Solo así tendrás las fuerzas suficientes para buscarle. Yo tampoco sé cómo, pero creo que entre los dos podremos ¿no? —Se encogió de hombros—. Lucía. —Suspiré—. Yo quiero pedirte perdón, aunque no sea el momento. Sé que he sido injusto contigo y que no debería de haberte dicho lo que te dije. —Miré al frente, clavando mis ojos en la carretera.

Entonces, cuando ella me iba a responder, mi móvil sonó e importándome muy poco estar acompañado, pues para ella no tenía secretos, puse el altavoz para escuchar a la persona que estaba al otro lado. Que, por otro lado, ni siquiera sabía quién era.

—¿Quién es? —Pregunté de mala manera.

—*Vaya, hermanito ¿estás de mal humor?*

—¿Nick? ¿Qué quieres?

Lucía me miró con el ceño fruncido y yo me encogí de hombros. Realmente no sabía para qué me llamaba, nunca lo hacía y menos después de la amenaza.

—*Primero que nada, que seas un poco más amable con tu hermano mayor ¿no te parece?*

—Al grano, Nick. No tengo tiempo para tus gilipolleces.

—*Ni para saber de tu hijo.*

Ambos abrimos los ojos y unos segundos después, Lucía comenzó a llorar, hecho que escuchó mi hermano y que provocó una carcajada por su parte. En cambio, yo, pensaba en las miles de formas en las que acabar con su vida por hijo de puta.

—¿Qué quieres decir con eso?

—*Sois muy estúpidos, hermanito. Mi sobrino...*

—¡Mi hijo no es nada tuyo! Y tú eres un hijo de puta —gritó Lucía fuera de sí.

Yo aparqué el coche en doble fila de nuevo, pues estaba muy alterada y debía hacerle ver que así no íbamos a conseguir nada. Yo conocía a mi hermano mejor que nadie y esta no era la manera. Cogí sus mejillas y la hice mirarme. Murmuré lo mucho que la amaba, lo mucho que iba a luchar por nuestro hijo y poco a poco, conseguí que se calmase.

—*Controla a tu mujercita si no quieres que le pase algo al niño —amenazó tranquilamente.*

A veces me costaba entender cómo es que éramos hermanos, como era posible que fuese capaz de hacerle daño a un niño inocente, a alguien que ni siquiera sabía que ese hombre que lo retenía era su tío, sangre de su sangre. A mí podía hacerme lo que quisiera, pero a mi hijo no y mi hermano iba a apagar por todo lo que había hecho y por todo lo que aún seguía haciendo. Era un delincuente, un cabrón sin corazón que solo quería dinero, pero estaba seguro de que ese era su cometido, conseguir dinero y era lo que le iba a ofrecer, aunque me quedara sin nada.

—¡Ni se te ocurra tocar a mi hijo o sabrás quién soy, Nick! —Escupí

apretando el volante con todas mis fuerzas, pensando en la posibilidad de apretar el cuello de mi hermano y ahogarlo hasta acabar con él.

—*Ni siquiera lo conoces y ya lo defiendes como si fuera tu hijo de verdad ¿en qué momento mi hermano se ha vuelto un gilipollas? Esa mujer te ha obnubilado, te ocultó que tenías un hijo y ahora te quieres hacer el padre del año.*

—Nick ¿dónde estáis? Por favor, dímelo antes de que todo se complique.

Intenté parecer sereno, calmarme. Por mí, por ella que me miraba suplicante cuando sus ojos se posaban en mí y con odio cuando miraba el móvil. Estaba seguro de que, si en este momentouviésemos a mi hermano en frente, Lucía le arrancaría los ojos y no era para menos. Tras quince suspiros que no tenía idea si en realidad los conté o no, mi hermano volvió a hablar y esta vez, diciendo lo que quería.

—*No estás en posición de pedirme nada, hermano. Quiero quinientos mil euros en veinticuatro horas o no volverás a ver a tu hijo.*

Tenía claro desde un principio que me pediría dinero, pero estaba loco al saber la cantidad. No tenía, no podía darle eso, no cuando había acabado con todo el patrimonio de nuestra familia, de mis hijos, de todos. Mi hermano había perdido la cabeza y no se daba cuenta del daño que estaba haciendo con ello.

Sin poder responderle, arranqué de nuevo, aunque aún no le había colgado. Solo estaba pensando en qué podía responderle. Lucía no paraba de llorar, le daba miedo pensar en la posibilidad que algo le pasara a nuestro hijo, de que Nick tuviera el coraje de ponerle una mano encima a un niño de seis años. Y, aunque me hubiera pedido dinero, iríamos a la comisaría a denunciarle, ellos debían ayudarnos con esto.

—*¿Sigues ahí? Bueno, me importa una mierda... quiero ese dinero y sé que puedes conseguirlo, allá tú como lo hagas. Tendrás noticias pronto,*

hermano.

Y sin dejarme responder, cortó la llamada, dejándome prácticamente con la palabra en la boca y con una sensación de asesino en serie que jamás había tenido. Lo iba a matar con mis propias manos, mi hermano no iba a tener un bonito final en su vida, no como se pusiera frente a mí.

—No puedo creer que esto esté pasando. Mi hijo está en manos de un desalmado que solo quiere dinero —murmuraba Lucía llena de lágrimas.

El agobio que sentía era de tal magnitud que apenas podía respirar y ya me estaba preocupando.

—Tranquila, haré todo lo que pueda y más para encontrarlo. —Ella asintió.

Llegamos a la comisaria y antes de bajarnos del coche, me acerqué a ella y cogiendo sus mejillas con ambas manos, acerqué mis labios a los suyos y la besé con dulzura. Sabía que no era el momento, pero era mi manera de hacerle ver que estaba con ella de nuevo y que, esta vez, sí era para siempre.



29

Sergio

En la comisaria no nos dieron demasiadas esperanzas de encontrar a nuestro hijo y la verdad, no me gustó la manera en la que el policía nos trató. Joder, era un niño el que había sido secuestrado y por su tío. Pero claro, el simple hecho de decirle que era mi hermano, que ese hijo de puta tenía mi sangre, algo que me asqueaba sobremanera, eso hizo pensar al estúpido que nos estaba tomando declaración y empezara a hacerme preguntas estúpidas.

Lucía estaba desolada, apartada en una esquina de esta estúpida comisaría mientras miraba al móvil mil veces esperando alguna noticia que yo sabía que no llegaría. Me acerqué a ella y me senté a su lado. Estaba tan ensimismada en lo que fuera que estuviese pensando que ni siquiera se percató de mi presencia. Entonces, cuando me disponía a abrazarla, a hacerle ver que todo se arreglaría, se levantó corriendo en cuanto vio entrar a... Pablo. ¿Quién

lo avisó? Mi mente comenzó a divagar, a pensar estupideces como si fuese un crío de diez años. Tenía que ser más confiado y no pensar en que ella, ahora que había estado conmigo, me iba a dejar, se iría con este hombre que la cuidó durante todo el tiempo que yo no estuve para ella. Solo de pensarlo me entraban ganas de golpearme a mí mismo por gilipollas.

—No puedo creer que esto esté pasando, Pablo —decía ella sin poder parar de llorar.

Caminé hasta ellos para hacerme ver, para no sentirme la tercera mierda en discordia. Yo también estaba sufriendo, aunque no conociese a mi hijo, cosa que no era mi culpa, todo había que decirlo, era mío y eso nada ni nadie lo iba a cambiar.

—Tranquila, ya estoy contigo —le dijo él.

Me quedé anclado al suelo cuando le oí decir eso. ¿Acaso yo estaba aquí pintado? Era acojonante.

Carraspeé para poder acercarme a mi mujer, porque era mi mujer, y se diese cuenta de que yo aún seguía aquí, con ella. Se separaron de golpe y ella me miró. Me di cuenta de que no le gustó sentirse observada, que yo la hubiese visto con ese hombre que aún era su marido.

—Lo siento —se disculpó mirando al suelo.

—Tranquila, no pasa nada —dije acercándome a ella.

Cogí su barbilla con suavidad para obligarle a mirarme. Sus ojos hinchados de tanto llorar me miraron y yo, importándome una mierda lo que el hombre que nos miraba fijamente dijese, besé sus labios con dulzura. Creí que se apartaría, que no me dejaría besarla delante de él, pero no lo hizo, se dejó besar. Al separarnos, miró a Pablo y él se encogió de hombros.

—Sergio ¿recuerdas a Pablo? —Preguntó ella. Yo asentí extendiéndole la mano para que la estrechase, pero no lo hizo y no me sorprendí—. Pablo, por favor.

—Da igual, Lucía. No tiene por qué ser amable conmigo solo porque tú estés delante. Está claro que él y yo no nos llevaremos bien —expresé mirándola ahora a ella.

—No es eso, Sergio. Pero tienes que entender que esto para mí es incómodo —intervino Pablo.

Volví a mirarle y esta vez con una ceja alzada. Me estaba tocando los huevos su manera de hablar, de mirar a mi mujer. Era absurdo que dijese eso cuando en realidad era la mujer de él.

—Mira Pablo, te voy a ser totalmente sincero si me lo permites. —Asintió—. Yo amo a Lucía, creo que eso ya lo sabes y sé que sigue siendo tu mujer, pero no por eso me voy a alejar de ella...

—¿Desde cuándo sabes que la amas? Porque que yo recuerde, la dejaste tirada —escupió haciéndome cabrear.

—Yo no la dejé tirada, las cosas no pasaron así —respondí intentando tranquilizarme—. Además, realmente me importa una mierda lo que pienses ¿de acuerdo? Yo estoy con ella, estamos buscando a nuestro hijo y ni tú ni nadie, hará que me vaya de su lado —sentencié, pero él tenía ganas de responderme y así lo hizo.

—Edu también es mi hijo, no lo olvides.

—Sí y te agradezco enormemente que no lo hayas abandonado y que le hayas dado el calor de un padre, pero su padre, ya está aquí. —Suspiré exasperado—. Pablo, no te voy a separar de él, eso quiero que lo tengas claro... pero yo tampoco me iré, nunca más.

Me di la vuelta para no darle la oportunidad a una respuesta y me senté en el mismo lugar que cuando él llegó. Lucía se había quedado perpleja ante la discusión y cuando pensé que se quedaría con él, caminó hasta mí y sentándose en mis piernas, me abrazó con tanta fuerza que pensé que me rompería en dos. La había recuperado, recuperaré a mi chica, a la mujer que había amado y

amaría el resto de mi vida.

—Te amo —susurró en mi oído—. Si no vuelves a marcharte, no volverás a perderme. Quiero estar contigo, ya no voy a luchar más en contra de este amor que cada vez es más fuerte.

La estreché entre mis brazos a la vez que olía el aroma que desprendía su piel; era una mezcla entre vainilla y canela. Siempre me gustó su olor, el estar así con ella, abrazando su delgado cuerpo.

—Nunca más me iré, lo juro. —Sonrió, aunque era una sonrisa apagada.

Las horas comenzaron a pasar y tuvimos que irnos de la comisaría, pues allí no hacíamos nada. La policía nos dijo que hasta que no pasaran cuarenta y ocho horas no se podía hacer nada. Algo estúpido que me cabreaba, pues mi hijo estaba con un energúmeno que ya no conocía. Mi hermano podría ser capaz de hacerle daño con tal de hacérmelo a mí.

Nos fuimos a casa de Lucía. Íbamos los tres y en el portal, nos esperaba una mujer que, en cuanto nos vio aparecer, se acercó a Pablo y le dio un beso en la mejilla.

Me fije en la mirada que Lucía le había echado y eso solo me demostraba que esa mujer no le caía demasiado bien y que, por estúpido que pareciera, era por algo relacionado al hombre que estaba casado con ella y al que no amaba.

Lucía cogió mi mano y tiró de mí para entrar en el portal y sin esperarles, subimos en el ascensor hasta su casa. Nunca había estado en este lugar, ni siquiera sabía dónde vivía.

Cuando entramos en su casa, ella caminó directa al balcón, la seguí y salí con ella. Estaba mirando a la nada, con los brazos reposados en la baranda y suspirando cada segundo que pasaba. Me puse a su lado y pasé mi brazo por su cintura para pegarla a mi cuerpo; hacía fresco y no estaba tan abrigada.

—¿Estás bien? Parece que no te ha gustado la visita de esa mujer. ¿Quién

es ella? —Pregunté curioso.

—Es la amante de Pablo. —Abrí los ojos sorprendido—. Me los encontré cuando volví a casa después de salir del hotel.

Lo decía como si le doliese, como si una parte de ella se sintiera engañada, como si le importase lo que ese hombre hiciera con su vida y me molestó, me jodió que sintiera eso.

—Parece que te molesta que esté con otra —referí provocando un bufido por su parte.

—No entiendes nada, Sergio. —Me miró—. No me molesta porque yo ame a Pablo, eso es algo que nunca he llegado a sentir. Lo que me jode es que él se cabreó cuando supo que estaba contigo y en ese mismo momento estaba con... esa. Además, en mi casa. ¡Joder! Eso sí que me ha jodido. —Levantó las manos a modo de rendición.

Ahora la entendía. Tenía que ser complicado ver algo así cuando él le había reprochado que estuviese conmigo. ¿Cómo podía ser tan cínico? Si una vez pensé que podríamos llegar a ser amigos, con esto, se fue todo a la mierda. No creía que pudiera dar mi amistad a una persona tan estúpida como él.

Escuchamos la puerta y ambos entraron en la casa. Lucía al verlos, bufó cabreada. No la culpaba, al contrario, entendía que se pusiera así... supe que a mí me pasaría lo mismo si estuviese en esta situación.

—Lucía. ¿Podemos hablar? —La voz de Pablo nos sacó de nuestros pensamientos.

—¿Qué quieres? Ahora no estoy de humor para tonterías, Pablo —respondió ella secamente.

—Por favor. Solo quiero que tengamos una buena relación. ¿No puedes intentarlo al menos?

—No me jodas, Pablo. ¿Crees que podemos tener de eso? Míranos. —Nos señaló—. Estamos en el mismo apartamento con nuestros amantes... no

podemos tener una relación buena y mucho menos normal. No hay normalidad en esto.

—Es cierto, esto es una puta locura, pero se supone que esta locura es la que nos hará felices de una jodida vez ¿no? —Expresó nervioso—. Te entiendo, de verdad, pero ¿no crees que saldrá algo bueno de esto?

—En este momento no pienso en nada bueno. Y no, no creo que sea el momento de pensar en una felicidad cuando mi hijo está desaparecido, pero si tú estás feliz, me alegro por ti. Ahora, si me disculpas ¡déjame en paz!

Fruncí el ceño, no entendía muy bien el por qué se ponía así, pues en la comisaria parecía estar bien con él. Aunque claro, todo había cambiado cuando vimos a esa mujer en la puerta esperando a Pablo. Tendría que hablar con ella, pero algo me decía que todo esto no iba bien, que algo escondía y tenía miedo de enterarme, pues podría ser que saberlo, me hundiese más de lo que un día creí.

Lucía entró en la casa y por consiguiente se metió por un pasillo. Supuse que se metió en el baño o en su habitación.

Me dispuse a seguirla para estar con ella y sentí la mano de Pablo agarrar fuertemente mi brazo. Miré su mano y luego a su rostro y me solté con la misma fuerza con la que él me agarraba.

—Si conoces a Lucía, es mejor que ahora la dejes sola. No creo que quiera hablar con nadie, así se pone a veces —mencionó haciendo que soltara una risa irónica.

—Perdona, pero nadie la conoce mejor que yo.

—Dirás, la conocías. Lucía no es la misma, créeme.

—Estás equivocado, ella sigue siendo la misma Lucía que dejé hace seis años. Sigue siendo esa mujer fuerte que es capaz de hundirte con solo una mirada —expresé acongojado—. Eres tú el que no la conoces de nada.

Sin más, entré en la casa y la seguí para saber cómo estaba. Abrí una

puerta y era el baño, ahí no estaba. Entonces, abrí la siguiente y la encontré; era la habitación de nuestro hijo, Lucía estaba sentada en un rincón de este pequeño dormitorio con un peluche entre sus brazos... sus lágrimas cada vez eran más fuertes, más dañinas y me sentía angustiado, no podía verla así.

Caminé hasta ella y me senté a su lado, pasé mi brazo sobre su hombro y la atraje hasta mi cuerpo para esconderla de todos esos demonios que ahora le hacían daño. Me sentía culpable de esas lágrimas, de ese dolor y no sabía cómo haría para que cesara, para no sufriera más. ¿Cómo hacerlo si yo mismo estaba mal? ¿Cómo ayudarla en esto que nos dolía a ambos?

—No llores más, cariño. Te prometí que haré lo que sea para que nuestro hijo vuelva con nosotros. Confía en mí, por favor —supliqué hundiéndome en mis propios pensamientos.

Sinceramente yo mismo me estaba jodiendo, le estaba prometiendo algo que, sin duda, intentaría... pero ¿lo conseguiría? Conocía a mi hermano y no daría su brazo a torcer a no ser que le diese la cantidad de dinero que me pedía. Y no tenía, no había dinero, no esa cantidad al menos. Entonces ¿cómo cojones recuperaríamos a nuestro hijo?

Lucía no me respondió, las lágrimas no la dejaban articular palabra y en este momento, era cuando más odiaba la sangre que corría por mis venas, pues era la misma que el hijo de puta que nos quería joder la vida.



30

Lucía

Ver cada rincón de la habitación de mi hijo y comprobar que no estaba, que sus risas no me provocaban las mías, que sus sollozos no se escuchaban provocándome un desasosiego que estaba acabando conmigo lenta y dolorosamente.

¿Qué podía hacer para no sentir este vacío que mi pecho tenía? ¿Cómo hacer para que este dolor no fuese tan devastador? Aunque estuviera Sergio a mi lado, aunque supiera que lucharía por nosotros... ¿qué ganaba con eso ahora? En este momento, sin mi hijo, nada me interesaba. Lo amaba, amaba a Sergio con todas mis fuerzas, pero sin Eduardo a nuestro lado, creía que nunca más volvería a sonreír.

Y ahora, en este momento, estaba arropada por sus brazos y, aun así, no me sentía lo suficientemente cobijada.

—No llores más, cariño —susurró en mi oído.

No, no quería llorar, pero las lágrimas parecían ser sus propias dueñas, pues salían solas, sin permiso alguno y con el afán de destrozarme el alma.

—Lo intento, de veras que lo intento... y, es que...

No pude decir nada más, no me salían las palabras. Un sollozo ahogado se me escapó de entre los labios y Sergio se preocupó en secar mis lágrimas, en besar mis ojos y mis mejillas, tratando de sanar esas heridas que no eran visibles, que estaban escondidas y que me dañaban poco a poco.

Las horas pasaban lentamente y la primera noche sin mi hijo fue la peor de toda mi vida. Sergio se quedó conmigo y Pablo se fue con su novia, porque ya era su novia. Ambos teníamos que zanjar esta relación para poder rehacer nuestra vida.



Me desperté con el corazón encogido, miré la hora en el móvil que reposaba sobre la mesilla de noche; marcaba las cinco de la mañana. Miré a mi lado, Sergio dormía, aunque nos costó coger el sueño, ahora descansaba. Me levanté y salí de la habitación y me dirigí a la terraza. Hacía frío, pero no me importaba, nada importaba ya.

Mientras miraba al cielo, pensaba en la manera de conseguir que mi hijo volviera con nosotros, de tenerlo de nuevo entre mis brazos. Pensaba en lo mal

que lo debía estar pasando, nunca se había separado de mí a no ser que fuera para estar con su abuela, pero no con un desconocido que decía ser su tío. Unas malditas lágrimas hicieron de las suyas de nuevo y cayeron por mis mejillas, arrastrando todo a su paso.

—¿Qué haces aquí? —Escuché su voz en mi espalda—. Ven, hace frío.

Cogió mi cintura y me dio la vuelta para poder quedar frente a mí. Sus ojos me miraban con ese brillo tan especial, con esa manera tan particular que me hacía derretirme en tan solo unos segundos.

—No podía dormir —murmuré nerviosa.

Era tan extraño estar entre sus brazos sin temer que pudieran vernos. Después de todos estos años sin estar juntos, después de que cada uno hizo su vida con otra persona y aquí seguíamos, mirándonos como cuando estábamos juntos, con la misma dulzura... con el mismo amor. Aunque a veces pensaba que el amor que sentíamos, se había ido fortaleciendo de tal manera, que nada ni nadie lo rompería.

—Yo desde que no he notado tu cuerpo, tampoco —declaró enarcando una ceja.

Eran tan guapo, tan sumamente atractivo. Siempre lo fue, pero con los años y la madurez, estaba mucho más que antes.

—¿Qué me miras tanto? —Se interesó divertido. Me encogí de hombros—. Oh, no. Ahora dímelo.

—Solo te miraba y recordaba... solo eso.

—¿Solo eso? —Asentí.

—Es que has cambiado, has madurado.

Sus ojos se achicaron en cuanto sus labios se curvaron en una preciosa sonrisa.

—Ambos hemos madurado, Lucía. Tú estás hermosa... demasiado hermosa. —Acercó su rostro al mío y rozó nuestros labios en un intento de

besarlos, pero sin llegar a hacerlo.

Una brisa helada me hizo estremecer ¿o era él? Sergio se dio cuenta y me abrazó, me cobijó entre sus brazos, así como siempre hacía. Caminamos hasta el interior del apartamento y nos sentamos en el sofá. Sergio seguía aferrándose a su cuerpo y yo, yo no quería salir de ahí, no tenía ningún interés en deshacerme de sus brazos, sino, todo lo contrario, aferrarme mucho más si podía.

—¿Sabes que te amo? —Habló con la voz ronca. Yo asentí mirándole fijamente—. ¿Sabes que te deseo como un auténtico loco? —Volví a asentir—. ¿Sabes que mataría por verte feliz?

Esa pregunta me encogió el alma, me hizo sentir, por primera vez en mucho tiempo, importante para alguien, amada por la persona a la que yo también amaba.

—Seré feliz cuando tenga a mi niño. —Sollocé.

—Ven aquí.

Me cogió para sentarme en sus piernas, así, entre sus brazos, sentía esa paz que me querían arrebatarse, esa paz que debía tener y no conseguía. Alcé la mirada por unos instantes y me encontré con sus ojos. Poco a poco, fui acercándome, hasta que nos fundimos en un beso, en uno de esos besos que podían llegar a ser devastadores. Uno de esos besos que no tenían fin.

Nuestra mente nos decía que paráramos, pero nuestros labios no nos hacían caso. Ambos sabíamos que no era el momento de amarnos, de desearnos de este modo... y no teníamos voluntad para parar.

Haciendo una maniobra que no me esperé, me sentó a horcajadas sobre él. Sentí su erección, sorprendiéndome sobremanera, pues no me lo esperaba. Lo miré unos segundos, separando nuestros labios al mismo tiempo.

—Esto no está bien... no deberíamos... —Volvió a besarme.

—No pienses que está mal amarnos, Lucía —murmuró con nuestros

labios aún pegados—. Deberíamos... nos amamos.

Profundizó el beso, volviéndose ardiente, pasional, lleno de un deseo imposible de parar. Sergio pasó sus manos a mis nalgas, apretándolas con dulzura, provocando que un gemido se escapara de mis labios, ahogándolo en los suyos. Se levantó conmigo encima, obligándome a enroscar las piernas en torno a su cintura para después volver a la habitación.

La oscuridad de la noche nos dificultó un poco la llegada, los besos no nos dejaban poder ver con claridad... el amor, ese amor tan poderoso que cada vez se hacía más fuerte, hizo una explosión en nuestro pecho, en nuestro corazón. Caíamos en picado, bajando a una velocidad desorbitada... creyendo que abajo, habría algo que nos mantuviese, que no nos dejase caer. Pero no, no había nada, pues éramos nosotros mismos los que nos tendríamos que mantener, forjando la vida que nos fue arrebatada con más fuerza que nunca.

—Te amo —declaró en un susurro mientras sus labios viajaban desde mi clavícula hasta perderse en mis pechos.

Sergio besaba, lamía y hacía que mi cuerpo temblara con solo sus labios, con sus manos... con esos besos, esas caricias por todo mi cuerpo. Perdí el norte, el sur y me perdí a mí misma en cuanto entró en mí, en cuanto su miembro me llenó por completo, anclándose en mi interior como si solo él fuese el dueño de mi cuerpo. Comenzó a moverse lentamente, haciéndome el amor como solo él sabía hacerlo.

—Te amo —respondí cuando la cordura me dejó.

Mis manos acariciaban su espalda, mis uñas la arañaba, se clavaban en su piel cuando sus estocadas comenzaron a ser más fuertes, más certeras, más delirantes. Sergio acariciaba mi rostro, cogía mis mejillas, besaba mis labios y todo lo hacía de una manera inolvidable, como si fuese una primera o última vez. ¿Qué más daba? Éramos él y yo, no importaba que fuese una, dos, tres o mil veces las que me hiciera el amor, las que nos hacíamos el amor.

Tenía claro que esta no sería la última, que ya no tenía ese miedo de creer que era una despedida. Esta vez Sergio me demostraba que estaba conmigo y que no se iría.

La locura nos comenzó a atenazar, provocando que sus movimientos se volvieran más rudos, más fuertes, más alocados... más, quería mucho más. Mi cuerpo comenzó a erizarse, aunque creía que no había dejado de estarlo en todo momento. Me arqueé involuntariamente, buscando más profundidad, llegando poco a poco a un placer enloquecedor.

—Ah... —gemí en sus labios y mordí a su vez—. Así.

—Quiero más, Lucía... quiero mucho más.

Nuestros ojos se encontraron y algo dentro de mí se encendió. ¿A qué se refería con más?

—¿Más?

—Sí, quiero tenerte para siempre conmigo. Esta vez nada ni nadie hará que me aleje de ti, de vosotros —mencionó—. Quiero que te cases conmigo, cariño.

No sabía qué decir. Bueno, sí que lo sabía, pero no cómo hacerlo. Mis ojos se llenaron de lágrimas y esa fue mi respuesta. Sí quería, claro que me casaría con él en cuanto me divorciara de Pablo.

Esto era una locura, una que no llegaba en buen momento. Aunque, las locuras estaban para algo en esta vida y en la mía venían pisando fuerte.

Así, con todo el amor, el deseo y la pasión contenida por años, me devoró, me hizo suya en cuerpo y alma, me hizo el amor. Nuestros cuerpos convulsionaron, temblaron en cuanto el orgasmo llegó a aniquilarnos, a provocarnos una rendición completa. Sergio cayó a mi lado y me arrastró a sus brazos, apretándome a su pecho, ese que latía tan fuerte que se mezclaba con los míos.

Me di la vuelta y lo miré. Tenía los ojos cerrados, pero no dormía. Posé

mi mano en su mejilla y la acaricié. Abrió los ojos, estaba serio y eso me preocupó.

—¿Qué ocurre? —Me interesé.

—Quiero matar a mi hermano —declaró de pronto.

Me asusté, lo entendí, pero me asusté. Yo también quería matarlo, se lo merecía.

—Tranquilo, juntos haremos que pase —aseguré acojonada.

No estaba segura de nada, solo de que estábamos juntos y que podríamos luchar. Ambos sabíamos que esta lucha iba a ser dura, complicada, pero si nos manteníamos unidos, podríamos ser los ganadores y hacer que nuestro pequeño volviera. Él no conocía a su hijo, no sabía lo hermoso que era, lo que se parecía a su padre... creía, que, si lo supiera, se volvería loco.

—Hay algo que podemos hacer. —Fruncí el ceño.

—¿El qué?

—Puedo vender mis empresas y darle el dinero que pide.

—Pero Sergio, si haces eso él ganará. No creo que quieras eso. Además ¿has pensado en la cantidad de personas que se quedarían en la calle? —
Sonrió con ironía.

—Eso es algo por lo que he luchado durante todos estos años. No es la primera vez que mi hermano me hace tambalear. —Alcé las cejas sorprendida —. Durante todos estos años mi hermano me ha engañado, robado y todo con el mismo fin, tener dinero sin dar un palo al agua. No merece nada de lo que haya conseguido. Y todo lo que hizo lo único que provocó en mí, fue un odio tan grande por hacerme perderte, que ya nada de lo que diga o haga podrá hacer que lo perdone.

Lo abracé, lo apreté ahora contra mi pecho. Quería demostrarle que estaba con él, así como él me lo estaba demostrando. Ahora Sergio necesitaba saber que me tenía, que ya el pasado no debía volver a martirizarle. Habíamos

perdido muchos años, momentos, podía ser. ¿Y qué sentido tenía eso ahora si volvíamos a estar juntos? Daba igual todos los baches que habíamos tenido que saltar, todas las curvas que tuvimos que doblar sin estrellarnos. Ahora, lo que importaba, era que podíamos estar juntos sin que nadie nos jodiese la vida. Solo nos faltaba una cosa, una persona, la más importante de todas, nuestro hijo.



31

Sergio

Podría dormir plácidamente y feliz a partir de ese momento si no fuera porque mi hermano se empeñaba en jodernos la vida como si fuese lo más normal del mundo. Mis ojos se abrieron sobre las diez de la mañana, Lucía aún dormía, aunque no descansaba como debería, ¿cómo hacerlo si le faltaba lo que a mí? Esto era algo que no podía soportar y, aunque debía admitir que el estar juntos hacía que lo pesáramos mejor de lo que sería si ella estuviese sola y yo aún no supiera de la existencia de mi hijo. Al menos, era algo de agradecer. Salí de la habitación tras darle un beso en la frente. No quería despertarla, no al menos hasta que tuviera alguna solución al maldito problema. Hoy se arreglaría, hoy haría todo lo que estuviese en mi mano para que nuestro hijo volviera a sus brazos, a los nuestros. Iba a ser algo difícil, algo muy complicado, pero solo yo tenía la solución a todo esto. Yo era el

único que sabía cómo lidiar con mi hermano, con un hombre que solo lo movía el dinero.

Caminé hasta el balcón con el fin de que si Lucía se despertaba, no me escuchara hablar, pues primero iba a llamar a mi abogado y según las indicaciones que él me diera, así haría. Ya en el balcón, marqué el número de Lorenzo y a los tres tonos, me respondió algo ofuscado.

—*Hasta que por fin llamas, Sergio. ¿Qué cojones estás haciendo para no responder a mis mensajes?*

Fruñí al ceño al no entender y dejándolo con la palabra en la boca, me separé el móvil de la oreja para mirar y sí, efectivamente tenía como diez mensajes de él y ni siquiera me había percatado de ello. No me iba a poner a leerlos, pues ya me lo podía decir por aquí.

—*¿Me estás escuchando?!*

—Sí, joder. Perdona, no he estado muy al pendiente del teléfono.

—*Ni de eso, ni de nada.*

—Bueno, deja de berrear como un bebé y cuéntame qué es lo que me has dicho en los mensajes.

Un bufido se escuchó al otro lado de la línea y eso solo me aseguraba de que no eran buenas noticias precisamente. Me senté en una de las sillas que Lucía tenía en su balcón y me eché sobre el respaldo de la misma.

—*Joder Sergio, aquí se cae el mundo y tú no te enteras. Mira, primero llevamos días siguiendo a Penélope y parece que está preparando un viaje.*

Me levanté como un resorte en cuanto escuché eso. Era algo importante, demasiado y venía a enterarme ahora. ¿Por qué cojones no me llamó para decírmelo en vez de mandarme mensajes? A veces pensaba que este tío era tonto. Me pasé los dedos por el puente de la nariz y ya sabía que este día iba a ser jodido, muy jodido. Y lo peor era que yo desde aquí, no podía hacer nada y no pensaba volver a Alemania hasta que mi hijo apareciera y en su defecto,

ellos vinieran conmigo.

—*Sergio, responde.*

—Eh, qué. Sí dime.

—*Lo único que puedo decirte es que no dejaremos que se vaya, no hasta que pague por lo que ha hecho ¿de acuerdo? Ya tenemos las suficientes pruebas para meterla en la cárcel a ella y a tu hermano.*

—Ese hijo de puta.

Bufé cabreado, muy cabreado. Me enfurecía que hubiera personas así, que solo miraban por ellos mismos importándoles muy poco lo que pasaba a su alrededor o a cuantas personas destrozaran en el camino. En mi caso, mi hermano tenía a mi hijo y Penélope, se llevaría a mis pequeños. Tres hijos en manos de unos desalmados.

—*¿Qué pasó con él?*

—Ha secuestrado a mi hijo, al hijo que tenía con Lucía. Me enteré cuando llegué y tras una discusión que tuvimos, se ha vengado de esa manera y ahora me está pidiendo quinientos mil euros por él. ¿Te lo puedes creer? El muy hijo de puta me está chantajeando cuando sabe que acabará en la cárcel igualmente.

Lorenzo no podía creer lo que le estaba contando y sabía que ahí lo único que podíamos hacer era darle el dinero que pedía. Ambos conocíamos a Nick y sabíamos lo que era capaz por conseguir su cometido. Pero claro, yo no estaba tan seguro de ello y no iba a permitir que se saliera con la suya así sin más, así que estuvimos hablando de crear un plan, algo que nos diese algo de ventaja a la hora de recuperar a Edu. Mi hermano nos devolvería al niño y él iría a la cárcel como tenía que ser.

Tras media hora hablando con mi abogado, me despedí de él, aunque no sin antes hacerle prometer que me tendría al tanto de todos los movimientos de mi mujercita, además de hacerle llegar el divorcio de una vez por todas,

porque eso, sí que era un hecho que no tenía vuelta atrás.

Me quedé unos minutos más en el balcón, pensando la manera en la que poder acercarme a Nick sin que sospechara mis intenciones. Mi hermano tenía un talón de Aquiles y era que cuando le hablaba de nuestro abuelo, de lo que nos enseñó y de lo mal que lo debía estar pasando viendo desde arriba todas las atrocidades que estaba cometiendo, como que una parte de él se ablandaba, aunque era una milésima parte de su cuerpo. Entonces debía usar eso, que me diese tiempo y todo lo haría sin que Lucía se enterase. No estaba dispuesto a ponerla en peligro ni a ella y mucho menos a nuestro hijo. Así que, sin más, marqué el teléfono de mi hermano para hablar con él y decirle que en poco tiempo tendría el dinero. El tono de llamada se me hizo pesado al llegar al sexto y que no descolgase, salió el buzón de voz. Esperé unos minutos para volver a llamar y marqué de nuevo y esta vez, al segundo tono, la voz de Nick, se escuchó al otro lado.

—Ya era hora, me tenéis hasta los huevos con tanta espera y tu hijo no deja de llorar.

Escucharle hablar así, con ese odio, ese asco hacia un niño que llevaba su sangre, era lo más asqueroso que había oído nunca y me hirvió la sangre. Pero debía mantener la compostura para hacerle creer lo que, a mí, me convenía.

—¿Qué querías? El dinero que me has pedido es demasiado y me está costando conseguirlo. Además, tampoco me has dado demasiado tiempo.

Escuché su carcajada y eso solo estaba consiguiendo que me cabrease mucho más, tanto que me encantaría sacarlo del cuello por el móvil y ahogarle con mis propias manos.

—¿Me crees estúpido? Ay hermanito, sé que puedes conseguirlo... es más, creo que subiré la cantidad, porque puedes.

—¡No me jodas Nick! Me habéis dejado en la banca rota. ¿Crees que si

podiera no te lo habría dado? Es a mi hijo a quién tienes contigo y no voy a dejar que te lo lleves o le hagas daño. —Suspiré—. Si el abuelo levantara la cabeza, se moría de nuevo, pero del disgusto que le darías. No puedo creer que te hayas convertido en un ser tan despreciable después de la educación y todo lo que ese hombre al que llamabas padre, te enseñó. No entiendo cómo puedes ensuciar su apellido, su nombre, porque eso es lo que estás haciendo, hermanito.

—No vayas por ahí, sé lo que estás intentando y déjame decirte que no dará resultado, Sergio. Quiero un millón de euros en cinco horas y más te vale tenerlos o no conocerás a tu hijo.

Su amenaza por un instante me erizó la piel y el miedo me atenazó de manera apabullante. Jamás había sentido miedo, nunca en mi vida creí que podría llegar a sentirlo, pues nada ni nadie podía conmigo y ahora, ahora era diferente. Estábamos hablando de mi hijo, de un niño al que no conocía por su maldita culpa, un niño que había tenido la mujer de mi vida, la misma que él me quitó de mi vida, de mi futuro. No, no iba a consentir que su amenaza me quitara las ganas de luchar, de hacer hasta lo imposible para tenerlo conmigo, con nosotros y a salvo.

—Los tendrás. Dime el lugar y yo mismo te entregaré el dinero en mano. Eso sí, Nick, como me entere de que le hiciste algo a mi hijo, juro por nuestros padres, por nuestro abuelo, que te mato y esta vez, lo haré.

Su respuesta fue más de lo mismo y tras unas carcajadas que siempre soltaba cuando creía tenerlo todo bajo control, me dijo dónde tenía que ir y tras eso, colgué, entré de nuevo al interior de la casa y tiré de mala manera en móvil en el sofá. Si no fuera porque tenía que seguir hablando con él, lo habría hecho añicos.

Fui hasta la habitación y Lucía no estaba en la cama, me preocupé pues podría haber escuchado mi conversación y era lo que menos quería. De

pronto, la vi salir del baño y se acercó a mí para darme un beso en los labios.

—Buenos días. ¿Dónde estabas? —Preguntó algo soñolienta todavía.

—Estaba tomando el aire. —Agaché la mirada—. No podía dormir.

—Eh, eh. ¿Qué ocurre? —Me abrazó con cariño y acunó entre sus brazos.

—No puedo más, Lucía. Quiero, necesito encontrar a nuestro hijo y pienso que cada vez se complican más las cosas.

Unas lágrimas salieron de mis ojos, unas que no podía controlar y que, mostraba lo más vulnerable posible. Alguien que ella, hacía tiempo que no veía. Era el antiguo Sergio el que estaba en frente... Era alguien al que le hicieron mucho daño y que, tras años de lucha y después de haber conseguido que la mujer que amaba me perdonase, me volvían a dañar. ¿Por qué tenía un hermano así? ¿Qué le había hecho yo para que se ensañase de esta manera?

—Tranquilo, cielo. Ahora estamos juntos y la lucha será diferente... no es lo mismo luchar solo que con la persona a la que amas. ¿No crees? —La miré—. Ya no estás solo, nunca más lo estarás y ambos conseguiremos que nuestro pequeño vuelva con nosotros.

Sin poder responderle con palabras, la besé con ansias, con desesperación. Lucía pasó sus manos por mi cuello, acariciándolo a su paso con una dulzura que mataba cada parte de mí, cada sensación que afloraba cada vez más fuerte, se vio envuelta en una continua disputa entre dejarlo pasar o levantarla del suelo y entrar en ella para hacerle el amor con posesión, con el deseo que se había instalado en el interior de mi piel, en lo más profundo de mi alma. Pero no, ahora no era el momento, aunque me muriese de ganas por hacerla mía, hoy tenía algo que hacer y ella... ella no debía saberlo. Me separé unos milímetros, luchando conmigo mismo para no volver a besarla, devorar su boca como tanto me gustaba. La miré, mis ojos se clavaron en los suyos mostrando el más puro sentimiento que solo ella, había conseguido extraer de mí, como si mi sangre, mi ser y todo lo que era, fuese

solo de ella; mi alma, mi corazón, mi vida entera, solo de esta mujer que tenía delante que nunca más, iba a dejar por mucho que la vida quisiera alejarme de ella a cada paso que daba.

—Tengo que irme —le dije. Ella frunció el ceño—. Tranquila, debo arreglar unos asuntos aquí que no pueden esperar, pero estaré de vuelta en unas cuatro horas a lo sumo.

—Si necesitas ayuda, solo tienes que pedírmelo. —Negué con media sonrisa—. ¿Estás seguro? —Asentí para después besar sus labios y volver a separarme a regañadientes.

—Necesito ducharme.

Me dio unas toallas y fui al baño para hacerlo. Ella se quedó anclada al suelo mientras me veía desaparecer tras la puerta del baño. No podía decirle lo que haría, pues estaba seguro de que no dejaría que lo hiciera solo y eso no lo iba a consentir. Lucía debía esperar aquí, debía creer en mí y en mi capacidad para lidiar con el hijo de puta de mi hermano. No estaba seguro de cómo saldrían las cosas, pero lo que sí sabía, era que mi hijo volvería conmigo, costase lo que me costase.



32

Lucía

Me desperté al no sentir la calidez de su cuerpo pegado al mío y al abrir los ojos, pude comprobar que así era. Sergio no estaba a mi lado. Me levanté para buscarle con la sensación amarga de pensar que se había marchado, que me había dejado. Entonces, al salir al salón, lo vi en el balcón sentado en una de las sillas. Quise acercarme, pero estaba hablando con alguien por teléfono. Caminé sigilosa para ponerme más cerca y poder escuchar algo de su conversación, no por cotilla, sino, por preocupación a que fuese algo sobre mi hijo.

Hablaba con alguien llamado Lorenzo y no parecía estar dándole buenas noticias. Unos minutos después, le colgó y llamó a otra persona y tras verlo levantarse de la silla enfurecido y haber escuchado su nombre, me tensé. Estaba hablando con su hermano. No quise escuchar más por miedo a

enterarme de algo que me matase lenta y dolorosamente y caminé de nuevo hasta la habitación para después encerrarme en el baño y asearme. Mi clara intención era meterme en la ducha con el agua helada para que el frío me congelase el cerebro tanto que no pudiera pensar en nada más que no fuese el dolor de cabeza que me estaba provocando. Entonces cuando pretendía hacerlo, escuché unos pasos y salí de la habitación para encontrármelo de frente.

Sus ojos detonaban tristeza, una tan alarmante que lo único que pude hacer fue abrazarle. ¿Qué habría hablado con ese maldito hijo de puta que retenía a nuestro hijo como si fuese un muñeco?

Sus ojos se llenaron de lágrimas al confesarme que no sabía qué hacer y eso provocó en mí un desasosiego que no podría alejar de mi organismo ni con todas las caricias que pudiese regalarme en este momento. Me dolía, me mataba ver al antiguo Sergio frente a mí, no por sentir que estábamos en el pasado, sino, por miedo a que ese pasado, lo arrastrase de nuevo lejos de mí.

—Tengo que irme —me dijo.

Mi corazón se estrujó en ese momento, tanto que podría dejar de respirar aquí y ahora en menos de un segundo. Dejó de latir por unos instantes que me fueron eternos, hasta que me aseguró que solo debía arreglar unos asuntos y que volvería en cuatro horas. Eso no me ayudaba mucho más, pues después de oírle hablar con su hermano, algo me decía que ese hombre tenía mucho que ver en esos asuntos.

Cuando se metió en el baño para ducharse, salí de la habitación con la clara intención de buscar su móvil y ver algo que me ayudase a saber más. Miré por la mesa de comedor, la de centro, la barra americana de la cocina y me senté en el sofá para pensar en que otra parte podría estar. Entonces sentí algo debajo de mi trasero y tras apartarme lo vi; el móvil de Sergio. Lo cogí con manos temblorosa, pues no era solo el miedo de ver algo que me doliera

aún más, sino el hecho de ver su intimidad y que me pillara con las manos en la masa.

Tras sopesarlo por varios segundos, desbloqueé la pantalla que, para mi sorpresa, no tenía contraseña ni nada parecido. Abrí la aplicación de mensajes y busqué algo inusual. No, no había nada y suspiré cabreada por no encontrar nada después de haberme arriesgado a ser descubierta.

Cuando me disponía a dejarlo en el mismo lugar, una lucecita al lado de la cámara delantera comenzó a parpadear y, sin pensarlo siquiera, lo abrí para leer el mensaje. Era de un número oculto, así que no había que ser un lince para darse cuenta de que era de su hermano. Lo leí; *No sé si conocerás el sitio donde te dije, así que te dejo la dirección. Espero que no llames a la policía, porque si me llego a enterar de que lo haces, me llevo al niño lo más lejos posible de vosotros y creo que eso, Lucía no te lo perdonará.*

Unas estúpidas lágrimas traicioneras salieron de mis ojos al releer lo de mi hijo y no pude remediar el sentir de nuevo ese ahogo que provocaba mi pecho cuando mi corazón se comprimía con fuerza. Cerré el mensaje y lo marqué como no leído y tras bloquear de nuevo la pantalla, dejé el móvil en el mismo lugar, aunque no sin antes memorizar como pude la dirección que ese mal nacido le había dado. Era un lugar alejado de Madrid, pero que yo conocía bien, pues mi padre trabajó una vez en una de las naves cercanas a ese sitio.

Escuché sus pasos y me levanté para mirarle.

—¿Te pasa algo? —Se preocupó en cuanto vio mis ojos anegados en lágrimas. Negué a la misma vez en la que él ya me cobijaba entre sus brazos.

Ahora tenía miedo, un miedo que recorría mi cuerpo, tensándolo con tanta potencia que no dudaba en que me dolería los músculos más tarde.

—Dime, Lucía. ¿Qué te pasa? No me gusta verte así.

—No es nada, solo es que sentí la casa tan silenciosa, tan vacía... que no

pude evitar llorar —mentí, aunque no del todo.

Algo de verdad tenían mis palabras, pues sentir mi hogar tan solo, solo provocaba en mí, dolor... un dolor tan intenso, tan resistente como lo era mi amor por mi familia.

—Tranquila, cariño. Te entiendo y te prometo... te juro que todo eso pasará pronto. —Me dio un beso en los labios.

Asentí y tras repetir ese beso unas tres veces más, salió de mi casa para arreglar ese asunto que se llamaba Nick Fisher.

Cuando me quedé sola, corrí hasta mi habitación y me vestí a toda prisa para poder cometer la locura que cruzó mi mente en cuanto leí el maldito mensaje. Cuando me disponía a salir, llamé a la policía para ponerlo al tanto de lo que Sergio estaba a punto de hacer y de lo que haría yo a su vez. Me pidió la dirección del lugar de encuentro y me aseguraron que serían lo más sigilosos que podían ser. Tenía miedo, mucho miedo.

Abrí la puerta, y el rostro demacrado de Pablo estaba frente a mí. ¿Qué hacía aquí?

—Hola, Lucía —me saludó—. ¿Puedo pasar?

—Lo siento, Pablo, pero ya me iba —respondí secamente.

—¿Dónde vas? He visto a Sergio salir a toda prisa del edificio. ¿Acaso piensas seguirle?

—No tengo tiempo para darte explicaciones, así que me vas a llevar al lugar donde tengo que ir y te cuento por el camino, ¿de acuerdo? —Asintió y cerré la puerta tras de mí.

Ambos caminamos a toda prisa y cuando por fin estuvimos en la calle, nos subimos a su coche que, gracias a dios, no estaba lejos de nuestra casa y cuando arrancó, pisó el acelerador tal y como yo se lo había pedido.

—¿Me vas a contar ahora que está pasando? —Me preguntó algo alterado.

—Sergio está a punto de verse con su hermano para el supuesto cambio. Ese hijo de puta le pidió dinero a cambio de devolvernos al niño. Obviamente Sergio no tiene esa cantidad y sé que lo que está a punto de hacer, es una auténtica locura que no dejaré que cometa —expliqué lo más rápido que pude.

—¿Por qué cojones no dejas que haga lo que tenga que hacer? Es su padre y me parece perfecto que haga eso, yo habría hecho lo mismo.

—¡Vaya! Ahora hasta lo apoyas. No me jodas, Pablo. No pienso dejar que se ponga frente a ese energúmeno que es capaz de hacer cualquier cosa. No pienso perder a Sergio, no de nuevo —declaré con la voz entre cortada.

—¿Y prefieres perder a nuestro hijo? —Me miró con los ojos inyectados en sangre—. Te importa una mierda que Edu esté en manos de un desalmado, pero si es Sergio, lo sufres.

No podía creer lo que me estaba gritando, lo que me estaba diciendo conociéndome como me conocía. Pablo se había vuelto un cabrón que no pensaba lo que decía, que últimamente no paraba de cagarla con todo lo que hacía. ¿Qué coño se creía? Edu era mi hijo y nadie más que yo sufría el no tenerlo a salvo. Nadie más que yo podía decir o hacer lo que fuera.

—¿Cómo te atreves a poner en duda lo que yo siento? —Escupí—. Esto ha sido un error. Deja que me baje del coche, ya seguiré yo solita.

—No lo sueñes. Yo iré contigo... no pienso dejar que ese tipo le haga daño a mi hijo, Lucía. Porque es mi hijo, ¿me has escuchado? —Eso último lo dijo con dureza, pero no dejé que me afectara.

—¡No! No es tu hijo Pablo, es de Sergio y eso no lo vas a poder cambiar. Te guste o no, Edu solo tiene un padre y ese no eres tú.

Sabía que mis palabras le hirieron, pero él también me había herido a mí.

Después de esa conversación, Pablo no volvió a dirigirme la palabra y solo se dedicó a mirar al frente y conducir lo más rápido que las señales de tráfico le dejaban. Mientras tanto, yo me puse en contacto con la policía para

hacerles conocedores de mi llegaba a la nave en la que se suponía Nick esperaba a Sergio. El inspector que llevaba el caso, me dijo que ellos ya estaban allí y que vieron como Sergio entraba en la nave.

Mi cuerpo se tensó, se engarrotó dolorido al saber eso. Ahora el miedo crecía y crecía sin llegar a un fin y no podía dejar de pensar en perderlos a los dos.

—¿Quieres acelerar? —Pedí con la voz llena de angustia.

—Está bien.

Hizo lo que le pedí sin hacerme preguntas y se lo agradecía. En pocos minutos, estábamos en la calle de enfrente donde la policía se había colocado para poder actuar en cuanto fuese necesario. Cuando me vieron salir del coche, una muchacha morena, policía también, caminó hasta mí para retenerme, pues mi cuerpo ya iba directo a ese sitio.

—No puede pasar —me aseguró.

—Lo siento, pero no me vais a dejar aquí cuando yo puedo ayudar a Sergio —escupí escrutándola con la mirada.

—Entiendo que lo esté pasando mal y le aseguro que, si yo estuviese en su situación, intentaría escaparme en un momento que no estemos mirando. Créame, yo lo haría. —Miró al inspector para hacerle una señal con la mano y hacerle ver de que intentaba convencerme de que no lo hiciera—. Así que no lo haga y quédese lo más alejada posible.

Entonces entendí sus señales. Ella me estaba diciendo que me escapara en cuanto no me miraran. No podía creer que me ayudase, pues me ponía en peligro, pero como decíamos las madres, cuando tocaban a nuestros hijos, sacábamos la fuerza de donde menos lo esperábamos. Y eso me pasaba a mí, sentía la necesidad de golpear al mal nacido que tenía por cuñado.

Esperé unos minutos y en cuanto todos solo miraban a la entrada, caminé despacio, escapándome del escondite para adentrarme en la oscuridad de la

inmensa nave. No entré por delante, pues así la policía me vería y no era buena idea. Entré una puerta trasera que, por gracia de dios, estaba abierta. Me iba a ser tarea difícil encontrarles, pues estaba demasiado oscuro. Caminé con sigilo, con miedo a ser descubierta por alguien que estuviese ayudando a Nick o por él mismo. Entonces, unos gritos me sacaron del trance en el que me había metido cuando pensé en ese tipo. Me acerqué un poco más y los vi. Nick apuntaba a Sergio con una pistola mientras agarraba a mi hijo de mala manera.

—¡No des, un paso más o te mato ahora mismo hermano!

—¡Suelta a mi hijo y te aseguro que dejaré que hagas conmigo lo que te venga en gana! —Le respondió haciéndome sentir orgullosa, aunque también un terror horrible.

Mis ojos no dejaban de viajar de uno a otro en menos de un segundo, como si estuviese viendo el peor partido de tenis de la historia, uno en el que solo uno, sería el ganador. Aunque, en este caso, el perdedor, perdería algo más que un trofeo, perdería su vida.



33

Sergio

Salí del apartamento con el corazón en un puño, como si fuese de nuevo una jodida despedida ese beso que le di antes de desaparecer. Lucía me miraba con miedo, con un miedo que ya vi una vez y que, me juré no volver a provocar en ella. Pero otra vez lo hacía, otra vez le hacía sentir ese temor a perderme, aunque esta vez, no solo podía perderme a mí, sino, a nuestro hijo también.

Y ahora... ahora estaba entrando en la nave en la que me había citado con mi hermano. No podía negar que también tenía miedo, pero el mío era diferente, el mío solo era provocar en mi hijo una confusión peor a la que, seguramente, estaba sintiendo en este momento.

—¡Nick! —Lo llamé.

Todo estaba oscuro y solo así, podía llamar su atención. Al fondo,

escuché su voz acercándose y cuando lo tuve delante de mí, tuve que contar hasta mil para no acercarme a él y partirle todos los huesos de su cuerpo por llevar a mi hijo de mala manera entre sus brazos. Solo tenía cinco años y seguramente tendría muchísimo miedo de estar con él que prácticamente no era nada para él.

Comencé a caminar despacio hacia él y me apuntó con una pistola que no le había visto.

Mi hermano estaba perdiendo la cabeza.

—¡No des, un paso más o te mato hermano! —Me gritó.

Mis ojos lo escrutaban, lo mataban con la misma intensidad con la que él apretaba la empuñadura de la pistola.

—¡Suelta a mi hijo y te aseguro que dejaré que hagas conmigo lo que te venga en gana! —Le aseguré con sinceridad.

En este momento solo me interesaba la vida de mi hijo y nada más. Me importaba muy poco que me disparase, que acabase con mi vida si con eso mi hijo iba a estar con su madre de nuevo. ¿Qué otra cosa podría hacer? No podía dejar que le pasara nada y no solo porque llevase mi sangre y lo amase en cuanto supe de su existencia, sino porque sabía que, para Lucía, era más importante su hijo que nadie más, que nuestro amor. Me amaba, yo lo sabía, pero un hijo era mucho más que eso y no se lo iba a arrebatar.

—No me hagas reír. —Soltó una risa irónica que me puso los vellos de punta.

Mi hijo me miraba con miedo y no me gustó que un niño tan pequeño tuviese que vivir estos momentos. Era algo que siempre iba a permanecer en su recuerdo y que le haría la vida un poco más difícil de lo normal.

Volví a intentar a acercarme hasta que esta vez, no sabía si porque me había dejado o porque realmente no se percató, me puse cerca, muy cerca. Tanto, que la pistola se clavó en mi pecho. Entonces, cuando mi hermano

apretó el gatillo mientras sus ojos me asesinaban de la misma manera en la que tenía pensado hacerlo, un grito desgarrador nos sacó de este momento. Miramos hasta el lugar proveniente de ese chillido y Lucía salió de su escondite para correr hasta mis brazos. Se aferró a mi cuerpo como si fuese su balsa, como si estuviese a punto de ahogarse en el profundo mar y yo fuera su única salvación.

Sentí miedo, mucho al mirar a mi hermano y ver como enarcaba una ceja mientras que ahora, apuntaba a la mujer que amaba. Y no, eso no lo iba a permitir, primero moriría que dejar que le pasara algo a ella. La puse detrás de mí y me encaré a él.

—Deja que se vayan los dos y, como te he dicho antes, haré lo que quieras.

—No, ahora soy yo el que decide lo que se hará.

—Por favor, por favor. Suelta a mi hijo —intervino Lucía al ver al niño.

Edu comenzó a llorar en cuanto escuchó la voz de su madre y comenzó a llamarla mientras las lágrimas seguían dificultándole la voz. A Lucía le importó una mierda la pistola, la cara de psicópata de mi hermano y que yo estuviese intentando que no se separara de mí y se acercó a su hijo para arrancárselo de los brazos a Nick. Este la miró perplejo y la cogió del pelo para hacerla voltear con el niño en brazos.

—¡Suéltala hijo de puta!

Me puse frente a él y sin que se lo esperara, le pegué un puñetazo, con tanta fuerza, que provocó su caída al suelo. Lucía aprovechó para correr con el niño mientras que yo golpeaba a mi hermano con todas mis ganas, con todo el odio que él mismo, provocó en mi interior hacia su persona. Lo detestaba y deseaba su muerte, algo inusual de mi parte pues yo no era capaz de sentir eso por nadie.

Mis puños me dolían, prácticamente la sangre de su cara se mezclaba con

la de mis nudillos. Miré una milésima de segundo hasta la salida y pude comprobar que Lucía había salido de este maldito lugar con nuestro hijo.

Ese pequeño despiste, hizo que mi hermano me pegase una patada en la entrepierna y caí de lado. Nick se levantó y volvió a coger la pistola, pero esta vez disparó, aunque la bala entró en mi pierna, arrancándome un grito desgarrador.

—Eres un maldito hijo de puta —escupí—. Me arrepiento de no haberte matado antes —le aseguré mientras me retorció de dolor cuando su pie chocó con mi estómago con brutalidad.

—Esto es lo que te mereces por no haber trabajado conmigo como te enseñé. Hubiésemos conseguido tanto juntos, pero no, tú tenías que ser como papá —escupió acercando de nuevo su pie a mí, aunque esta vez en la herida de bala.

—Ni lo nombres, ni siquiera mereces llevar el apellido de nuestra familia. —Se carcajeó.

—Y me lo dice el que dejó a la mujer que amaba tirada —expresó—. Mírate, al final morirás solo, como siempre pensé. —Se agachó para quedar a mi altura.

—No, mírate tú, acabarás en la cárcel, como siempre pensé.

—¡Policía, arriba las manos! —Gritaron detrás de él.

Nick se dio la vuelta, pero al hacerlo, apuntó al policía sin darse cuenta de que ese no era el único agente que estaba armado y, en cuanto vieron sus intenciones de dispararle, un policía lo disparó a él primero. Fue algo rápido, demasiado y, lo último que mis ojos me permitieron vislumbrar, fue ver como mi hermano caía en el suelo desplomado con una herida en el pecho... tras eso, una oscuridad tiró de mí con una presión, con un empuje que no sabía si mis ojos volverían a abrirse para ver la felicidad en el rostro de mi mujer.

Oscuridad, solo una inmensa oscuridad que me atrapaba como si me

adorase. Yo quería abrir los ojos, necesitaba verla por última vez. De pronto, comencé a recibir sonidos; unas voces que me despertaban y alentaban a seguir luchando contra lo que me atraía. Su voz, esa voz tan perfecta, tan dulce e inolvidable que me llamaba y solo eso me hizo falta para abrirlos y verla a mi lado mientras agarraba mi mano con protección.

—Por fin, mi amor. —Se acercó a mí y besó mis labios.

Miré a mi alrededor en cuanto se separó de mí y aún estábamos cerca de la nave. Me estaban metiendo en la ambulancia y eso me demostró de que solo llevaba unos minutos inconsciente.

—Edu —murmuré.

—Él está bien y todo gracias a ti. —Me abrazó y la apreté contra mi cuerpo como si quisiera que entrase en él y no saliera jamás.

—No, fue gracias a tu valentía, cariño. Nunca pensé que serías capaz de salvarnos a los dos —expresé con el corazón encogido.

En realidad, fue ella quién nos salvó, la que luchó hasta el final para salvar a su hijo y la que provocó que yo pudiese salir con vida de este lugar en el que pensé que la perdería. Lucía era mi ángel de la guarda, la mujer que me había sacado del miedo, del odio y me demostró que el amor, si era verdadero, podía ser duradero y convertirse en el más fuerte que habías sentido jamás. El nuestro había pasado por muchas cosas, tuvo demasiadas barreras que los separaban, pero eso solo hizo que se afanzara más, que se hiciera más poderoso y se anclase en nuestros corazones hasta que estos dejaran de latir.

Cuando se separó de mí, me subieron a la ambulancia y me aseguró que iría detrás, que no me dejaría solo y le creí, claro que le creí. Era Lucía, ella jamás mentía.

Los minutos comenzaron a pasar y ya me habían taponado la herida hasta llegar al hospital y me operasen para sacar la bala que aún seguía dentro. El

médico que me asistió, me dijo que había tenido mucha suerte y que si no fuese porque gracias a Lucía que salió como una loca gritándoles a los policías que entrasen a por mí, habría muerto desangrado. Sonreí al saber eso y no me sorprendió, pues la creía capaz de eso y mucho más.

Media hora después, ya estábamos en el hospital y Lucía agarraba mi mano hasta que no la dejaron pasar, pues me metieron en quirófano a toda prisa. Al menos, no me durmieron entero y solo de cintura para abajo, algo que agradecí.

—¿Está bien Sr. Fisher? —Me preguntó el doctor que me estaba operando.

—Sí, pero ¿cuánto tardareis en la operación? Necesito ver a mi mujer.

Todos sonrieron y yo me uní a ellos. La verdad, ahora podía hacerlo sin sentirme culpable, sin sentir que estaba faltándole el respeto a alguien. Estaba feliz; mi hijo estaba a salvo y Lucía, ella estaba conmigo. Dios, ¿será que podía verla de una vez? De verdad es que no podía aguantar más la espera.

La operación duró más o menos una hora y media, demasiado tiempo para mi gusto y tras comprobar de que todo estaba bien, me subieron a una habitación en la que podía recibir visitas. Pedí que llamasen a Lucía y no se hizo esperar, a los diez minutos, la tenía abrazada a mi cuerpo mientras derramaba todas las lágrimas contenidas durante todo este tiempo. Yo, sin poder remediarlo, me desahugué con ella y lloré como si en realidad, hubiese perdido más de lo que realmente, había ganado.

—Tranquila, cariño. Estoy contigo, estamos juntos y ahora nadie nos separará —murmuré en su oído mientras la apretaba con intensidad contra mi pecho.

—Te amo y me habría muerto si te hubiese llegado a pasar algo, Sergio. Eres lo más fuerte que me ha pasado en la vida, tanto que nunca he podido olvidarte y enamorarme de otro, nunca entró en mi mente y mucho menos en mi

corazón —declaró con la voz entrecortada y el corazón latiéndole a mil por hora, o ¿era el mío?

—Lo sé, lo sé. Y te aseguro que siempre he sentido miedo a tu olvido, a que nunca más me regalases tus besos. —La besé—. Tus abrazos. —La abracé—. Y esos te amo que solo tú sabes decirme. Lucía, yo quiero pedirte perdón. —Negó con lágrimas en los ojos mientras ponía un dedo en mis labios—. No, déjame que hable, necesito hacerlo.

Me miró, me miró con esa intensidad que la caracterizaba. Lucía era así, intensa y dulce a su vez. Amorosa y pasional. Una mezcla explosiva, una mezcla que solo yo era el que podía alimentar esos sentimientos, nadie más que yo. Ella y yo, solo ella y yo éramos los que podíamos con la fuerza del otro, con las sensaciones del otro. Ella y yo, éramos puro caos, pura pasión y, sobre todo, puro amor.



34

Lucía

Cuando tuve a mi hijo entre mis brazos, lo estreché para calmar su llanto, salí de la nave sin mirar atrás, pues estaba segura de que, si lo hacía, no podría irme y dejarle allí, en manos del hijo de puta de su hermano. Sergio me había demostrado que éramos importante para él, lo más importante en su vida y eso, eso solo alimentó más el amor que sentía por él, convirtiéndose en el más fuerte jamás sentido. Mi amor por él se había convertido en algo diferente, en algo intenso y poderoso que nunca, jamás en mi vida, iba a dejar de sentir, aunque él y yo no estuviéramos juntos, siempre lo iba a sentir.

Al salir, comencé a gritarle a la policía y solo cuando conseguí que entrasen y todo porque escuchamos un disparo en el interior de la nave, entraron, pero yo... yo me quedé anclada al suelo a la espera de que no fuese Sergio el que salió herido.

Pablo vino corriendo hasta mí para coger al niño y llevarlo con los sanitarios, pues debían revisar que estuviese bien y que no tuviese lesiones. Me costó demasiado separarme de mi niño, pero Pablo me aseguró que ahora, yo debía estar pendiente del hombre que había salvado a su hijo. Le miré con cariño, pues después de todo, él nunca fue un mal esposo sino, todo lo contrario, fue el mejor, pero no suficiente para mí.

Los minutos comenzaron a pasar y otro disparo entró en mi pecho como si en realidad me hubiesen herido a mí. Recé, recé para que no fuese él, para que no estuviese malherido o, lo que es peor, muerto. Entonces dos policías salieron con Sergio en brazos, estaba inconsciente y yo, importándome muy poco, salí corriendo a su encuentro para comprobar que estuviese bien. Y no, no lo estaba, su pierna sangraba demasiado y eso si no lo taponaban, podía morir desangrado. Los sanitarios trajeron una camilla y tras ponerlo en ella, le hablé llena de angustia y pocos segundos después, sus ojos se abrieron y me aferré a él. Aunque no pudimos estar mucho tiempo juntos, lo subieron a la ambulancia a toda prisa y le aseguré de que estaría a su lado.



Tras cerrarse, volvieron a salir más policías, pero esta vez traían el cuerpo sin vida de Nick. No podía decir que me alegraba, no tenía tan mal corazón, pero íbamos a respirar ahora mejor sabiendo que él no estaría para jodernos la vida como siempre consiguió.

Las horas pasaban lentamente y menos mal que Pablo se había encargado de todo, de llamar a mi madre, a mi padre y al tío de Sergio. Este lloró la muerte de su sobrino, pero pensó lo mismo que yo, era lo mejor que podía haber pasado, su muerte era algo inevitable que solo él se buscó. Cuando todos llegaron, me llamaron y me llevaron a la habitación de Sergio. En cuanto mis ojos se encontraron con los suyos, corrí y me aferré a su cuerpo.

—Tranquila, cariño. Estoy contigo, estamos juntos y ahora nadie nos separará —murmuró en mi oído mientras me apretaba con intensidad contra su

pecho.

—Te amo y me habría muerto si te hubiese llegado a pasar algo, Sergio. Eres lo más fuerte que me ha pasado en la vida, tanto que nunca he podido olvidarte y enamorarme de otro, nunca entró en mi mente y mucho menos en mi corazón —declaré con la voz entrecortada y el corazón latiéndome a mil por hora.

—Lo sé, lo sé. Y te aseguro que siempre he sentido miedo a tu olvido, a que nunca más me regalases tus besos. —Me besó—. Tus abrazos. —Me abrazó—. Y esos te amo que solo tú sabes decirme. Lucía, yo quiero pedirte perdón. —Negué con lágrimas en los ojos mientras ponía un dedo en sus labios—. No, déjame que hable, necesito hacerlo.

No podía escuchar nada ahora, no cuando teníamos todo el tiempo del mundo. Ahora sí podía decirlo, teníamos toda la vida por delante.

—No necesito escuchar nada porque sé que me amas y yo te amo a ti y nada de lo que digas o pienses me hará cambiar de opinión.

—No pretendo eso, Lucía. Solo necesitaba pedirte perdón, aunque suene repetitivo. Mi corazón ha estado muerto en mi interior todo el tiempo en el que te tuvo lejos, en el que creía que no eras mía, aunque siempre supe que lo eras —afirmó secándose las lágrimas—. Nunca más en mi vida me alejaré de ti. Nunca, óyeme bien, jamás, me perderás de nuevo, Lucía.

Asentí abrazándole de nuevo. No solo había recuperado al amor de mi vida, sino que mi corazón volvió a latir como hacía tiempo no latía. Me regaló a mi hijo dos veces; el día que nació y hoy, cuando me ayudó a arrancarlo de las garras del demonio. Sergio fue, era y será siempre, el amor de mi vida, el hombre que me daba todo a cambio de nada, que me ayudaba a ser feliz, que me enseñaba el valor de las cosas; siendo él, junto con nuestro hijo lo más valioso que había tenido en toda mi vida.

Nos besábamos y abrazábamos sin poder parar y la puerta se abrió

despacio, dejando ver a Pablo con el niño de su mano. Mi hijo me miró y corrió a mis brazos y Pablo, él se acercó a Sergio y le extendió la mano.

—Gracias por salvarlos, por dar la vida por ellos. —Sergio la estrechó con sinceridad.

—Hice lo que debía y estoy seguro de que tú habrías hecho exactamente lo mismo. ¿Me equivoco? —Negó mirándome, demostrándome el profundo cariño que aún seguía sintiendo por mí.

—En mi vida dejaría que ellos sufrieran y mucho menos dejaría que les hicieran daño. Por eso no te quería cerca de ellos, pero ahora sé que tú eres el único que puede cuidarlos como se merecen.

—Gracias —murmuré mirando a Pablo y él asintió encogiéndose de hombros.

Tras unos largos minutos en los que estuvimos hablando de todo lo que había pasado, Pablo se despidió de mi hijo diciéndole de que ahora estaba con su papá y que él siempre iba a estar para él, siempre que lo necesitara, lo tendría. No pude evitar emocionarme al ver como mi hijo se aferraba a su cuerpo y sabía que iba a ser tarea difícil el que ahora confiara en Sergio y lo viese como su padre. No podía evitar sentirme culpable por haber provocado esto, pues yo fui la que le hizo creer a Edu que Pablo era su padre y no Sergio.

Nos quedamos solos y mi hijo miraba a Sergio con recelo y, aunque era normal tras haber sido secuestrado, no podíamos evitar sentirnos mal.

—Hola pequeño, soy papá —dijo Sergio temeroso de su rechazo.

Edu lo miraba, pero no articulaba palabra. Yo miré a Sergio y él negó entendiéndolo. Tendría que acostumbrarse primero a verlo a menudo para conseguir que el siguiente paso.

Las horas comenzaron a pasar y mi madre se llevó a Edu a su casa para que descansara. Mi hijo se despidió de mí y yo lo acerqué para que Sergio pudiera darle un beso en la cabeza al menos, ya que mi pequeño trasto no

estaba por la labor. Cuando nos quedamos solos, me senté a orillas de la cama y cogí sus manos. Sergio tenía la mirada perdida al frente y estaba segura de que estaba pensando en que su hijo ahora no lo podía ni mirar y todo era mi culpa.

—Sergio, perdóname —dije de pronto consiguiendo que me mirara de una vez.

—¿Por qué? Yo no tengo nada que perdonarte.

—Sí que tienes. Edu no se acerca a ti por mi culpa, nunca le dije que tú eras su padre. —Sollocé, las lágrimas no habían tardado ni un minuto en aparecer.

Acercó sus manos a mis mejillas y borró todo rastro de tristeza, secando mis lágrimas con la yema de sus dedos y besándolas con toda la dulzura que solo él sabía demostrar. Me sentía afortunada de tener a un hombre como él a mi lado, de ser amada por este hombre que tanto había sufrido por culpa de otros. Y ahora yo, también le hacía sufrir quitándole lo que por derecho le pertenecía.

—Tranquila, yo sabré ganarme a nuestro hijo. Recuerda que el roce hace el cariño y nosotros ahora tenemos toda la vida por delante para que pueda llamarme papá. Juntos lo conseguiremos —expresó demostrándome aún más lo que me amaba si podía.

Acerqué mi rostro al suyo y besé sus labios con pura pasión, con puro deseo, con puro amor. Lo amaba y todo este tiempo en el que me negué a sentir este amor, había sido como un castigo para mí, un castigo impropio y que no merecíamos. Ahora por fin, era capaz de abrir los ojos por la mañana y darme cuenta de que tenía a mi lado a la persona que el destino me puso en mi camino aquella tarde de otoño cuando esperaba a mi madre en la puerta del instituto. Él pasó por allí con su moto y sin esperarlo, se fijó en mí y hasta hoy seguía sintiendo esa adrenalina cuando lo tenía cerca. Sergio podía hacerme

sentir de mil maneras distintas y una de ellas, era como un vértigo, como un inmenso mareo que acababa conmigo estampada en el suelo, pero siempre sus brazos estaban debajo para impedir que me cayese.



Hacía ya una semana en la que Sergio estaba en mi casa, viviendo con nosotros. Aún se estaba recuperando de la herida de la pierna, pero ya caminaba mejor.

Pablo decidió alquilarse otro apartamento para poder estar al lado de su novia, de esa muchacha a la que, realmente, no podía desearle nada malo, pues ella no lo era. Simplemente se enamoró de mi marido en ese momento. Pablo y yo ya habíamos pedido el divorcio y pronto seríamos libres para vivir nuestro amor, por separado, como nos merecíamos.

Edu, poco a poco, se iba acercando más a Sergio y, aunque aún no le llamaba papá, sabíamos que pronto lo haría. Estábamos pasando unos momentos muy intensos y bonitos y eso solo nos unía más.

Ahora, solo faltaba que él se recuperara del todo y poder arreglar el problema de las empresas, eso era algo que lo tenía en vilo y que, sin estar cerca, no podía controlar.

Me levanté temprano y tras volver a casa después de haber dejado al

niño en el colegio, pues en este momento yo no estaba trabajando, había pedido unos días libres para poder cuidar a Sergio. En un principio mi jefe se negó a dármelos, pero al final acabó cediendo en el momento que vio lo desesperada que estaba.

—¡Sergio! —Grité en cuanto crucé el umbral de la casa.

Estaba todo en silencio y me asusté tanto al no escuchar nada, corrí hasta la habitación, abrí la puerta y mis ojos se llenaron de lágrimas. No podía creer lo que Sergio había preparado; pétalos en el suelo para darle un toque especial y creando un camino hasta la cama. Sábanas blancas con pétalos azules alrededor; parecía mágico. Y en medio del corazón de pétalos sobre la cama, una cajita de terciopelo azul que hizo que mi corazón comenzara a latir frenético. Sergio salió del baño en cuanto escuchó mis pasos y, sobre todo, mis suspiros y esperó, con una sonrisa en sus preciosos labios a que yo me decidiera a entrar.

Estaba muy nerviosa, demasiado y todo porque era más de lo que un día podía haber imaginado. Él siempre supo cómo sorprenderme y esta vez no sería diferente. Sergio tenía la capacidad de saber lo que a mí me llenaba el alma, el corazón, aunque realmente, era él mismo el que lo hacía y siempre iba lo sería.



35

Sergio

Me quedé levantado en cuanto ella se fue a dejar al niño en el colegio. Llevaba una semana viviendo con ellos, siendo totalmente feliz como merecíamos. Aunque había momentos en los que sentía que me faltaba algo y eran mis pequeños, esos que no eran míos propios, pero como si lo fueran.

Esperé un cuarto de hora sentado en el sofá hasta que mi tío llegó para traerme todo lo que le había encargado hacía unos días. Era una sorpresa que tenía pensada y que había llegado el momento de poner en práctica.

Preparé todo en cuanto volví a quedarme solo con la clara intención de conseguir que la mujer que había amado toda mi vida y que seguía amando con toda mi alma, me diese ese sí que necesitaba para poder seguir adelante con esta historia sin tener miedo a que un día mis ojos se abrieran y me dieran cuenta de que todo había sido un sueño, algo que jamás pasaría.

Cuando lo tuve todo preparado, me fui al baño para darme una ducha, cogí la ropa que me iba a poner y tras terminar, me vestí. Pocos minutos después, escuché unos pasos y por consiguiente unos suspiros llenos de agonía que me hicieron ver que era ella y que ya lo había visto. Conté hasta tres y salí a su encuentro para mirar sus ojos con una sonrisa. Lo que le había preparado la tenía muy emocionada y eso era lo que yo quería.

—Hola —la saludé caminando hasta ella.

Lucía iba a responder, pero puse mis dedos en sus labios para después hincar una rodilla frente a ella y así provocar que se desmayara del todo. No podía a penas vislumbrar lo que yo hacía, las lágrimas no la dejaban y tampoco pretendía eso. Quería que no se perdiera nada, que escuchara todo lo que tenía que decirle.

—Levántate —me pidió en un hilo de voz. Negué sin borrar la sonrisa.

—Deja que te admire desde este ángulo. —La miré fijamente—. Estás hermosa —susurré provocando que sus mejillas que tiñeran de rojo—. Ahora tú, te quedarás en silencio, sin rechistar...

—Pero...

—He dicho sin rechistar —la interrumpí y ambos nos reímos—. Hace tiempo que tengo ganas de declararte todo lo que siempre he sentido por ti y creo que ha llegado el momento de hacerlo, importándome muy poco que aún seas una mujer casada, por poco tiempo, gracias a dios.

—¿Me dirás todo arrodillado? —Se interesó.

—Si hace falta sí.

—Bien. —Suspiró—. En ese caso, creo que me pondré a tu altura.

Se agachó poniéndose frente a mí, sus ojos se clavaron en los míos y eran estos actos los que me enamoraban aún más de ella si podía.

—Ahora está mejor —dijo posando sus manos en mis hombros.

Me mordí el labio inferior deseando besarle hasta dejarla sin aliento,

pero aún no era el momento y tenía que decirle todo lo que mi pecho ya no podía soportar porque me dejaba sin aliento. Cada vez que la tenía cerca era como si me provocase asma, algo inusual, pero que ocurría. Cuando su piel rozaba la mía, una corriente eléctrica me recorría entero y ahí me daba cuenta de que hasta eso nos unía. Éramos una tormenta, una eléctrica que arrasaba con todo, con nosotros mismos.

—Por favor, no me interrumpas —expresé nervioso, como nunca en mi vida—. Eres esa luz que brilla en cada rincón oscuro de mi alma, Lucía. Hace tiempo que perdí las esperanzas de estar como ahora, frente a ti y con la oportunidad de decirte lo que tú, con tu sonrisa, tu mirada, con esos ojos que me llevan a lugares que no podría viajar ni con todo el dinero del mundo, me haces sentir. —Rocé sus labios sin permiso—. ¿Has notado la electricidad que nos recorre? —Pregunté y ella asintió—. Eso únicamente lo he sentido contigo, solo tú has sido capaz de hacerme esto y es por eso que, no puedo esperar a pedírtelo a siquiera pensarlo por más tiempo porque no soporto la idea de tenerte a mi lado y no sentir que eres mía en todos los sentidos. —Suspiré mirando al suelo unos instantes—. ¿Quieres casarte conmigo? —Pregunté mirándola de nuevo.

No podía esperar a que respondiera, ni mucho menos iba a dejar que me dijese que no, eso nunca. Sonrió con lágrimas en los ojos y antes de responderme, yo ya la estaba besando, pues esa sonrisa me decía que sí, su mirada me lo decía... todo lo que su cuerpo me demostraba me afirmaba lo que tanto esperaba y eso era que Lucía y yo estábamos hechos el uno para el otro y que, a partir de ahora, seríamos uno solo sin que nadie más intentara lo contrario. Al separarnos, Lucía clavó sus ojos en los míos, provocando que tragase saliva, provocando un nerviosismo en mí que solo ella conseguía.

—No hacía falta decirme todo eso para pedírmelo. Había soñado tantas veces con este momento que nunca pensé que iba a ser tan perfecto —expresó

con la voz entrecortada—. Tú eres esa luz que un día se apagó en mi interior, volviste a encenderla y ahora, brilla más que en toda mi vida. Claro que quiero casarme contigo, es lo que más deseo en este mundo.

Tras decirme eso, algo que me emocionó escucharlo, aunque nunca había dudado de sus sentimientos, la besé como tanto deseaba, como tanto amaba. Y, tras muchos besos, muchos te amo y muchas promesas, le hice el amor, la besé y deseé tal y como se proyectaba en mis sueños cuando no la tenía conmigo. Lucía era todo lo que yo necesitaba, no que ansié toda mi vida y ahora que la tenía conmigo, a mi lado, tenía miedo de perderla. Qué absurdo ¿no? Fui yo quien la dejó, quién decidió por los dos y aun así seguía siendo el que temía perderla. Y todo porque no creía que ella pudiera sentir algo por mí, que me amara tal y como era porque era un hijo de puta que la adoraba pero que no fue capaz de hacérselo ver, de luchar por ella como se merecía.

—No te merezco, mi amor —expresé para después besarla de nuevo, para amarla de nuevo.

Porque era tan especial, tan hermosa que no podía dejar de adorarla, de contemplar cada milímetro de su piel, de esa piel que, al estar en contacto con la mía, se erizaba. La amaba y la iba a amar por siempre.

Los días comenzaron a pasar deprisa, tan rápido que casi no nos dimos cuenta de que pronto tenía que volver a Alemania, aunque esta vez no era para siempre y tenía la esperanza de que vinieran conmigo.

Estábamos en el salón poniendo la mesa, pues los padres de Lucía y mi tío Arturo vendrían a almorzar, era hora de decirles la noticia de la boda, aunque ella aún no estuviese segura de contarle puesto que faltaba un par de días para la firma del divorcio y tenía el presentimiento de que iba a suceder algo, tenía miedo de que ahora, después de todo lo que habíamos pasado para estar juntos, se fuese todo al garete.

—Edu cariño. ¿Por qué no ayudas a papá a poner la mesa?

Lucía se acercó a nuestro hijo que estaba frente a la televisión viendo dibujos animados. La miré encogiéndome de hombros restándole importancia. No quería que mi hijo se sintiese obligado a acercarse a mí, poco a poco estábamos consiguiendo dar pasitos.

Edu me miró y asintió con media sonrisa, algo inusual en él, pero que me alegró ver. Lucía se encogió de hombros y ya sabía yo que ella tenía algo que ver en eso. Se dio la vuelta y volvió a la cocina para seguir con la comida. Edu sacó los cubiertos del cajón y fue colocándolos en la mesa, cada uno en su lugar.

—Papá —dijo de pronto.

En ese momento sentí como mi corazón se paralizaba y como me dejaba sin aire.

—Dime, campeón.

—¿Es cierto que tengo dos hermanos? —Se interesó y me senté en la silla que tenía a mi lado.

—Ven, siéntate. Te enseñaré una foto que tengo de ellos.

Se sentó a mi lado y saqué de mi cartera una foto de mis hijos de su primer cumpleaños. Edu sonrió y juraría que era la sonrisa más bonita que había visto en toda mi vida. Siempre tuve el deseo de ser padre, de tener un hijo con Lucía y ahora que sabía que existía, algo dentro de mí se quebró al percatarme de todo lo que me había perdido. Quería recuperar el tiempo perdido, tener ese momento junto a él. Cogí mi móvil y le di a la cámara para hacerle una foto.

—Ahora quiero hacerte una a ti, pues no tengo ninguna —le dije y él asintió—. Y si me dejas, podríamos hacernos una juntos. ¿Te parece buena idea? —Volvió a asentir.

Nos hicimos mil fotos, Lucía salió de la cocina y se unió a nuestro juego de hacernos fotos. Nos hicimos muchas, demasiadas, como para empapelar

una pared completa y me sentía feliz de que, por fin, tuviera alguna de nosotros tres.

—Gracias, papá. —Edu me abrazó y yo lo estreché entre mis brazos.

Luego de eso se fue corriendo a su habitación y se puso a jugar mientras que, la mujer que yo amaba y yo, nos mirábamos con todo el amor que sentíamos.

—Gracias —murmuré.

—¿Por qué? Yo no hice nada. Solo le dije que tenía dos hermanos y que pronto los conoceríamos. Parece que eso de ser el hermano mayor le hizo ilusión —comentó y solté una carcajada.

Me levanté y ella hizo lo mismo. Cogí su mano y tiré de ella para estrecharla entre mis brazos. Eran por estos momentos, por estos detalles por lo que cada día la amaba más. ¿Se podía tener a una persona en el corazón durante tiempo sin ser capaz de echarla? Sí, claro que se podía, yo pude. Yo la tuve y seguiría teniéndola por el resto de mi existencia.

Seguí poniendo la mesa, ya que mi hijo se había ido dejándome con todo el trabajo mientras que Lucía se fue a la cocina para mirar el pollo que estaba en el horno. Sus padres y mi tío estaban a punto de llegar y, una parte de mí, estaba nerviosa por la reacción del padre de ella. La última vez que lo vi no fue demasiado amable y no le culpaba por ello.

En ese momento, mientras pasaba una a una las fotos que nos habíamos hecho, mi móvil comenzó a sonar, mostrándome el nombre de Lorenzo. Sin darle tiempo al tercer tono, respondí y salí al balcón.

—Por fin llamas. Dime que tienes noticias.

Pregunté atropelladamente, casi sin respirar.

—*Tengo noticias y no creo que te gusten demasiado, Sergio.*

Me tensé al instante, pues una parte de mí sabía que ese día iba a llegar, que sabría algo que, en parte, siempre esperé. La vuelta a Alemania iba a ser

más pronto de lo que me esperaba y tenía miedo por Lucía.

—Dime.

—*Penélope intentó salir de Alemania anoche...*

—¿Cómo? No me jodas, Lorenzo. ¿Y mis hijos?

—*Déjame hablar, joder. Cuando digo intentó es porque no lo consiguió, pero tampoco puedo decirte que fue mejor eso. Los policías la hirieron y ahora está en el hospital. Sergio... está muy mal y no creemos que se salve. Y por tus hijos no te preocupes, los está cuidando mi mujer. Tuvimos que ir a por ellos en cuanto nos avisó la niñera de que llevaba horas sin saber de su madre.*

Comencé a dar vueltas de un lado al otro, cansado, agotado de que siempre hubiera problemas en mi vida. Mi hermano se había encargado que eso fuera siempre así y, aunque no le deseaba el mal a nadie, Penélope solo tenía lo que ella se buscó. Lo único que me jodía era saber que mis hijos estaban con otra persona que no eran sus padres. Seguramente estarían asustados y ahora, en este momento, era cuando entendía el dolor que Lucía sintió al saber a Edu con un energúmeno que no conocía. No era la misma situación, pero se asemejaba un poco.

Me senté en la silla del balcón a esperar más malas noticias, estaba seguro de ello. Lo único que necesitaba era la comprensión de Lucía, así será todo más fácil.



36

Sergio

Media hora después colgué la llamada cansado de escuchar todo lo que había pasado en mi ausencia. Ahora tenía que volver para arreglar el estropicio que Penélope y mi hermano habían dejado y, con suerte, no dejar a nadie en la calle.

Entré de nuevo a la casa y Lucía estaba abriéndole la puerta a sus padres y a mi tío que al parecer llegaron al mismo tiempo. Fui a saludarlos con una sonrisa y cuando me acerqué a mi suegro, este me miró mal. Tenía que hablar con él y explicarle la situación que viví durante todo el tiempo en el que Lucía había estado sola con mi hijo. Bueno, no estuvo sola, Pablo estaba con ella y aunque me jodiera, le estaría eternamente agradecido.

—¿Qué tal? —Pregunté acercándome a Eduardo.

—Bien —respondió de mala manera.

—Papá, por favor —lo regañó Lucía.

Yo la miré y negué para restarle importancia. Tampoco iba a dejar que se enfadase con él por algo en lo que llevaba razón.

Los dejamos en el salón para seguir en la cocina. La ayudaría con la comida, así, al menos, no me quedaría en medio de ese hombre que quería matarme con sus propias manos. Lucía se sentía mal y culpable.

—Es que no lo entiendo. Ya le he explicado todo y aun así sigue pensando lo mismo. —La abracé por detrás y besé su cuello—. ¿Tan difícil es para él entender mis sentimientos?

—Tranquila, cielo. Lo entenderá en su momento —murmuré en su oído.

Se dio la vuelta y me miró a los ojos con ese brillo tan especial y atrayente que me volvía loco. Era como si me arropase, me cobijase de todo lo malo que nos rodeaba. Ella siempre fue la fuerte de la relación, aunque pareciera mentira, yo sin Lucía, no tenía fuerzas para luchar por nada. A las pruebas me remitía. Todo lo que había pasado, si hubiésemos estado juntos, habría sido diferente.

Cuando terminamos de servir, salimos de la cocina para almorzar. Estaba nervioso y no precisamente por tener a mis suegros aquí, si no, porque debía decirle a Lucía que tenía que volver a Alemania. De igual manera ahora era diferente, no me iría para siempre, solo hasta que arreglara todo.

—Y dime Sergio. ¿Te quedarás o saldrás corriendo otra vez? —Preguntó Eduardo y se llevó una mala mirada de Lucía.

—¡Papá!

—Tranquila, cariño. No pasa nada.

—No, sí que pasa. ¿Para eso querías venir, para molestarle? ¿No puedes creer que estamos juntos y que no se irá esta vez?

Mi cuerpo se tensó de tal forma que ella se dio cuenta. Miré al plato en silencio, sin poder si quiera mirarla a los ojos y refutar lo que ella misma

estaba diciendo. ¿Cómo le diría ahora lo contrario?

Eduardo me miró y soltó una risita irónica que molestó mucho a su hija, pero que también la hizo poner sus ojos en mí y preguntarme lo que tanto yo estaba evitando.

—Sergio. —Tocó mi mano—. ¿Te irás de nuevo? —La pregunta salió de sus labios en un susurro ahogado, casi sin aliento. Yo no la miré, no podía—. Respóndeme ahora mismo, por favor.

Me levanté con la intención de escapar de esas miradas acusatorias, de ese dolor que ella me trasmitía en ese momento y, sobre todo, avergonzado por no poder si quiera afirmarle con palabras lo que con actos le estaba diciendo.

—Te lo dije —afirmó Eduardo hirviéndome la sangre.

—¡Estoy hasta los huevos! —Grité antes de esconderme de todos—. Estoy cansado de que le meta estupideces a su hija en mi contra.

Lucía me miraba perpleja y su padre se levantó con una ceja alzada para encararme.

—No le meto estupideces, solo le abro los ojos de una maldita vez. No eres bueno para ella, nunca lo fuiste. ¿Qué diferencia hay ahora? Te irás de todas formas y la destrozarás de nuevo —escupió muy seguro de lo que decía.

—No tiene idea de lo que yo he pasado cuando no estaba con ella. Yo la amo y eso no va a cambiar, aunque usted intente abrirle los ojos. Sí, tengo que volver a Alemania, pero esta vez es diferente —eso último lo dije mirándola a ella.

Su padre soltó una carcajada y me estaba sacando de mis casillas. No quería perder los papeles con él. No quería darle un puñetazo que era lo que se merecía. Había veces que pensabas que los padres de la mujer que amabas se merecían un respeto y otras, deseabas con todas tus fuerzas hacerles tragar sus palabras de algún modo.

Lucía se levantó y se fue al balcón con la excusa de que le faltaba el aire.

Yo intenté caminar hacia ella, pero su padre me lo prohibió cogiéndome el brazo. Lo miré de arriba abajo y me solté de su fuerte agarre de un tirón y fui a por ella. Si le jodía, ya tenía dos problemas. Al salir al balcón, me la encontré asomada a la calle, mirando al frente, a cualquier punto que no esté mi rostro, de eso estoy seguro. Me acerqué a ella y volví a abrazarla, aunque sabía que en este momento no quería que me acercara.

—¿Por qué no me lo has dicho? ¿Esto siempre va a ser así?

—No, claro que no —respondí—. No te lo dije porque no pensé que fuera tan rápido. Lucía. —La obligué a darse la vuelta—. Mírame, por favor. —Lo hizo, a regañadientes—. Tú sabías que tarde o temprano debía volver. Mis hijos están allí y tengo que arreglar el problema de las empresas. En este momento lo que menos quiero es irme y dejaros aquí, pero es mi deber.

—Tu deber también está aquí. ¿O se te olvida de que también tienes un hijo aquí? No, claro que no, como vas a ver algo que no te...

—Que no me importa, ¿eso ibas a decir? —Se disculpó agachando la mirada—. No tienes derecho a decirme eso cuando me he enterado de que tengo un hijo a sus cinco años.

—Ya sabía yo que me ibas a reprochar el no haberte dicho que eras padre. —Se alejó de mí—. Si no te lo dije fue porque me dejaste, Sergio. Así que ahora ahórrate las excusas conmigo, que ya nos conocemos —expresó reprimiendo las lágrimas.

Sabía que iba a llorar en cualquier momento y me dolía en el alma haber llegado a esta situación, pero ¿qué podía hacer? Tenía que irme de igual forma, aunque ella no creyese en mi palabra de que volvería.

—Lucía, no te reprocho nada. Pero si me lo hubieses dicho a mí en vez de a mi hermano, las cosas serían diferentes. —Intenté de nuevo acercarme, no me dejó—. Por favor, tienes que creerme. Volveré, cariño. No pienso dejaros ahora que os he recuperado.

—Me da igual lo que digas ahora, Sergio. Vete y haz lo que tengas que hacer.

Se metió en la casa dejándome con la palabra en la boca y el corazón en un puño. No me creía, no creía nada de lo que le decía y eso era peor que saber que cualquier otra cosa. Yo la amaba, la doraba, pero ella en este momento me demostraba que no quería saber nada de mí y eso, eso lo único que me provocaba era largarme y dejar de pensar en que una vez la tuve a mi lado.

Cuando entré a la casa, mis suegros ya se habían ido y mi tío estaba a punto de hacerlo. Antes de irse me dijo que luchase por lo que yo más amabas, que no dejase que nada ni nadie intentara joderme la vida de nuevo. Él tenía razón y debía de hacer hasta lo imposible por mantener nuestro amor vivo.

Entré en la habitación y ella estaba recostada en la cama. Quise acercarme, pero no me atreví.

—El niño se fue con mis padres —afirmó y me dolió saberlo.

—¿Por qué? Ni siquiera me has dejado despedirme de él.

Eso fue el detonante para que explotara. Se levantó con una mirada acusatoria, llena de rencor y ¿odio? No, ella no podía odiarme, no ahora.

—¿Despedirte, en serio? ¿Para qué quieres despedirte de un niño al que no volverás a ver?

—Eso no es así y ya me estoy cansando de tu desconfianza.

—¿Y qué quieres, si a la primera de cambio te largas de nuevo?

No entendía nada, Lucía no entendía lo que yo tenía que hacer. La visita de sus padres no había sido buena idea y solo tenía que mirar a Eduardo, su padre, para saberlo. Él era uno de nuestros problemas en este momento y hasta que no dejara de meterse en lo que no le importaba, nosotros íbamos a estar así, de mal en peor.

—Nunca más vuelvas a desconfiar en mí. Te demostraré que te equivocas

y cuando llegue, ese día, veremos si mereció la pena para ti.

Me di la vuelta y tras coger mi maleta, esa que no me había atrevido a vaciar, sabiendo que de un momento a otro debía marcharme y salí de esa habitación y por consiguiente de su casa. Los sollozos de Lucía no se hicieron esperar y me desgarró el alma de tal manera que no dudé un segundo en volver a entrar y correr hasta ella y estrecharle entre mis brazos. No se lo esperó, pero tampoco me alejó de su cuerpo.

Lucía se aferró a mí con fuerza y yo, en ese momento, sentía que no solo dejaba a la mujer que estaba en mi corazón desde hacía años, si no, que también dejaba mi alma, mi vida. En Alemania no iba a ser lo mismo, no iba a ser yo la persona que luchara por mantener a flote una empresa que estaba muerta desde hacía años.

—Voy a volver, te lo juro por mi vida de que voy a volver. Créeme, por favor —supliqué a la vez que cogía sus mejillas y besaba sus labios con toda la ternura que podía llegar a tener en un momento como este.

—Te creo, Sergio.

Y tras decirme eso, besé sus labios de nuevo y la apreté contra mi pecho, intentando meterle en él, aferrándola aún más si podía a mí.

Horas más tarde, estábamos en el aeropuerto, ya era hora de volver. No le dije a Lucía el tiempo que iba a tardar en volver, pues sería como revivir aquel momento en el que me fui y no volví. Sería como remover algo que ahora no tenía sentido. No me despedí de mi hijo, era lo mejor. No iba a poder soportar su rechazo en este momento.

Lucía me acompañó al aeropuerto, así como hacía años, así como yo quería olvidar, pero el destino se empeñaba en ponérselo delante, frente a nosotros para martirizarnos.

Estábamos delante de las escaleras que nos separaban de una vez y ella lloraba sin poder respirar. Yo solo podía abrazarla, era lo único que me salía,

porque hasta para decirle algo, tenía que pensar muy bien las palabras. ¿Qué decirle a la mujer que amabas cuando estabas a punto de hacer lo que un día prometiste no repetir? Quise que vinieran conmigo, que dejase aquí las cosas preparadas para nuestra llegada después de un tiempo, pero no podía hacerlo. Ella tenía un trabajo, una vida que no podía joder solo para que la mía fuese más fácil. Era hora de que yo diera de mí, más de lo que un día dejé. Ella lo merecía, ambos merecíamos esa felicidad.

—Te voy a echar de menos, mi amor —murmuré en su oído.

—Sergio. —Me miró—. ¿Me querrás siempre?

Me hizo la misma pregunta, la misma maldita pregunta que había estado martirizándome todos estos años y yo solo podía responder:

—Te querré eternamente. Nunca lo dudes.

Volví a besarla y me separé de su cuerpo a regañadientes para perderme por esas malditas escaleras.

Iba a volver, de eso estaba seguro. El problema era que no sabía cuándo.



37

Lucía

Verle marchar de nuevo y sabiendo que no había fecha de vuelta, me partió el alma en dos. Esta vez era diferente que la primera vez que se fue. Esta vez sabía que podía pasar algo que nos separase para siempre. Lo vi subir las escaleras mecánicas, parecía loco por irse, pero yo sabía que esa rapidez no era por otra cosa que no mirar atrás y negarse a irse. Las cosas debían ser así, esta vez hacía lo correcto, aunque estar con nosotros también lo fuera.

Una vez que mis ojos dejaron de verle, me di la vuelta para regresar a mi casa. Tenía que dejar todo preparado para incorporarme al trabajo mañana, ya llevaba demasiados días sin ir y tampoco podía perderlo.

Me subí en un taxi y tras darle la dirección, arrancó.

Por el camino, miraba por la ventana, pensando en mil cosas y en nada a

la vez. Porque nada de lo que pensara ahora tendría sentido. Sin Sergio de nuevo, mi vida volvería a ser la que era; aburrida, amargada. No era feliz, nunca lo había sido. Mi hijo, era el único que me sacaba una sonrisa y el tiempo que pasaba con él, era el pequeño momento del día que pensaba que la felicidad era eso, pero estaba equivocada y él me lo había demostrado en estos días que estuvo con nosotros. Sergio me enseñó la verdadera felicidad... aunque yo ya sabía que esa estaba a su lado.

Casi una hora después, el taxista paró frente a mi portal y tras pagarle, salí y por consiguiente subí a mi casa para encerrarme hasta el siguiente día. Con suerte, las horas pasarían rápido y así me llenaría de trabajo para no tener que pensar en nada más que no fuese en los exámenes.

Metí la llave y al abrir, me quedé desconcertada; Pablo estaba sentado en el sofá. Parecía estar esperándome, pues se levantó en cuanto me vio. Y no hizo otra cosa que, acercarse y abrazarme con fuerza, dándome un apoyo que no le había pedido, pero que sí necesitaba.

—Gracias por estar aquí —dije aferrándome a él.

Pablo era ese hombre que no llegué a amar, pero que consiguió meterse en mi pecho, queriéndole del mismo modo que se quería a un hermano. Era mi amigo, mi confidente y un hombre espectacular que merecía una felicidad completa y no la mitad que yo le ofrecía.

—Siempre estaré para ti. Ya lo sabes ¿verdad? —Preguntó separándose de mí unos centímetros.

—Lo sé.

Caminamos hasta el sofá y me recosté en él; estaba cansada de todo y algunas veces pensaba perderme del mapa, irme a otro país, otra ciudad y vivir en algún lugar del mundo. Donde nadie me conociera. Pablo cogió mis piernas y las puso sobre las suyas. Me miró y sonrió dulcemente; era muy guapo, un hombre que siempre me gustó físicamente. Aunque como persona era

de diez.

—¿Cómo estás? —Se interesó. Yo me encogí de hombros, ni siquiera tenía respuesta para eso.

—No lo sé. Todo lo que ha pasado me ha abierto los ojos de alguna manera. Siempre pensé que si Sergio volvía a buscarme le daría la patada y ahora que ha vuelto a irse, necesito tenerle a mi lado —declaré reprimiendo las malditas lágrimas—. Es todo muy confuso. —Me incorporé para estar más cerca de él.

—¿Qué lo es?

—Todo esto. Mi vida. No sé.

—¿Puedes ser más clara? —Sonreí.

—Lo intento, de verdad. Me refiero a que antes, creía que tú eras mi felicidad. Que mientras tuviera a mi hijo y a un hombre que nos amaba, me era suficiente —me quedé en silencio y suspiré.

—¿Y ahora no lo es? ¿Qué ha cambiado, Lucía? —Tocó mi hombro con cariño.

—Yo he cambiado. No me es suficiente, quiero más. Necesito a Sergio, eso no es un secreto. En realidad, siempre lo necesité, pero ahora mucho más.

Pablo parecía sopesar lo que yo intentaba decirle. Creo que no entendía muy bien lo que le explicaba, aunque ni yo misma me entendía. ¿Qué era lo que buscaba con lo que estaba diciendo? Había un mensaje oculto que yo misma quería descifrar, pero ¿qué?

—Creo que sé lo que quieres decir —dijo de pronto.

—No, no creo que lo sepas. Tengo un buen trabajo; el que siempre soñé. Mi hijo está conmigo, mi familia también lo está. Pero...

—No es suficiente para ti. Sí sé a qué te refieres. ¿Y sabes por qué lo sé? —Negué confundida—. Porque a mí me pasaba lo mismo. Tengo un buen trabajo, un hijo al que adoro y tenía la mujer más perfecta de este mundo. Y,

aun así, no era feliz y eso era porque en realidad no te tenía.

Mi silencio fue una respuesta para él. Esta conversación podía acabar de muchas maneras y la peor sería con nosotros discutiendo por algo del pasado, por algo que ya no tenía remedio, aunque echásemos el tiempo atrás. Nunca lo amé, nunca sentí nada por él y siempre lo supo. Me daba cuenta de lo que intentaba decirme. No siempre se era feliz con lo que teníamos, porque en realidad nos faltaba algo. Y en este momento, sabía que tenía a Sergio, pero me faltaba que estuviese conmigo para siempre, sin interrupciones en nuestra vida y sin tener que irse, no sin nosotros al menos. Entonces fue cuando yo misma me había respondido. Eso era lo que necesitaba.

—Creo que ya te hice ver lo que tú misma intentabas ver —afirmó Pablo.

—Eso es. Iré a por Sergio, esta vez seré yo quien vaya a por él y nada ni nadie me hará cambiar de opinión. Es hora de que sea yo la que luche por esta relación.

—Te dije que sabía a qué te referías.

—Gracias, Pablo. —Lo abracé.

—¿Por qué? —Frunció el ceño sorprendido.

—Por estar siempre aquí. Por ser mi mejor amigo antes que otra cosa. Siempre te voy a querer. Para mí eres una persona muy importante y nunca, jamás, dejaré que te alejes de mí, de nosotros. —Sequé mis lágrimas y él, con una sonrisa, besó mi mejilla.

—Siempre que me necesitéis, estaré.

Era bueno tener un mejor amigo con el que desahogarse de vez en cuando. Nunca pensé que nuestra relación se convertiría en lo que tenemos ahora y me alegraba del cambio.

Tras esa tarde llena de palabras que nunca nos habíamos atrevido a decirnos, Pablo se fue prometiendo que volvería por la mañana para llevarme al aeropuerto. Yo en seguida me fui a una agencia para comprar un billete de

avión para Alemania y después de conseguirlo, me fui a casa de mi madre, tenía que hablar con ella y, sobre todo, explicarle que debía cuidar de su nieto unos días. Menos mal que no estaba sola para eso, pues Pablo se encargaría de él también. Era hora de coger al toro por los cuernos, de luchar por lo que quería y tener la vida que tanto había soñado.

Por el camino, le envié un mensaje a mi amiga Macarena, tenía ganas de verla y así poder contarle todo lo que había pasado. Desde que recuperamos a nuestro hijo, no había sabido nada de ella.

Lucía : Hola, Macarena. ¿Cómo estás? Tengo ganas de verte. ¿Podrías venir esta noche a casa de mi madre a cenar? Así nos ponemos al día.

Su respuesta no tardó mucho en llegar y sonreí al leerlo, estaba loca.

Macarena : Pues claro que sí, chocho. Tenía ganas de llamarte, pero no quería explotar esa burbuja llena de orgasmos en la que seguro estabas metida.

Le dije la hora en la que podría venir y me despedí de ella.

Por primera vez tenía todo claro en mi vida; mis sentimientos, mis pensamientos. Todo en mí estaba claro y ahora solo me quedaba contárselo a mis padres para tener su apoyo y sí, aun así, no lo tenía, me iría igualmente. Solo necesitaba el apoyo de una persona y era a la que iría a buscar.

Sobre las nueve de la noche, estaba en casa de mi madre, a punto de llamar y por un momento me dieron ganas de salir corriendo. No me atrevía a ponerme ante mi padre y decirle lo que había pensado, lo que debí haber hecho hacía años y por escuchar otras voces, no me atreví. Esta vez no iba a dejar que me metieran estupideces en la cabeza. No iba a escuchar a nadie nunca más. Ahora, solo sería mi corazón quien me daría las soluciones.

Tras unos diez suspiros, toqué el timbre y mi madre parecía estar en la puerta esperándome porque me abrió en seguida. En cuanto me vio, me dio un abrazo y cogió mi mano para que entrara a la casa. Lo primero que hice fue ir a ver a mi hijo. Ya estaba dormido y me dolió mucho no poder despedirme de él, aunque era mejor así.

—¿Cómo estás? —Se interesó mi madre entrando en la habitación.

Me di la vuelta y la miré fijamente. Me encogí de hombros sentándome en mi antigua silla de escritorio. Un suspiro por mi parte la alertó y caminó hasta mí para agacharse para mirarme.

—¿Qué pasa cielo? ¿Ha pasado algo? —Negué sin poder aguantar más las lágrimas que llevaba reprimiendo desde hacía horas—. Entonces ¿por qué lloras?

—Porque es todo muy difícil, mamá. He tomado una decisión y sé que para vosotros puede no ser la acertada, pero es la que necesito —declaré con la voz entrecortada.

—¿A qué te refieres, Lucía?

Mi madre se empezaba a preocupar, no estaba siendo demasiado clara con ella y se podría esperar lo peor. Aunque siempre fui una chica tranquila, de esas que no rompían un plato, mis padres siempre tuvieron miedo de lo que, estar con Sergio, podría cambiar en mí. Nunca se dieron cuenta de que, en realidad, no era feliz con ellos y menos después de la cagada de mi padre. Nunca se dieron cuenta que el haber conocido a Sergio había sido lo mejor que me había pasado en la vida. Y que tener un hijo con él, fue otra de las mejores decisiones que había tomado. Nunca supieron que ellos eran los culpables de muchas de mis lágrimas. Y ahora, era el momento de decidir por mí y no por lo que ellos querían.

—Me voy, mamá. Voy a luchar por el amor de mi vida —anuncié muy segura de mí misma.

Mi madre se levantó y caminó hasta la puerta para salir, o eso era lo que yo pensaba. En realidad, fue a cerrar la puerta para poder hablar con más tranquilidad. Mi padre estaba a punto de llegar y lo que menos quería mi madre era que hiciera un numerito, porque estaba segura de que era lo que haría en cuanto se enterara de mis intenciones. Y, para ser sincera, en este momento me daba igual lo que él quisiera o pensara.

—Menos mal que has recapacitado —afirmó mi madre. Mis ojos se abrieron sorprendida.

—¿Por qué dices eso?

—Porque siempre quise que lo hicieras, que fueras a por él. Nunca estuve de acuerdo con tu padre, ya lo sabes. Yo pienso que Sergio y tú tenéis un amor tan puro que no puede acabar porque él tenga problemas en su familia. ¿Quién no los tiene? —Se señaló a ella misma y yo sonreí—. Hija, yo te apoyo y si estar con él, es tu felicidad. ¿Qué importa donde tengas que viajar? Tú lucha, sea donde sea; aquí o en Alemania. Da lo mismo mientras estéis juntos. —Acarició mi mejilla y me abrazó.

—Gracias, mamá.

—Ahora vete, no esperes a contarle nada a tu padre. Yo me encargaré de él, y por el niño no te preocupes, yo cuidaré de mi nieto.

No podía creer que mi madre me apoyase en esta locura. Creía que me diría que no, que no estaría de acuerdo y me demostró lo contrario.

Me acerqué a mi hijo para darle un beso en la frente y, con lágrimas en los ojos, me despedí de mi madre para después salir de su casa sin despedirme de mi padre. ¿Para qué? No merecía la pena.

Cuando los dejé, le mandé un mensaje a Macarena cambiándole un poco los planes. Ahora la esperaría en mi casa y ahí, pasaría mi última noche. Ahora solo esperaba que todo se arreglara entre Sergio y yo para ser felices de una vez.



38

Lucía

Esperé a Macarena en el portal de mi edificio y, después de unos diez minutos, llegó hasta mí con la mejor de las sonrisas. Se había convertido en mi mejor amiga, una que nunca tuve, ni siquiera en el instituto. En ese tiempo siempre fui algo solitaria, hasta que llegó Sergio a mi vida y ya nadie más cabía en mi círculo.

—¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Por qué has tardado tanto en hablarme? —Iba a hablar—. No espera, no me lo digas. La culpa es de los orgasmos que has tenido ¿verdad? —Me carcajeé—. Mira, pero si hasta te ríes. —Suspiró—. Me encanta verte tan feliz —aseguró mientras me abrazaba.

—Estás loca ¿lo sabías?

—Sí, pero mi locura es pasajera.

Entramos en el edificio y subimos hasta mi casa. Estaríamos solas, así

que ¡noche de chicas! Era una de las cosas que siempre quise hacer, pero que nunca había tenido con quién planificarlas. Macarena pensó lo mismo que yo, así que lo primero que hizo en cuanto entramos, fue llamar a una pizzería para que nos trajeran dos. Iba a ser una noche larga, aunque yo tuviese que madrugar para subirme a un avión.

Mientras nos poníamos al día, contándole por encima lo que había pasado con Sergio y el motivo por el que tuvo que volver a Alemania, aunque omitiendo mis intenciones, cogí una botella de vino del mueble y dos copas. Sería la primera que nos beberíamos, aunque tampoco podía beber demasiado. No quería llegar a Alemania ebria.

Macarena se dio cuenta de que le escondía algo, era demasiado lista como para ocultarle algo. Eso, o que me conocía demasiado bien.

—Desembucha de una vez —dijo al tiempo en el que tocaban el timbre.

—Ha llegado la cena —anuncie poniéndome en pie. Ella achicó los ojos.

—Solo por ahora te librarás.

—No pensaba hacerlo.

Abrí la puerta y le pagué las pizzas al repartidor. Entré con las dos cajas en las manos, las puse en la mesa de centro y, sentándonos en el suelo, sobre los cojines del sofá, empezamos a cenar sin hablar nada más, de momento.

Aún ella seguía mirándome, esperando a que le dijera eso que, sabía que le tenía que contar. No habíamos acabado de cenar y no se lo diría hasta que no terminásemos. Bebí un sorbo de vino con una sonrisa y ella enarcó una ceja. Su gesto me hizo reír mucho más y me carcajeé. Desde luego que no podía esperar.

—Eres exasperante. ¿Te lo han dicho alguna vez? —Asintió—. Está bien, te lo diré ya. Mañana a las seis tengo que ir al aeropuerto.

—¿Hablas en serio? ¿Irás a por él? —Asentí—. ¡Esa es mi chica!

Se levantó y pegando saltitos, me abrazó. Sí, estaba loca, pero era de

esas locuras que necesitabas en tu vida para ser feliz, aunque solo sea un poquito.

—Me alegro de que por fin abrieras los ojos, Lucía. Todo lo que os ha pasado lo podríais haber evitado de haber puesto un poco de tu parte —me regañó.

Tenía razón, si yo hubiese dejado que la primera vez que vino, se quedase. Si le hubiese dicho la verdad sobre Edu desde un principio, nada de esto habría pasado, pero el pasado, ahí se quedaba y ahora tocaba mirar al futuro y en ese, no dejaría que nada lo estropeará.

—No puedo lamentarme ahora de lo que podría haber evitado. Pero sí puedo remediar lo que está pasando ahora.

—Así se habla, cielo.

Nos quedamos hablando hasta las tantas de la noche. Hubo un momento en el que mi móvil sonó, miré quién era y como no me apetecía hablar con él, porque sabía lo que me iba a decir, lo dejé sonar, aunque después de ponerlo en silencio.

Mi padre quería hablar conmigo y yo no estaba preparada para tener esa conversación con alguien que no estaba de acuerdo en mi decisión.

Mi amiga me hizo pasar una de las mejores noches, hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien. Me olvidé de los problemas, de todo lo que estaba a punto de vivir, de las cosas que tenía que hacer y decir. Se estaba acercando un momento muy importante en mi vida y tenía que estar preparada. Macarena me ayudó mucho con eso y se lo agradecí eternamente.

Sobre las tres de la mañana, ella se acostó y yo me quedé en el sofá, con mi copa de vino aún llena y la mirada perdida en un punto fijo. Sabía que por la mañana iba a estar fatal, ya dormiría en el avión. Entonces recordé que no tenía la dirección de Sergio, así que cogí las revistas que guardaba en el cajón, esas revistas que supuestamente odiaba tanto y todo era porque me

moría de celos. Verlo en cada portada con una modelo diferente durante tanto tiempo no me ayudaba en nada y, ciertamente, llegué a odiarle a él también. Siempre fue un espejismo que yo me puse para no amarle más y fue en vano.

Cuando me disponía a acostarme, unos toques en la puerta me alertaron. ¿Quién sería a estas horas? Caminé despacio y comprobé por la mirilla quién era. Mi padre estaba al otro lado y no me lo podía creer. Abrí y entró sin decirme nada.

—Te he estado llamando —anunció.

—Lo sé.

—¿Y por qué no me has respondido?

—No quería hablar contigo.

Suspiró sentándose en el sofá. Me miró y vi algo en sus ojos que jamás había enseñado. ¿Qué le pasaba?

—Hija, yo... —Agachó la mirada—. Lo siento ¿vale? No sabía que pudieras amar tanto a ese hombre y, aunque no es santo de mi devoción, es el padre de mi nieto y solo por eso merece un respeto.

Abrí los ojos, tanto, que se me saldrían de las orbitas. ¿De verdad estaba diciéndome eso? Mi padre me estaba sorprendiendo gratamente, algo que nunca había hecho y que, la verdad, no me habría esperado de alguien como él. Después de todo, no le quedaba otra que aceptar mis sentimientos por un hombre que, por otro lado, era bueno para mí. Sí, cometió errores, pero yo también los había cometido y muchos. Y nadie me dio la espalda por ello, ¿por qué a él si habría que dársela? Todos merecíamos una segunda oportunidad y yo ya se la di a Sergio.

—Gracias, papá. —Caminé hasta él y lo abracé.

—Yo solo quiero que seas todo lo feliz que te mereces.

—Con él, lo seré —aseguré mirándole a los ojos.

—Eso espero, cariño.

Me dio un beso en la mejilla y se separó de mí para marcharse. La verdad es que era muy tarde y yo debía descansar algo antes de subir a ese avión que me llevaría a los brazos de mi hombre. Cuando me quedé sola, me fui a la cama y, estaba tan nerviosa, que me costó conciliar el sueño.

El despertador sonaba y sonaba y si no fuera porque tenía una amiga con el oído muy fino, me habría quedado dormida. Por la noche me costó tanto trabajo cerrar los ojos, que ahora me costaba abrirlos. No recordaba a la hora que me dormí.

—Menos mal que despertaste. Pablo lleva diez minutos esperando abajo.

—¿Qué?!

Me levanté como un resorte y en tiempo muy record, me duché y vestí. Ni siquiera tenía nada guardado en la maleta. Era todo un desastre.

—Dile a Pablo que suba si quiera. Estaré lista en seguida.

Macarena salió de la habitación y poco después, tenía a mi ex ayudándome a coger lo que me faltaba. Dios, esto no podía salir bien.

Sobre las seis y media, llegamos al aeropuerto. Ahora me tocaba correr por todo el aeropuerto buscando mi puerta de embarque. Al llegar, Pablo me ayudó a llevar la maleta a facturar. Pesaba un poco, aunque no había metido tantas cosas o eso me parecía a mí. Una vez que terminé, me di la vuelta para despedirme.

—Muchas gracias, Pablo... por todo.

—No ha sido nada. —Lo abracé agradecida y le di un beso en la mejilla —. Por Edu no te preocupes, cuando le dé mucho la lata a tu madre, iré a por él.

—Está bien. Yo espero no estar demasiado tiempo lejos de él.

—Tranquila, necesitas este tiempo para arreglar tu vida. —Asentí encogiéndome de hombros.

Me despedí de él y me di la vuelta para pasar por el control policial. Me

di la vuelta de nuevo y alcé la mano. Pablo me miraba desde el otro lado, me devolvió el gesto y me encaminé a la puerta de embarque.

Eran las ocho de la mañana y ya por fin, estaba sentada en el avión. Solo había estado una hora esperando. Ahora solo eran casi tres horas de vuelo y pondría mis pies en Alemania. Estaba deseando ver la cara de Sergio al verme. Aunque también debía decir que estaba asustada. ¿Y si no le gustaba la visita? ¿Y si pensaba que no confiaba en él? Debía de dejar de pensar en eso.

Durante el viaje, la azafata me dio algunas revistas y como no, eran de Fisher. Me propuse no mirarla, ¿para qué? Pero la curiosidad mató al gato, así que me dispuse a leerla completa. En primera plana, salía una foto de Penélope Fisher, la esposa de Sergio; decían que estaba moribunda, que le quedaban pocas horas de vida. Me dio pena, después de todo, nadie se merecía una muerte así. Además, estaba segura de que Sergio no debía estar pasándolo nada bien.

Leyendo, me quedé dormida; estaba agotada, la noche anterior apenas descansé. El vuelo fue bastante tranquilo, lo que me ayudó a no despertarme en todo el viaje.

De pronto, sentí como alguien me tocaba. Abrí los ojos despacio y vi a la azafata. Me dijo que ya habíamos llegado. Me puse nerviosa al instante. Me levanté y tras coger mi bolso, salí del avión y fui a por la maleta. Cogí un carro para llevar mi equipaje hasta la salida y una vez fuera, me subí al primer taxi que encontré. Yo no sabía hablar alemán, pero enseñándole por escrito la dirección de la empresa de Sergio, me llevó sin problema y tras media hora de camino, llegamos. Estaba en Kurfürstendamm, llamada coloquialmente Ku'Damm. Era una de las calles más importantes de Berlín.

Me bajé del taxi y me quedé embobada leyendo el nombre de la empresa; Fisher Enterprise en grande. Era muy llamativo y cualquiera que pasase por ese lugar, miraría todo igual que yo. Mis nervios no me dejaban avanzar.

—Vamos, Lucía. Tú puedes —me dije a mí misma.

Avancé, caminé arrastrando los pies y, en menos de dos segundos, estaba frente a una recepcionista a la que le dije que buscaba a Sergio Fisher. La muchacha me miró con el ceño fruncido, pues no era nadie importante como para querer ver al jefe sin cita previa. Sonreí sarcásticamente. Si ella supiera.

—Lo siento, pero sin cita no puedo dejarla pasar —repitió.

—Dígale al Sr. Fisher que Lucía está aquí. —Negó.

—No puedo.

—Mira, déjalo. Ya se lo diré yo.

Comencé a caminar importándome muy poco que la recepcionista comenzara a gritar que parara. Le pidió a los de seguridad que me impidieran el paso, pero, como pude, los sorteé y pude meterme en el ascensor. Le di al número indicado. El despacho de Sergio era el veinte, así que sabía que iba a tardar unos largos minutos en llegar.

No sabía cuántas veces había suspirado. Cuántas veces había contado. Estaba muy nerviosa, como si llevase sin verle años y no horas. Necesitaba verle, abrazarle y hacerle ver lo que yo haría ahora por él. Era cierto que me había costado darme cuenta, pero nunca era tarde si la recompensa era estar con él.



39

Sergio

—¡No puedes estar hablando en serio! ¿Y qué hacemos ahora Lorenzo?
—Le pregunté pegándole un puñetazo a la silla.

Llevábamos encerrados en mi despacho desde que llegué el día anterior a Alemania. Ni siquiera había ido a ver a mis hijos, ni a Penélope. No tenía cabeza para nada más. La empresa en este momento era más importante. No solo la empresa en sí, si no, todo lo que se podía perder.

—No hay nada más que hacer, Sergio. Te lo aseguro. —Suspiré—. Aunque suene macabro, la única solución a tus problemas es que tu esposa muera. No es que quiera que eso pase, pero facilitaría las cosas. De no ser así, tendrá que darte el divorcio y con ello, perderías tu empresa, Fisher se iría a la mierda y Meyer, se alzaría como la más importante, pero no sería tuya.

—Es un hijo de puta. ¿Cómo pude estar tan ciego?

Mi hermano se las había ingeniado para que, aunque me casara con Penélope, Meyer nunca fuese mía. Lo único que se consiguió con el matrimonio, fue que la empresa de Jackson, fuese más importante que la mía, que ganase más dinero. No había pruebas para incriminar a Penélope, así que sería yo quién lo perdería todo. Nick supo jugar bien sus cartas, pero por ambicioso, perdió todo, incluida su propia vida.

Suspiré entendiendo a Lorenzo. Y, para ser sincero, no me importaba quedarme sin nada, volvería a Madrid y empezaría de cero con Lucía. Eso era lo único que me importaba. Lo único por lo que lucharía, sería por mis hijos, no iba a dejarlos con una loca que no los quería, que solo los tuvo por retenerme a su lado y nada más.

La reunión con Lorenzo estaba siendo demasiado pesada y necesitaba un descanso. Este, entendiéndome, me dejó solo en mi despacho al tiempo en el que me sonaba el teléfono interno de la empresa.

—¿Quién? —Pregunté de mala manera.

Tenía un humor de perros y no estaba para tonterías.

—*Señor, le llamo de la recepción principal. Ha llegado una visita para usted; es una mujer. No tenía cita, así que no la íbamos a dejar pasar.*

—¿Has dicho íbamos? Eso significa que ha entrado ¿no?

—*Sí, lo lamento.*

—¿Quién es?

Justo en el momento en el que me iba a responder, escuché unos gritos fuera a la vez que alguien golpeaba mi puerta. Me disculpé con la muchacha de recepción y me levanté para ver el revuelo que había montado. Al abrir la puerta, mis ojos se abrieron desmesuradamente. No me lo podía creer.

La miré, la toqué. Me miró, me abrazó. Y ahí todo dejó de existir. Los de seguridad al percatarse, se quedaron en silencio, al igual de los empleados que había a nuestro alrededor. A mí ya no me importaba nada más que ella.

Lucía estaba a mi lado, había venido a por mí. Vino... por mí y era mucho más de lo que le podía pedir a mi día.

—Sr. Fisher. Lamento lo que ha ocurrido —dijo el jefe de seguridad.

Me separé unos milímetros de Lucía y lo miré.

—Tranquilo. La Srta. Lago está conmigo. —Asintió y se dieron la vuelta para marcharse—. ¿Qué miran? Venga, sigan con su trabajo.

Tuve que hablarles así, pues no dejaban de mirarnos y, aunque a mí me daba igual ser el centro de atención de mi empresa, suponía que a ella no le gustaba.

Agarré su mano con fuerza y la metí en mi despacho, cerrando la puerta tras de mí y cuando estuvimos solos, me abalancé sobre ella para besarla con pasión. Solo hacía horas que no la veía y parecía que eran años. Era la poca costumbre de tenerla cerca, conmigo.

Lucía subió sus brazos a mi cuello y me pegó más a ella. La aferré a mi cuerpo, a mi pecho. La necesitaba como un loco. La adoraba como un demente.

Al separarnos, pegué mi frente a la de ella y la miré fijamente. Ella también lo hacía, también me miraba.

—¿Qué haces aquí? —Pregunté algo desconcertado.

—He pensado que era hora de que yo hiciera algo por ti, por nosotros. Ya estoy cansada de esperar a que pasen las cosas, cuando puedo agilizarlas yo. ¿No crees? —Expresó nerviosa, lo notaba, su cuerpo temblaba.

—¿Quién eres tú y que has hecho con mi Lucía? —Pregunté con diversión.

—¡Oye! —Se quejó—. Necesitaba estar a tu lado, apoyarte en lo que necesites. No iba a quedarme sentada mientras pasas por todo esto tú solo... nunca más, Sergio. Nunca más estarás solo. Ahora yo estoy contigo.

—Eres la mujer más maravillosa que he tenido el placer de conocer. Gracias, mi amor. Gracias por todo. —La besé de nuevo.

No podía separarme de ella y mucho menos ahora que me demostraba que no volveríamos a separarnos. Lucía vino para estar conmigo, para no dejarme solo, para hacerme ver que no la iba a perder nunca más. Esto era lo que yo debí hacer por ella la primera vez y no hice. Gracias a ella dejé de culparme por los años perdidos, pues ninguno de los dos tuvimos la culpa de ello. Ahora solo importaba que estábamos juntos y que siempre lo íbamos a estar. Nada ni nadie nos iba a separar ahora. Ni siquiera Penélope.

Nos separamos unos instantes y nos sentamos en el sofá. Debía explicarle la situación y después, iríamos a ver a Penélope. Las soluciones tenían que venir solas, si no, no sabría cómo lidiar con lo que se avecinaba. Perder mi empresa, esa por la que tanto había luchado y perdido. No era una opción y lucharía por ella todo lo que pudiera. Me sentía fuerte con ella a mi lado y podría esperar el tiempo que fuese necesario.

—¿Entonces si ella te da el divorcio, perderás todo? —Preguntó, repitiendo lo mismo que yo mismo me decía en mi cabeza. Asentí mirando al suelo—. Eh, tú no tienes la culpa —expresó agarrando mi mejilla para obligarme a levantar la cabeza—. Nunca más te culpes por los errores de otros, Sergio. Tú has luchado con uñas y dientes por esta empresa. Incluso perdiste cosas en el camino por ella.

—Lo sé, pero no dejo de pensar en que, si pierdo la empresa, mis empleados se quedarán en la calle.

Me levanté y fui hasta mi silla para coger la chaqueta, había llegado la hora de salir de allí de una vez.

—¿Tú te estás escuchando? Eres el mejor hombre que he conocido en toda mi vida. Solo te importa que tus empleados no se queden sin su trabajo. —Caminó hasta mí—. Por ser como eres, te amo. No lo olvides. —Me besó—. Y ahora vamos a ver a tu mujer.

Sonaba raro de sus labios, pero así era todavía. Agarré su mano y tiré de

ella con delicadeza para salir de mi despacho. Caminamos tranquilos, sabiendo que todos nos miraban, algunos sonreían, otros fruncían el ceño y a mí solo me importaba la persona que tenía a mi lado. Cuando bajamos, la recepcionista se disculpó con Lucía y ella negó restándole importancia. Fuimos hasta mi coche y tras guardar su maleta en el maletero, entramos en el vehículo y arranqué para ir al hospital a ver a Penélope. Era hora de arreglar los problemas para poder empezar a vivir en paz.

Llegamos veinte minutos después. Lucía se quedó en la sala de espera, pues no era buena idea que entrase conmigo. Fui hasta cuidados intensivos, pues Penélope estaba muy grave y no podían llevarla a una habitación normal. Me puse la ropa especial para poder entrar y tras dos suspiros, entré en esa habitación. Mi mujer estaba con los ojos abiertos y estos se abrieron mucho más en cuanto me vieron. Caminé hasta ella y me posicioné a su lado.

—Ser, Sergio —murmuró con dificultad.

A penas sí podía hablar. Estaba grave, eso era cierto y me dio pena verla así, después de conocer la mujer que fue. Penélope estaba al filo de la muerte y yo, sinceramente, no quería que ese fuera su destino.

—No hables, te hace mal. Vine para saber cómo estabas, pero ya veo que no muy bien —expresé con tranquilidad.

—Necesito hablarte.

—No, déjalo. No hables. —Negó despacio.

Yo sabía que esto iba a pasar, que ella querría decirme algunas cosas y tenía miedo de escuchar una, solo una era la que me podría hundir y eso era saber si en realidad yo era el padre de Ancel y Erika. Quería creer que sí, que yo era su padre, aunque una parte de mí sabía que no era así.

—Quiero... necesito pedirte perdón, por todo —declaró despacio—. No quise hacerte todo lo que ha pasado y mucho menos engañarte con tu hermano. —Una lágrima cayó por su mejilla y yo mismo me encargué de borrarla.

—No te preocupes, todo está olvidado. De verdad.

Quería que creyese que así era, que, si moría, se podía ir en paz porque yo la perdonaba. Y no era así, no iba a poder perdonar lo que me hicieron, por mucho que me pidieran perdón. No era una persona rencorosa, pero tampoco estúpido y lo que me hicieron no tenía nombre.

Cogí sus manos y ella las apretó muy, muy despacio. No le quedaban fuerzas.

—Sé que no tengo perdón, Sergio. No te preocupes, me merezco todo esto. Solo quería pedirte una cosa y espero que puedas cumplir al menos esto —anunció a la vez que se quejaba de dolor—. Cuida de los niños, aunque no sean tuyos, cuídalos como si lo fueran. Te lo suplico.

Y era ahí donde moría. Una parte de mí quería que, sí fueran míos, pero ya veía que no era así. Asentí, le aseguré de que cuidaría de ellos. Para mí eran mis hijos, mis pequeños y no los dejaría desamparados. Éramos una familia, aunque su madre no estuviera para verlos crecer. Porque, aunque me gustaría que sobreviviera, no lo haría y Penélope cerraría sus ojos pronto, muy pronto.

Me despedí de ella después de haberle dicho lo del divorcio y la verdad, no se negó en ningún momento y eso me alentó. Al menos por ese lado podía estar tranquilo. Cuando me disponía a salir, las máquinas a la que estaba conectada, comenzaron a sonar, un pitido incesante que se metió en lo más profundo de mi cabeza. Los médicos comenzaron a entrar en la habitación e intentaron mantenerla con vida. No lo consiguieron y Penélope nos dejó; un derrame que intentaron parar acabó con ella y me dolió, todo había que decirlo, pues no le deseaba la muerte a nadie.

Salí de allí algo triste y Lucía, al verme, caminó hasta mí y me abrazó, cobijándome de esa manera tan especial, de la manera más preciosa que solo ella me podía dar.

—Ha muerto —anuncié.

—Lo siento.

—Tranquila. Es algo que iba a pasar, estaba muy mal. —Asintió abrazándome de nuevo.

Una hora después, estábamos saliendo del hospital para ir a por mis hijos. Ancel y Erika eran míos, así ponía en sus partidas de nacimiento. Cuando llegué a la que fue mi hogar, ese lugar que, si no fueran por ellos, habría abandonado mucho antes, corrí al salón, donde me anunció la niñera que estaban. Al entrar, los vi y cuando ellos me vieron, salieron corriendo en mi dirección y caímos al suelo los tres abrazados. Los había echado muchísimo de menos.

Ahora necesitaba demostrarles que jamás los dejaría de nuevo y que, pronto, habría cambios en nuestra familia. Solo esperaba que no se sintiesen mal por ello y que pudiéramos ser felices.



40

Sergio

Días después

Tres días era lo que Lucía llevaba en mi casa y ya se había ganado el amor de mis hijos. Era algo lógico, algo que yo sabía que iba a suceder, pues ella era la mejor mujer de este mundo.

Cuando enterramos a Penélope, me reuní con mi abogado y el que ella, sin consultarme, había contratado. Me enfadé ese día al enterarme, pero después lo entendí y no me quedó otra que reunirme con ese hombre. Las cosas se iban a arreglar, algo inusual después de todo, ya que mi difunta esposa, había dejado todo bien amarrado. No me dejaba sin nada, al contrario; Meyer pasaba a mis manos y, en un futuro, a la de nuestros hijos. Pero debía hacer una cosa para que Fisher, no tuviese que cerrar sus puertas. Así que, tras

meditarlo mucho, tomé la decisión acertada. Le vendí Meyer a mi mejor amigo Owen Badner. Sí, mi mejor amigo. Un día lo perdí, pero recuperar las cosas perdidas era algo que hacíamos de niños.

Nunca pensé que tomar la decisión de vender una empresa que sabía que me iba a dar bastante dinero, fuese la más acertada. Ahora pertenecía a ZDYB y sabía que iba a ser mi mayor competencia, aunque me daba igual, pues yo sabía que la gente amaba a Fisher. Les iba a costar mucho trabajo desbancarme.

Y todo esto me llevaba a una sola cosa. Si Fisher seguía con sus puertas abiertas ¿qué iba a pasar conmigo y Lucía? Algo que jamás esperé que pasara. Lucía, la mujer que amaba y seguiría amando por el resto de mi vida, lo dejaba todo por mí, por nosotros, así que ahora, estábamos esperando a Pablo en el aeropuerto, nos traía a Edu. Ahora sí íbamos a ser felices como nos merecíamos.

—Deja de moverte mujer —dije al tiempo que la paraba.

—Es que deberían de haber llegado hace media hora.

Estaba nerviosa porque el vuelo que traía a Pablo y Edu no había llegado a su hora. Y yo intentaba hacerle entender que a veces se retrasaban, pero que no significaba que fuese porque les hubiera pasado algo.

—Venga cálmate, iré a preguntar si se sabe algo.

Me di la vuelta para ir a información, pero me paró. Lucía comenzó a gritar y corrió. La miré y luego a donde se dirigía y la cara de mi hijo era la misma que tenía ella; llena de felicidad. Fui hasta ellos y los estreché entre mis brazos. Por fin estábamos juntos, por fin la felicidad completa.

Pablo estaba en segundo plano, aunque no vino solo, pues Lorena, su novia, había venido con él.

Solo faltaba que ellos firmasen el divorcio para que pudiéramos casarnos y ya todo sería perfecto. Menos mal que ese era uno de los motivos por el que

él había venido, pues la demanda la retomó mi abogado y esa misma tarde, iríamos a la firma.

—Me alegro de que hayáis llegado bien —le dije a Pablo con sinceridad.

—Gracias.

¿Quién iba a pensar que ahora me llevaría bien con ese hombre que quiso quitarme a mi chica? Ahora que lo pensaba, él también fue víctima, Lucía nunca lo amó y eso, aunque no quisiera, le dolió. Menos mal que también encontró a alguien que sí lo amaba de verdad, alguien que lucharía por él, así como Lucía luchó por mí y como nosotros lucharíamos por ellas.

Las horas comenzaron a pasar y con eso llegó la tarde. Lorenzo, vino a nuestra casa con los papeles, para que no tuviéramos que ir nosotros a su despacho y, tras una larga y tendida conversación en la que entraba mi hijo, firmaron. Pablo quería tener al menos un mes a Edu en vacaciones. No era su padre biológico, pero de momento seguía teniendo su apellido, algo en lo que Lorenzo ya estaba trabajando, pues debía llevar el mío. Lucía lo habló conmigo antes de aceptar y yo no podía negarle a ese hombre que cuidó de mi hijo cuando yo no estuve, el pasar un mes con él. No había nada de malo, así que aceptó.

Por la noche, cuando ya todos se fueron a la cama, después de una cena cordial con nuestros invitados, Lucía y yo estábamos en nuestra habitación, pero no en la cama precisamente. Se había encargado de llenar la bañera para que nos relajásemos y sí, claro que lo hicimos.

Cuando entré en el baño, ella ya me esperaba desnuda en la bañera. Esta estaba llena de espuma. Miré a mi alrededor y Lucía había puesto velas por todas partes.

—Se supone que estas cosas las debería poner yo. ¿No? —Pregunté con una sonrisa ladeada.

—¿Por qué? No hay nada de malo que una mujer quiera sorprender a su

futuro marido —aseguró con voz sensual—. Ven, te haré un masaje.

Escucharle decir que era su prometido, me llenaba el alma de una sensación inexplicable, una que hacía tiempo que no sentía y adoraba cuando lo hacía. Sin borrar la sonrisa de estúpido que solo ella era capaz de sacarme, me metí en la bañera y me senté delante de ella, pues me iba a hacer un masaje.

—Ahora quiero que te relajes —pidió en mi oído—. Cierra los ojos y piensa en nuestra boda. ¿Cómo será?

Sus manos comenzaron a masajear mis hombros. Mi cuerpo se erizaba con solo sentir el tacto de sus dedos en mi piel. Lucía tenía las manos demasiado suaves y eso me estaba provocando. Pronto no iba a poder aguantarme las ganas de agarrarla y sentarla sobre mi erección. Besaba mi cuello al tiempo que bajaba sus manos a mi torso. Todo lo hacía lento, pausado y me estaba matando.

—¿Crees que así conseguirás que me relaje? Es imposible y necesito hacerte mía —asegué con la voz ronca, excitado.

—Yo ya soy tuya.

Y solo eso bastó para que hiciera lo que deseaba desde que la había visto en esta tesitura. Me di la vuelta y sin que se lo esperase, la cogí para sentarla sobre mí, llenándola por completo con mi miembro. Lucía gimió por la sorpresa, pero pronto se dejó llevar por la lujuria del momento, por el deseo incrementado... por la mayor sensación que hubiéramos experimentado y comenzó a moverse despacio, volviéndome loco, aunque volviéndose loca ella misma también.

Mis manos viajaron por todo su cuerpo, quedándose más tiempo en sus pechos, míos ahora. Los cogí despacio y me los llevé a la boca, primero uno y luego el otro. Deseaba con todas mis fuerzas no perder el control, disfrutar de este momento único el máximo tiempo posible, pero era algo imposible

cuando la mujer que amaba cabalgaba sobre mí cada vez más rápido. Nuestros cuerpos se unían cada vez más, acoplándose entre sí, amándose entre sí y, pronto, muriéndose enloquecidos al terminar con lo que ella había comenzado. Solo ella podía hacerme llegar al éxtasis en solo unos minutos, sin preámbulos, sin medir el tiempo... solo volviéndome aún más loco por ella, si podía.

Tras mil besos, caricias y abrazos, acabamos sin aliento y casi desfallecidos en la bañera. Una sonrisa dibujó sus labios, los mismos que estaban hinchados por mis besos y los que me moría por besar de nuevo.

—¿Qué te parece si nos casamos mañana? —Le pregunté.

Ella se separó de mí unos milímetros y frunció el ceño, aunque sin borrar esa dulce sonrisa que me volvía loco.

—¿Por qué tan rápido?

—Porque necesito que seas mi esposa de una vez. Necesito levantarme todas las mañanas y asegurarme de que no es un sueño, que siempre serás mía.

Sopesó unos minutos lo que acababa de decirle y, sonriéndome más ampliamente, asintió para después besar mis labios. Nos separamos unos instantes y la miré fijamente, queriendo grabar a fuego en mi mente este momento tan perfecto.

—Mañana, tú y yo iremos a casarnos y dentro de cinco meses, lo haremos en Madrid, con nuestras familias y celebrando una gran fiesta. ¿Te parece buena idea?

—Es la mejor idea que has tenido nunca —se burló.

—Mira que eres mentirosa.

Me levanté con dificultad, pues ella aún seguía encima de mí y salimos de la bañera para después, echarla sobre nuestra cama, importándome muy poco que se mojara y le hice el amor de nuevo. Pero esta vez, sin prisas. Sin pensar en nada más que llevarla al limbo. Sin dejar de amarla, así como

merecía. Sin dejar de regalarle los te quiero más profundos que mi pecho podía sentir.

Tras esa noche de pasión, nos quedamos dormidos y, por la mañana, temprano, me levanté, le dije a Pablo que nos iríamos y que en dos horas volveríamos. No le conté nada más, no teníamos tanta confianza.

Esperé a que Lucía terminara de arreglarse y salimos de nuestra casa para ir hasta el juzgado de guardia, donde, gracias a Lorenzo, nos casaría el juez que estaba ese día.

—Sergio Fisher. ¿Aceptas como esposa a Lucía Lago?

Esta vez la pregunta iba para mí. Por unos segundos recordé aquella boda, esa que me hundió la vida, pero borré esos terribles recuerdos para centrarme en la mujer que tenía delante de mí, la misma que me decía sí quiero sin importar nada más que nuestro amor, nuestra vida juntos y ese futuro que teníamos planeado desde hacía años.

—Acepto —respondí—. Te amo —murmuré solo para que ella me escuchara.

—Lucía Lago ¿Aceptas...

—Sí, acepto —respondió sin dejar terminar al juez.

Ambos soltamos una carcajada y sin importar lo que pasara, nos besamos dando por finalizada esa boda improvisada. Cuando nos separamos, salimos del juzgado y fuimos a dar un paseo por Alemania. No quería volver a nuestra casa aún y pasaría el tiempo que fuese posible junto a ella.

La llevé a mi lugar favorito en Berlín; el parque Tiergarten era un lugar mágico, al menos, para mí, lo era.

En la entrada, compramos unos bocadillos y refrescos y le llevé hasta el centro del parque, donde había un lago bastante grande. Nos sentamos en el césped y nos miramos fijamente.

—Por fin eres mi esposa —expresé feliz.

—Por fin lo soy —respondió sonrojada.

Acaricié sus mejillas con dulzura y recordé todo lo que habíamos vivido, todo lo que nos habíamos equivocado hasta llegar a este momento, a este lugar. Lucía me sonrió, haciéndome conoedor de que ella pensaba lo mismo. Ambos habíamos luchado y sufrido mucho y la recompensa era esta, estar juntos.

—Te amo como no tienes idea —declaré emocionado—. Me preguntaste si te querría siempre...

—Shh, no digas nada más. —Puso un dedo en mis labios—. Esta vez soy yo la que te lo dice a ti, Sergio. Porque siempre esperé a que fueses tú quien me quisiera, quién luchara por mí. Hoy soy yo la que te lo dice. —La callé con un beso.

Al separarnos, lágrimas caían por sus mejillas, esas que ahora se veían mucho más bonitas por el tono rosado que la felicidad le otorgaba.

—¿Me querrás siempre? —Le pregunté en un hilo de voz. Ella sonrió complacida.

—Te querré eternamente.

Y a partir de ahora, de este preciso momento era cuando me daba cuenta de que ella siempre fue mía, que nunca la iba a perder y que solo debía llegar el momento en el que nuestras vidas volvieran a encontrarse. Nos esperaba una larga vida juntos, una llena de felicidad, una que sería para siempre...

Epilogo



Sergio

Meses después

Día del enlace

Llevábamos una semana en Madrid. Llegó el momento de la boda, así como le prometí hacía meses a mi mujer. Me encontraba en casa de mi tío, pues Lucía debía vestirse en la suya.

Estaba bastante nervioso y eso que ya estábamos casados, pero esta vez era una boda especial, la ceremonia junto a toda nuestra familia y eso era mucho más de lo que ella me había pedido. Mi tío Arturo entró en mi habitación; ya estaba casi listo, solo me faltaba ponerme la corbata y los gemelos.

—¿Estás nervioso? —Preguntó acercándose a mí. Asentí con una sonrisa

de oreja a oreja. Era feliz, muy feliz.

—La verdad es que no esperaba estarlo tanto —aseguré.

—Deja que te ayude.

Mi tío se puso ante mí y me anudó la corbata. Estaba tan nervioso que no era capaz de hacer un simple nudo. Tras eso, sacó del bolsillo de su pantalón una cajita negra con las iniciales del apellido Fisher. Fruncí el ceño, jamás la había visto.

—¿Qué es eso? —Me interesé.

—Esto es algo que debía tener tu hermano el día de su boda, pero... —Se quedó en silencio. Mi tío aún lloraba su muerte—. Son los gemelos de tu abuelo, que después pasó a tu padre y ahora, ahora te toca a ti.

Inconscientemente, unas estúpidas lágrimas salieron de mis ojos. Saber que mi tío tenía algo tan importante de mi familia me emocionó y más el saber que ahora seguiría la tradición. Abrió la cajita y los cogí con manos temblorosas para después colocármelos en la camisa; eran de oro y en medio, la inicial de nuestro apellido. Mi tío me dio un fuerte abrazo y me permití unos segundos desahogarme, llorar por él. Aunque no nos llevásemos bien, aunque hubiera sido un hijo de puta hasta el final de sus días, era mi hermano y su pérdida también me dolía.

Sobre las once de la mañana, salimos de la casa para ir hasta la casa de campo que habíamos alquilado para la ceremonia. Como ya estábamos casados, sería una celebración y la persona que iba a casarnos, era mi tío Arturo. Nos hacía mucha ilusión hacer algo así y Lucía estaba muy emocionada.

Por el camino mi tío me contaba sus planes de futuro, estaba cansado de estar solo y tenía pensado volver a su ciudad; él era de Huelva y allí, teníamos familia. Yo me alegré por él, al menos no estaría tan solo.

—¿Y te quedarás allí? —Pregunté. Él asintió con una sonrisa.

Se le veía muy contento por la decisión, así que a mí solo me quedaba apoyarle.

Al estar hablando, el camino se me hizo muy corto y en menos de media hora llegamos a la casa que Macarena, la mejor amiga de Lucía, se había encargado de alquilar. Ella, junto con mi suegra, fueron las que prepararon todo. Miedo me daba ver lo que habían liado.

Nos bajamos del coche una vez que mi tío aparcó, caminamos hasta la entrada, la cual tenía flores moradas en la puerta y el arco que había en el porche y, antes de tocar el timbre, Macarena salió a recibirnos.

—Bienvenido a tu boda, Sergio —dijo al tiempo que me daba un beso en la mejilla.

—Gracias. ¿Dónde está la novia? —Me interesé sabiendo que no me diría nada.

—A ti te lo voy a decir. —Arqueé una ceja—. Que no, que no pienso decirte en qué habitación la tenemos encerrada.

Me carcajé y entramos a la casa. Mi suegra daba vueltas de un lado al otro detrás de mis pequeños terremotos y a mí me encantaba verlos así, felices y llevándose como hermanos, aunque no lo fueran de verdad. Edu, Ancel y Erika se habían cogido mucho cariño y Edu estaba encantado con eso de ser el hermano mayor. Eran todo un caso.

En cuanto me vieron, vinieron a mi encuentro.

—¡Papiiiii! —Gritó Erika saltando a mis brazos.

Solo tenían cuatro años, pero eran unos pillos. Edu vino tras de ella y sonrió al ver como se colgaba de mi cuello. Erika era la princesa de la casa, la pequeña mimada de papá y mamá, porque Lucía era una madre para ellos.

—Qué guapo. Yo he visto a mami Lucía y es una reina, porque yo soy la princesa. —Solté una carcajada por la ocurrencia de mi pequeña.

—¿Y no me puedes decir algo más? —Le pregunté en un susurro, pero me

dijo que no de la misma manera.

Se soltó de mi agarre y volvieron a perderse por la casa mientras jugaban al pilla, pilla. Yo me encaminé a la puerta que daba al jardín trasero y cuando puse un solo pie y vi todo lo que habían hecho, me quedé con la boca abierta. Lucía iba a llorar y yo, ya me estaba emocionando de pensarlo. Era tal y como ella siempre había soñado, sería la boda de sus sueños.

En una de las sillas, estaba Eduardo, mi suegro. Aún no teníamos buena relación, pero poco a poco, fue entendiendo de que esta vez sí iba a ser para siempre, que nunca más su hija y yo nos íbamos a separar y lo que era más importante para él, que no volvería a llorar, no de pena al menos. Me encaminé hasta donde estaba y me senté a su lado tras pedir permiso. No esperé respuesta, pues solo me miró. Por un momento me quedé en silencio, pensando en cómo entablar una conversación con él y, sorprendiéndome, fue Eduardo quién me habló.

—¿Sabes, Sergio? —Lo miré—. Al principio, cuando mi hija y tú empezasteis a salir, me caías muy bien. Parecías un muchacho responsable que tenía la vida planeada y lo que más me gustó fue saber que en todos tus planes estaba ella.

—Lo sé —murmuré.

—Pero cuando le vi la primera lágrima por ti, fue cuando comencé a odiarte. —Asentí agachando la cabeza—. Fue como si ese muchacho, no estuviera y en cambio, eras otra persona. —Suspiró algo nervioso—. Hoy he vuelto a ver a ese joven con las ideas claras, con planes hechos y me siento orgulloso de saber que solo miras por la felicidad de tu familia. Has vuelto, Sergio.

Sus palabras, por estúpido que pareciera, me emocionaron y la verdad no entendía muy bien porqué estaba tan sensible, parecía yo la novia. Sonreí y nos dimos un abrazo. Por fin podía respirar con tranquilidad, mi suegro ya no

me odiaba y era un gran paso.

El tiempo pasó tan rápido que, cuando me di cuenta, estaba en el altar esperando a que mi mujer saliera de esa casa. Me temblaban las manos como si fuera nuestra primera vez y me sudaban a su vez. Entonces, la música comenzó a sonar y la reconocí en seguida; era la favorita de Lucía y la escuchaba a todas horas: I'll never love again • Lady Gaga.

Antes de que ella entrase, miré a todos los invitados. Pablo con su mujer, Lorena. Macarena y su novio, Juan. Mis suegros al lado de nuestros hijos y nadie más, no nos hacía faltan más personas a nuestro lado. Pero, cuando ella comenzó a caminar, nadie más existía para mí y nuestros ojos se encontraron.

Lucía decidió entrar sola, caminar sola y llegar hasta mí con la misma emoción que nuestra boda real.

Cuando llegó hasta mí, besé sus labios con dulzura, importándome muy poco las quejas de nuestros invitados. Sonreímos sin dejar de mirarnos y miramos a Arturo que esperaba el momento para comenzar.

Unas pocas palabras sueltas de nuestro comienzo fue lo primero que dijo para seguir el hilo contando alguna anécdota. Algunos se rieron, otros dijeron oh, y algunos soltaron alguna lagrimilla. Cuando decía alguno, me refería a Macarena y mi suegra. Llegó el momento de decirnos algo y comencé yo.

—Lucía, mi Lucía. Sinceramente en este momento, no tengo palabras para describir lo que siento por ti. Es un amor tan, tan fuerte, que a veces pienso que moriré por la presión que siento en mi pecho. Con solo una simple caricia puedes acabar conmigo. —Sus lágrimas no tardaron en llegar—. Es la primera vez en mi vida, que puedo gritar a los cuatro vientos que soy feliz y, para mí, eres el mayor regalo que un hombre como yo, puede recibir. Te amo con toda mi alma.

—¿Y ahora que te digo yo? —Bufó secándose las lágrimas—. Es fuerte, poderoso... es tan grande, que a veces creo que me volveré loca —expresó

nerviosa—. Y me alegro de ser un buen regalo, yo tenía uno mejor. —Fruncí el ceño—. Era un gran regalo. ¿Verdad Macarena? —Esta asintió emocionada.

—¿De qué estás hablando?

—Sergio, iba a esperar a mañana para darte tu regalo de cumpleaños, pero como ya estamos aquí, prefiero que sea ahora.

Macarena llegó con una cajita mediana entre sus manos. Lucía la cogió y me la dio en seguida. La miré perplejo y nervioso, mucho, a decir verdad. Con manos temblorosas, la abrí y, tras sacarle los papeles que metieron dentro para ocultar el verdadero regalo, me quedé ojiplático al ver mi regalo. Miré de nuevo a Lucía mientras sacaba de la caja mi regalo y sí que era un gran regalo.

—¿Estás hablando en serio? —Asintió llorando de nuevo.

—Sí, en ocho meses serás papá de nuevo.

Al parecer nadie más sabía nada sobre esta perfecta noticia, pues comenzaron a aplaudir eufóricos y felices. Yo la abracé fuerte, metiéndola en mi interior, resguardándola en ese lugar que un día lo sentí vacío pero que hoy, rebosaba de felicidad.

—Me haces el hombre más feliz de este mundo —murmuré en su oído—. No sé cuántas veces te voy a decir te amo... ni el tiempo que va a durar esta felicidad que siento en este momento.

—La felicidad, durará... eternamente. Te amo, mi amor.

Y tras eso, volví a pegar nuestros labios, sellando así un amor tan puro que siguió en pie aun estando alejados, aun sabiendo que no era el momento de sacarlo. Un amor que pensé que moriría, pero que, en realidad, saltó con furia, con fuerza, para ser correspondido y protagonista de nuevo.

Porque un día le prometí que volvería, porque ese día no llegó a tiempo... porque en realidad, siempre iba a ser eterno.

Fin